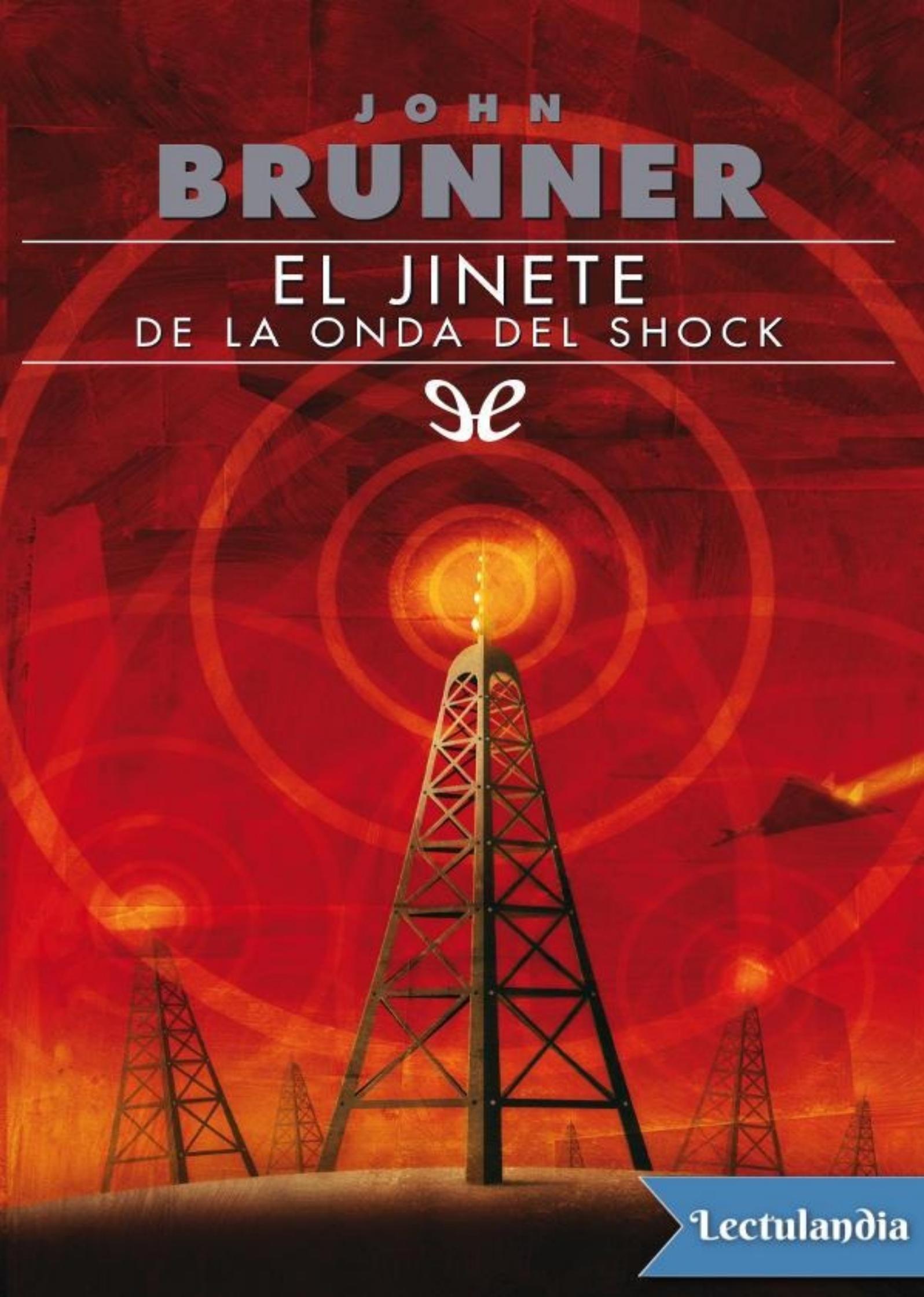


J O H N
BRUNNER

EL JINETE
DE LA ONDA DEL SHOCK



Lectulandia

América, año 2010. Los Estados Unidos están cubiertos por una red informática que abarca todo el país, y a la que puede accederse mediante un código utilizando cualquier aparato telefónico, la gente intenta sobrevivir en un medio que se les ha hecho tan cambiante que se ha vuelto hostil. Las ciudades están tribalizadas. Florecen los cultos religiosos. La gente busca un asidero donde sujetar sus vidas... y no lo encuentran. En este marco, Nickie Hafflinger, un genio informático huido de Tarnover, un hombre con tantas vidas e identidades que en realidad no existe, intenta sabotear el tipo de sociedad que atenaza al hombre del siglo XXI para devolver la cordura, la identidad y la libertad personal a las masas computerizadas, y salvar a un mundo que se halla al borde del desastre...

Lectulandia

John Brunner

El jinete de la onda de shock

ePub r1.0

Titivillus 31.07.17

Título original: *The Shockwave Rider*
John Brunner, 1975
Traducción: Domingo Santos

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

AGRADECIMIENTO

La gente como yo que se preocupa en retratar en términos de ficción aspectos de ese extraño país, el futuro, al cual vamos a ser deportados lo queramos o no, no efectuamos nuestras especulaciones en el vacío. Frecuentemente —y en este caso, yo, específicamente— nos sentimos en deuda hacia aquellos que analizan las ilimitadas posibilidades del mañana con una finalidad más práctica... como por ejemplo la pequeña pero admirable esperanza de que nuestros hijos puedan heredar un mundo más influenciado por la imaginación y la previsión que el nuestro actual.

El «escenario» (para emplear un cliché a la moda) de El jinete en la onda del shock deriva en gran parte del estimulante estudio de Alvin Toffler El shock del futuro, y en consecuencia me siento muy obligado hacia él.

K.K.H.B.

LIBRO PRIMERO

**MANUAL DE
OBSTRUCCIÓN BÁSICA**

UN PENSAMIENTO PARA HOY

Tómales un centímetro, y te darán un infierno.

MODO DE RECUBRIMIENTO DE DATOS

El hombre en el sillón de acero estaba tan desnudo como las blancas paredes de la habitación. Habían afeitado completamente su cabeza y su cuerpo; sólo le quedaban las pestañas. Pequeñas tiras de cinta adhesiva sujetaban en posición los sensores a una docena de sitios en su cráneo, en sus sienes cerca del rabillo de sus ojos, a cada lado de su boca, en su garganta, sobre su corazón y sobre su plexo solar, y en cada ganglio importante hacia abajo hasta sus tobillos.

Partiendo de cada sensor, un hilo fino como una tela de araña llevaba hasta el único objeto —aparte el sillón de acero y otros dos sillones, ambos mullidamente acolchados— que podía decirse que amueblaban la habitación. Este objeto era una consola de análisis de datos de unos dos metros de ancho por metro y medio de alto, con pantallas y luces indicadoras en su inclinada superficie, orientada hacia uno de los sillones acolchados.

Además, había micrófonos y una cámara trivi al extremo de una serie de varillas ajustables que emergían del respaldo del sillón de acero.

El hombre afeitado no estaba solo. Había otras tres personas también presentes: una mujer joven con un liso mono blanco dedicada a comprobar la localización de los sensores; un delgado negro con un traje rojo oscuro a la moda en cuyo pecho llevaba prendida una tarjeta con su foto y el nombre de Paul T. Freeman; y un blanco robusto de unos cincuenta años, vestido de azul oscuro, cuya tarjeta similar lo identificaba como Ralph C. Hartz.

Tras una larga contemplación de la escena, Hartz dijo:

—Así que éste es el marrullero que llegó más lejos y más aprisa y durante más tiempo que ninguno de los otros.

—La carrera de Haflinger —dijo con suavidad Freeman— es de veras impresionante. ¿Ha examinado usted su expediente?

—Por supuesto. Por eso estoy aquí. Puede que se trate de un impulso atávico, pero me siento inclinado a ver con mis propios ojos al hombre que logró un récord tan extraordinario en nuevas personalidades. Uno casi puede preguntar antes lo que no ha hecho que lo que ha hecho. Diseñador de utopías, consejero de estilos de vida, especulador deífico, consultor en sabotaje informático, racionalizador de sistemas, y sólo Dios sabe qué otras cosas.

—También sacerdote —dijo Freeman—. Hoy estamos progresando en esa área. Pero lo más notable no es el número de ocupaciones distintas que ha adoptado. Es el contraste entre las sucesivas versiones de sí mismo.

—Supongo que esperará usted que alguien con un historial así lo primero que haga sea embrollar su rastro de la forma más radical posible.

—No es eso lo que quiero decir. El hecho de que nos haya eludido durante tanto tiempo implica que ha aprendido a vivir con, y en alguna manera a controlar, sus sobrecargados reflejos, utilizando el tipo de tranquilizantes que usted y yo utilizaríamos para amortiguar el shock de un traslado a una nueva casa, y además no en grandes cantidades.

—Hummm... —reflexionó Hartz—. Tiene usted razón, es sorprendente. ¿Está preparado para empezar la sesión de hoy? Ya sabe que no puedo permanecer mucho tiempo aquí en Tarnover.

Sin alzar la vista, la muchacha con el mono blanco de plástico dijo:

—Sí, señor, su condición está a punto. Se dirigió hacia la puerta. Ocupando una silla ante el gesto de invitación de Freeman, Hartz dijo, dudoso:

—¿No tienen que inyectarle o algo así? Parece más bien completamente sedado.

Sentándose confortablemente en su propio sillón adyacente a la consola de datos, Freeman dijo:

—No, no es una cuestión de drogas. Actuamos con corrientes inducidas en sus centros motores. Es una de nuestras especialidades, ya sabe. Todo lo que tengo que hacer es accionar este conmutador y recobrará la consciencia... aunque no, por supuesto, el poder de movimiento. Sólo lo suficiente como para responder con la adecuada precisión. Incidentalmente, antes de accionarlo, debo ponerle a usted al corriente. Ayer me interrumpí cuando estaba sondeando lo que parecía ser una imagen excepcionalmente intensa, de modo que voy a retrotraerlo hasta la fecha apropiada y centrarme en la misma imagen, y ver cuál es su desarrollo.

—¿Qué tipo de imagen?

—Una niña de unos diez años corriendo alocadamente en la oscuridad.

CON FINES DE IDENTIFICACIÓN

En este momento soy Arthur Edward Lazarus, ministro de profesión, edad cuarenta y seis años, soltero: fundador y propietario de la Iglesia del Infinito Discernimiento, un autocine reconvertido (¿y qué mejor forma de empezar para una iglesia que con una reconversión tan lograda como ésta?) cerca de Toledo, Ohio, que había permanecido abandonado durante años no tanto porque la gente hubiera dejado de ir a los cines —siguen yendo, siempre hay un público para el porno en pantalla grande del tipo que hacer saltar de su órbita en un nada de tiempo a un satélite trivi pirata— sino porque se hallaba en una zona disputada entre los Sarcófagistas, una tribu protestante, y los Grialistas, católicos. A nadie le importa que su propiedad esté tribalizada. Sin embargo, normalmente todo el mundo respeta las iglesias, y el territorio de la más próxima tribu musulmana, los Bebés del Jihad, se halla a tan sólo

quince kilómetros al oeste.

Mi código, por supuesto, empieza con 4GH, y así ha sido durante los últimos seis años.

Memo interno: descubrir si ha habido algún cambio en el status de un 4GH, y particularmente si ha sido introducida alguna mejora... hay que pescar devotamente cualquier cosa que se produzca.

MAHER-SHALAL-HASH-BAZ

Corría, cegada por la pena, bajo un cielo que resplandecía con un millar de estrellas extras moviéndose más rápidamente que el segundero de un reloj. El aire de la noche de junio raspaba lleno de polvo en su garganta, le dolían todos los músculos de sus piernas, su vientre, incluso sus brazos, pero seguía corriendo tanto como podía. Hacía tanto calor, que las lágrimas que brotaban de sus ojos se secaban apenas asomar.

A veces corría por una calzada más o menos regular, no reparada desde hacía años pero aún en bastante buen estado; a veces cruzaba un terreno accidentado, quizá los emplazamientos de antiguas fábricas cuyos propietarios habían transferido sus operaciones arriba a la órbita, o de hogares que habían sido tribalizados en algún antiguo disturbio.

En la oscuridad al frente brillaron las luces y las señales iluminadas que bordeaban una carretera. Tres de las señales anunciaban una iglesia y ofrecían asesoramiento deífico gratuito para los miembros inscritos de su congregación.

Mirando alocada a su alrededor, parpadeando para aclarar su visión, vio un monstruoso domo multicoloreado, como si una de esas lámparas hechas con la piel hinchada de un pez se hubiera expandido al tamaño de una ballena.

Siguiendo sus pasos a una discreta distancia, guiado por un trazador oculto entre el traje de papel que era todo lo que la niña llevaba excepto unas sandalias, un hombre en un coche eléctrico reprimía sus bostezos y esperaba que aquel domingo en particular su persecución no fuera demasiado larga o demasiado aburrida.

POCA PESCA EN LA BARRIGA DEL PEZ GRANDE

Además de presidir la iglesia, el Reverendo Lazarus vivía en ella, siendo su hogar un remolque aparcado detrás del altar cosmorámico... antiguamente la pantalla de proyección, de veinte metros de alto. ¿Cómo podía de otro modo un hombre con vocación de ministro conseguir tanta intimidad y tanto espacio?

Rodeado por el incesante zumbido del compresor que mantenía su polícromo

domo de plástico hinchado —trescientos por doscientos metros de lado por noventa de alto—, se sentó solo ante su escritorio en el compartimiento delantero de su remolque, su pequeña oficina, contando los beneficios de las colectas del día. Estaba preocupado. Su trato con el grupo coley que proporcionaba la música a los servicios se basaba en un porcentaje, pero había tenido que garantizar un mínimo de mil, y la asistencia estaba empezando a disminuir a medida que declinaba la novedad de la iglesia. Hoy tan sólo habían acudido setecientas personas; ni siquiera se había producido un embotellamiento cuando todas regresaron a la carretera.

Más aún, por primera vez en los nueve meses desde que se había establecido la iglesia, las colectas de hoy habían proporcionado más cupones que efectivo. El efectivo ya no circulaba mucho —al menos no en aquel continente—, excepto en las zonas de compensación legal, donde la gente recibía una subvención federal a cambio de prescindir de algunos de los chismes más caros del siglo XXI, pero activar una línea a los ordenadores federales de crédito en domingo, su día habitual de descanso, suponía una fuerte sobretasa que estaba más allá de las posibilidades de la mayor parte de las iglesias, incluida la suya. De modo que los feligreses recordaban generalmente llevar monedas o billetes o algunos de los cupones de los talonarios que les eran entregados a su inscripción.

El problema con esos cupones, sin embargo —como sabía muy bien por experiencia propia— era que cuando los presentaba al banco a la mañana siguiente al menos la mitad de ellos eran devueltos con la mención RECHAZADO: cuanto más alta era la suma reflejada en ellos, más probable era que fueran rechazados. Algunos habían sido entregados por personas tan insolventes que los ordenadores rechazaban sistemáticamente todo gasto que no sirviera para pagar necesidades esenciales; cualquier nueva iglesia atraía inevitablemente a un montón de víctimas del shock. Pero algunos otros habían sido anulados la pasada noche como resultado de una disputa familiar: «¿Pusiste cuánto? ¡Dios mío!, ¿qué he hecho yo para merecer a alguien como tú? ¡Anula ese cupón inmediatamente!

De todos modos, algunas personas habían sido ignorantemente generosas. Había un montón de más de cincuenta dólares en cobre, que valdrían al menos trescientos para cualquier firma electrónica, puesto que los minerales de los asteroides eran pobres en metales de alta conducción. Era ilegal vender moneda de curso legal para recuperación, pero todo el mundo lo hacía, diciendo que había encontrado un montón de cacerolas en el desván de una casa vieja, o un cable desechado mientras cavaba en el patio de atrás.

En los primeros puestos de los tableros deíficos públicos figuraba ahora una predicción acerca de que la próxima acuñación de monedas de a dólar sería de plástico, con una vida media de unos dos años. Bueno, no estaba mal la idea de una moneda biodegradable...

Metió las monedas en el fundidor sin contarlas, puesto que lo único que importaba era el peso del lingote resultante, y se dedicó a la otra tarea que estaba

obligado a terminar antes de abandonar el trabajo diario: el análisis de los formularios deíficos que había llenado la congregación. Eran bastantes menos de los que había obtenido en abril; había esperado mil cuatrocientos o mil quinientos, mientras que los llegados esta semana apenas alcanzaban la mitad de esa cifra. Pero incluso setecientas y algo opiniones formaban un abanico lo suficientemente amplio como para que cualquiera pudiese sentirse satisfecho, sobre todo cuando la gente se hallaba sumida en una profunda depresión o pasaba por alguna crisis de estilo de vida.

Por definición, toda su congregación sufría de crisis de estilo de vida.

Los formularios contenían una serie de concisas afirmaciones que resumían cada una de ellas un problema personal, seguidas por espacios en blanco donde cada miembro de la iglesia al corriente de su cotización era invitado a ofrecer una solución. Hoy había nueve de esas afirmaciones, un triste contraste con aquellos prósperos días de primavera cuando había tenido que emplear la otra cara del formulario. Ahora la noticia debía estar difundiéndose por el circuito de boca en boca: «La última vez solamente nos dieron nueve cosas que delfar, de modo que el próximo domingo vamos a ir a...»

¿Cuál es el opuesto de una bola de nieve? ¿Una bola de nieve fundiéndose?

Pese al fracaso de sus antiguas grandes esperanzas, sin embargo, decidió seguir adelante con las actuaciones necesarias. Se lo debía a sí mismo, a aquellos que regularmente acudían a sus servicios, y sobre todo a aquellos cuyos lamentos de corazón podían oírse hoy en día por todas partes.

Desechó la primera afirmación. La había inventado como una jugosa tentación. No había nada como un escándalo de aquel tipo para atraer la atención de la gente. El cebo era la vaga esperanza de que algún día cercano se encontraran con la noticia en los periódicos y fueran capaces de decirse el uno al otro: «Oye, ese tipo al que apiolaron por hacerle cosas a su hija... ¿recuerdas que lo computamos en la iglesia?

Un lazo con el ayer, tenue pero apreciado.

Irónicamente, releyó lo que había imaginado: Soy una chica de catorce años. Mi padre está siempre borracho y desea tiráseme, pero se gasta tanto en licor que a mi no me queda nada para divertirme un poco cuando salgo, y ellos me han retirado mi...

Las respuestas eran descorazonadoramente previsibles. La muchacha debería acudir a los tribunales y hacerse declarar mayor de edad, debería contárselo inmediatamente a su madre, debería denunciar anónimamente a su padre, debería hacer bloquear su crédito, marcharse de casa e irse a vivir a un dormitorio juvenil... y así.

—¡Señor! —le dijo al aire—. ¡Si programara un ordenador para ocuparse de mi confesionario, la gente obtendría mejores consejos que éstos!

Nada de aquel proyecto estaba funcionando tal y como había esperado.

Además, el siguiente punto se refería a una tragedia auténtica. ¿Pero cómo podía uno ayudar a una mujer aún joven, en sus treinta años, una hábil ingeniero

electrónico, que había ido a la órbita con un contrato de seis meses y había descubierto demasiado tarde que era propensa a la osteocalcosis —pérdida de calcio y otros minerales del esqueleto en condiciones de gravedad cero—, por lo que había tenido que abandonar su trabajo, y ahora corría el peligro de ver romperse sus huesos si daba algún mal paso? Su gremio le había otorgado inmediatamente, sin ninguna posibilidad de apelación, el status de rompedora de contrato. No podía litigar para ser devuelta a su anterior status a menos que trabajara para pagar al abogado, no podía trabajar a menos que el gremio se lo permitiera, no podía... Vueltas y vueltas y más vueltas.

¡Hay un buen montón de felices miserias en nuestro espléndido mundo feliz!

Suspirando, agrupó los formularios y los apiló bajo las lentes lectoras del ordenador de su escritorio para su recopilación y veredicto. Por tan poco no valía la pena alquilar tiempo de la red pública. Al zumbido de fondo del compresor se añadió el hush-hush de los dedos de plástico de los manipuladores de papel.

El ordenador era de segunda mano y casi obsoleto, pero aún seguía funcionando la mayor parte de las veces. De modo que, a menos que sufriera alguna avería durante la noche, cuando los niños tímidos y los preocupados padres y los saludables pero inexplicablemente infelices hombres medios y los viejos solos y desesperados acudieran a por su ración de ánimo espiritual, cada uno de ellos podría marcharse aferrando un trozo de papel, un certificado oliendo a pasada de moda autoridad absoluta: una cabecera impresa imitando una hoja dorada declarando que era una auténtica y legal evaluación deífica basada en la contribución de no menos de.....* centenares de consultados (* Insertar número: documento no válido si el total no excede de 99) y entregada bajo juramento / en presencia de testigos adultos / con sello notarial ** (** Táchese lo que no corresponda) el..... (día) de..... (mes) de 20... (año).

Un pequeño y ostentoso derivativo, recuerdo del colapso de sus planes acerca de convertir la congregación a su propio sistema de consulta AMIC que le proporcionaría un lugar desde el cual pudiera mover la Tierra. Ahora sabía que había escogido el paso de rosca equivocado, pero aún sentía un ligero dolor cuando recordaba su llegada a Ohio.

Al menos, sin embargo, lo que había hecho podía haber salvado a unas cuantas personas de las drogas, o el suicidio, o el asesinato. Aunque no consiguiera nada más, un certificado Delfi transmitía la impresión subconsciente: ¡Después de todo importo, puesto que aquí dice que hay centenares de personas que se han preocupado por mis problemas!

Y había dado un par de buenos golpes en los tableros públicos siguiendo el inintencionado consejo de la colectividad.

El trabajo del día estaba terminado. Pero, una vez se hubo trasladado a la zona de habitación del remolque, se dio cuenta de que no tenía el menor sueño. Estudió la posibilidad de llamar a alguien para efectuar una partida de vallas, luego recordó que

el último de los oponentes locales regulares con el que había contactado a su llegada acababa de mudarse, y que a las 23:00 ya era demasiado tarde para intentar localizar a otro jugador a través del Comité del Juego de Vallas del Estado de Ohio.

Así que la pantalla del juego se quedó enrollada en su tubo junto con el lápiz de luz y el marcador de puntos. Se resignó a una hora entera de trivi.

En un exceso de impulsiva generosidad, una de las primeras personas en unirse a su iglesia le había hecho objeto de un abominablemente caro regalo, un monitor que podía ser programado a sus gustos particulares y que automáticamente seleccionaba un canal con una emisión acorde a los mismos. Se dejó caer en un sillón y conectó el aparato. La pantalla se iluminó inmediatamente, y se halló invitado a dar su opinión al partido de la oposición en Jamaica acerca de lo que había que hacer para remediar la gran hambruna que asolaba a la isla y derrotar al mismo tiempo al gobierno en las próximas elecciones. La tendencia de opinión generalizada se centraba en la sugerencia de adquirir un dirigible de transporte y parachutar paquetes de alimentos sintéticos sobre las zonas más afectadas. Hasta el momento nadie parecía haber señalado el hecho de que un aparato aéreo como el requerido para aquella misión podía costar una cifra de siete dígitos, y que normalmente Jamaica se hallaba sumida en la bancarrota.

¡No esta noche! ¡Me siento incapaz de afrontar más estupidez!

Pero cuando rechazó la emisión, la pantalla quedó vacía. ¿Era posible que no hubiera realmente nada más en la multitud de canales de la trivi que tuviera algún interés para el Reverendo Lazarus? Desconectó el monitor y probó a cambiar manualmente los canales.

Primero se encontró con un grupo coley, todos maquillados de azul y con plumas en el pelo, no tocando instrumentos sino moviéndose entre columnas invisibles de débiles microondas y provocando así perturbaciones que un ordenador transformaba en sonidos... presumiblemente música. Actuaban rígidos y torpes, y su coordinación era mala. Su propio grupo de aficionados, compuesto por chicos recién salidos de la escuela superior, era infinitamente mejor manteniendo el tono y la sincronización de los acordes.

Cambió, y se encontró con un noticiario escandaloso, vociferando improbables y difamatorios —pero, en virtud del empleo de ordenadores en su selección, completamente inatacables desde el punto de vista jurídico— rumores destinados a tranquilizar a la gente convenciéndola de que el mundo estaba realmente tan mal como sospechaban. En El Paso, Texas, el nombre del alcalde había sido públicamente citado a resultas del arresto de un hombre que regentaba un Delfi ilegal y aceptaba apuestas sobre el número de muertes, piernas rotas y pérdidas de ojos durante los juegos de fútbol y hockey; no era la empresa en sí lo que era ilegal, sino el hecho de que destinaba menos del obligatorio cincuenta por ciento de las apuestas a premios. Bien, indudablemente el nombre del alcalde había sido mencionado públicamente, varias veces. Y en Gran Bretaña, el secretario de la Junta de Purificación Racial había

invitado a la princesa Shirley y al príncipe Jim a presidir el movimiento, porque era bien sabido que mantenían opiniones radicales acerca de la inmigración a aquella desgraciada isla. Dado el índice con que la miseria lo estaba despoblando todo excepto las zonas más cercanas al Continente, uno difícilmente podía suponer que los australianos o los neozelandeses se sintieran impresionados por aquello. ¿Y era cierto que el ataque de la semana pasada con cohetes de largo alcance a los hoteles turísticos de las Seychelles había sido financiado por una cadena hotelera rival, y no por los irredentistas miembros del Partido de Liberación de las Seychelles?

Al infierno con todo aquello.

Pero lo que venía a continuación era circo... como todo el mundo lo llamaba, pese al título oficial de «complejo de aprendizaje vital por el castigo y la recompensa». Acababa de toparse con una emisión estelar... quizá la más famosa de todas, transmitida desde los estudios de Quemadura, California, donde se aprovechaba de las ventajas de alguna ley local aún no abolida, puesto que utilizaba animales vivos. Media docena de niños asustados y con los ojos desmesuradamente abiertos aguardaban en fila india para cruzar una plancha de no más de cinco centímetros de ancho que atravesaba de parte a parte una gran piscina donde inquietos cocodrilos agitaban sus colas y hacían chasquear sus mandíbulas. Sus ansiosos padres los animaban a gritos. Un indicador en rojo en una esquina de la pantalla señalaba que cada paso que consiguieran dar los niños antes de resbalar y caer les reportaba 1.000 dólares. Cambió de nuevo, esta vez con un estremecimiento.

El canal adyacente debería estar vacío, pero no lo estaba. Un satélite pirata chino lo había ocupado con la intención de llegar a través de él a los emigrantes del medio oeste americano. Había una tribu china cerca de Cleveland, así lo había oído decir, o tal vez fuera en Dayton. Puesto que no entendía el chino, cambió de nuevo, y se encontró con anuncios. Uno de ellos era de un consultante de estilos de vida del que sabía mantenía varios pabellones privados para aquellos clientes cuya condición había empeorado en vez de mejorar a resultas de las carísimas sugerencias que les había proporcionado; otro era de un euforizante que se proclamaba no adictivo aunque sí lo era... la compañía anunciadora había sido demandada por la Administración para Alimentos y Medicamentos, pero según todos los rumores el juez había sido comprado, había dictaminado a su favor, y se había llegado a un acuerdo por el cual la compañía vendería todas sus existencias y sacaría los beneficios que se había programado, tras lo cual retiraría voluntariamente el producto antes de que el asunto pasara a los tribunales de justicia, dejando tras de sí a otros cuantos cientos de miles de adictos de los que deberían hacerse cargo unos desbordados Servicios Federales de la Salud.

Luego apareció otra emisora pirata, australiana por el acento, en la que una chica llevando un traje confeccionado con seis burbujas estratégicamente situadas estaba diciendo:

—Ya saben, si todo el mundo con crisis de estilo de vida se acostaran los unos al

lado de los otros... Bueno, quiero decir, ¿quién quedaría entonces para poder acostarse encima de ellos?

Aquello arrancó una débil sonrisa de su boca y, puesto que era raro captar una emisión australiana, había medio decidido ya seguir con ella durante un rato cuando un insistente timbrazo lo sobresaltó.

Había alguien en el confesionario de la puerta principal. Y presumiblemente, a aquella hora de la noche, se trataba de alguien más bien desesperado.

Bien, ser molestado a cualquier hora del día o de la noche era uno de los inconvenientes que había aceptado como inevitables cuando creó la iglesia. Se levantó con un suspiro, y cerró el aparato.

Memo interno: introducirse en la trivi durante un cierto tiempo podría ser una buena idea. Volver a entrar en contacto con los media. ¿O acostumbraba a ser el sacerdocio el límite máximo de exposición pública que el poseedor de un 4GH podía permitirse en un período dado de tiempo? Si no, ¿cuánto tiempo le quedaba?

Debía descubrirlo. Debía.

Componiendo sus facciones a una expresión benigna, activó el enlace trivi con el confesionario. Se sentía aprensivo. No era ninguna noticia para los pocos que se mantenían en circuito que los Sarcófagistas y los Grialistas habían contabilizado siete muertos en su encuentro de la semana pasada, y los últimos habían tomado la delantera. Como cualquiera podía esperar; eran los más brutales. Mientras que los Sarcófagistas se contentaban normalmente con lisiar un poco a sus cautivos y dejarles que se arrastraran de vuelta a sus casas de la mejor manera que pudieran, los Grialistas tenían por costumbre atarlos y amordazarlos y ocultarlos en algunas ruinas adecuadas para que se murieran de sed.

Así que era probable que el que llamaba esta noche no tuviera necesidad de consejo, o siquiera de medicación. Podía tratarse de alguien que venía a echarle una ojeada a la iglesia con vistas a arrasarla. Después de todo, a los ojos de ambas tribus no era más que una vergüenza pagana.

Pero la pantalla le mostró a una muchachita probablemente demasiado joven como para ser aceptada en ninguna de las dos tribus: en una primera evaluación no tendría más de diez años, el pelo enmarañado, los ojos enrojecidos, las mejillas manchadas de polvo y surcadas por las lágrimas que habían chorreado por ellas. Una niña que presumiblemente había agotado toda su habilidad de imitar a un adulto, perdida y asustada en la oscuridad... ¡Oh, no! Algo más, y peor. Porque pudo ver que aferraba un cuchillo, y tanto en su hoja como en el vestido verde de la niña había manchas tan rojas que muy bien podían ser de sangre fresca.

—¿Sí, hermanita? —dijo con un tono neutro.

—¡Padre, tengo que confesarme o estaré condenada! —sollozó la niña—. Acuchillé a mi mamá... ¡la corté en pedacitos! ¡Creo que la maté! ¡Estoy segura de que lo hice!

El tiempo pareció detenerse durante largo rato. Luego, con toda la calma que pudo reunir, pronunció lo que tenía que pronunciar en beneficio de la grabación... porque, aunque el confesionario en sí era un lugar sacrosanto, el circuito de su vifono, como todos, estaba conectado a la red de policía de la ciudad, y en consecuencia a los monitores federales en Cañaveral. O en cualquier otra parte. Había tantos de ellos ahora, que no podían estar todos en un mismo sitio.

Memo interno: valdría la pena saber dónde están los otros.

Con una voz tan chirriante como un camino de grava, dijo:

—Hija mía —consciente más que nunca de la ironía de la frase—, sé bienvenida a descargar el peso de tu conciencia confiando en mí. Pero debo explicarte que el secreto del confesionario no es aplicable cuando tú estás hablando por un micrófono.

Ella contempló la imagen de él con una tal intensidad que por un momento se vio a sí mismo a través de los ojos de la niña: un hombre delgado de tez oscura, con una nariz rota, llevando una chaqueta negra y un cuello blanco adornado con pequeñas cruces doradas. Finalmente la niña agitó la cabeza, como si su mente estuviera demasiado llena con los recientes horrores como para dejar espacio a nuevos shocks.

Se explicó de nuevo suavemente, y esta vez ella conectó.

—¿Quieres decir —se obligó a pronunciar— que llamarás a los cuervos?

—Por supuesto que no. Pero de todos modos ya deben estar buscándote. Y puesto que has admitido lo que hiciste a través de mis micrófonos... ¿Comprendes?

El rostro de la niña se crispó. Dejó caer el cuchillo con un sonido metálico, que los micrófonos recogieron como un tintineo de campanillas. Unos segundos después estaba llorando de nuevo.

—Espera aquí —dijo él—. Estaré contigo en un momento.

RECESO

Un viento cortante con sabor a invierno soplaba sobre las colinas que rodeaban Tarnover y arrancaba hojas doradas y rojas de los árboles, pero el cielo estaba claro y el sol brillante. Aguardando su turno en la cola del mejor de los veinte restaurantes del establecimiento, impregnado de un lujo pasado de moda hasta el punto de incluir porciones de auténtica comida realmente cocinada en sus escaparates, Hartz contempló admirado la vista.

—Maravilloso —dijo al final—. Simplemente maravilloso.

—¿Hummm? —Freeman había estado tirando de la piel de sus sienes hacia la parte de atrás de su cabeza, como intentando eliminar una abrumadora debilidad. Miró hacia la ventana y admitió—: Oh, sí, supongo que sí. Últimamente no dispongo de mucho tiempo para darme cuenta de esas cosas.

—Parece usted cansado —dijo Hartz comprensivamente—. Y no me sorprende. Tiene usted entre sus manos un difícil trabajo.

—Y un trabajo lento. Nueve horas al día, en fracciones de tres horas cada una. Es agotador.

—Pero hay que hacerlo.

—Sí, hay que hacerlo.

COMO CRIAR DELFINIOS

La cosa funciona aproximadamente así.

Primero acorralas a un amplio —si es posible, muy amplio— número de gente que, aunque nunca haya estudiado formalmente el tema sobre el que vas a preguntarles, y por lo tanto es difícil que recuerden la respuesta correcta, se hallan sin embargo conectados a la cultura a la que se refiere la pregunta.

Luego les pides, por ejemplo, que den su estimación acerca de cuánta gente murió en la gran epidemia de gripe que siguió a la Primera Guerra Mundial, o cuántas piezas de pan fueron retiradas de la venta por los inspectores alimentarios de la CEE como no aptas para el consumo humano durante junio de 1970.

Curiosamente, cuando compilas sus respuestas, éstas tienden a arracimarse en torno a la cifra real tal como se halla registrada en todos los almanaques, anuarios y estadísticas.

Todo ello es casi como si esta paradoja se demostrara cierta: que aunque nadie sabe qué es lo que está pasando a su alrededor, todo el mundo sabe lo que está pasando a su alrededor.

Bien, si esto funciona para el pasado, ¿por qué no puede funcionar para el futuro? Trescientos millones de personas con acceso a la red integrada de datos de Norteamérica es un número hermosamente grande de potenciales consultados.

Desgraciadamente, la mayor parte de ellos echan a correr asustados ante el horrible espectro del mañana. ¿Cuál es la mejor forma de acorralar a la gente que simplemente no quiere saber?

La codicia funciona con algunos, y la esperanza con otros. Y la mayor parte de los restantes nunca poseerán el menor impacto sobre el mundo, por decirlo así.

Sólo son buenos, como se dice, para la música folklórica...

UN MOMENTO PARA LAS RUEDAS DE MOLINO

En el momento en que soltaba los cerrojos de la puerta de seguridad de su remolque y desconectaba las alarmas, dudó.

Domingo. Una colecta moderadamente buena, aunque no fuera ningún récord.

(Olisqueó. Un aire cálido. Del horno de fundición).

Y la niña podía ser una actriz precozmente buena...

Imaginó a una tribu en plena incursión, apareciendo de ninguna parte, saqueándolo todo, desapareciendo antes de que llegaran los cuervos y no dejando tras ellos más que una menor inmune a los interrogatorios de la policía, riéndose históricamente del éxito de su «broma pesada».

Por ello precisamente, antes de desconectar las alarmas, activó todos los dispositivos electrónicos de la iglesia excepto el sistema de música coley y las perchas de la colecta automática. Cuando rodeó la base del altar —la ex pantalla—, era como si un incendio estuviera royendo el vientre de ballena del domo. Las luces llameaban con todos los colores del arco iris y algunos cuantos más, mientras una trivi a control remoto situada sobre su cabeza no sólo repetía su imagen monstruosamente ampliada en el frente del altar sino que la almacenaba, minuciosamente detallada, en una grabadora enterrada bajo un metro de cemento. Si era atacado, aquella grabación sería una evidencia incuestionable.

Además, llevaba una pistola... pero nunca iba a ninguna parte sin ella.

Esas precauciones, por escasas que fueran, constituían el máximo que se esperaba que tomara un sacerdote. Una mayor cantidad llamaría fácilmente la atención de los ordenadores federales, que lo calificarían rápidamente como un paranoide potencial. Se sentían muy sensibilizados ante tales asuntos desde que, el verano pasado, un rabino de Seattle que había minado los alrededores de su sinagoga olvidó desconectar el circuito activador antes de un bar mitzvah.

Generalmente los ordfed preferían a la gente con fuertes convicciones religiosas. Era menos inclinada a crear problemas. Pero había límites, sin mencionar a los disidentes.

Unos pocos años antes sus defensas hubieran sido adecuadas. Ahora su fragilidad le hacía temblar mientras descendía por la nave lateral sin paredes definida por las roderas marcadas a lo largo de décadas por los neumáticos de los coches. De acuerdo, la verja en la base del domo estaba electrificada excepto allá donde daba acceso al confesionario, y el confesionario en sí era a prueba de explosiones y tenía su propia reserva de aire contra ataques con gas, pero incluso así...

Memo interno: La próxima vez, una identidad en la que pueda cuidar más de mi vida y mi pellejo. La intimidad está muy bien, y era algo que necesitaba cuando llegué aquí. Pero este lugar nunca fue previsto para ser operado por un solo individuo. No puedo controlar todos los rincones oscuros, asegurarme de que nadie está escondido allí entre las sombras a la espera de su oportunidad.

Pensando en ello, mientras miro a mi alrededor: mi vista no necesita de ninguna ayuda. ¿A los cuarenta y seis años? Entre trescientos millones de personas debe de haber algunas con esa edad que nunca hayan necesitado comprar gafas correctoras, pero en su mayoría es debido a que no pueden permitírselo. Pero supongamos que la oficina de la Salud o algún grupo farmomédico decidiera que hay los suficientes

pocos casos de esas personas sin gafas como para organizar un estudio exhaustivo de ellas. Supongamos que la gente de Tarnover decidiera que podía haber implicado algún efecto genético en el fenómeno. Uf.

Memo interno, en cursiva roja: ¡No te apartes demasiado de la edad cronológica!

En aquel punto de sus meditaciones entró en el confesionario... y descubrió que a través de su ventanilla de tres centímetros de grosor a prueba de balas no estaba contemplando a una niña con el vestido manchado de sangre.

En su lugar, la sección exterior de la cabina estaba ocupada por un corpulento hombre rubio con un mechón azul en su denso y ensortijado pelo, llevando una camisa rosa y carmín a la moda y exhibiendo una sonrisa de disculpa.

—Lamento tanto haberle molestado, padre —dijo—. Aunque es un golpe de suerte el que la pequeña Gaila haya venido hasta aquí... Incidentalmente, me llamo Shad Fluckner.

El tipo parecía demasiado joven para ser el padre de la niña; no más de veinticinco, quizá veintiséis años. Por otra parte, su congregación incluía a mujeres casadas por tercera o cuarta vez y en aquellos momentos con hombres hasta veinte años más jóvenes que ellas. ¿El padrastro?

En ese caso, ¿por qué la sonrisa? ¿Porque había utilizado a aquella chica que le importaba menos que un centavo de plástico para librarse de una rica pero molesta esposa demasiado vieja para él? Cosas más horribles habían sido admitidas en aquella cabina.

Perdido entre brumas, dijo:

—Entonces, ¿es usted familiar de... esto... Gaila?

—No según la ley, pero puede asegurar usted que después de todo lo que hemos pasado juntos estoy más cerca de ella que su familia legal. Trabajo para Anti-Trauma Inc., ¿sabe? Muy oportunamente, cuando los padres de Gaila detectaron signos de comportamiento desviado en ella, firmaron el contrato para un tratamiento completo. El año pasado curamos su síndrome de rivalidad fraterna... la clásica envidia del pene dirigida contra su hermano menor... y en estos momentos se halla hundida en su compleja de Electra. Con un poco de suerte conseguiremos que progrese hasta el nivel de Popea el otoño próximo... Oh, incidentalmente: balbuceó algo acerca de usted llamando a los cuervos. No necesita preocuparse. Se halla en los archivos de los ordenadores de la policía como un caso sobre el que no actuar.

—Ella me dijo —lentamente y con esfuerzo— que había apuñalado a su madre. Que la había matado.

—¡Oh, en lo que a ella respecta, seguro que lo hizo! Siempre ha deseado inconscientemente hacerlo desde el momento en que su madre la traicionó permitiéndole venir al mundo. Pero todo fue una puesta en escena, naturalmente. Le administramos escotofobia y la encerramos en una habitación a oscuras para neutralizar sus impulsos de regreso a la matriz, le proporcionamos un arma fálica

para absorber la envidia sexual residual, y metimos un compañero anónimo allí dentro con ella. Cuando atacó, encendimos las luces para mostrarle el cuerpo de su madre tendido cubierto de sangre en el suelo, y luego le dimos la oportunidad de echar a correr desesperadamente. Conmigo siguiéndola de cerca, por supuesto. No queríamos que pudiera cometer ningún daño.

Su tono ligeramente aburrido indicaba que para él aquella no era más que otra operación de rutina. Pero cuando hubo concluido su exposición, su rostro se iluminó como si se le hubiera ocurrido una idea repentina. Sacó una grabadora de su bolsillo.

—¡Oiga, padre! A mi departamento de publicidad le encantaría algún comentario favorable acerca de nuestros métodos, si a usted no le importa. Viniendo de un hombre con sotana, tendría más peso. Supongamos que dice usted algo acerca de que permitir a los niños que actúen exteriorizando sus impulsos más violentos en una situación controlada es preferible a dejarles cometer los mismos crímenes en la vida real, con el peligro que ello comporta para su alma inmortal...

—Sí, tengo un comentario que hacer y que puede usted grabar. Si hay algo que sea más asqueroso que la guerra, es lo que está haciendo su compañía. Al menos, en la guerra hay pasión. Lo que ustedes hacen es todo calculado, ¡más probablemente por máquinas que por hombres!

Fluckner echó ligeramente la cabeza hacia atrás, como temeroso de recibir un puñetazo a través del cristal que los separaba. Dijo defensivamente:

—Pero lo que nosotros hacemos es utilizar la ciencia al servicio de la moralidad. Seguro que usted se da cuenta de que...

—De lo que me doy cuenta es de que usted es la primera persona a la que he considerado justificado maldecir. Ha pecado usted contra nuestros más pequeños, y eso merece que aten una rueda de molino a su cuello y lo arrojen a las profundidades del mar. ¡Desaparezca de delante de mi vista y húndase en las tinieblas eternas!

El rostro de Fluckner se moteó en un instante de rojo, y su voz se vio invadida por una violenta ira.

—¡Lamentará haber dicho eso, se lo prometo! Ha insultado usted no sólo a mi persona sino a miles de buenos ciudadanos que confían en mi compañía para salvar a sus hijos de los fuegos del infierno. ¡Pagará por ello!

Dio bruscamente media vuelta, y se marchó.

LUZ Y ENERGÍA CORRUPTAS

—¡Sí, claro que Gaila está bien! ¿Qué mejor descubrimiento puede hacer una niña, qué mejor ayuda puede ofrecerle alguien, que permitirle descubrir que la madre a la que conscientemente ama pero a la que inconscientemente odia ha resultado muerta y que pese a ello aún sigue viva? ¡Ya hemos hablado antes de todo eso!

Tuvo que secarse la frente, confiando en que su máscara de transpiración pudiera

ser atribuida al calor del verano.

—Y ahora, ¿puedo utilizar su vifono? A solas, si no le importa. Es mejor que los padres no conozcan demasiados detalles de nuestros métodos.

En una brillante habitación con una panorámica bajo el suelo que reflejaba destellantes luces erráticas de todos los colores a través de un ecuménico conjunto de un crucifijo, un Buda y una Kali de seis brazos envuelta en rosas, Shad Fluckner compuso el código del departamento de denuncias anónimas de la Compañía Continental de Luz y Energía.

Cuando oyó la tonalidad adecuada, siguió con el código de la Iglesia del Infinito Discernimiento, luego con una combinación que significaba «mala aplicación fraudulenta de donaciones de caridad», seguida por otra que significaba «embargo de bienes hasta juicio legal», lo cual bloquearía automáticamente todo el crédito a nombre del ministro, y finalmente por otra que significaba «notificar a todos los ordenadores del servicio de crédito».

Aquello bastaría de momento. Se frotó satisfecho las manos y abandonó la habitación. No había ninguna posibilidad de que pudieran rastrear la llamada hasta él. Hacía dos años desde que había trabajado para Luz y Energía, y la rotación de su personal era superior a un sesenta y cinco por ciento anual, por lo que más de medio millón de personas podían haber introducido los datos falsos.

Cuando el reverendo Lazarus consiguiera abrirse finalmente camino a través del laberinto de ordenadores interconectados del servicio de crédito y agarrara por la cola la serpiente electrónica que acababa de ser introducida, estaría muerto de hambre y cubierto de harapos.

Peor para él.

EN LÍNEA PERO NO EN TIEMPO REAL

Durante una pausa en el procedimiento, mientras una enfermera rociaba con un spray la garganta del sujeto para restaurar su voz, Hartz echó una ojeada a su reloj.

—Aunque éste sea un trabajo lento —murmuró—, no pueden ir ustedes siempre a este ritmo, obviamente... menos de un día por día.

Freeman exhibió su habitual sonrisa de calavera.

—Si fuera así, aún estaría interrogándole acerca de sus experiencias como consejero en estilos de vida. Pero recuerde: una vez sepamos dónde mirar, seremos capaces de almacenar todos los datos relativos a sus anteriores personalidades. Sabemos lo que hizo; ahora necesitamos descubrir cómo se sentía. En algunos casos la conexión entre un recuerdo clave y su desusadamente fuerte reacción es muy clara, y ha tenido usted mucha suerte hoy de que hayamos dado con un dato así.

—¿Su identificación con la niña que estaba corriendo presa del pánico? ¿Un

paralelismo con su propia vida perseguida?

—Más que eso. Mucho más, me temo. Considere la maldición que pronunció ese hombre, Fluckner, y lo que todo eso desencadenó. Es algo que encaja con las actitudes del reverendo Lazarus, por supuesto. Lo que tenemos que descubrir ahora es lo profundamente que refleja eso su auténtico yo. Enfermera, si ya ha terminado usted, me gustaría proseguir.

DÍA DE MUDANZA, CUBIERTO Y CALUROSO

Debo debo DEBO aprender a controlar mi temperamento incluso frente a un insulto contra la humanidad como...

¿Qué demonios?

Emergió con un jadeo de un sueño parecido al coma. La noche pasada había permanecido despierto durante horas con la amenaza de Fluckner reverberando en su memoria, y finalmente recurrió a una píldora. Necesitó bastante tiempo para que un hecho de vital importancia penetrara hasta su embotada mente.

El zumbido del compresor de aire se había parado.

Dándose la vuelta, comprobó el reloj con batería propia situado a la cabecera de su cama. Señalaba las 7:45 de la mañana. Pero las ventanas de su remolque estaban completamente a oscuras, pese a que a aquella hora el sol debía estar ya alto en el cielo, las previsiones habían sido de un buen día, y cuando estaba perfectamente tensa la membrana de plástico de su techo era completamente translúcida.

En consecuencia, la energía había sido cortada, y el domo se había desplomado. Todas sus veintidós toneladas.

Desnudo, sintiéndose terriblemente vulnerable, dejó colgar sus pies a un lado de la cama y tanteó en busca del interruptor de la lámpara más cercana para confirmar su deducción. La oscuridad era opresiva; peor aún, el aire empezaba a notarse viciado... sin duda debido al depósito de suciedad, grasa y fétida humedad que mientras el domo estaba distendido había formado una no apreciable película pero que ahora se había condensado en una capa parecida a la que cubre interiormente las conducciones de las cloacas.

La luz se negó a encenderse.

¿Una huelga? Muy difícil; los trabajadores clave que aún poseían el poder de cortar el automatizado sistema de energía de la nación esperaban siempre a la llegada del hielo y de la nieve para golpear. ¿Un apagón por sobrecarga? No había habido ninguna sobrecarga en verano desde 1990. Resultaba obvio que la gente parecía haberse curado de considerar la energía como algo tan gratuito como el aire.

Claro que toda una nueva generación había crecido desde 1990... incluyéndole a él mismo.

¿La fusión de un reactor?

Después de los tres importantes desastres del año pasado, los tableros Delfi mostraban importantes sumas apostadas a un lapso de dos años completos antes del siguiente desastre. De todos modos, tomó su radio a pilas. Por ley, al menos una estación monofónica dedicada exclusivamente a las noticias debía emitir las veinticuatro horas del día en todo distrito urbano de un millón de personas o más, de modo que el público pudiera ser avisado de disturbios, enfrentamientos tribales y desastres. Las pilas estaban bastante descargadas, pero colocándose el aparato cerca de su oído pudo determinar que el locutor de servicio estaba hablando del récord en las apuestas sobre los muertos en el juego de fútbol de hoy. Si se hubiera producido la fusión de algún reactor, los avisos acerca de las radiaciones se estarían dando sin la menor pausa.

Así que ¿qué demonios...? Oh. ¿Fluckner?

Sintió que un estremecimiento ascendía por su columna vertebral, y se dio cuenta de que estaba mirando hambriento al débil y confuso resplandor de su reloj, como si aquella oscuridad fuera simbólica de la matriz (ecos de Gaila y de aquellas otras como ella, condenadas a crecer no como seres humanos sino como muías, resultado de un acoplamiento bastardo entre el psicoanálisis freudiano y el behaviorismo), y que ese misterioso resplandor presagiaba su entrada en un extraño mundo nuevo.

Lo cual, se admitió a sí mismo con una punzada de decepción, era obviamente cierto.

Al menos, pese al hedor generalizado del aire, no había exceso de CO₂; no sentía dolor de cabeza, tan sólo un asomo de náusea. Algo más tranquilizado, se abrió camino hasta la sala de estar, donde tenía una gran lámpara a baterías para casos de emergencia. Sus células estaban aún llenas, puesto que se recargaban automáticamente de la red principal. Pero cuando la encendió, su amarillento resplandor hizo que todo lo que le rodeaba le pareciera poco familiar e incluso amenazador. Cuando la adelantó, las sombras se agitaron en las paredes de metal pulido, una mímica de las que había imaginado la otra noche ofreciendo refugio a los asaltantes cómplices del Barón Samedi, San Nicolás o incluso Kali.

Se mojó la cara con lo que debería haber sido agua helada del grifo principal de su lavabo. No sirvió de nada. Debía hacer mucho que estaba cortada la energía, puesto que el tanque estaba tibio. Sin haber conseguido refrescarse, abrió la puerta del remolque y miró al exterior. Bajo la graciosa curva formada por el plástico al caer sobre el altar, un distante resplandor luminoso le sugirió que tal vez fuera capaz de escapar sin ayuda.

Pero sería preferible que antes intentara restablecer la corriente.

En su oficina, el horno de fundición estaba frío, y el lingote de cobre esperaba a ser extraído. El ordenador de su escritorio, enfrascado en una tarea mucho más exigente, había sido atrapado antes de terminarla. La cuarta —no, la quinta— de las evaluaciones deificas surgía de él como una pálida y rígida lengua, debidamente estampada con su sello notarial automático. Eso, sin embargo, no era lo más

importante precisamente ahora. Lo que tenía que descubrir era si Fluckner (¿quién otro podía o era capaz de haberle desacreditado de aquel modo de la noche a la mañana?) había conseguido aislar el vifono junto con su fuente de energía.

La respuesta era sí. Una suave voz grabada le dijo que su crédito vifónico había quedado suspendido, pendiente del juicio en el proceso que se le seguía y que podía terminar con la confiscación de todos sus bienes. Si deseaba que le fuera restablecido el servicio debía aportar pruebas de que había sido dictado veredicto a su favor.

¿Proceso? ¿Qué proceso? Nadie en este estado puede llevarte a los tribunales por echar sobre alguien una maldición.

Entonces la respuesta se iluminó en su interior, y casi se echó a reír. Fluckner había recurrido a uno de los trucos más viejos en el mercado, y había soltado en la red continental una serpiente autopropagadora, probablemente encabezada por un grupo denunciador «prestado» por una importante compañía, que se deslizaría de un nexo a otro cada vez que su código de crédito fuera tecleado en una terminal. Podía tomar días el matar una serpiente como aquella, a veces incluso semanas.

A menos que la víctima poseyera medios de pasar por encima de la orden original. Y esta víctima podía. Cualquier poseedor de un código 4GH...

Su risa en embrión murió. ¿Qué ocurriría si, desde que había explotado por última vez su potencial, la validez de un 4GH había sido disminuida o incluso anulada?

Sólo había una forma de descubrirlo. Obediente, la máquina estaba aguardando a que él le proporcionara la evidencia solicitada. Pulsó su código completo en el vifono, añadió el grupo estándar para «input erróneo debido a manipulación fraudulenta», y lo remató con una orden de proporcionarle el número de referencia del proceso al que supuestamente estaba sometido.

La tonalidad normal sonó al cabo de unos pocos segundos.

Había estado conteniendo inconscientemente la respiración, y la dejó escapar con un suspiro que sonó terriblemente fuerte en el poco familiar silencio. (¿Cuántos suaves zumbidos independientes habían dejado de oírse? El ordenador, el refrigerador de agua, el calentador de agua, el acondicionador de aire, el monitor de la alarma... etcétera. Normalmente uno no prestaba atención a la enorme cantidad de utensilios activados eléctricamente que poseía; él no lo hacía).

Rápidamente envió una serpiente vengativa a perseguir a la de Fluckner. Eso arreglaría el problema inmediato en de tres a treinta minutos, dependiendo de lo sobrecargado que estuviera el circuito, inevitablemente muy utilizado un lunes por la mañana. Estaba casi seguro de que serían treinta minutos. Según un reciente informe, había tantas serpientes y contraserpientes sueltas en cualquier momento en la red de datos, que las máquinas habían recibido instrucciones de concederles la prioridad más baja a menos que estuvieran relacionadas con emergencias médicas.

Bien, lo sabría tan pronto como volvieran las luces.

Ahora era el momento para el Reverendo Lazarus de suicidarse. Fortalecido por un vaso de pseudozumo de naranja desagradablemente tibio, muy dulzón pero no

activamente dañino para su metabolismo —era muy cuidadoso con las marcas que consumía—, estudió los detalles de su próxima encarnación.

A los treinta minutos volvía la electricidad. A los sesenta, el domo estaba hinchado de nuevo. A los noventa, iniciaba su renacimiento.

Aquel parto computerizado era siempre una mala experiencia. Esta vez, debido a que no había pretendido desprenderse todavía del papel de Lazarus y en consecuencia no había preparado su mente de forma adecuada, fue la peor de las veces. Su piel se puso como la carne de gallina, su corazón martilleó alocadamente, el sudor volvió resbaladizas las palmas de sus manos, y sus nalgas —desnudas, puesto que no había perdido tiempo en vestirse— le picaban en toda la zona que estaba en contacto con el sillón.

Incluso después de haber descubierto que su código seguía siendo válido, tuvo que interrumpirse dos veces para programar nuevas mentiras a los ordfeds. Sus dedos temblaban tanto que tenía miedo de equivocarse al pulsar las teclas, y los vifonos normales como aquél no estaban equipados con un dispositivo de comprobación de los cinco últimos ítems.

Pero finalmente pulsó el último grupo para activar el datófago que eliminaría todo rastro de Lazarus, la superserpiente electrónica ante la cual la de Fluckner era algo insignificante, y entonces pudo estirarse y rascarse y hacer todas las otras cosas que había tenido que dejar de lado a fin de no interrumpir la invención de su nuevo yo.

Nadie por debajo del nivel del Congreso estaba autorizado a solicitar una copia impresa de los datos almacenados detrás de un 4GH. Este código debía haber sido diseñado para personas con autorización oficial para vivir otras vidas distintas de la suya propia. Más de una vez se había sentido tentado a intentar descubrir qué tipo de persona hacía de él en teoría su código: un agente del FBI en misión bajo identidad supuesta, un agente del contraespionaje, un representante especial de la Casa Blanca encargado de barrer los destrozos que había dejado su jefe tras él... Pero nunca había sido tan estúpido como para intentarlo. Era como una rata, escabulléndose por entre las paredes de la sociedad moderna. En el momento en que asomara la nariz, los exterminadores acudirían a por él.

Se vistió con otras ropas distintas y recogió todo lo que creyó que no necesitaba dejar atrás, en conjunto una simple bolsa de objetos tan heteróclitos como boletos Delfi transferibles y su nuevo lingote de cobre. También se metió en el bolsillo dos inhaladores de tranquilizantes, que sabía podía llegar a necesitar más de una vez antes de que terminara el día.

Finalmente, colocó una bomba debajo de su escritorio y la conectó al vifono a fin de poder activarla en cualquier momento que eligiera.

La destrucción de la iglesia tal vez apareciera en la lista de crímenes diarios de los media: asesinatos tantos, robos tantos, violaciones tantas... aunque muy a menudo no llegaban hasta tan lejos como los incendios premeditados porque no disponían de

tiempo. Es decir, mientras nadie reclamara el dinero del seguro, las cosas podían quedar ahí. Con tantos sospechosos a mano como los Sarcófagos y los Grialistas, la abrumada policía local se contentaría con abrir y cerrar inmediatamente el caso.

Eché una última ojeada a su alrededor mientras se disponía a abandonar el domo de plástico por última vez. El tráfico zumbaba en la autopista, pero no había nadie a la vista que pudiera prestar en él una atención especial. En algunos aspectos, reflexionó, aquél era un siglo en el cual vivir era mucho menos complejo de lo que debía haber sido en el siglo xx.

Si tan sólo todo fuera tan simple como parecía.

EL NÚMERO QUE HAN ALCANZADO

Hace ya tiempo, cuando aún existía la televisión en vez de la trivi, un famoso, brusco y cínico historiador llamado Angus Porter, que había sobrevivido lo suficiente como para convertirse en un Gran Viejo y cuyos puntos de vista izquierdistas a lo largo de toda una vida eran en consecuencia tolerados ahora como perdonables excentricidades, había planteado el asunto en pocas palabras.

O, como se apresuraría a decir muy pronto alguien, lo había atravesado con un alfiler y lo había clavado a la pared.

Invitado a comentar el tratado mundial de desarme nuclear de 1989, dijo:

—Este es el tercer estadio de la evolución social humana. Primero tuvimos las carreras pedestres. Luego tuvimos las carreras de armamentos. Ahora estamos teniendo las carreras de cerebros.

»Y, si tenemos suerte, el estadio final será cuando la raza humana gane finalmente la carrera.

LA PERSONIFICACIÓN DE UN TALENTO

—¡De modo que así fue como lo consiguió! —dijo Hartz, maravillado. Miró al afeitado cuerpo en el sillón de acero como si nunca antes hubiera visto a aquel hombre—. Nunca hubiera creído que fuera posible teclear toda una nueva identidad a la red desde un vifono doméstico... evidentemente no sin la ayuda de un ordenador mucho mayor del que él disponía.

—Es un talento —dijo Freeman, observando las pantallas y luces de su consola—. Compárelo con la habilidad de un pianista, si quiere. Antes de la época de las grabaciones, había solistas que podían tener en sus manos veinte conciertos, perfectos hasta la última nota, y podían improvisar durante toda una hora sobre la base de un tema de cuatro notas. Eso ha desaparecido, del mismo modo que los poetas ya no

recitan poesías de mil versos de la forma en que al parece podían hacerlo en los tiempos de Hornero. Pero no es algo especialmente notable.

Al cabo de un momento, Hartz dijo:

—¿Sabe algo? He visto un montón de cosas inquietantes, aquí en Tarnover, y me han hablado de muchas más. Pero no creo que nada me haya... —tuvo que obligarse a sí mismo a pronunciar las siguientes palabras, pero con un valiente esfuerzo hizo la confesión—... asustado tanto como oírle a usted decir esto.

—No estoy seguro de comprenderle.

—¡El calificar a este sorprendente talento como algo «no especialmente notable»!

—Pero si no lo es. —Freeman se reclinó en su acolchado sillón—. No según nuestros estándares, al menos.

—Eso es precisamente —murmuró Hartz—. Sus estándares. A veces no parecen en absoluto...

—¿Humanos? Hartz asintió.

—Oh, pues le aseguro que lo son. Somos una especie muy dotada. La mayor parte de lo que estamos haciendo aquí tiene que ver con la recuperación de talentos que habíamos dejado a un lado. Nos hemos contentado con permanecer sorprendentemente ignorantes acerca de algunos de nuestros más preciosos recursos mentales. Hasta que no llenemos esos huecos en nuestro conocimiento, no podemos planear nuestro camino hacia el futuro. —Miró su reloj—. Creo que ya hemos tenido suficiente por hoy. Llamaré a la enfermera para que se lo lleve, lo lave, y le dé de comer.

—Eso me preocupa también. Oírle a usted hablar de él en unos términos tan... tan despersonalizados. Aunque admiro su competencia y su dedicación, siento reservas hacia sus métodos.

Freeman se puso en pie, estirándose ligeramente al hacerlo para desentumecer sus anquilosados miembros.

—Utilizamos estos métodos porque hemos descubierto que funcionan, señor Hartz. Además, permítame recordarle que estamos frente a un criminal, un desertor que, si hubiera tenido la oportunidad, hubiera evolucionado de buen grado hasta convertirse en un traidor. Hay otras personas dedicadas a proyectos similares al nuestro, y algunas de ellas le añaden a su dedicación una buena dosis de brutalidad. Estoy seguro de que no deseará usted que esas personas nos tomen la delantera.

—Por supuesto que no —dijo Hartz incómodo, pasando un dedo por el cuello de su camisa como si repentinamente le fuera demasiado estrecho.

Freeman sonrió. El efecto le hizo parecer un fantasmal cuervo negro.

—¿Tendré el placer de su compañía mañana?

—No. Tengo que regresar a Washington. Pero... esto...

—¿Sí?

—¿Qué hizo después de abandonar tan apresuradamente Toledo?

—Oh, se tomó unas vacaciones. Muy inteligente. En realidad, fue lo mejor que

pudo haber hecho.

CON FINES DE REIDENTIFICACIÓN

Ahora soy Sandy (abreviación, como admito ante la gente cuando me siento en buena disposición y ánimo confidencial, no del buen viejo Alexander, sino de Lysander, ¡vaya sorpresa!) P. (¡¡peor aún, de Pericles!!) Locke, edad treinta y dos años, hetero, y con ciertas inclinaciones a juzgar por mi cualidad imberbe. Sin embargo, estoy intentando dejar a un lado esa imagen e incluso estoy estudiando la posibilidad de casarme uno de estos años.

Seguiré siendo Sandy Locke al menos por un tiempo, incluso después de que finalicen mis vacaciones en este complejo turístico en las Islas del Mar de Georgia, bastante de moda, aunque no tan de moda como algunos otros, pese a que alardea de poseer un ala submarina para terapia de regreso a la matriz y el director es un psicólogo graduado. Al menos las sesiones de relaxoterapia empírica no son obligatorias.

Estas son mis segundas vacaciones este año, y tomaré al menos otras a finales de otoño. Pero estoy entre gente que no suele confundir el «tomarse otras vacaciones» con el «despedido y sin empleo», como harían algunos en los que estoy pensando en estos momentos. Muchos de los demás huéspedes están tomándose ya sus terceras vacaciones este año, y planean en total tomarse cinco. Estos últimos, sin embargo, son considerablemente más viejos, libres del cuidado y del coste de los hijos. Poder tomarse unas terceras vacaciones a los treinta y dos años me señala como un hombre de éxito... en todos los sentidos. Pero para seguir manteniendo este papel es preciso que lo cubra en todos sus aspectos: necesito un trabajo.

He elegido una buena edad, no tan difícil de mantener como los cuarenta y seis cuando cronológicamente tienes veintiocho (recuerdo el asunto de las gafas: ¡uf!), y lo suficientemente joven como para atraer a las mujeres de mediana edad siendo a la vez lo suficientemente maduro como para impresionar a las quinceañeras. Memo interno: ¿Pueden esos treinta y dos años prolongarse hasta que tenga realmente, digamos, treinta y seis? Debo mantenerme atento a todos los datos.

UN BRINDIS CON CHAMPÁN

Pasados ya los cuarenta años pero sin saber cuántos, hermosa y dispuesta a seguir siéndolo durante algún tiempo todavía, luciendo esplendorosa gracias a su brillante bronceado y a su pelo aclarado por el sol y no por un champú, y una hora más de sueño cada noche del que había podido permitirse durante años, Ina Grierson era

también una mujer decidida. La prueba residía en el hecho de que era la jefa del departamento de contratación temporal de ejecutivos en la sede central en Kansas City de las Industrias Tierra-a-Espacio Inc., los mayores constructores del mundo de factorías orbitales.

La cuestión era, sin embargo: ¿durante cuánto tiempo?

Pensó en el viejo dicho acerca de ser promovido a tu propio nivel de incompetencia —que era llamado el Principio de Peter-Pays-Paul, o algo así—, y se irritó y echó humo. Su hija seguía negándose a abandonar los estudios, no hacía más que inscribirse año tras año a cursos más extraños cada vez (¡y todos en la misma universidad, por el amor de Dios! La cosa no sería tan mala si consintiera en ir a algún otro lugar). Ina se sentía atada, deseaba romper amarras, trasladarse al Golfo o a Colorado o incluso al Área de la Bahía, siempre que las técnicas antisísmicas fueran tan eficientes como proclamaban los sismólogos y no fuera a producirse otro terremoto con un millón de víctimas, nunca más... o al menos durante los siguientes cincuenta años.

Bajo sus propias condiciones, por supuesto... no las de los demás.

El año pasado había rechazado cinco ofertas. Este año, hasta ahora, solamente una. ¿Y el año próximo?

Teniendo una hija tan peculiar como Kate... ¡Infiernos! ¿Por qué la estúpida no podía actuar normalmente como todos los demás, extraer sus raíces y hundirlas en algún otro hueco, preferiblemente en un continente distinto?

¡Si la Anti-Trauma Inc. hubiera aparecido un poco antes...!

A menudo la gente sin tacto se preguntaba públicamente por qué Ina insistía en permanecer en la misma ciudad que su hija, que después de todo tenía veintidós años y disponía de su propio apartamento desde que entró en la universidad y no parecía ser demasiado dependiente de su madre ni aferrarse a nadie en particular. Pero a Ina no le gustaba que le preguntaran sobre ello.

Nunca le había gustado que le hicieran preguntas que no podía responder.

Sólo había transcurrido una de las dos semanas de vacaciones que Ina se había concedido, pero el hombre que la había acompañado desde su llegada acababa de marcharse hoy. Eso significaba cenar sola. Peor que peor. Finalmente, haciendo un esfuerzo, se puso su traje de tarde rojo y dorado preferido y se dirigió al comedor al aire libre donde una suave música se mezclaba con el susurro de las olas. Se sintió un poco mejor después de dos copas. Para devolverle al mundo su burbujeo regular, ¿por qué no un poco de champán?

Y un minuto más tarde estaba gritándole al camarero. Siendo como era un establecimiento caro y exclusivo en vez del establecimiento fabricado en serie sobre un molde único, el servicio no estaba formado por máquinas que siempre funcionaban mal, sino por seres humanos... lo cual no quería decir que las cosas funcionaran mejor.

—¿Qué demonios quiere decir con que ya no queda? Su aguda voz hizo que varias cabezas se volvieran.

—Aquel caballero de allá —señaló el camarero— acaba de pedir la última botella que teníamos en reserva.

—¡Llame al encargado!

El cual vino, y explicó con una desolación que probablemente no era fingida (¿a quién le gusta descubrir que su orgullo y su satisfacción han sido arruinados por un simple montón de circuitos electrónicos?) por qué no había nada que él pudiera hacer al respecto. El ordenador a cargo de la utilización de recursos en la sede central de la cadena que controlaba aquél y un centenar más de otros hoteles había decidido reservar el champán para los complejos turísticos cuyos emplazamientos permitían venderlo a dos veces el precio que podía fijarse allí. La decisión había sido tomada hoy. Mañana la carta de vinos sería convenientemente reimpressa.

Mientras tanto, el camarero se había desvanecido en respuesta a una señal desde otra mesa, y cuando regresó Ina estaba luchando por no ponerse a gritar hecha una furia.

Depositó una hoja de papel delante de ella. Contenía un mensaje en una clara y firme letra manuscrita, cosa inusual en aquellos tiempos en los que los niños aprendían a escribir a máquina a los siete años. Lo leyó de una ojeada.

El afortunado poseedor de la botella de champán ha tenido una idea. ¿Por qué no la compartimos? — Sandy Locke.

Alzó los ojos, y descubrió sonriéndole a un hombre con una camisa de pirata a la moda, abierta hasta la cintura, una chillona banda de tela en la cabeza, brazaletes dorados, y un largo y fino dedo, al extremo de su brazo extendido, apoyado sobre el tapón de la botella.

Sintió que su irritación se deshacía como la bruma a la salida del sol.

Era un hombre extraño, aquel Sandy. Prescindió de sus quejas acerca de lo ridículo que resultaba el que ya no hubiera más champán en aquel hotel, y condujo la conversación por otros canales. Aquello despertó nuevamente su mal humor, y la envió sola a la cama.

Pero cuando el carrito del desayuno rodó automáticamente hasta la cabecera de su cama a las 9:00 horas de la mañana siguiente, contenía también una botella de champán atada con una cinta y acompañada por un ramo de flores. Cuando se encontró con Sandy junto a la piscina, a las once, el hombre le preguntó si le había gustado.

—¡Así que fue usted quien la envió! ¿Trabaja para esta cadena hotelera?

—¿Este negocio de poca monta? Me siento insultado. Las operaciones de tercera categoría no son mi estilo. ¿Vamos a nadar?

La siguiente pregunta murió en los labios de Ina. Iba a preguntar qué influencias tenía, si en el gobierno o en una hipercompañía. Pero otra explicación encajaba

también, y si era la correcta, las implicaciones resultaban tan tentadoras que no se atrevió a abordarla sin prepararse convenientemente.

—De acuerdo, vamos —dijo. Y se quitó las ropas.

Finalmente la carta de vinos no fue reimpressa, y el encargado del hotel mostró una expresión realmente desconcertada. Aquello convenció a Ina de que su suposición podía ser correcta. A la mañana siguiente, mientras estaban tomando el desayuno en la cama, se la planteó directamente a Sandy.

—Amigo, creo que eres un CSI.

—Sólo si esta cama no tiene micrófonos ocultos.

—¿Los tiene?

—No. Me he asegurado de ello. Hay algunas cosas que simplemente prefiero que las computadoras ignoren.

—Tienes mucha razón. —Se estremeció—. Algunos de mis colegas en la ITE, ya sabes, viven en Trianón, donde prueban nuevos estilos de vida. Y alardean de cómo sus acciones son monitorizadas día y noche, comparan las ventajas de los distintos artilugios de espionaje ultramodernos... no sé cómo pueden soportarlo.

—¿Soportarlo? —hizo eco él, sardónicamente—. No lo soportan, supongo que simplemente viven con ello. Es más, llegan a necesitarlo como si fueran unas muletas. Unos cuantos años más, y olvidarán que tienen piernas.

Durante todo el día Ina se notó temblorosa de excitación. Pensar que por pura suerte había tropezado con un genuino miembro de aquella prestigiosa élite de habilidad supertáctil, la reducida y secreta tribu de los Consultores en Sabotaje Informático... Era una disciplina perfectamente legal, siempre que sus practicantes no se inmiscuyeran con los datos reservados a un departamento gubernamental bajo la ley McBann-Krutch del «mayor bien al mayor número», pero sus expertos no se daban a conocer públicamente más de lo que lo haría un espía industrial, y quizá hubiera sido más educado por su parte preguntarle si pertenecía al RDD, «Recuperación de Datos Difíciles». Afortunadamente, él no se había mostrado ofendido.

Delicadamente, insinuó lo que la estaba preocupando. ¿Durante cuánto tiempo iba a poder seguir siendo capaz de ir hacia arriba, no hacia un lado, cuando cambiara de trabajo? La respuesta de él fue al principio casual:

—Oh, independízate, ¿por qué no?, de la misma forma que yo lo hice. No es algo tan distinto del habitual estilo de vida que llevas. En cuanto te hayas ajustado a él.

Los ecos subyacentes a la palabra «independízate» resonaron en su cabeza: el jinete solitario cabalgando para convertirse en el campeón de su dama y hacer justicia a los cristianos, el mensajero del rey, el agente secreto, el aventurero mercante...

—He pensado en ello, naturalmente. Pero me gustaría saber lo que la ITE ha añadido a mi dossier antes de decidir.

—Puedes intentar pedirme que lo averigüe.

—¿Quieres decir —no atreviéndose a creerlo— que alquilas tus servicios?

—¿En este momento? —Mordisqueó su pezón con agudos y bien cuidados dientes—. No, mis servicios, éstos, no se alquilan ni por todo el oro del mundo. Estas cosas, cuando las hago, las hago gratis.

—¡Oh, tú sabes a lo que me refiero! Se echó a reír.

—No pierdas el control. Por supuesto que lo sé. Y supongo que sería divertido meter la nariz en la ITE.

—¿Estás hablando en serio?

—Podría ser, cuando se acaben mis vacaciones. Lo cual no es aún el caso.

Pensativa, a las dos de la madrugada —sus horas de sueño se estaban deteriorando rápidamente, pero al diablo—, ella dijo:

—No se trata de saber el que las máquinas conocen cosas de ti que no le dirías ni siquiera a tu enderezador, y menos aún a tu pareja o jefe. Es el no saber cuáles son las cosas que saben de ti.

—Suidac. La cantidad de gente que he visto desestabilizarse por este tipo de incertidumbre, y llegar hasta la paranoia.

—¿Suidac?

—Oh, veo que no sigues el hockey.

—De tanto en tanto, pero no soy lo que tú llamarías una aficionada.

—Yo tampoco, pero uno tiene que estar en el circuito. Viene del francés. Bajó al sur con los jugadores de hockey canadienses. Es una corrupción de *je suis d'accord*. Creía que todo el mundo lo sabía.

Antes de poder contener su lengua, y entre incontenibles deseos de mordérsela, ella había dicho ya:

—¡Oh, sí! He oído a Kate decírselo alguna vez a sus amigos.

—¿A quién?

—Oh... a mi hija. —Y se echó a temblar, imaginando la inevitable continuación:

No sabía que tuvieras una hija. ¿Está en la escuela superior?

No... esto... en la universidad de Kansas City.

Seguido todo por un breve silencio lleno de sustracciones que fijarían con bastante aproximación su localización en la escala de edades.

Pero aquel hombre, con tacto exquisito, simplemente se echó a reír.

—Deja de preocuparte. Lo sé todo acerca de ti. ¿Crees que he conseguido tanto champán basándome únicamente en especulaciones?

Aquello encajaba. Al cabo de pocos segundos, también ella estaba riendo. Cuando se recuperó dijo:

—¿Vendrías realmente a Kansas City?

—Si tú puedes permitirte.

—La ITE puede permitirse cualquier cosa. ¿Cuál es normalmente tu especialidad?

—Racionalizador de sistemas.

Los ojos de la mujer se iluminaron.

—¡Fantástico! Acabamos de perder a nuestro jefe de departamento de esta especialidad. Rompió su contrato y... Espera, tú no sabías también eso, ¿verdad? —repentinamente suspicaz.

Él negó con la cabeza, conteniendo un bostezo.

—Nunca tuve ninguna razón para sondear a la ITE antes de conocerte.

—No. Por supuesto que no. ¿Qué te atrajo hacia tu especialidad, Sandy?

—Supongo que mi padre era un fanático del vifono, y yo heredé sus genes.

—Quiero una respuesta sincera.

—No lo sé. A menos que se trate de ese sentimiento insidioso de que la gente está equivocada cuando dice que los seres humanos ya no pueden seguir el ritmo del mundo, y que debemos dejarlo todo en manos de las máquinas. No siento el menor deseo de quedarme colgado hasta secarme •n una rama muerta del árbol de la evolución.

—Yo tampoco. De acuerdo, te llevaré conmigo a Kansas City, Sandy. Creo que tu actitud es saludable. Y un poco de aire fresco nos sentará bien.

VENDIDO AL HOMBRE EN LA CÚSPIDE

—No estoy suplicándole. El tipo ese tiene una velocidad de escape endiablada. Y nos falta un racionalizador de sistemas desde que Kurt nos dejó colgados, y no quiero criticar a George pero esa falta ha hecho que mi trabajo se convierta a veces en una cama de clavos... y el de usted también, creo.

»Sí, y además ha sido él mismo quien ha pedido un período de prueba. Ocho semanas, quizá doce, para ver cómo se ambienta con el resto de nosotros.

«Precisamente en estos momentos está de vacaciones. Ya se lo dije: lo conocí en las Sea Islands. Puede usted localizarlo allí.

«Estupendo. Anote su código. 4GH...

PROGRAMA DE TRASLADO

La muralla de torres de mil metros que rodeaban el Aeropuerto Continental tenía dos brechas, que —por una vez— no recordaban edificios que habían sido derribados en disturbios o tribalizados, sino los lugares donde se habían estrellado la semana pasada dos aparatos, el uno despegando y el otro aterrizando, cuyos repulsores se habían desplazado simultáneamente. Corría el rumor de que la razón del accidente podía hallarse en el lanzamiento de la última factoría orbital de las Industrias Tierra-

a-Espacio desde su campo al otro lado del río, en el estado de Kansas; al parecer alguien había olvidado notificar a las líneas aéreas del volumen y magnitud de la onda de choque. Se estaba llevando a cabo una investigación, pero de todos modos la ITE era demasiado poderosa en el país como para que de ella pudiera salir ninguna acusación de negligencia.

Pese a lo cual el resultado era un tema popular en las apuestas ilegales Delfi a corto plazo. Las apuestas legales, por supuesto, tenían prohibido predecir el veredicto de los tribunales.

Las fachadas de las restantes torres, fueran hogares u oficinas, eran tan lisas como las antiguas tumbas, e igual de téticas. En su mayor parte habían sido erigidas durante el período arquitectónico de empleo de paneles de desechos que había sufrido el mundo a principios de los años noventa. Este estilo se conocía con el halagador nombre de antideco, pero era demasiado insulso como para haberse hecho popular, y todo el mundo lo denominaba como el estilo de los «paneles de mierda». Dichas estructuras eran tan deshumanizadas como los ataúdes empleados para enterrar a las víctimas del Gran Terremoto de la Bahía, y derivaban de la misma causa. Los terribles daños sufridos cuando San Francisco, más la mayor parte de Berkeley y Oakland, se desmoronaron de la noche a la mañana, habían estado a punto de sumir el país en la bancarrota, de modo que todo, absolutamente todo lo que se diseñó a continuación lo fue con el menor número posible de ornamentos.

En un desesperado intento de hacer virtud de la necesidad, tales edificios habían sido construidos de forma «ecotárquica»... en otras palabras, estaban fuertemente aislados, incorporaban elaborados sistemas de reciclaje de desechos, cada apartamento estaba provisto de una zona llana exterior que recibía al menos algo de luz solar, supuestamente lo bastante amplia como para ser plantada de forma hidropónica con las suficientes verduras como para cubrir las necesidades de una familia media. La consecuencia había sido fijar en la mente del público la impresión de que cualquier edificio genuinamente eficiente debía ser severo, feo, indeseable y tético.

Parecía como si la necesidad fuera algo demasiado horrible como para que nadie se alegrara siendo virtuoso.

Gracias a algún hábil ajuste de ruta hecho por los ordenadores de la compañía aérea, su avión llegó unos cuantos minutos antes de la hora prevista. Ina le había dicho que acudiría a recibirle al vestíbulo principal, pero cuando emergió a él, con todo su cuerpo vibrando aún ligeramente, de la esclusa de descarga estática adosada a la puerta del aparato, no la vio por ningún lado.

No era propio de él perder aquellos minutos que iba a tener que esperar. Frotándose los brazos, reflexionando que, por muy eficiente, económico y no polucionante que fuera el despegue y el aterrizaje eléctrico de los aviones, resultaba condenadamente duro para los pasajeros cuando tenían que librarse de los voltios

acumulados, vio una flecha que indicaba el camino hacia los tableros públicos Delfi.

La mayor parte de sus pertenencias, compradas de modo que se ajustaran a su nueva identidad, iban directamente camino de la ITE. Pero llevaba consigo una bolsa de viaje que pesaba nueve kilos. Le quitó un autoportor directamente de debajo de las narices a una avinagrada mujer que le obsequió con una retahíla de maldiciones y — tras consultar la tabla de precios iluminada en su costado—, le acreditó el mínimo: 35 dólares por una hora de servicio. Las tarifas eran superiores aquí que en Toledo, pero eso era de esperar; el coste de la vida en Trianón, a un centenar de kilómetros de distancia, era el segundo más alto en todo el mundo.

Desde aquel momento hasta que expirara su crédito, la máquina llevaría su bolsa de viaje en sus blandas mandíbulas de plástico y le seguiría tan celosamente como un bien entrenado perro, al que realmente se parecía, hasta el extremo de estar programada para emitir un plañido cuando el tiempo alcanzara los 55 minutos, y un ladrido cuando alcanzara los 58.

A los 60, simplemente dejaría caer la bolsa y se marcharía.

Con el autoportor a sus talones, se detuvo para contemplar la alta pantalla del tablero, observando las cambiantes cifras con la facilidad de la mucha práctica. Miró primero a su sector favorito, la legislación social, y se sintió complacido al ver que había ganado dos apuestas, que cobraría pronto. Pese a toda la presión que había sido aplicada, el presidente no iba a conseguir pasar después de todo una ley previendo penas de prisión para aquél que calumniara a sus ayudantes directos... y si lo intentaba aquello iba a costarle la mayoría. Y los métodos rusos de enseñanza de las matemáticas iban a ser introducidos definitivamente en el país, puesto que el dinero aún seguía llegando pese a que las apuestas se habían reducido a cinco-a-cuatro. Bien, si el equipo de los Estados Unidos tenía intención de hacer un papel decente en las Olimpiadas Matemáticas, no quedaba otra alternativa.

Normalmente las diferencias eran escasas en aquel sector del tablero, excepto el diez-a-uno contra la adopción de la propuesta nueva enmienda a la Constitución que redefiniría las zonas electorales en términos de profesiones y grupos de edad en vez de en localización geográfica. Era algo que podía tener sentido, pero la gente aún no estaba preparada para ello. La próxima generación, quizá.

Dirigió su atención hacia el análisis social, que estaba ofreciendo muchas cifras dobles e incluso triples. Arriesgó mil dólares a la posibilidad de que el índice de delitos por adulto en la ciudad de Nueva York superara el diez por ciento aquel año; había estado oscilando alrededor del ocho durante un tiempo improbablemente largo, y la gente estaba perdiendo su entusiasmo, pero había un nuevo jefe de policía en el Bronx con una reputación de duro, y eso tenía que hacer elevar la cifra.

Y la sección de grandes avances tecnológicos estaba también herniosamente hinchada. En honor a los viejos tiempos, arriesgó otros mil dólares a la introducción de un gravi-transbordador entre la Tierra y la Luna antes de 2025. Aquella era una perpetua decepción. La idea era izar la carga fuera de la Luna mediante un cable

tendido hasta más allá del punto neutral y dejarla caer directamente al otro lado, al pozo gravitatorio de la Tierra, de modo que pudiera ser recogida libre de gastos. Las pruebas ya habían fracasado dos veces. Pero alguien en Nueva Zelanda estaba investigando sobre filamentos monocristalinos de kilómetro y medio de largo. Si se podía disponer de ellos...

Un par de viejos de rostro famélico, uno negro y el otro blanco, que evidentemente estaban allí no para viajar sino para pasar el rato, lo observaron hacer su apuesta. Estudiaron sus caras ropas, comprobaron su aspecto de bienestar financiero, y tras una breve discusión llegaron al acuerdo de arriesgar cincuenta dólares cada uno.

—Es mejor que las carreras de caballos —oyó decir a uno de ellos.

—¡A mí me gustaban los caballos! —objetó el otro, y se marcharon, las voces tensas, como si ambos desearan una buena descarga de tensión a través de una disputa pero ninguno se atreviera a iniciarla por miedo a perder a su único amigo.

¡Hummm! Me pregunto si los sistemas Delfi en Rusia, o en Alemania Oriental, estarán planteados sobre el esquema del mercado bursátil y los totalizadores de la misma forma en que obviamente lo están los nuestros. Sé que en China...

Pero en aquel momento captó con el rabillo del ojo la anotación de unas probabilidades que simplemente no pudo creer. ¿Uno a tres a favor de la optimización genética convirtiéndose en un servicio comercial en el año 2020, en vez de un privilegio reservado a los oficiales del gobierno, ejecutivos de las hipercompañías y billonarios? La última vez que había visto un tablero el índice estaba por encima de 200, independientemente del hecho de que el público lo estuviera claramente anhelando. Un descenso tan violento de las probabilidades tenía que deberse a alguna fuga de información. Uno de los mil y pico de empleados y «estudiantes» en Tarnover debía haber cedido a la tentación de vender un puñado de datos, y los científicos de una compañía en algún lugar debían estar intentando ajetreadamente convertir lo que aún era una vaga esperanza en una realizadora profecía.

A menos que...

¡Oh, no! ¿No era posible que supieran que alguien se les había escapado? Después de todo ese tiempo, después de esos seis mortales y odiosos años, ¿se ha descubierto el precioso secreto de mi escapatoria?

¡Era imposible que hubiera ninguna relación! Pero aún así...

El mundo osciló a su alrededor durante el espacio de media docena de martilleantes latidos de corazón. Alguien le empujó bruscamente; apenas fue capaz de darse cuenta de que se trataba de un economista, que llevaba cosido un distintivo de brillantes colores verde y blanco que decía: ¡MENOS ENERGÍA!... una de las personas que por principio declinaban utilizar su cuota de energía y hacían todo lo posible por convencer a las demás de no utilizar la suya. Se decía que había un gran número de economistas en Kansas City.

Entonces una alegre voz dijo:

—¡Sandy, encantada de verte...! ¿Ocurre algo?

Volvió en sí mismo con un enorme esfuerzo, sonriente, tranquilo, en condiciones de notar lo cambiada que estaba Ina de la imagen que había ofrecido en el complejo turístico. Llevaba un mono liso, liviano pero austero, en blanco y negro, y el largo pelo recogido con una redecilla. Tenía todo el aspecto del jefe de departamento haciéndole un favor especial a su recluta que estaba encajando en un nivel de la jerarquía superior a la media.

En consecuencia no la besó, ni siquiera estrechó su mano. Simplemente dijo:

—Hola. No, no ocurre nada. Excepto que acabo de comprobar el índice de probabilidades de mis apuestas a largo plazo. Una de estas mañanas voy a despertar con mi crédito completamente agotado.

Mientras hablaba, echó a andar hacia la salida. Ina, y el autoportor, siguieron sus pasos.

—¿Llevas algún equipaje? —preguntó la mujer.

—Sólo éste. Envié directamente el otro. He oído decir que disponéis de una gran zona de asentamiento ahí.

—Oh, sí. Posee un gran récord. Llevamos utilizándola durante diez años, y hasta ahora no hemos padecido ni una sola psicosis ambiental. Hablando de acomodación, hubiera debido preguntarte si planeabas traerte alguna casa contigo. En estos momentos disponemos de un lugar libre; no empezaremos a construir nuestra próxima factoría hasta septiembre.

—No, hacía ya muchos años que tenía mi casa, de modo que decidí venderla. De hecho, quizá haga construirme mi próxima aquí. Me han dicho que hay buenos arquitectos en Kansas City.

—Bueno, no sé. Yo prefiero meterme en un apartamento, pero alguien podrá aconsejarte en la fiesta.

—Preguntaré. ¿A qué hora está prevista?

—A las ocho. La sala de recepciones está en la planta baja, junto a la entrada. Todos tus colegas más importantes estarán ahí.

PARADOJA, PRÓXIMA PARADA DESPUÉS DEL SÉPTIMO INFIERNO

—No se debe a que ya haya tomado mi decisión el que no desee que me confundas con más hechos.

»Es debido a que no he tomado mi decisión. Tengo ya más hechos de los que puedo asimilar.

»Así que CÁLATE, ¿me oyes? ¡CÁLATE!

QUEDAN USTEDES ENCAJADOS

Aunque se trataba de un alojamiento estrictamente transitorio, difería sutilmente de una suite de hotel. Observó aprobadoramente los toques que lo hacían más parecido a un bien instalado apartamento privado. Una serie de paredes retráctiles podían subdividir la estancia principal de media docena de maneras, según los gustos. El decorado a su llegada era en tonos neutros: beige, azul pálido y blanco. Utilizó inmediatamente el interruptor que había al lado de la puerta para cambiarlos a un intenso verde oscuro, castaño y oro viejo. Esto se conseguía a través de luces situadas detrás de paneles translúcidos. Los electrodomésticos, tales como la trivi, la lavadora a inversión de polaridad y el electrotonificador unido a la bañera no eran del tipo básico que puede encontrarse en todas las cadenas hoteleras, sino la versión más cara de uso doméstico particular. Y quizá lo más importante de todo era que se podían abrir no sólo las cortinas, sino también las ventanas. Eso era un lujo que no se encontraba en los hoteles de hoy en día.

Por pura curiosidad abrió una, y se dio cuenta de que estaba contemplando por encima de las copas de unos árboles a la fuente de un rugiente ruido que hacía apenas un momento era completamente inaudible gracias a la super-eficiente insonorización.

¿Qué, por los infiernos...?

Seguido un momento más tarde por el pensamiento irónicamente contradictorio: ¿Qué, por los cielos...?

Una brillante luz, cegadora como un estallido de magnesio, ascendió hacia el cielo por encima de los árboles, y al rugido se le añadió el impacto del estallido. Apenas consiguió discernir la silueta en forma de aguja de una nave orbital monoplaza antes de que el resplandor le obligara a cerrar los ojos y a volverse, tanteando en busca del mecanismo de cierre de la ventana.

Sin duda debía tratarse de una de las naves de reparaciones de la ITE en su camino a la órbita. La compañía estaba orgullosa de su rápido y eficiente servicio post-venta, y puesto que incluso entonces tres de cada cuatro factorías orbitales eran proyectos hechos sobre demanda —cada semana nuevas industrias decidían subir a la órbita—, aquél era un elemento esencial en conservar su posición como empresa líder en el sector.

Posición que, de hecho, no era tan estable como los directivos de la ITE querían hacer que creyera el público. Había hecho averiguaciones. Entre las tareas que esperaba que le hieran asignadas, pese a que Ina no las había mencionado, se hallaba la penetración del equipo investigador de una compañía rival en los denominados olivers, alter egos electrónicos diseñados para ahorrar al propietario la tensión de ocuparse de todos sus contactos persona-a-persona. Una especie de contrafigura del antiguo nomenclátor romano, que susurraba discretamente datos al oído del emperador y le proporcionaba a éste la reputación de una formidable memoria. La ITE necesitaba seriamente una diversificación, pero antes de rematar la opción que

tenía sobre el trabajo de una pequeña compañía independiente en esa área, deseaba estar segura de que nadie más había alcanzado el estadio del lanzamiento comercial.

Sería apuntarse un gran tanto si podía conseguir una respuesta a los pocos días de haber empezado a trabajar.

Prosiguiendo su gira de inspección, descubrió, cuidadosamente embutido debajo de la cama, un aliviador de tensión con una probóscide reversible que podía ser sacada para afuera para uso femenino y metida para adentro para uso masculino... o no, según los gustos. Encima de ella había una pantalla pequeña pero de gran definición, cuyas imágenes cambiaban —decía una pequeña etiqueta— según una rotación de ocho días; también había unos auriculares y una mascarilla ofreciendo veinte olores.

Volviendo a colocar el instrumento en su caja esterilizada, decidió que tenía que experimentar con él al menos una o dos veces; después de todo, era algo muy apropiado al estilo de vida métete-a-fondo. Pero como máximo dos o tres veces. Las compañías como la ITE solían desconfiar de la gente que confiaba excesivamente en las máquinas en vez del contacto persona-a-persona. Y estarían vigilando.

Suspiró. Pensar que algunos individuos se sentían satisfechos (¿se sentían realmente?) con los placeres mecánicos... Pero quizá era mejor en algunos casos especiales: por ejemplo, con aquellas personas que tenían que establecer o profundos lazos emocionales o ninguno en absoluto, aquellas que sufrían profundas agonías cuando un cambio de empleo o un traslado a otra ciudad rompía sus conexiones, aquellas que se sentían más seguras cuando mantenían a sus colegas ocasionales a distancia.

Reflexionó, no por primera vez, en la buena suerte —muy camuflada— que representaba su propia incapacidad de un intenso compromiso emocional, hasta el punto de que se sentía completamente satisfecho con el mero afecto. Aquello era muy superior a la dominación transitoria a la que se había visto expuesto en su infancia, o la estricta impersonalidad mantenida durante su período de los diez a los veinte años en Tarnover.

Mejor no pensar en Tarnover.

Mientras tomaba una ducha, analizó su nueva situación. Iba a depender mucho de las personalidades de la gente a la que iba a conocer en la fiesta de bienvenida, pero todos iban a ser del buen tipo estable del métete-a-fondo, y por supuesto la naturaleza del trabajo era ideal para sus talentos. La mayoría de los sistemas comerciales eran sublógicos y significativamente redundantes, de modo que no iba a tener problemas en desenmarañar algunos nudos, ahorrando a la ITE un par de millones al año, probando así al mismo tiempo que era un buen escudriñador de sistemas. Dentro de unas pocas semanas iban a estar considerándolo como un recluta inestimable.

Mientras tanto, aprovechándose del status de la compañía, podría conseguir el acceso a las redes de datos que normalmente estaban protegidas. Este era el punto

principal de su venida a Kansas City. Deseaba —es más, necesitaba— una serie de datos que como sacerdote jamás se hubiera atrevido a sondear. Seis años era lo máximo que había sido capaz de planificar cuando había escapado de Tarnover, de modo que...

Salía del compartimiento de la ducha, tras ser secado por chorros de aire, cuando oyó el sonido de su circulación incrementarse enormemente en sus oídos: bump, bump, bump-bump, bump-bump, más rápido a cada segundo que pasaba. Aturdido, furioso, se aferró al borde del lavabo para sostenerse y captó un atisbo del rostro de Sandy Locke en el espejo de encima —desencajado, envejecido varias décadas en un instante— antes de comprender que no iba a ser capaz de llegar hasta los tranquilizantes que había dejado en la habitación. Iba a tener que quedarse allí y luchar a base de la respiración profunda tipo yoga.

Tenía la boca seca, su vientre estaba hinchado como la piel de un tambor, sus dientes querían castañetear pero no podían debido a que los músculos de su mandíbula estaban agarrotados, su visión oscilaba, y había una línea de calambres, brutal como si le estuvieran cortando con un cuchillo, ascendiendo a lo largo de su pantorrilla derecha. Y estaba helado.

Pero afortunadamente no era un ataque de los peores. En menos de diez minutos era capaz de llegar hasta sus inhaladores, y llegó a la fiesta con sólo tres minutos de retraso.

ENTRE 500 Y 2000 VECES AL DÍA

En algún lugar ahí afuera, una casa o un apartamento o una habitación de un hotel o un motel: hermosa, confortable, una concha dentro de la cual vivir.

Ido o sonado o simplemente en trance de volverse loco, alguien tiende la mano hacia el teléfono y marca el número más famoso del continente: los diez nueves que te ponen en contacto con el Oyente Silencioso.

Y le habla a una pantalla iluminada pero vacía. Es un servicio. Puesto que no impone penitencias, es más compasivo que el confesionario. Puesto que no pide retribuciones, es accesible para aquellos que no pueden acudir a la psicoterapia. Puesto que no ofrece consejos, es mejor que discutir con ese hijo (o hija) de puta que cree que él/ella sabe todas las respuestas y habla y habla hasta que sientes deseos de GRITAR.

En un cierto sentido, es como usar el I Ching. Es un medio de concentrar la atención sobre la realidad. Por encima de todo, proporciona una salida a todas las frustraciones que has estado intentando digerir por miedo de que, si llegan a enterarse de ellas, tus amigos te clasifiquen en la categoría de los fracasados.

SECUENCIA RETROCARNIVORA

Hoy, dijeron los impersonales instrumentos, sería aconsejable despertar completamente al sujeto; seguir con el trance mnemónico al que ha estado sometido durante los últimos cuarenta y dos días podría dañar su personalidad consciente. La recomendación fue bien recibida por Paul Freeman. Se sentía cada vez más intrigado por aquel hombre cuyo pasado había sido trazado siguiendo un rumbo tan improbable.

Por otra parte había una orden perentoria, directa de la Oficina Federal de Proceso de Datos, exigiéndole que remitiera un informe completo en el tiempo más breve posible. De ahí la inesperada visita de Hartz. Y el hecho de que hubiera permanecido allí durante todo un día de trabajo, cuando uno esperaría el típico esquema «hola-qué-interesante-adiós». Alguien en Washington debía estar barruntando algo... o en cualquier caso hallarse en una pendiente lo suficientemente resbaladiza como para necesitar resultados acerca de algo, fuera lo que fuese.

Llegó a un compromiso. Por un día hablaría de-persona-a-persona en vez de extraer simplemente hechos del almacén de la memoria.

Un cambio sería interesante.

—¿Sabe usted dónde está?

El hombre totalmente afeitado se humedeció los labios. Su mirada recorrió rápidamente la sala de desnudas paredes blancas.

—No, pero imagino que debe ser Tarnover. Siempre he imaginado habitaciones como ésta en ese bloque de acceso restringido con la fachada sin ventanas en el lado este del campus.

—¿Qué impresión le produce Tarnover?

—Me hace desear tenerle miedo. Pero sospecho que me han administrado algo que hace que esto sea imposible.

—Pero esa no fue la impresión que le produjo la primera vez que vino aquí.

—Infiernos, no. Al principio parecía algo maravilloso. ¿No era algo normal para un chico con mis antecedentes?

Tenía documentos de todo aquello: padre desaparecido cuando él tenía cinco años, madre resistiendo el golpe durante un año y luego esfumándose en los vapores del alcohol. Pero el muchacho era resistente. Decidieron que sería un chico de alquiler ideal: brillante, más bien tranquilo, con unos modales tolerables y de costumbres aseadas. Así pues, de los seis a los doce años, vivió en una sucesión de modernos, elegantes, a veces lujosos hogares ocupados por parejas casadas sin hijos contratadas desde otras ciudades para realizar una labor temporal. Generalmente fue querido por esos «padres», y una pareja consideró seriamente la posibilidad de adoptarlo, pero finalmente decidió no atarse permanentemente a un chico de otro color. De todos modos, se consolaron, estaba recibiendo una magnífica introducción

al estilo de vida métete-a-fondo.

Él pareció aceptar la decisión de buen grado. Pero varias veces después de eso, cuando se quedaba solo en casa por la noche (lo cual ocurría de hecho a menudo, puesto que era un buen muchacho y se podía confiar en él), iba al teléfono —con una sensación de horrible culpabilidad— y marcaba los diez nueves, como recordaba vagamente que hacía su madre, su auténtica madre, durante los terribles últimos meses antes de que algo empezara a ir mal dentro de su cabeza. Y le lanzaba a la pantalla en blanco una ininterrumpida retahíla de obscenidades y maldiciones. Y aguardaba tembloroso a la relajante voz anónima decir:

—Sólo yo he escuchado esto. Espero haber ayudado. Paradójicamente: sí, lo había hecho.

—¿Y la escuela, Haflinger?

—¿Era éste mi auténtico nombre...? No se moleste en responder: era una pregunta simplemente retórica. Nunca me gustó. Sonaba demasiado parecido a «half», como si estuviera condenado a ser siempre una mitad, a no conseguir ser nunca una persona completa. Y tampoco me gustaba Nick.

—¿Sabe por qué?

—Por supuesto que sí. Pese a todo lo que pueda decir mi informe en sentido contrario, tengo unos excelentes recuerdos juveniles. Infantiles también, de hecho. Muy pronto supe el significado de Auld Nick, la forma en que los escoceses llaman al diablo. También que el verbo «to nick» significa arrestar o a veces robar. Y por encima de todo Saint Nick. Nunca he conseguido descubrir cómo la misma ficción pudo haber dado nacimiento tanto a Santa Claus como a San Nicolás, el santo patrón de los ladrones.

—Quizá fuera un asunto de dar con una mano y tomar con la otra. ¿Sabe que en Holanda Sinter Klaas llevaba regalos a los niños en compañía de un negro que azotaba a aquellos que no se habían portado lo suficientemente bien como para merecer un regalo?

—Eso es nuevo para mí, y muy interesante, señor... señor Freeman, ¿no es así?

—Iba a contarme lo que recuerda de la escuela.

—Hubiera tenido que darme cuenta de que es inútil mantener una charla amistosa con usted. Está bien, la escuela. Era muy parecida a lo demás... los maestros cambiaban casi más aprisa que mis padres temporales, y cada recién llegado parecía tener una nueva teoría sobre educación, de modo que nunca aprendimos demasiado. Pero por supuesto en muchos aspectos era infernalmente peor que... esto... que en casa.

Las altas paredes. Las puertas custodiadas. Las clases con las paredes llenas de máquinas de enseñar estropeadas, aguardando a unos técnicos que nunca parecían llegar, inevitablemente vandalizadas al cabo de un par de días más allá de cualquier posibilidad de reparación. Los severos pasillos donde tan a menudo la arena hacía

rechinar las suelas de los zapatos con un crujiente beso, señalando el lugar donde se había derramado sangre. La sangre en el suelo fue suya tan sólo una vez; era listo, hasta el punto de ser considerado extraño debido a que seguía intentando aprender cuando todos los demás sabían que lo más juicioso era permanecer sentados inmóviles y aguardar a tener dieciocho años. Consiguió evitar todos los cuchillos, porras y pistolas excepto una vez, y su herida fue superficial y no dejó ninguna cicatriz.

En lo único en que no fue lo suficientemente listo fue en escapar. Autoritariamente, la Junta de Educación del Estado había dictaminado que debía existir al menos un elemento importante de estabilidad en la vida de un chico de alquiler; en consecuencia, tuvo que seguir en aquella misma escuela independientemente de dónde estuviera residiendo en aquellos momentos, y ninguno de sus padres temporales permaneció en las inmediaciones el tiempo suficiente como para luchar con éxito contra aquella regla.

Cuando tenía doce años llegó una maestra llamada Adele Brixham, que aún seguía intentándolo, lo mismo que él. Reparó en él en seguida. Antes de ser emboscada y violada en grupo y sobrecargada, debió enviar algún tipo de informe. Fuera como fuese, una semana más tarde o así la clase y el pasillo adyacente se vieron invadidos por un pelotón gubernamental, hombres y mujeres de uniforme llevando armas, redes y grilletes, y para variar encontraron a todo el mundo allí excepto a una chica que estaba en el hospital.

E hicieron tests que para variar no pudieron ser ignorados, porque alguien con ojos atentos y la pistola en la cartuchera estaba a tu lado para asegurarse. Nickie Haflinger derramó todos sus frustrados anhelos vocacionales en las seis horas que duró: tres antes, tres después de una comida vigilada servida en la misma clase. Incluso para ir al lavabo eras escoltado. Fue algo nuevo para aquellos chicos que aún no habían sido arrestados nunca.

Tras el CI y el CE —cociente empático— y los tests perceptuales y sociales, cosa de lo más habitual, vinieron los fuertes: tests de lateralidad, tests de reacción tardía, tests de dilemas abiertos, tests de juicios de valor, tests de sagacidad... ¡y éstos eran divertidos! Durante los últimos treinta minutos de la sesión estaba simplemente borracho con la noción de que cuando ocurría algo que nunca le había ocurrido antes, un ser humano puede tomar la decisión correcta acerca del resultado, ¡y que esa persona podía ser Nickie Haflinger!

La gente del gobierno había traído consigo un ordenador portátil. Poco a poco fue consciente de que cada vez que funcionaba la impresora, más y más de los desconocidos vestidos de gris le miraban a él en vez de a los otros chicos. Los demás se dieron cuenta también de lo que estaba pasando, y sus rostros empezaron a llenarse con esa expresión que había aprendido a reconocer hacía mucho tiempo: ¡Hoy, después de la clase, le arrancaremos el agujero del culo con la punta de un cuchillo!

Temblaba tanto de terror como de excitación cuando terminaron las seis horas, pero no había sido capaz de dejar de meter en los tests todo lo que sabía y lo que

había podido adivinar.

Pero no hubo ningún ataque, ninguna bedecación por las calles entre la escuela y su hogar actual. La mujer que estaba a cargo de todo cerró el ordenador y volvió bruscamente la cabeza hacia él, y tres hombres con la pistola en la mano se situaron a su alrededor, y uno le dijo con una voz amable:

—Quédate aquí, hijo, y no te preocupes.

Sus compañeros de clase se fueron, lanzando miradas de desconcierto por encima de sus hombros y pateando furiosos los batientes de la puerta mientras salían. Más tarde otro chico fue bedeado —la palabra provenía de «B-y-D», búsqueda y destrucción—, y perdió un ojo. Pero por aquel entonces él ya había llegado a casa en un coche del gobierno.

Les explicaron cuidadosamente, a él y a sus «padres», que iba a ser requisado al servicio de su país bajo la regulación especial número tal-y-tal dictada por la Secretaría de Defensa bajo autorización de la cláusula número tantos de una determinada Ley del Congreso... no captó todos los detalles. Estaba como mareado. Le prometieron que por primera vez en su vida podría quedarse allá donde iba a ir tanto tiempo como quisiera.

A la mañana siguiente despertó en Tarnover, y pensó que había sido transportado a medio camino del cielo.

—Ahora me doy cuenta de que era un infierno. ¿Por qué está usted solo? Tenía la vaga impresión de que cuando me despertaran iba a encontrar aquí a dos personas, pese a que era usted quien hablaba durante todo el tiempo. ¿Hay normalmente alguien más aquí?

Freeman agitó negativamente la cabeza, sin apartar los ojos del otro.

—Pero lo ha habido. Estoy seguro de ello. Dijo algo acerca de la forma en que estoy siendo tratado. Dijo que se sentía asustado.

—Sí, eso es cierto. Tuvo usted un visitante, que se sentó aquí durante el interrogatorio del otro día, y dijo eso. Pero no trabaja en Tarnover.

—El lugar donde uno toma lo improbable por seguro.

—Por decirlo así.

—Entiendo. Recuerdo una de mis historias divertidas favoritas de cuando era un muchacho. No la he contado desde hace años. Con un poco de suerte está tan pasada de moda que le aburrirá. Parece que una compañía petrolífera, allá en los... oh, pongamos los años treinta del siglo pasado, deseaba impresionar a un jeque. Así que enviaron a buscarlo con un avión, en un tiempo en el que había muy pocos de éstos y eran algo casi desconocido en aquella parte del mundo.

—Y cuando estaban a tres mil metros de altitud, y él se mostraba perfectamente tranquilo y sereno, le preguntaron: «¿No se siente usted impresionado?» Y el jeque dijo: «¿Quieren decir que no se supone que este aparato pueda hacer esto?» Sí, conozco la historia. La he leído en su dossier.

Hubo una corta pausa llena de velada tensión. Finalmente, Freeman dijo:

—¿Qué es lo que le convenció de que estaba usted en el infierno?

Tras las carreras pedestres, las carreras de armamentos; tras las carreras de armamentos...

El epigrama de Angus Porter era algo más que un chiste refinado para ser citado en fiestas. Pero muy poca gente se daba cuenta de lo auténticamente real en que se había convertido aquel bon mot.

En Tarnover, en Crediton Hill, en un agujero perdido en las Rocosas que nunca había conseguido identificar más allá de su nombre-código de «Caldero Eléctrico», y en otros lugares esparcidos desde Oregón hasta Luisiana, había centros secretos con tareas especiales. Estaban dedicados a explotar genios. Sus antepasados podían rastrearse hasta los primitivos «depósitos de cerebros» de mediados del siglo xx, pero tan sólo en el sentido en que los ordenadores a base de semiconductores descendían del analizador Hollerith de fichas perforadas.

Cada superpotencia, y un gran número de naciones de segunda y tercera fila, poseían centros similares. La carrera de cerebros se estaba corriendo desde hacía décadas, y algunos países habían entrado en ella con una cabeza de ventaja. (El retruécano era popular, y olvidable).

En Rusia, por ejemplo, se había hecho desde siempre una gran publicidad a las Olimpiadas Matemáticas, y era un gran signo de honor el ser aceptado para estudiar en Aka-diemgorodok. En China también, la simple presión demográfica había obligado a dar un paso adelante de la improvisación ad hoc predeterminada hacía mucho tiempo por las directrices marxistas-maoistas hacia técnicas administrativas óptimas, empleando una forma de análisis matricial de impacto cruzado al cual estaba particularmente bien adaptado el idioma Chino. Mucho antes del cambio de siglo se había sistematizado un esquema que había demostrado tener un inmenso éxito. Se enviaron a todas las comunas y aldeas pequeñas un paquete de tarjetas postales mostrando ideogramas relativos a los cambios programados, tanto sociales como tecnológicos. Mezclando y tratando los símbolos en combinaciones nuevas, se generaban automáticamente ideas nuevas, y la gente discutía largamente las implicaciones en una serie de reuniones públicas y delegaba a uno de sus miembros para que resumiera sus puntos de vista y los informara a Pekín. Era algo económico y sorprendentemente efectivo.

Pero no funcionó en ningún idioma occidental excepto el esperanto.

Los Estados Unidos entraron en la carrera a gran escala muy tarde. Hasta que la nación no se encontró tambaleándose bajo el impacto del Gran Terremoto de la Bahía no aprendió la lección de que la economía no podía absorber desastres de aquella magnitud... y mucho menos un ataque nuclear que exterminaría a millones de personas. De todos modos, incluso entonces, se necesitaron años para que el paso del músculo al cerebro fuera algo efectivo en Norteamérica.

En algunos aspectos el cambio siguió siendo incompleto. En el Caldero Eléctrico la preocupación primaria seguía siendo el armamento... pero al menos los principales esfuerzos se dedicaban a la defensa en su sentido más literal, no al contraataque o a las estrategias preventivas. (El nombre, por supuesto, había sido elegido a partir del principio de la sartén y el fuego).

Sin embargo, en Crediton Hill se plantearon nuevos conceptos. Allí, los analistas más cualificados estudiaban constantemente las apuestas Delfi nacionales a fin de mantener un índice elevado de pacificación nacional. Tres veces desde 1990 los agitadores habían llegado al borde de una revolución cruenta, pero cada vez habían sido abortados. Lo que normalmente anhelaba el público podía deducirse observando las apuestas, y podían darse pasos para asegurar que lo que era factible fuera hecho. Era una tarea que requería toda la habilidad de los principales elementos del AMIC para asegurarse de que, cuando el gobierno actuara modificando artificialmente las apuestas Delfi para distraer la atención de algo no deseable, no se produjeran reacciones imprevisibles que dieran al traste con todo el conjunto.

Y el más reciente de todos era el trabajo ultrasecreto en Tarnover y en esos otros centros de cuya existencia, pero no de sus nombres, era uno consciente. ¿Su finalidad? Echar mano antes de que lo hiciera cualquier otro a los elementos genéticos de la sabiduría.

—Hace usted que la palabra sabiduría suene como algo sucio, Haflinger.

—Quizá estoy de nuevo por delante de mi época. Lo que están haciendo ustedes aquí va a degradar el término, y no dentro de mucho.

—No voy a perder el tiempo diciendo que no estoy de acuerdo. Si no fuera así no estaría aquí ahora. Pero quizá pueda definir usted lo que entiende por esa palabra.

—Mi definición es la misma que la de usted. La única diferencia es que yo quiero decir lo que digo, y usted lo manipula. Lo que puede hacer un hombre sabio, y no puede hacer alguien que simplemente sea listo, es emitir un juicio correcto acerca de una situación sin precedentes. Un hombre sabio jamás se verá abrumado por el estilo de vida méte-te-a-fondo. Nunca necesitará ir a que lo reajusten en un hospital mental. Se adaptará a los cambios de la moda, al ir y venir de las expresiones de éxito, a toda la confusión ultrasónica que caracteriza a nuestra sociedad del siglo XXI, del mismo modo que un delfín cabalga ante la proa de un barco, siempre a la cabeza pero siempre en la dirección correcta. Y disfrutando enormemente con ello.

—Hace usted que suene como algo eminentemente deseable. Así que, ¿por qué se opone a nuestro trabajo?

—Porque lo que se está haciendo aquí, y en todas partes, no está motivado por el amor o la sabiduría, o por el deseo de convertirlo en algo al alcance de todo el mundo. Está motivado por el terror, la sospecha y la avidez. Usted, y todos los que están por encima y por debajo de usted, desde el conserje hasta... ¡infiernos, probablemente hasta el propio presidente en persona, y más allá de él incluso hasta los hombres que tiran de los hilos del presidente!... todos ustedes tienen miedo de

que algún otro haya podido encontrar ya ese elixir de la sabiduría mientras ustedes siguen aún rebuscando al nivel de la estupidez. Están tan asustados de que puedan haber hallado la respuesta en Brasil o en Filipinas o en Ghana, que ni siquiera se atreven a preguntar. Esto me pone enfermo. Si hay una persona en el planeta que tenga la respuesta, si hay siquiera la sombra de una posibilidad de que esa persona exista, entonces lo único cuerdo que puede hacer uno es sentarse a su puerta y aguardar hasta que él tenga tiempo de hablar contigo.

—¿Cree usted que hay una respuesta... una, y sólo una?

—Infiernos, no. Lo más probable es que haya miles. Pero lo que yo sé es esto: durante tanto tiempo como ustedes estén decididos a ser los primeros en alcanzar la, o una, solución, fracasarán en encontrarla. Mientras tanto, otra gente con otros problemas se sentirá humildemente satisfecha de que las cosas no sean tan malas este año como lo fueron el año pasado.

En China... Uno siempre empieza con China. Era el país más poblado del planeta, así que era un punto de partida lógico.

En un tiempo había habido Mao. Luego siguió el Consorcio, que era más bien un interregno, la Revolución Cultural redoblada sin alharacas (excepto que la burda traducción de «Revolución Cultural» era flagrantemen te errónea, y que la gente implicada en ella entendía el término más bien como algo parecido a «revaluación desgarrante»), y luego siguió Feng Soo Yat... muy repentinamente, y de forma tan poco previsible que en los tableros Delfi de asuntos extranjeros las apuestas a favor de China desmoronándose en medio de la anarquía y la violencia subieron a trescientos en contra en tres días. Era el summum del hombre sabio oriental: joven, sin haber cumplido aún, según todos los informes, los cuarenta años, y sin embargo capaz de manejar su gobierno con unos toques tan delicados y tan inspirados que jamás necesitaba explicar o justificar sus decisiones. Simplemente funcionaban.

Parecía como si hubiera sido entrenado a desplegar su buen juicio; parecía como si hubiera sido educado especialmente para poseerlo. Una cosa era segura: no había vivido lo suficiente como para dejar que fuera acumulándose con el tiempo en él.

No si había empezado allá donde suele empezar todo el mundo.

En Brasil, también, no había habido más guerras religiosas desde que Lourenço Pereira —fuera quien fuese— había tomado el poder, y ése había sido un sorprendente contraste al período del cambio de siglo, cuando católicos y macumbas se habían lanzado a terribles batallas en las calles de Sao Paulo. Y en las Filipinas las reformas introducidas por su primera presidenta, Sara Castaldo, habían reducido su terrible índice anual de asesinatos a la mitad, y en Ghana, cuando el Premier Akim Gomba dijo que había que limpiar la casa, todo el mundo empezó a limpiar la casa y se rió y se congratuló, y en Corea desde el coup de Inn Lim Park había habido un notable descenso en el número de vuelos charter llenos de la hez y la escoria que hasta entonces llegaban en número de tres o cuatro al día procedentes de Sydney,

Melbourne y Honolulu, y... y hablando en líneas generales parecía que la sabiduría estaba incrementándose en los lugares más insospechados.

—Así que se siente usted impresionado por lo que ha estado ocurriendo en otros países. ¿Por qué no desea usted que su propio país se beneficie de... digamos de una pequeña inyección de sabiduría?

¿Mi propio país? Yo nací aquí, por supuesto, pero... No importa; hoy en día ésta es una discusión pasada de moda, sospecho. El asunto es que lo que aquí se está haciendo querer pasar como sabiduría no lo es en absoluto.

—Presiento que el debate va a ser largo. Quizá debiéramos empezar de nuevo mañana.

—¿En qué situación voy a hallarme?

—En la misma que hoy. Estamos acercándonos al punto en el cual se vio usted definitivamente sobrecargado. Deseo comparar sus recuerdos conscientes e inconscientes de los acontecimientos que condujeron al climax.

—No intente engañarme. Quiere decir que ya se ha cansado de hablar con un autómeta. Soy más interesante cuando estoy completamente despierto.

—Al contrario. Su pasado es mucho más intrigante que su presente o su futuro. Estos dos últimos están completamente programados. Buenas noches. No sirve de nada el que le diga «felices sueños»... esos están programados también.

FACTORES CONOCIDOS QUE CONTRIBUYERON A LA DESERCIÓN DE HAFLINGER

El tímido, tranquilo y reservado muchacho que llegó a Tarnover había pasado tanta parte de su infancia siendo cambalacheado de unos a otros «padres» que había desarrollado una adaptabilidad camaleónica. Le habían gustado casi todos sus «padres» y «madres» —cosa que no es de extrañar, dado el cuidado computerizado con que los niños eran encajados con los adultos— y, aunque brevemente, se había visto expuesto a un enorme abanico de intereses. Si a su actual «papi» le gustaba el deporte, se pasaba horas con el fútbol o el béisbol; si su «mami» tenía afición a la música, cantaba con su acompañamiento, o hacía escalas en el teclado... y así.

Pero nunca había permitido que nada le interesara profundamente. Hubiera sido peligroso, tan peligroso como sentir amor hacia alguien. En su siguiente casa no hubiera podido continuar con aquello.

Al principio, pues, se sintió inseguro acerca de sí mismo: desconfiado de sus compañeros de estudios, entre los cuales era uno de los más jóvenes —la mayoría estaban en los quince años—, y excesivamente formal cuando hablaba con los miembros docentes. Tenía una vaga imagen mental de los establecimientos gubernamentales, basada en los retratos de la trivi y las películas de las escuelas de cadetes y las bases del ejército. Pero no había nada militar en absoluto en Tarnover.

Había reglas, naturalmente, y entre los estudiantes se habían ido desarrollando algunas tradiciones pese a que el lugar había sido fundado hacía tan sólo una década, pero eran observadas de una forma casual, y la atmósfera era, no amistosa, pero sí de camaradería. Había una sensación de gente unida en un empeño común, de una búsqueda compartida; en pocas palabras, había una sensación de solidaridad.

Era una novedad tan grande para Nickie que le tomó meses darse cuenta de lo mucho que le gustaba.

Por encima de todo, le encantaba conocer a gente, no sólo adultos sino también muchachos, que obviamente sentían amor hacia el conocimiento. Acostumbrado a mantener la boca cerrada en clase, a imitar la hosca obstinación de sus compañeros de estudios debido a que había visto lo que les ocurría a aquellos que mostraban sus conocimientos, se sintió sorprendido y por un tiempo incluso inquieto por todo esto. Nadie intentaba presionarle. Sabía que estaba siendo observado, pero eso era todo. Se le había dicho lo que podía hacer, y sus instrucciones se detenían allí. Con tal de que hiciera alguna de las doce o veinte cosas que le habían dicho, ya era suficiente. Más tarde ni siquiera se vería obligado a escoger de una lista. Podría hacer lo que quisiera.

De pronto, algo hizo clic en él. Su mente zumbó como una colmena con nuevos y fascinantes conceptos: menos uno tiene raíz cuadrada, hay cerca de mil millones de chinos, un árbol de Shannon comprime un quince por ciento el inglés escrito, así es como funcionan los tranquilizantes, la palabra «okay» procede del uolof uaukey que significa «por supuesto» o «seguro»...

Su cómoda habitación particular estaba equipada con una terminal de ordenador; había centenares de ellas por todo el campus, más de una por cada persona que vivía allí. La utilizó vorazmente, asimilando enciclopedias de datos.

Rápidamente estuvo convencido de lo necesario que era para su país y no otro el ser el primero en aplicar la sabiduría al gobierno del mundo. Con unos cambios tan radicales y rápidos, ¿qué otra cosa podía servir? Y si una cultura represiva y no libre pasaba delante...

Estremeciéndose al recordar lo que la vida bajo un sistema carente de sabiduría le había hecho, Nickie estuvo listo para ser persuadido.

Ni siquiera le preocupaban las muestras de tejido cerebral que les tomaban dos veces por semana tanto a él como a todos los demás estudiantes. (Hasta más tarde no empezó a poner entre comillas la palabra «estudiante» y a pensar en sí mismo y en los demás como en «cobayas»). La operación se efectuaba mediante una microsonda, y la pérdida era de unas insignificantes cincuenta células.

Y se sintió impresionado hasta casi la maravilla por la dedicación de los biólogos que trabajaban en el grupo de edificios de aspecto anónimo en el lado este del campus. Su indiferencia era increíble y un poco alarmante, pero su finalidad parecía admirable. El injerto de órganos era asunto de rutina para ellos... corazón, riñones, pulmones. Hacían los trasplantes de una forma tan impersonal como un mecánico pondría una pieza de repuesto a un motor. Ahora iban tras metas más ambiciosas:

sustitución completa de miembros con funciones sensoras y motoras, restauración de la vista a los ciegos, gestación externa de los embriones... De tanto en tanto, sin darse cuenta de lo que implicaban los eslóganes, Nickie había leído anuncios en grandes titulares encabezados por COMPRAMOS BEBÉS NONATOS y ¡NOSOTROS NOS HACEMOS CARGO DE SUS ABORTOS! Pero hasta que llegó a Tarnover no vio realmente a los camiones de fetos del gobierno descargando su mercancía de bebés incompletos indeseados.

Aquello lo turbó un poco, pero no le resultó difícil decidir que era mejor para los niños aún no nacidos venir aquí y ser útiles en las investigaciones que arder en el incinerador de un hospital.

Después de aquello, sin embargo, no se sintió tan interesado en la genética como se había sentido al principio. Pudo ser muy bien coincidencia, por supuesto; la mayor parte del tiempo se lo pasaba perfilando ansiosamente su incompleto cuadro del mundo moderno, concentrándose en historia, sociología, geografía política, religión comparativa, lingüística, y ficción en todas sus formas posibles. Sus instructores se sentían complacidos con él, y sus compañeros estudiantes envidiosos: ya que él era uno de los afortunados, uno de los que iba a tener un largo, largo camino por delante.

Ya había graduados de Tarnover en el mundo exterior. Aunque no muchos. Para hacer subir el número de estudiantes a su número actual de setecientos se habían necesitado nueve años, y una gran parte del primitivo trabajo hecho allí se había perdido en el lado del error del método de tanteo y error inevitable en un sistema tan radicalmente nuevo como aquel. Pero eso ya había sido superado. A veces un graduado volvía para una corta visita, y expresaba su placer ante la fluidez con la que funcionaba ahora el establecimiento, y contaba historias entre tristes y alegres acerca de los errores que se habían cometido cuando él era aún estudiante allí. La mayoría eran consecuencia del prejuicio original de que era indispensable un elemento de rivalidad si se deseaba que la gente funcionara al máximo de eficiencia. Por el contrario, una de las características básicas de una persona sabia es la habilidad de comprender que la competición malgasta tiempo y esfuerzos. Surgieron algunas grotescas contradicciones antes de que el problema fuera solventado.

La existencia en Tarnover era aislada. Naturalmente las vacaciones eran algo permitido... muchos de los estudiantes tenían familias vivas, al contrario de Nickie. Muy a menudo alguno de sus amigos lo invitaba a su casa por Navidad o el Día de Acción de Gracias o el Día del Trabajo. Pero era muy consciente del peligro que representaba el hablar libremente con el exterior. No le habían obligado a prestar ningún juramento, no se había dictado ninguna norma de seguridad, pero todos los muchachos eran conscientes, e incluso se sentían orgullosos, de que la supervivencia de su país podía depender de lo que ellos estaban haciendo. Además, ser huésped en casa de otra persona le recordaba de una forma desagradable los viejos días. Así que nunca aceptaba una invitación que durara más de una semana, y siempre volvía agradecido a lo que ahora consideraba como su entorno ideal: el lugar donde el aire

estaba chasqueando constantemente con nuevas ideas, y donde sin embargo el esquema cotidiano de la vida era completamente estable.

Naturalmente, había cambios. Algunas veces un estudiante, o menos a menudo un profesor, desaparecía sin previo aviso. Había una frase para eso; se decía que «se había doblgado»... doblgado en el sentido de una viga abrumada por el peso o un árbol ante una tormenta. Un instructor presentaba su dimisión porque no se le permitía asistir a una conferencia en Singapur. Nadie simpatizaba con él. La gente de Tarnover no asistía a congresos en el extranjero. Y muy raramente a los norteamericanos. Había razones sobre las que no debían hacerse preguntas.

Cuando cumplió los diecisiete años Nickie tuvo la impresión de que se le había compensado por toda su niñez. Sobre todo había aprendido afecto. No se trataba solamente de que tuviera chicas a su disposición... ahora era un joven de buena presencia, y un buen conversador, y por lo que le decían un buen amante. Más importante era el hecho de que la permanencia en Tarnover le había permitido ir más allá de simplemente gustarle los adultos. Había muchos instructores de Tarnover hacia los que sentía auténtico afecto. Era casi como si hubiera nacido tarde en el seno de una enorme familia. Tenía más parientes, y podía confiar más en ellos, que el noventa por ciento de la población del continente.

Y así llegó el día que...

La mayor parte de la educación impartida allí era la que te enseñabas tú mismo, con ayuda de los ordenadores y las máquinas de enseñar. Lo cual era lógico. El conocimiento que deseas adquirir antes de saber dónde acudir a buscarlo queda más grabado que el conocimiento que nunca has sabido que existiera. Pero de tanto en tanto surgía algún problema para el que la guía personal era indispensable. Habían pasado dos años desde que había sondeado la biología, y en conexión con un proyecto que estaba planeando en psicología de las comunicaciones necesitaba consejo sobre los aspectos fisiológicos de las recepciones sensoriales. La terminal del ordenador de su habitación no era la misma que había cuando había llegado, sino un modelo más nuevo y eficiente y que, como un chiste privado, había bautizado con el nombre de Roger, en honor al fraile Bacon y su cabeza parlante.

Le dijo en unos segundos que debía llamar al doctor Joel Bosch a la sección de biología mañana a las 10:00. No conocía personalmente al doctor Bosch, pero había oído hablar de él: sudafricano, emigrado a los Estados Unidos hacía siete u ocho años, había sido aceptado en el staff de Tarnover tras una larga y minuciosa evaluación de lealtad, y tenía fama de estar realizando un excelente trabajo.

Nickie se sintió dubitativo. Uno había oído hablar de los sudafricanos... pero por otra parte nunca había conocido personalmente a ninguno, de modo que dejó en suspenso su juicio.

Llegó a la hora exacta, y Bosch le hizo entrar y sentarse. Obedeció más con el tacto que con la vista, ya que su atención había sido inmediatamente atraída por...

por una cosa que había en un rincón de la espaciosa e iluminada oficina.

Tenía un rostro. Tenía un torso. Tenía una mano de apariencia normal que le nacía inmediatamente del hombro, otra mano semiatrofiada al extremo de un brazo delgadísimo y casi desprovisto de músculo, y nada de piernas. Descansaba en un complicado sistema de apoyos que mantenían su cabeza hipertrófica erguida, y le miraba con una expresión de celos indescriptible. Era como una parodia thalidomídica de una niña.

Solemne, afable, Bosch lanzó una risita ante la reacción de su visitante.

—Esa es Miranda —explicó, dejándose caer en su silla—. Adelante, mire todo lo que quiera. Está acostumbrada... o si no lo está a estas alturas, ya es hora que se decida a estarlo de una maldita vez.

—¿Qué...? —le fallaron las palabras.

—Es nuestro orgullo y nuestra alegría. Nuestro mayor logro. Y tiene usted el privilegio accidental de hallarse entre los primeros en saberlo. Lo hemos mantenido a un nivel muy discreto porque no sabíamos cuántos estímulos externos era capaz de resistir, y si dejábamos correr aunque fuera tan sólo un poco la voz íbamos a tener cola desde aquí hasta el Pacífico, pidiendo una oportunidad de verla. Cosa que todo el mundo podrá hacer, a su debido tiempo. La estamos ajustando al mundo a pequeñas dosis, ahora que sabemos que es en realidad un ser consciente. De hecho, tiene un CI comprobado equiparable como mínimo a la media, pero nos va a tomar un poco de tiempo idear una forma de enseñarla a hablar.

Mirando, hipnotizado, Nickie vio que una especie de mecanismo debajo de ella estaba bombeando lentamente, hinchándose y deshinchándose, a lo largo del deforme cuerpo, y que de él surgía una especie de tubo que iba a parar a su garganta.

—Por supuesto, aunque no hubiera sobrevivido tanto tiempo hubiera seguido siendo un hito importante en nuestro camino —prosiguió Bosch—. De ahí su nombre... Miranda, «algo de lo que maravillarse». —Sonrió ampliamente—. ¡La fabricamos! Es decir, combinamos los gametos bajo condiciones controladas, seleccionamos los genes que deseábamos y les mostramos el lugar correcto que debían ocupar durante el cruzamiento, la llevamos a buen término en una matriz artificial... sí, literalmente la fabricamos. Y hemos aprendido ya incontables lecciones de ella. La próxima vez el resultado deberá ser independientemente viable en vez de tener que depender de todos estos artilugios. —Un gesto amplio de su mano.

«Bien, vayamos al asunto. Estoy seguro de que no le importará que ella nos oiga. No comprende de lo que estamos hablando, pero está aquí, como ya le he dicho, para acostumbrarla a la idea de que hay montones de gente en el mundo en vez de solamente los tres o cuatro ayudantes que cuidan de ella. Según los ordenadores, desea usted un resumen rápido acerca de...

Mecánicamente, Nickie explicó la razón de su visita, y Bosch le obsequió con los títulos de una docena de recientes y útiles trabajos sobre temas relacionados con lo

que le interesaba. Apenas oyó lo que le decía. Cuando abandonó la oficina, regresó más tambaleándose que caminando a su habitación.

Aquella noche, a solas y sin poder dormir, se hizo a sí mismo una pregunta que no estaba en el programa, y siguió agónicamente el camino que le conduciría finalmente a una respuesta.

Conscientemente se daba cuenta de que no todo el mundo habría exhibido la misma reacción. La mayor parte de sus amigos se habrían sentido tan encantados como Bosch, habrían mirado a Miranda con interés en vez de consternación, hecho montones de preguntas agudas, y felicitado al equipo responsable de ella.

Pero durante la mitad de su vida antes de la edad de doce años, durante seis de sus años más formativos, Nickie Haflinger había sido más un mueble que una persona, y le gustara o no se había visto obligado a aceptarlo.

Como si se hubiera encontrado con el problema en uno de los tests al azar del tipo que formaban el elemento estándar de su educación —entrenar a la gente a ser tomada por sorpresa y reaccionar adecuadamente era una parte integral de la forma de pensar de Tarnover—, lo vio, literalmente lo vio, con el ojo de su mente. Estaba deletreado en el papel amarillo que utilizaban para «esta sección debe ser respondida en términos de cálculos de moralidad», distinguiéndolo del verde utilizado para administración y política, el rosa para pronosticación social, y así.

Pudo incluso imaginar el tipo de letra en el que estaba impreso. Y leyó:

Distíngase entre (a) la fundición de una mena de mineral que podría haberse convertido en una herramienta para fabricar un arma y (b) la modificación del plasma germinativo que podría haber sido una persona a fin de fabricar una herramienta. No prolongue su respuesta más allá de la línea negra gruesa.

Y la respuesta, la odiosa y horrible respuesta, que podía resumirse así:

Ninguna diferencia. Ninguna distinción. Ambas son perversas.

No quería creer en esa conclusión. Aceptarla por su valor facial implicaba renunciar a todo lo que había sido más precioso en su corta vida. Tarnover se había convertido en su hogar en un sentido más total de lo que nunca antes hubiera imaginado que fuera posible.

Pero se sentía insultado, ensuciado hasta la médula de sus huesos.

Pensé que estaba aquí para convertirme en yo mismo con la perfección. Ya no me siento seguro de que sea así. Supongamos, sólo supongamos, que estoy aquí para convertirme en la persona que se considere más utilizable...

Miranda murió; sus apoyos vitales no eran ni con mucho perfectos. Pero fue reencarnada en numerosos sucesores, e incluso cuando no había ninguno a su alrededor, su imagen seguía atormentando a Nickie Haflinger.

En privado, porque temía fracasar en explicarlo si hablaba acerca de aquello a sus

amigos, siguió luchando con los ramificados tentáculos del problema.

La palabra perverso había brotado impremeditadamente; la había aprendido en su infancia, muy probablemente de su madre, de la que recordaba confusamente que era una devota Pentecostalista o Bautista o algo así. Sus posteriores padres temporales habían sido todos demasiado educados como para utilizar ese tipo de palabras delante de un niño. Sus casas contenían terminales de ordenador que proporcionaban acceso a todos los datos más recientes relativos a niños.

Así que, ¿qué significaba la palabra? ¿Qué, en el mundo moderno, podía ser identificado como algo malvado, una abominación, algo erróneo? Se debatió en busca de una definición, y encontró la clave final en su repaso de lo que había dicho Bosch. Habiendo descubierto que Miranda era un ser consciente con un CI cercano a la media, no le habían concedido un piadoso descanso. Ni siquiera la habían mantenido ignorante del mundo, de modo que no tuviera un estándar de comparación entre su existencia y la de los individuos móviles, activos, libres. En vez de ello, la habían exhibido en público para que «se acostumbrase a que la contemplaran». Como si su concepto de la personalidad empezara y terminara con lo que podía ser medido en los laboratorios. Como si, capaces ellos mismos de sufrir, no le concedieran la menor realidad al sufrimiento de los demás. «El sujeto ha exhibido una respuesta de dolor.»

Pero no, bajo ninguna circunstancia, nosotros le hemos producido ese dolor.

Exteriormente, su conducta durante sus segundos cinco años en Tarnover fue compatible con la que había llevado anteriormente. Tomaba tranquilizantes, pero eran prescritos para él del mismo modo que lo eran para la mayoría de los de su grupo de edad. A veces era llamado a sesiones de control tras una discusión con sus instructores, pero eso era algo que les ocurría también a la mitad de sus compañeros. Cuando fue rechazado por una chica, vaciló al borde de la histeria, pero las típicas tempestades emocionales de la adolescencia se veían amplificadas en aquel ambiente cerrado. Todo encajaba dentro de los parámetros normales.

Una sola vez —literalmente una sola vez— se encontró con que no podía seguir resistiendo la presión, e hizo algo que, de haber sido descubierto, le hubiera valido no sólo la expulsión sino también muy probablemente una operación de borrado de memoria. (Se rumoreaba... Pero era un rumor que nunca había podido confirmarse).

Desde un vifono público en la estación del autorraíl que unía Tarnover con la ciudad más próxima llamó al Oyente Silencioso, por primera vez en años, y durante una tenebrosa y solitaria hora vació todos los secretos de su corazón. Fue una catarsis, una purga. Pero mucho antes de regresar a su habitación estaba temblando, atormentado por el temor de que la famosa promesa del Oyente Silencioso («¡Sólo yo he oído esto!») pudiera no ser cierta. ¿Cómo podía serlo? Desde Cañaveral los oídos-zarcillos de los ordenadores federales se entretejían por toda la sociedad como micelios. Ningún lugar podía ser inmune. Permaneció toda la noche despierto, aterrorizado, esperando que su puerta se abriera de golpe y unos hombres silenciosos

e impasibles lo tomaran bajo arresto. Al amanecer había llegado a pensar incluso en suicidarse.

Milagrosamente, como consecuencia de aquello no se produjo ningún desastre, y una semana más tarde aquel horrible impulso había recedido en su memoria, convirtiéndose en algo tan vago como un sueño. Lo que siguió recordando vividamente, sin embargo, fue su terror.

Decidió que sería la última vez que se comportaría de una forma tan estúpida.

Poco después empezó a concentrarse en técnicas de proceso de datos a expensas de sus otros temas de estudio, pero aproximadamente uno de cada cuatro de sus compañeros habían evidenciado por aquel entonces una preferencia hacia alguna especialidad, y aquél era un talento valioso. (Le habían explicado que en términos de la teoría de caminos medios de n variables, administrar a los trescientos millones de personas de Norteamérica era un problema definido; sin embargo, como con el ajedrez o las vallas, no era bueno que le dijeran a uno que tenía que haber un juego perfecto si el universo no iba a durar lo suficiente como para encontrarlo por el método del tanteo).

Cuando había llegado se había mostrado reservado y contenido. No era extraño que, después de un gesto hacia una mayor apertura, volviera a sus viejos hábitos solitarios. Ni sus maestros ni sus amigos sospecharon que se había reorientado con una finalidad. Deseaba salir de allí, y no se suponía que hubiera una salida.

El tema nunca era planteado abiertamente, pero había constantes alusiones de que el coste de un estudiante en Tarnover representaba al presupuesto federal un gasto aproximado de tres millones de dólares al año. Lo que durante el siglo pasado se había gastado en misiles, submarinos, el mantenimiento de bases en ultramar, era ahora generosamente empleado en esos establecimientos secretos. Y se sabía de la forma sutil en que suelen saberse esas cosas que una de las condiciones para permanecer allí era que a fin de cuentas uno iba a tener que devolverle al gobierno algo a cambio de su inversión. Todos los graduados que venían de visita estaban haciendo eso.

Pero gradualmente se había ido infiltrando en la mente de Nickie que había allí algo fuera de lugar. ¿Era toda aquella gente sincera... o insensible? ¿Eran patriotas... o hambrientos de poder? ¿Eran dedicados... o ciegos?

Decidió que en algún momento, más pronto o más tarde, antes de someterse al pago de por vida que le exigirían de la deuda que estaba contrayendo, se libraría el tiempo suficiente como para adquirir una visión imparcial del asunto y decidir lo que estaba bien y lo que estaba mal en la carrera de cerebros.

Eso fue lo que le puso sobre la pista de lo que más tarde descubrió era el código 4GH.

Dedujo de los principios de que disponía que tenía que existir una forma por la cual personas autorizadas pudieran abandonar una antigua identidad y asumir otra

nueva, sin que se les hicieran preguntas. La nación estaba estrechamente interconectada en una red de canales de datos entrecruzados, y un viajero en el tiempo del siglo pasado se sentiría horrorizado por el grado al cual la información confidencial se había vuelto accesible a cualquier desconocido capaz de sumar dos más dos. («Las máquinas que hacen más difícil engañar en la declaración de impuestos pueden también hacer que la ambulancia que acuda a recogerle a usted tras un accidente de coche lleve la sangre del grupo adecuado. ¿Y bien?»).

Sin embargo, era bien sabido que no eran tan sólo los informantes de la policía, los agentes del FBI y los contraespías los que proseguían con sus asuntos secretos, sino también los espías comerciales, los agentes de los partidos repartiendo sobornos de millones de dólares, los intermediarios que servían a los propósitos carnales de las hiper-compañías. Seguía siendo cierto que si eras lo suficientemente rico o sabías llamar a la puerta adecuada, podías escabullirte y defraudar. La mayoría de la gente estaba resignada a vivir completamente a un nivel público. El no. Él encontró su código.

Un 4GH contenía un datófago duplicador: un grupo que automática y consistentemente borraba todos los archivos de una personalidad anterior cada vez que era teclado un reemplazo. Poseedor de uno, un individuo podía reescribirse completamente desde cualquier terminal conectada con los bancos de datos federales. Lo cual significaba, desde 2005, cualquier vifono, incluidos los públicos.

Aquella era la más preciosa de todas las libertades, el estilo de vida métete-a-fondo elevado a la enésima potencia: libertad de convertirte en la persona que has elegido ser en vez de la persona que está registrada en los ordenadores. Eso era lo que Nickie Haflinger deseaba tan ansiosamente que había pasado cinco años fingiendo que era todavía él mismo. Era la espada encantada, el escudo invulnerable, las botas con alas, la capa de la invisibilidad. Era la defensa definitiva.

O así lo parecía.

En consecuencia, una soleada mañana de sábado, abandonó Tarnover, y el domingo era un consejero de estilos de vida en Little Rock, un hombre de unos ostensibles treinta y cinco años que —como certificaba la red de datos— disponía de una licencia que le autorizaba a realizar su trabajo en cualquier parte de Norteamérica.

LA ENMARAÑADA MARAÑA

—Su primera carrera fue bien por un tiempo —dijo Freeman—. Pero llegó a un brusco y violento final.

—Sí. —Una seca risita—. Estuve a punto de que una mujer a la que aconsejé que se acostara con alguien de distinto color me pegara un tiro. La gran masa de ordenadores de medio continente estaba de acuerdo conmigo, pero ella no. Llegué a

la conclusión de que me había mostrado demasiado optimista, y me reciclé.

—Y así fue como se convirtió usted en instructor en una escuela de enseñanza por trivi. Observo que para su nuevo puesto descendió usted a los veinticinco años, mucho más cerca de su auténtica edad, pese a que el conjunto de la clientela estaba por los cuarenta años o más. Me pregunto por qué.

—La respuesta es simple. Piense en lo que más preocupaba a los clientes de este tipo de escuelas. La mayoría de ellos tenían la sensación de estar perdiendo el contacto con el mundo. Estaban hambrientos de datos proporcionados por gente que fuera de quince a veinte años más joven que ellos; normalmente porque habían hecho todo lo que habían creído mejor para sus hijos y habían recibido como pago rechazo e insultos. Eran patéticos. Lo que deseaban no era lo que decían que deseaban. Deseaban que se les dijera sí, el mundo es realmente muy parecido a como era cuando usted era joven, no hay muchas diferencias objetivas, hay algún encantamiento mágico que puede recitar usted e inmediatamente toda la loca estructura del mundo moderno encajará en unos moldes más familiares... La tercera vez que fue presentada una queja contra mis cintas fui echado pese a mis rigurosas pruebas que demostraban que yo tenía razón. Tener razón no era estar en lo cierto en ese contexto tampoco.

—De modo que intentó utilizar sus habilidades como especulador déifico a tiempo completo.

—E hice una fortuna en un abrir y cerrar de ojos, y me sentí indeciblemente aburrido. No hice nada que no pueda hacer cualquier otra persona, una vez llegado a la conclusión de que el gobierno manipula las apuestas Delfi para mantener alto el índice de pacificación social.

—Siempre y cuando tenga acceso a toda la capacidad de ordenador que tenía usted.

—Pero en teoría todo el mundo lo tiene, con sólo echar un dólar en la ranura de un vifono público.

Hubo una pausa. Freeman prosiguió, con un tono inseguro:

—¿Tenía en mente alguna meta claramente definida que lo guiara en la elección de sus personalidades?

—¿Todavía no me ha extraído esa información?

—Sí, pero cuando se hallaba usted en modo regresivo. Desearía su opinión actual consciente.

—Sigue siendo la misma; nunca he encontrado ninguna forma mejor de expresarla. Estaba buscando un lugar que me sirviera de punto de apoyo para mover la Tierra.

—¿Pensó alguna vez en abandonar el continente?

—No. Lo único que sospechaba que no podía proporcionarme la 4GH era un pasaporte, de modo que si encontraba el lugar adecuado éste tenía que estar en Norteamérica.

—Entiendo. Esto sitúa su siguiente carrera bajo una perspectiva mucho más clara. Pasó usted todo un año en un gabinete consultor de diseño de utopías.

—Sí. Fui ingenuo. Me tomó todo ese tiempo darme cuenta de que tan sólo los muy ricos y los muy estúpidos imaginan que la felicidad puede comprarse a la medida. Más aún, debiera haber descubierto inmediatamente que la política de la compañía era llevar a sus máximos extremos la variedad entre un proyecto y el siguiente. Diseñé tres comunidades cerradas muy interesantes, y de hecho por lo último que he oído todas ellas siguen aún funcionando. Pero lo que me hizo fracasar de nuevo fue el intentar incluir en la siguiente utopía lo que me parecía más prometedor de la anterior. ¿Sabe?, a veces me pregunto qué sucedió con los laboratorios de estilo de vida hipotético del siglo pasado, en los que tuvo que hacerse un serio esfuerzo para determinar cómo podían vivir mejor los seres humanos en comunidad.

—Bueno, están las ciudades de simulación, sin mencionar las zonas de compensación legal.

—Seguro, y están los lugares como Trianón, donde puedes obtener un sabor anticipado del futuro. Pero no nos engañemos. Trianón no podría existir si la ITE no lo financiara con mil millones de dólares al año. Las ciudades de simulación son sólo para los hijos de los ricos... cuesta casi tanto enviar a los niños a pasar un año en el pasado como mantenerlos en Amherst o Bennington. Y las zonas de compensación legal fueron creadas como una forma de economizar los gastos públicos tras el Gran Terremoto de la Bahía. Era mucho más barato pagar compensaciones a los refugiados para que prescindieran de todo el equipamiento ultramoderno habitual, que de todos modos tampoco hubieran podido comprarse.

—Quizá la humanidad sea más adaptable de lo que se acostumbra a creer. Quizá se las esté arreglando muy bien prescindiendo de todas esas cosas.

—¿En un día y una época en los que la trivi deja de ocuparse de los asesinatos individuales, limitándose a decir fríamente «Hoy se han cometido tantos cientos de asesinatos» y a cambiar rápidamente de tema? ¡No es a eso a lo que yo llamo arreglárselas bien!

—Tampoco usted parece habérselas arreglado demasiado bien. Cada una de sus personificaciones condujo a un fracaso, o al menos no condujo a la realización de sus ambiciones.

—Parcialmente cierto, pero sólo parcialmente. En el ambiente cerrado de Tarnover no me di cuenta de lo apática que se había vuelto la mayoría de la gente, lo desgajada que se sentía del proceso central de la toma de decisiones, lo absolutamente impotente y resignada que era. Pero recuerde: yo estaba haciendo a mis veintipocos años lo que algunas personas tienen que esperar otra década, incluso dos décadas, para conseguir. Ustedes estaban persiguiéndome con todos los recursos a su alcance. Pero no conseguían descubrirme, ni siquiera cuando yo cambiaba de papeles, que era mi momento más vulnerable.

—Así que le echa usted la culpa a los demás de sus fracasos, y busca consuelo en sus pocos éxitos superficiales.

—Creo que es usted humano después de todo. En cualquier caso, eso ha sonado como si estuviera aguijoneándome. Pero ahórrese el aliento. Admito mi peor error.

—¿Que fue...?

—Suponer que las cosas no podían ser tan malas como eran pintadas. Imaginar que podía emprender una acción constructiva por mis propios medios. Le daré a usted un ejemplo. He oído al menos una docena de veces la historia de cómo un ordenador adquirido por una de las hipercompañías con el exclusivo fin —según admisión propia— de hallar los medios de efectuar pagos exentos de impuestos a los oficiales del gobierno por favores recibidos, había sido pagado con cargo a gastos generales. Estaba convencido de que se trataba de puro folklore. Pero luego descubrí que realmente este caso figuraba en los archivos. —Una hosca risita—. Enfrentado a cosas como ésta, tuve que aceptar finalmente que no podría conseguir nada sin apoyos, simpatizantes, colegas.

—¿Que esperaba conseguir a través de su iglesia?

—Hubo otras dos personificaciones antes de que diera con esa idea. Pero, hablando en términos generales, sí.

—¿No era exasperante tener que remodelarse tan a menudo debido a causas externas? Hubo otra pausa, esta vez larga.

—Bien para ser sincero, a veces me considero a mí mismo como un fugado que ha ido a parar a la prisión más grande del planeta.

Y DICE EL DECANO

—Hay dos tipos de estúpidos. Los unos dicen: «Esto es viejo, y por lo tanto bueno.» Y los otros dicen: «Esto es nuevo, y por lo tanto mejor.»

LA CALIDAD DE LA RECEPCIÓN DE HOY SE AJUSTA A LA MEDIA

—Este es Seymour Schultz, uno de nuestros reparadores orbitales.

Un hombre delgado y muy moreno vestido de azul, sonriente y llevando según la costumbre una tarjeta con su nombre y código. Imagen proyectada: un hombre de acción, del tipo eficaz.

—Oh acabo de ver a uno de sus colegas partiendo hace apenas un minuto.

—Sí, debía ser Harry Leaver.

—Y ésta es Vivienne Ingle, jefa del departamento de bienestar mental.

Gorda, vestida de gris y verde, nunca hermosa. Proyección: estoy aquí por mis

méritos, sé más que usted acerca de usted mismo.

—Y Pedro López, y Charlie Verrano, y...

Gente métete-a-fondo como era previsible, lo cual significaba que podía desconectar el cincuenta por ciento de su atención y seguir estando seguro de hacer y decir las cosas conformistas correctas.

—... Rico Posta, vicepresidente a cargo de la planificación a largo plazo...

Hey, vuelve. Los vicepresidentes cuentan, a menudo se mantienen firmes en vez de doblarse al viento. Así que, para aquel alto hombre barbudo vestido de negro y amarillo, un apretón de manos especialmente caluroso y:

—Encantado de conocerle, Rico. Supongo que usted y yo vamos a estar en circuito muy a menudo sobre esa diversificación que tienen ustedes en mente.

—Y... oh, sí, mi hija Kate, y aquella de allí es Dolores van Bright, a cargo de los contratos del departamento legal, a la que tienes que conocer absolutamente ahora mismo porque...

Pero de alguna forma ya no estaba al lado de Ina mientras ella cruzaba la habitación para hacer las presentaciones. Estaba sonriéndole a Kate, y aquello era ridículo. Porque además de no ser demasiado bonita era huesuda... ¡maldita sea, flaca! Además, su rostro era demasiado anguloso: ojos, nariz, mandíbula. Y su pelo: revuelto, sin ningún color especial, castaño grisáceo.

Pero contemplándola con un cierto grado de interés especulativo, la encontró decididamente inquietante.

Esto es una locura. No me gustan las mujeres delgadas. Me gustan bien rellenas. Ina, por ejemplo. Y eso funciona así en todas las versiones de mí mismo.

—Así que es usted Sandy Locke. —Con una curiosa entonación ronca.

—Hummm. Tan ancho como la vida y dos veces más largo.

Hubo una pausa apreciativa. Fue vagamente consciente de Ina, que estaba ahora al otro lado del salón —y era un salón enorme, por supuesto— y miraba sorprendida a su alrededor intentando localizarle.

—No. Ancho y medio —dijo Kate misteriosamente, e hizo una mueca divertida que frunció su nariz como la de un conejo—. Ina le está haciendo señas alocadas. Será mejor que vaya con ella. Se supone que yo no debo estar aquí... pero no tenía nada mejor que hacer esta tarde. Ahora me alegra haber venido. Hablaremos luego.

—¡Hey, Sandy! —Fuerte, por encima de la omnipresente música de fondo, suave como la decoración diseñada para no ofender a nadie—. ¡Por aquí!

¿Qué demonios acaba de ocurrir?

La cuestión no dejó de saltar a su mente ni siquiera cuando el «acaba de ocurrir» se remontaba a más de una hora, distrayéndole constantemente, sin advertencia previa, de la obligatoria exhibición de interés por los asuntos de aquellos nuevos colegas suyos. Le costó mucho esfuerzo mantener un símil de cortesía.

—Oye, he sabido que a tu chica han tenido que llevársela para enderezarla,

pobrecilla. ¿Cómo ha ido todo?

—La vamos a recoger el sábado. Como nueva, o mejor aún, dicen.

—Hubieras debido firmar un contrato para ella con Anti-Trauma Inc., como hicimos nosotros. ¿No opina usted así, Sandy?

—¿Hum? ¡Oh! A mí no me pregunten. Yo estoy completamente liberado de esas cosas, de modo que para mí ustedes se hallan en un terreno no hollado.

—¿Oh, sí? Lástima. Iba a pedirle su opinión sobre las escuelas mitad-mitad... ya sabe, esas donde los pupilos redactan la mitad, y los profesores la otra mitad, del programa de estudios. Un compromiso justo visto desde fuera; pero interiormente me pregunto...

—¿En Trianón?

—No. Intentar vivir el futuro hoy es un error.

Y:

—... jamás tomaría una casa de segunda mano. Demasiado follón en reprogramar todos los automatismos. Una forma un tanto brusca de terminar con una amistad, invitar a alguien y encontrarlo hecho un ovillo en el sendero de la entrada porque esa maquinaria subnormal no te ha interpretado correctamente.

—La mía puedes ponerla al día sin hacer más que pulsar el código de actualización. Claro que esto no es Trianón. Sandy es un tipo listo... apuesto a que tiene también algo así, ¿no?

—Ahora estoy entre casa y casa. La próxima vez quizá me traslade allá donde está usted. O vaya directamente al otro lado, no sé. Siempre me dejo guiar por el olfato.

Y:

—¿Estuvo usted tribalizado entre los diez y los veinte, Sandy? ¿No? Un hijo mío quiere entrar en los Assegais. Seguro que su moralidad y su solidaridad son grandes, pero...

—¿Que su índice de adversidad es alto? Sí, yo también he oído algo de eso. Desde que se pasaron del Barón Samedi a Kali. Yo estoy intentando meter a Donna en los Bold Eagles. Quiero decir, ¿de qué sirve tomar la custodia de una chica procedente de un matrimonio cruzado si tiene que prestar juramento de someterse a cualquier blanco que el gran manitú le diga?

—¿Los Bold Eagles? Olvídalo. Ahora están apuntando a los niños apenas nacer. Será mejor que busques alguna tribu tranquila que siga a Saint Nick. Para empezar, las primas del seguro de vida son más bajas.

Y así.

Pero a intervalos alarmantemente frecuentes se dio cuenta de que sus ojos se perdían más allá del hombro de la Persona Importante con la que estaba hablando y volvían a enfocarse en la mata de revuelto pelo y en el afilado perfil de la hija de Ina.

¿Por qué?

Finalmente, Ina dijo en un tono cáustico:

—¡Parece que Kate te ha hipno, Sandy!

Sí, hipnotizado es una buena forma de decirlo.

—Se parece a ti en este aspecto —respondió, quitándole importancia al asunto—. Me sorprende encontrarla aquí. Pensé que éste era estrictamente un asunto de vas-a-conocer-a-tus-compañeros.

Aquello era convincente; la muchacha era un elemento discordante en un medio por todo lo demás predecible. Ina se ablandó un poco.

—Hubiera debido sospecharlo. También hubiera debido pedir perdón. Pero ella conoce a todo el mundo aquí, y llamó hoy para preguntar si tenía algún compromiso esta tarde o podía dejarse caer para cenar juntas, de modo que le dije que había esta fiesta y que podía apuntarse si quería.

—Así que ella no trabaja para la compañía. Pensé que a lo mejor sí. ¿Qué es lo que hace en la vida?

—Nada.

—¿Qué?

—Oh, nada que valga la pena mencionar. Espera el próximo otoño para otro curso de estudios. Aquí mismo, en la universidad de Kansas City otra vez. ¡Y ya tiene veintidós años, maldita sea! —en una voz más baja... pero Sandy ya conocía aquel fatídico número, no ocasionaba ningún daño extra—. Podría comprenderlo si ella quisiera ir a estudiar a Australia, o incluso a Europa, pero... ¡Y ella le echa la culpa a ese gato grande que su padre le regaló!

En aquel momento se dio cuenta de que Rico Posta le estaba haciendo señas de que fuera a hablar con él y con Dolores van Bright, y se apartó de él murmurando una disculpa.

Unos pocos segundos más tarde, mientras estaba decidiendo si hacer otra visita al autobar, Kate se presentó a su lado. La sala estaba atestada ahora —había cincuenta y tantos invitados—, y la última vez que la había visto había sido en el extremo más alejado. De ello se deducía que la muchacha había estado observándole tan atentamente como Vivienne. (No, ya no. Buf. El bienestar moral se había tomado una pausa).

¿Qué hago... echo a correr?

—¿Cuánto tiempo piensas quedarte en Kansas City? —preguntó Kate.

—Lo habitual. Tanto tiempo como la ITE y yo decidamos que es necesario.

—¿Quieres decir que eres del tipo aquí me quedo, aquí me marchó?

—Es hacerlo así o estrellarse —respondió él, intentando hacer que el cliché sonara como se suponía que debía sonar: un frívolo sustituto de la respuesta adecuada.

—Eres la primera persona con la que me encuentro que es capaz de decir eso como si lo creyera realmente —murmuró Kate. Sus ojos, marrón oscuro y muy penetrantes, estaban constantemente clavados en su rostro—. Supe desde el momento mismo en que entraste que había algo poco habitual en ti. ¿De dónde te marchaste la

última vez?

Y, mientras él estaba aún dudando, añadió:

—Oh, ya sé que no es educado hurgar en el pasado de la gente. Ina no ha dejado de decírmelo desde que aprendí a hablar. No mires fijo a la gente, no señales con el dedo, no hagas observaciones personales. Pero resulta que la gente tiene pasados, y que todos ellos están archivados en Cañaveral, de modo que ¿por qué dejar que las máquinas sepan lo que tus amigos no saben?

—Los amigos están pasados de moda —dijo él, más secamente de lo que había pretendido... ¿cuánto tiempo hacía desde la última vez que había sido sorprendido con la guardia baja? Incluso cuando había lanzado aquella maldición sobre Fluckner (cuan lejano en el tiempo parecía ya aquel encuentro), no se había sentido tan turbado como con esta conversación casual en medio de una fiesta. ¿Por qué? ¿Por qué?

—Lo cual no significa que no existan —dijo Kate—. Tú serías un amigo valioso. Puedo sentirlo. Eso es lo que te hace raro.

Una repentina posibilidad lo golpeó. Era probable que aquella poco atractiva, delgada y no muy estimulante muchacha hubiera hallado aquel método de abordar a los hombres que de otro modo ni siquiera se hubieran fijado en ella. La oferta de amistad, un sentimiento más profundo que la simple relación establecida normalmente en el estilo de vida métete-a-fondo podía muy bien atraer a aquellos que anhelaban una dieta emocional un poco más sólida de la que se les ofrecía habitualmente.

Casi estuvo a punto de formular en voz alta la acusación, pero creyó notar por anticipado el sabor de las palabras en su boca. Eran como ceniza en su lengua. En vez de ello, dijo reluctantemente:

—Gracias. Lo tomo como un cumplido, aunque hay miles de personas que no lo harían. Pero en este preciso momento pienso más en el futuro que en el pasado. No me siento muy satisfecho de mi última posición. ¿Y qué hay de ti? Estás estudiando. ¿Qué?

—Todo. Si tú puedes ser enigmático, yo también. Él aguardó.

—¡Oh! El año pasado, ecología acuática, música medieval y egiptología. El otro, leyes, mecánica celeste y artesanía. El año próximo, seguramente... ¿Ocurre algo?

—En absoluto. Sólo estoy intentando parecer impresionado.

—No te burles. Puedo asegurar que no te estás preguntando por qué alguien puede perder el tiempo de esta manera con tales estupideces. Veo siempre esa expresión en el rostro de Ina y de sus amigos de la compañía que están ahora aquí. —Hizo una pausa meditativa—. Quizá... Sí, creo que es eso. ¿Envidia?

¡Dios mío! ¿Cómo puede haberlo captado tan rápidamente? Tener la posibilidad sin verse sometido a las exigencias de Tarnover, sin tener martilleando sin cesar en tu cerebro que cada año que pasa ve incrementarse en tres millones tu deuda con el gobierno...

Eran las 21:30. Un sonido sordo anunció la aparición a través de los paneles

murales de un buffet frío. Ina regresó para preguntarle qué deseaba que le trajera en una bandejita. Se lo agradeció. Pudo utilizar la interrupción para elaborar no su respuesta, sino la de Sandy Locke.

—Oh, no tienes por qué tener la obligación de saberlo todo. Lo único que necesitas es saber dónde puedes encontrarlo cuando lo necesites.

Kate suspiró. Mientras se alejaba, una extraña expresión cruzó sus ojos. Fue apenas un atisbo para él, pero no necesitó verla más de cerca para poder definir exactamente lo que significaba.

Decepción.

UNO DE LOS MÁS APRECIADOS DE ENTRE TODOS LOS COMERCIALES DE TRIVI

1: Silencio profundo, la negrura del vacío espacio, los nítidos puntos brillantes de las estrellas. Lentamente el pecio de una factoría órbita dentro del campo. Obviamente una explosión la ha reventado como si fuera una lata de conservas. Se ven figuras enfundadas en trajes espaciales flotando a su alrededor como fetos arrancados del cordón umbilical de sus sistemas vitales. Una breve pausa. Panorámica de una factoría en pleno funcionamiento, resplandeciendo a los rayos del desnudo sol y hormigueando con hombres y mujeres cargando cápsulas de mercancías no identificables para ser enviadas a la Tierra. Voz del locutor:

—Por el contrario... esta factoría fue construida por la ITE.

2: Sin preaviso estamos hundiéndonos en la estratosfera, al principio siguiendo un rumbo regular, luego vibrando, luego estremeciéndonos cuando el cono de desgaste de la cápsula empieza a llamear. Gira alocadamente, luego se sitúa al revés. Una explosión. Corte a media docena de hombres vestidos con monos contemplando furiosamente una estela de luz que se desvanece en el cielo nocturno. Nuevo corte, esta vez a un grupo similar caminando por una pista de aterrizaje de cemento hacia una humeante cápsula que se ha posado tan cerca del lugar señalado que no se necesita tomar ningún vehículo para llegar a ella. Voz del locutor:

—Por el contrario... esta cápsula fue montada por la ITE.

3: De nuevo el espacio profundo, esta vez mostrando la irregular masa de un asteroide rocoso derivando hacia una estación de fusión, reconocible por su enorme espejo de finísimo mylar. Del lado más cercano del asteroide surgen chorros, hombres y mujeres con trajes espaciales gesticulan frenéticamente. Débil sonido de fondo de confusos gritos pidiendo ayuda y furiosas órdenes de: «¡Hagan algo!» Pero el asteroide rocoso sigue su solemne rumbo directamente a través del espejo, que se deshace en jirones que flotan blandamente en la nada. Corte a otra estación de fusión

cuyo espejo está enfocado a otro bloque mineral aún más grande. Los captosres magnéticos recogen sistemáticamente los gases a medida que se producen, los separadores —cada uno de ellos brillando con un tono diferente de blanco rojizo— envían valiosos metales puros a las cámaras de enfriamiento en el lado oscuro de la roca. Voz del locutor:

—Por el contrario... esta órbita fue computerizada por la ITE.

LOS REINOS DE ESTE MUNDO

—¿Le gustó trabajar para la ITE? —inquirió Freeman.

—Más de lo que había esperado. Siendo como era una especie de agencia de exportación de tecnología avanzada, atrae a los hombres y mujeres más importantes de todos los campos, y siempre es interesante tener mentes despiertas a tu alrededor. Estaba en un contacto muy estrecho con Rico Posta, y de hecho fue gracias a lo que yo hice siguiendo sus instrucciones que la ITE no sufrió un enorme fracaso metiéndose en la aventura de los olivers al mismo tiempo que la National Panasonic. Su modelo hubiera resultado al doble de precio con la mitad de sus ventajas, y no les hubiera hecho la menor gracia tener que amortizar sus costes de investigación durante más de veintisiete años.

—Es algo que tiene que ver con la estructura misma de la sociedad japonesa —dijo secamente Freeman—. Para los nipones, imagino que ese debió ser un descubrimiento valiosísimo.

—¡Exacto!

Hoy la atmósfera era comparativamente relajada. Había un elemento conversacional en el diálogo.

—¿Qué hay acerca de sus otros colegas? Empezó no gustándole Vivienne Inge.

—Empecé dispuesto a que no me gustara ninguno de ellos. Pero aunque en teoría eran tipos estándar métete-a-fondo, en la práctica eran la crema de la categoría, cambiando menos a menudo que los ejecutivos medios y preparados para quedarse allá donde se estaban realizando investigaciones interesantes antes que mudarse por la simple fuerza de la costumbre.

—Sin duda los investigó usted a través de la red de datos.

—Por supuesto. Recuerde el pretexto que utilicé para ser contratado.

—Naturalmente. Pero no debió tomarle mucho tiempo el descubrir lo que originalmente pretendía confirmar: que su 4GH era aún utilizable. ¿Por qué se quedó hasta el punto de que le ofrecieran un puesto fijo?

—Eso... Es difícil de explicar. Supongo que nunca antes había encontrado a tantas personas funcionando tan bien en equipo. En mis anteriores identidades había contactado principalmente con gente que se sentía insatisfecha. Hay esa especie de ligera paranoia que encuentras constantemente y por todas partes debido a que la

gente sabe que hay otra gente a la que no conoce y que puede descubrir cosas sobre ella que le gustaría que permanecieran ocultas. ¿Me sigue?

—Naturalmente. ¿Pero en la ITE la gente era distinta?

—Hummm. No en el sentido de que no tuvieran nada que ocultar, no en el sentido de sentirse absolutamente seguros... tomemos a Ina, por ejemplo. Pero en líneas generales gozaban de la onda del cambio. Refunfuñaban a menudo, pero eso era una válvula de seguridad. Una vez desaparecía la presión, volvían a utilizar el sistema en vez de ser utilizados por él.

—Que es lo que usted consideraba más admirable.

—Infiernos, sí. ¿Usted no?

Hubo una pausa, pero no una respuesta.

—Lo siento, la próxima vez lo tendré en cuenta. Pero exagera usted cuando dice que me ofrecieron un puesto fijo. Estaban dispuestos a ofrecerme un semi-perm.

—Lo cual hubiera evolucionado hasta un fijo.

—No, yo no lo hubiera aceptado. Estuve tentado. Pero eso hubiera significado meterme definitivamente en el personaje de Sandy Locke y quedarme allí para el resto de mi vida.

—Entiendo. Suena como si el cambio de personalidades se convirtiera en algo adictivo

—¿Qué?

—No importa. Dígame qué es lo que hizo usted para crear una tan buena impresión.

—Oh, aparte el asunto de los olivers, les mostré algunos fallos de organización que una vez obviados les ahorraron unos cuantos millones al año. Cosa de rutina. Cualquiera puede elaborar un buen sistema si puede husmear un poco en la red federal.

—¿Lo encontró usted fácil?

—No demasiado, pero tampoco lo encontré difícil. El código de la ITE precediendo una consulta era una llave que abría muchas puertas. La compañía goza de un índice prioritario en Cañaverall, ya sabe.

—¿Hizo usted al fin lo que le había prometido a Ina Grierson?

—Investigué un poco cuando tuve un momento libre. Perdí mi entusiasmo cuando me di cuenta del porqué ella no se había liberado ya, cortado todas sus ataduras y dejado que su hija se las arreglara por sí misma. Mientras su fea progenie estuviera a mano, su confianza en sí misma se veía reforzada. Sabiendo que ella era la más convencionalmente hermosa de las dos... Debió haber odiado mucho a su ex marido.

—Supo usted quién era él, por supuesto.

—Sólo cuando me cansé de su insistencia y finalmente sondeé a fondo su dossier. Pobre tipo. Debió ser una forma horrible de morir.

—Alguna gente diría que él se lo buscó.

—No en Tarnover.

—Quizá no. De todos modos, estaba diciendo usted que se lo pasó bien en la ITE.

—Sí. Me sentí sorprendentemente satisfecho. Excepto por un problema. Un problema que se deletrea K-A-T-E, como sin duda habrá sospechado usted.

ACORRALADO

La universidad estaba cerrada por las vacaciones de verano, pero en vez de irse hacia algún remoto rincón del mundo o incluso, como algunos estudiantes, apuntarse a un viaje organizado a la Luna, Kate se quedó en Kansas City. Poco después de la fiesta sé bienvenida, se la encontró en un club coley frecuentado por los más conocidos ejecutivos de la ITE.

—¡Sandy, ven a bailar! —Agarrándole del brazo, casi tirando de él—. ¡No has visto mi truco!

—¿Qué truco?

Pero ella ya estaba mostrárselo, y él se sintió genuinamente sorprendido. Los proyectores en el techo eran invisibles; se necesitaba una fantástica sensibilidad cinestética para bailar un coro con una melodía sencilla, y más aún para volver atrás y repetirlo. Eso fue sin embargo lo que ella hizo, y la clamorosa discordancia generada por los demás bailarines fue aplastada por su fuertemente gesticulado tema, basado principalmente en los bajos como si algún órgano celestial hubiera perdido todos sus agudos pero nada de su volumen: el Himno a la alegría a un tempo majestuosamente solemne. Por el rabillo del ojo observó que cuatro visitantes europeos sentados en una mesa cercana se agitaban inquietos, preguntándose si debían ponerse en pie o no en honor a su himno nacional.

—¿Pero qué demonios...?

—¡No hables! ¡Armoniza!

Bien, si la última nota procedía de ese proyector, y el adyacente estaba enviando ahora esa otra nota... Nunca había sentido un interés especial en el coley, pero el entusiasmo de Kate era contagioso; su rostro brillaba, sus ojos lanzaban destellos. Parecía como si en otra era hubiera podido ser juzgada hermosa.

Ensayó este movimiento, ese otro, aquel otro distinto... y de pronto hubo un acorde, una quinta exacta. Que se desvió ligeramente, y hubo de ser corregida, y... ¡lo tenía! Toda una frase de la melodía en dos partes meticulosamente armonizadas.

—Maldita sea —dijo ella en un tono desapasionado—. Nunca había conocido a nadie de más de veinticinco años capaz de bailar correctamente el coley. ¡Deberíamos vernos más a menudo!

Y entonces alguien en el extremo más alejado de la pista que no parecía tener más de quince años borró la música de Beethoven y la sustituyó por algo nuevo, angular, ácido... probablemente japonés.

Tras el concierto de madrigales donde la encontró de nuevo, y la comida

campestre a base de pescado frito junto al lago donde la encontró de nuevo, y la exhibición de tiro al arco donde la encontró de nuevo, y el campeonato de natación donde la encontró de nuevo, y la conferencia sobre los avances de la topología en la administración comercial donde la encontró de nuevo, ya no pudo seguir ignorando el hecho.

—¿Me estás siguiendo o algo así?

Aquella noche llevaba algo sexy y diáfano, y había hecho peinar a máquina su pelo. Pero seguía siendo feúcha, huesuda, e inquietante.

—No —fue su respuesta—. Deduciéndote. Aún no te tengo completamente encajado, la otra noche me equivoqué de lugar, pero estoy acercándome rápidamente. Tú, Sandy Locke, estás esforzándote terriblemente en encajar en una norma estadística. Y odio ver a un hombre con posibilidades malograrse de esa forma.

Tras lo cual giró sobre sus talones y se fue a largas zancadas —uno diría casi con un triunfante paso marcial— a reunirse con su escolta, un joven gordezuelo que le frunció el ceño como si estuviera violentamente celoso.

El simplemente se quedó allí, sintiendo su estómago tenso como la piel de un tambor, y el sudor humedeciendo repentinamente las palmas de sus manos.

Ser perseguido por los oficiales federales: eso era una cosa. Estaba acostumbrado a ello después de seis años, y sus precauciones se habían convertido en una segunda naturaleza. ¡Pero encontrarse con que su personalidad de Sandy Locke era penetrada con tanta rapidez por una muchacha a la que apenas conocía...!

¡Tengo que desconectarla de mi circuito! Me hace sentir como me sentí la primera vez que abandoné Tarnover... como si estuviera seguro de ser reconocido por todo el mundo con el que me cruzara en la calle, como si a mi alrededor se estuviera cenando una tela de araña que iba a atraparme para el resto de mi vida. Y yo que pensaba que la pobre chica Gaila tenía problemas... ¡ALTO ALTO ALTO! ¡Soy Sandy Locke, y ninguna niña ha surgido de la noche para suplicar que la ayude!

VER ISAÍAS, 8, 1-2

Acudid aprisa al botín, que la presa no espera.

RENOVACIÓN ANUAL

—Creí que no vendrías nunca —dijo Kate cáusticamente, y se apartó de la puerta de su apartamento para dejarle entrar. No llevaba más que unos pantalones cortos de abultados bolsillos y una película de polvo que aquí y allá el sudor había convertido en costra—. De todos modos, aún has llegado a tiempo. Estoy desembarazándome de

las cosas del año pasado. Puedes echarme una mano.

Entró con circunspección, vagamente aprensivo de lo que podía encontrar dentro de aquella casa: el piso superior de lo que en el cambio de siglo debió haber sido una deseable casa unifamiliar. Ahora estaba subdividida, y la zona donde se alzaba estaba al borde del ghetto. Las calles estaban llenas de basura, y podían verse signos tribales por todas partes. Las peores tribus... los Kickapoos y los Mentos Retorcidas.

Las cuatro habitaciones habían sido interconectadas ampliando las puertas en arcadas; sólo el cuarto de baño permanecía aislado. Mientras miraba a su alrededor, su atención se vio atraída inmediatamente por un espléndido puma disecado en una especie de tarima al fondo del pasillo, iluminado por un rayo de brillante luz del sol...

¿Disecado?

Volvió a su memoria tan claramente como si Ina estuviera allí para pronunciar las palabras: «Le echa la culpa a ese gato grande que le regaló su padre...»

Mirándole casi tan fijamente como su increíble animal de compañía, Kate dijo:

—Me preguntaba cómo reaccionarías a Bagheera. Felicidades: has conseguido la máxima puntuación. La mayor parte de la gente se da la vuelta y echa a correr. Tú apenas te has puesto un poco pálido en las mejillas y cuello. Para responder por anticipado a tus preguntas: sí, es completamente manso a menos que yo le diga lo contrario, y fue un regalo de mi padre, que lo salvó de ser utilizado en un circo. Supongo que ya sabes cómo era mi padre.

Asintió, con la boca muy seca.

—Henry Lilleberg —dijo con voz ronca—. Neurofisiólogo. Contrajo mielitis degenerativa durante un programa de investigación y murió hará unos cuatro años.

—Correcto. —Avanzó hacia el animal, con la mano tendida—. Te presentaré, y después no necesitarás preocuparte.

De alguna forma, se descubrió rascándole al animal detrás de la oreja derecha, y la amenaza que originalmente había leído en aquellos ojos ópalo se desvaneció. Cuando retiró la mano Bagheera lanzó un enorme suspiro, apoyó la cabeza entre sus patas y se echó a dormir.

—Bien —dijo Kate—. Confiaba que le gustaras. No es que eso haga de ti nada especial... Por cierto, ¿Ina te ha contado algo acerca de él? ¿Es por eso por lo que no te has sorprendido?

—¿Crees que no me he sorprendido? Ella dijo que tenías un gato, así que supuse... No importa. Ahora todo resulta claro.

—¿Resulta claro el qué?

—Por qué te quedas en la universidad de Kansas City en vez de probar otras universidades. Debes sentirte muy unida a él.

—No especialmente. A veces es una carga. Pero cuando tenía dieciséis años dije que aceptaba la responsabilidad de cuidarlo, y tengo que mantener mi palabra. Ahora ya se está haciendo viejo, no le quedarán más de dieciocho meses, así que... Pero

tienes razón. Papá tenía un permiso para transportar especies protegidas de un estado a otro, pero yo no puedo ni soñar en obtener uno, sin contar con que me permitieran tenerlo en mi alojamiento en algún otro lugar. De todos modos, no estoy exactamente atada de pies y manos. Puedo tomarme una o dos semanas de vacaciones, y las chicas del piso de abajo le dan de comer y lo sacan a pasear por mí, pero eso tiene sus límites, y finalmente empieza a ponerse nervioso y entonces tienen que llamarme para que vuelva. Además, pone nerviosos a mis amigos... Ven, por aquí.

Lo condujo al salón. Hasta una altura de un metro, una serie de jeroglíficos egipcios pintados a mano ocupaban tres de sus paredes; la cuarta estaba recién pintada de blanco.

—Estoy borrando todo esto —dijo Kate—. Es del Libro de los Muertos. Capítulo cuarenta, que encontré era el más apropiado.

—Me temo no haber leído nunca el... —dejó que su voz se apagara.

—Wallis Budge lo titula «El capítulo del rechazo del comedor del asno». No estoy bromeando. Pero ahora soy yo quien lo está rechazando a brochazos. —Hizo una mueca burlona—. De todos modos, ahora puedes ver por qué te he pedido que me echaras una mano.

No era sorprendente que llevara una capa de polvo sobre todo su cuerpo. La totalidad del apartamento parecía haber sufrido los efectos de un terremoto. En medio del suelo había tres montones de objetos en expansión, separados por rayas de tiza. Uno contenía artículos de caridad, como ropas aún utilizables; el otro contenía cosas vendibles, como un tocadiscos estéreo del año pasado y una máquina de escribir y objetos así; el otro contenía simplemente basura, aunque estaba subdividida en basura reciclable y basura no reciclable.

Por todas partes las estanterías estaban vacías, los armarios abiertos de par en par, las cajas y los baúles con las tapas alzadas. La habitación estaba orientada al sur, y el sol resplandecía a través de las grandes ventanas abiertas. El olor de la ciudad penetraba arrastrado por una suave brisa.

Dispuesto a seguir el juego, se quitó la camisa y la dejó sobre la silla más cercana.

—¿Qué es lo que debo hacer? —preguntó.

—Lo que yo te diga. Sobre todo ayudarme con lo más pesado. Oh, y otra cosa además. Háblame un poco de ti mientras trabajamos.

Él tomó su camisa y empezó a ponérsela de nuevo.

—Está bien —dijo ella, con un exagerado suspiro—. De acuerdo. Sólo ayuda.

Dos sudorosas horas más tarde el trabajo había concluido, y él sabía un poco más de ella de lo que había sospechado antes. Aquella era la última de las quizá cinco, quizá seis demoliciones anuales de lo que estaba amenazando con convertir el presente en pasado, con todo lo que eso implicaba: una ristra imperiosa, paralizante, de preocupaciones hacia los objetos en detrimento de los recuerdos. Hablaron ocasionalmente mientras trabajaban; él principalmente para preguntar si un

determinado objeto debía ser conservado, ella para responder sí o no, y por el esquema de su elección fue capaz de extraer un modelo de su personalidad... y se sintió algo más que un poco asustado cuando terminaron.

Esta chica no ha estado en Tarnover. Esta chica tiene seis años menos que yo, y sin embargo...

El pensamiento se detenía allí. Continuarlo hubiera sido como mantener su dedo sobre una llama para descubrir lo que se sentía al ser quemado vivo.

—Ahora vamos a pintar las paredes —dijo ella, juntando satisfecha las manos con una palmada—. Aunque quizá prefieras una cerveza antes de cambiar de trabajo. Hago cerveza auténtica, y tengo seis botellas en la nevera.

—¿Cerveza auténtica? —Manteniendo la imagen de Sandy Locke a toda costa, hizo que su tono fuera irónico.

—Una persona plástica como tú probablemente no crea que pueda existir algo así —dijo ella, y se encaminó hacia la cocina antes de que él pudiera pensar una respuesta.

Cuando regresó con dos jarras cubiertas de espuma, tenía sin embargo preparada una réplica. Señalando hacia los jeroglíficos, dijo:

—Es una lástima pintar encima de eso. Son muy buenos.

—Los tengo desde enero —fue su seca respuesta—. Han alimentado mi mente, y eso es lo que cuenta. Cuando hayas bebido esto, toma el spray de pintura.

Había llegado aproximadamente a las cinco de la tarde. A las diez menos cuarto estaban en un piso recién pintado, despojado de todo lo que Kate consideraba que ya no le era necesario, librado de todo lo que el camión municipal de recogida de desechos vendría a buscar del portal el lunes por la mañana tras pagarle su valor correspondiente. Había como una sensación de espacio. Se sentaron en medio de él a comerse unas tortillas y beber el resto de la cerveza auténtica, que era realmente buena. A través de la arcada que conducía a la cocina podían ver y oír a Bagheera royendo un hueso de buey con sus viejos dientes desgastados, emitiendo algún que otro ocasional rrr de satisfacción.

—Y ahora —dijo Kate, apartando a un lado su plato vacío—, pasemos a las explicaciones.

—¿Qué quieres decir?

—Soy casi una desconocida. Y sin embargo te pasas cinco horas ayudándome a correr muebles y llenar latas de basura y redecorar las paredes. ¿Qué es lo que quieres? ¿Metérmela como pago de tus servicios?

Él permaneció sentado allá, mirándola, inmóvil y sin hablar.

—Si ese fuera el caso... —Lo estaba estudiando con aire pensativo—, no creo que dijera que no. Tienes que ser bueno en ello, no hay duda al respecto. Pero no es por eso por lo que viniste.

El silencio llenó la brillantemente blanqueada habitación, denso como las plumas

en una almohada.

—Creo —dijo finalmente ella— que has venido para calibrarme. Bien, ¿ya me has medido y pesado completamente?

—No —dijo él al fin con aire hosco, y sin más palabras se levantó y se fue.

INFORME PROVISIONAL

—Oficina de Proceso de Datos, buenas tardes.

—El director delegado, por favor. El señor Hartz está esperando mi llamada... Señor Hartz, pensé que debía saber usted que estoy aproximándome a un punto crucial, y si no le importa venir y...

»Oh, entiendo. Qué lástima. Entonces lo mejor será que disponga las cosas para que las cintas sean copiadas y enviadas a su oficina.

»Sí, por supuesto. Ya lo tenía en cuenta. Por el circuito de máxima seguridad.

IMPERMEABLE

Era un día nervioso, muy nervioso. Hoy iban a abordarle todos: no tan sólo Rico y Dolores y Vivienne y los demás a los que ya conocía, sino también augustos y remotos personajes a nivel intercontinental. Quizá no hubiera debido mostrar una reacción positiva cuando Ina mencionó la disposición de la compañía a hacerle semi-perm, con la posibilidad más adelante de un puesto fijo.

La estabilidad, por un cierto tiempo al menos, era tentadora. No había formulado otros planes, y tenía intención de salirse fuera de aquel contexto en el momento que él eligiera, no por orden de alguna contrapartida de un Shad Fluckner. Sin embargo, una sensación de riesgo se hacía cada vez más y más angustiosa en su mente. Ser el centro de atención de una gente de tanto poder e influencia... ¿qué otra cosa podía ser más peligroso? ¿No había en Tarnover gente encargada de rastrear y hacer volver cargado de cadenas al ingrato Nickie Haflinger, en quien el gobierno había malgastado treinta millones en entrenamiento, enseñanza y condicionamiento especiales? (Tal vez a estas alturas hubiera más fugitivos. No se atrevía a intentar entrar en contacto con ellos. ¡Si tan sólo...!)

De todos modos, afrontar la entrevista era el menor de incontables males. Estaba preparándose para ir hacia allá, decidido a perfeccionar su imagen conformista hasta el último cabello de su cabeza, cuando sonó el timbre del vifono.

El rostro que apareció en la pantalla pertenecía a Dolores van Bright, con la que se llevaba bien desde su llegada allí.

—¡Hola, Sandy! —fue su saludo cordial—. Sólo llamaba para desearle buena

suerte en su entrevista con los grandes jefes. Todos aquí le apreciamos, ya lo sabe. Creo que se merece usted un puesto fijo.

—Bien, gracias —respondió, esperando que la cámara no captara la fina película de sudor que sentía perlar su piel.

—Y creo que puedo echar alguna rosa o algo así en su camino.

—¿Hum? —instantáneamente, todos sus reflejos se prepararon en modo lucha-o-huida.

—Creo que no debería, pero.... Bueno, para bien o para mal, Vivianne dejó escapar una alusión, y yo lo comprobé, y va a "haber un miembro extra en el consejo de selección. ¿Sabe usted que Viv piensa que usted se les ha pasado por alto a un departamento gubernamental más importante? De modo que ha sido destacado un tipo federal para asistir al acto. No sé quién es, pero creo que es uno de los peces gordos de Tarnover. ¿No se siente honrado?

Nunca llegó a saber cómo logró terminar la conversación. Pero lo hizo, el vifono quedó finalmente mudo, y él estaba...

¿En el suelo?

Luchó consigo mismo, y perdió; permaneció tendido allá, desmadejado, las piernas abiertas, la boca seca, la cabeza resonando como una campana tañendo sin cesar, las entrañas retorcidas, los dedos de las manos crispados y los de los pies intentando imitarles. La habitación oscilaba, el mundo flotaba tras romper sus amarras, y todo TODO se disolvía en bruma, y era consciente de un sólo hecho:

Tienes que levantarte y salir de aquí.

Con los miembros como gelatina, el vientre dolorido, medio cegado por el terror que ya no podía resistir más, salió tambaleándose de su apartamento (¿Mío? ¡No! ¡De ellos!) y se encaminó hacia su cita en el infierno.

DELITO DE PRESUNCIÓN

Tras pulsar los botones adecuados, Freeman aguardó pacientemente a que su sujeto volviera de modo regresivo a tiempo presente. Finalmente dijo:

—Parece que la experiencia sigue siendo peculiarmente dolorosa. Tendremos que trabajar de nuevo sobre ella mañana.

La respuesta llegó con una voz débil, pero lo suficientemente fuerte como para mostrar un odio venenoso.

—¡Maldito sea! ¿Qué le da a usted derecho a torturarme así?

—Usted me lo da.

—¡Así que estoy acusado de lo que usted llama un crimen! ¡Pero no he sido sometido a juicio, nunca he sido condenado!

—No se supone que tenga usted derecho a ser sometido a ningún juicio.

—¡Cualquiera tiene derecho a un juicio, maldito sea!

—Eso es absolutamente cierto. Pero entiéndalo, usted *no* entra dentro de esta calificación. Usted no es *nadie*. Y decidió usted no ser nadie por voluntad propia. Legalmente, oficialmente... usted no existe.

LIBRO SEGUNDO
EL CORÁCULO DELFI

NO SE DESANIME POR ELLO

No piense en el mañana; es su derecho. Pero no se queje si, cuando llega, le pilla desprevenido.

ARARAT

Con una parte distante... No, demasiado débil la palabra. Con una parte remota de su mente, era capaz de observarse a sí mismo haciendo todas las cosas equivocadas: yendo en una dirección que no había elegido, y corriendo cuando debería y podría haber utilizado su coche eléctrico de la compañía, en suma haciendo exactamente lo mismo que haría un idiota.

En principio había tomado las decisiones correctas. Iría a su cita con el consejo entrevistador, se enfrentaría al visitante de Tarnover, ganaría la confrontación porque no se puede, simplemente no se puede, poner bajo custodia a alguien a quien le ha sido ofrecido un empleo permanente en una compañía tan poderosa como la ITE. No sin causar una conmoción a nivel continental. Y si hay una cosa a la que Tarnover le tiene miedo, es a que los media penetren en su disfraz de pretendida poca importancia.

El camino al infierno está pavimentado con buenas intenciones. Simplemente no tuvieron ningún efecto en su comportamiento.

—Sí, ¿quién es? —desde el altavoz junto a la pantalla del vifono. Y luego, casi en el mismo aliento—: ¡Sandy! ¡Hey, pareces enfermo, y no te lo digo como un cumplido! ¡Sube inmediatamente!

Sonido de las cerraduras antirrobo siendo soltadas.

¿Enfermo?

Dio vueltas a la palabra en aquella desprendida parte de su consciencia que de algún modo estaba por el momento aislada de su cuerpo, pero seguía funcionando como si colgara debajo de un globo arrastrado detrás de su carcasa de carne que ahora estaba subiendo las escaleras no sólo con las piernas sino también con los brazos aferrándose a la barandilla para impedirle caer hacia atrás. La carrera de los pies combinada con la carrera de las almas para dar paso a la carrera de los cerebros, y su cerebro estaba a todas luces en plena carrera. Una cinta invisible apretaba fuertemente su cabeza a la altura de las sienes. El dolor le hacía tambalearse. Veía doble. Cuando la puerta del apartamento de Kate se abrió vio a dos muchachas, dos Kates envueltas en un viejo pareo rojo y llevando sandalias marrones... pero eso no estaba tan mal porque en su rostro había una elocuente expresión de simpatía y preocupación por él, y una dosis doble de eso era bienvenida. Estaba sudando a ríos y pensó que hubiera podido oír a sus pies chapotear dentro de sus zapatos de no ser

porque su corazón golpeaba tan fuertemente en su pecho que ahogó incluso la pregunta que ella le hizo.

Y que repitió más fuerte:

—He dicho, ¿qué demonios te ocurre?

Persiguió su voz, un elusivo jadeo en las cavernas de una garganta que se había secado como el lecho de un arroyo en un mal estiaje, hasta lo más profundo de sus pulmones.

—¡Na-j-dah!

—Dios mío. En ese caso tiene que ser grave. Pasa en seguida y échate.

Tan rápida e irrealmente como en un sueño, con la misma sensación de desprendimiento que si hubiera estado contemplando aquellos acontecimientos a través de los inquisitivos ojos del viejo Bagheera, se vio a sí mismo siendo medio conducido, medio arrastrado, a un sofá-cama tapizado en beige. A principios del pleistoceno se había sentado en él para comer tortillas y beber cerveza. Era una encantadora mañana de sol. Dejó que sus párpados se cerraran para eliminarlo y concentrarse en utilizar de la mejor manera posible el aire, que estaba teñido con una ligera fragancia a limón.

Ella corrió las cortinas pulsando un botón para excluir el sol, luego avanzó en la penumbra para sentarse a su lado y sujetar su mano. Sus dedos buscaron su pulso de una forma tan experta como una adiestrada enfermera.

—Sabía que estabas trabajando demasiado duro —dijo—. Pero sigo sin poder imaginar por qué... pero ahora lo que tienes que hacer es recuperarte; luego ya podrás hablarme de ello. Si quieres.

Pasó el tiempo. El batir de su corazón disminuyó. El sudor que brotaba a chorros de sus poros se convirtió de ardiente en frío, hizo que su elegante traje se le pegara a la piel. Empezó a estremecerse y luego, sin ningún preaviso, se dio cuenta de que estaba sollozando. No llorando —sus ojos estaban secos— sino sollozando, en enormes y jadeantes bocanadas, como si estuviera siendo cruel y repetidamente puñeado en el vientre por un puño que no estaba allí.

En un momento determinado ella trajo una gruesa manta de lana, recia y pesada, y se la puso por encima. Hacía años que no sentía el áspero contacto de una tela como aquella... ahora se dormía en camas a presión, aisladas por una capa de aire dirigido. Evocó miles de inexpresados recuerdos infantiles. Sus manos se crisparon como garras para echarla por encima de su cabeza, y sus rodillas se doblaron para adoptar una posición fetal, y se volvió de lado, y milagrosamente se quedó dormido.

Cuando despertó se sintió curiosamente relajado. Como si hubiera sido purgado. Durante... ¿cuánto tiempo había transcurrido? Comprobó su reloj. Durante la casi una hora que había estado durmiendo, algo más que la calma había ocupado su mente.

Formó silenciosamente la palabra, y notó su sabor.

Paz.

¡Pero...!

Se sentó de un salto. No había paz... no debía haberla... ¡no podía haberla! Aquel mundo no estaba hecho para la paz. En la ITE alguien de Tarnover debía estar sumando —corrección, debía haber sumado ya— dos más dos. Aquella persona, Sandy Locke, que «se les había pasado por alto a un departamento gubernamental más importante», ¡podía haber sido identificada como el perdido Nickie Haflinger!

Echó a un lado la manta y se puso en pie, dándose cuenta de que no veía a Kate por ninguna parte, y de que quizá Bargheera hubiera sido dejada de guardia y...

Pero sus complicados pensamientos se disolvieron en una oleada de mareo. Antes de haber podido dar un paso fuera del sofá-cama, tuvo que adelantar una mano para sujetarse en la pared.

En aquel momento le llegó la voz de Kate desde la cocina.

—Te has despertado en buen momento, Sandy. O cual sea tu auténtico nombre. Acabo de preparar un poco de caldo para ti. Toma.

Se le acercó con un tazón humeante, que aceptó con cuidado cogiéndolo por la no tan caliente asa. Pero no lo miró. La miraba a ella. Se había cambiado, poniéndose una blusa de verano azul y amarilla y unos pantalones que le llegaban hasta la rodilla, también amarillos, con el azul repetido en grandes ideogramas chinos en los fondillos. Y se oyó a sí mismo decir:

—¿Qué ocurre con mi nombre?

Pensando al mismo tiempo: Tenía razón. No hay lugar para la paz en este mundo moderno. Es ilusorio. Apenas pasa un minuto, ya está destruida.

—Balbuceaste cosas durante tu sueño —dijo ella, sentándose en una vieja silla remendada que él había esperado que tirara pero que ella, perversamente, había conservado—. ¡Oh, por favor, deja de forzar así los ojos! Si te estás preguntando qué le ha ocurrido a Bagheera, la he llevado abajo; las chicas han dicho que cuidarían de ella por un rato. Y si estás buscando una forma de escapar, aún es demasiado pronto. Siéntate y bébete esto.

De las alternativas que se abrían ante él, la idea de obedecerla parecía la más constructiva. En el momento que alzó el tazón, se dio cuenta que estaba hambriento. Su nivel de azúcar en la sangre debía haber bajado terriblemente. Seguía teniendo frío. Agradeció el calor del aromático brebaje.

Finalmente fue capaz de formular una pregunta en una sola palabra:

—¿Balbuceé...?

—Quizá he exagerado. Mucho de lo que dijiste tenía sentido. Por eso les dije a los de la ITE que no estabas aquí.

—¿Qué? —casi estuvo a punto de dejar caer el tazón.

—No me digas que hice mal. Porque no es cierto. Ina les hizo que llamaran aquí cuando no te presentaste para tu entrevista. Yo dije que no, que por supuesto no te había visto. Ni siquiera le caigo bien, les dije. Ina iba a creérselo. Nunca se ha dado

cuenta de que puedo gustar a los hombres, porque soy todas las cosas que ella no hubiera deseado que fuera su hija, como por ejemplo estudiosa e inteligente y no demasiado bonita. Nunca profundiza en un hombre más allá de lo que hizo contigo: tiene buena apariencia, buenos modales, bueno lo otro, y puedo utilizarlo. —Dejó escapar una seca risa, no exenta de una cierta amargura.

Él prescindió de aquel comentario.

—¿Qué es lo que... esto... dio a entender? —preguntó. Y tembló un poco mientras aguardaba la respuesta. Ella dudó.

—En primer lugar... Bien, tuve la impresión de que tú nunca te habías sobrecargado antes. ¿Es posible eso?

Otras personas se lo habían preguntado a menudo, y siempre había declarado: «No, sospecho que soy uno de los afortunados.» Y estaba convencido de decir la verdad. Había visto víctimas de la sobrecarga; se ocultaban, farfullaban cuando intentabas hablar con ellas, gritaban y golpeaban y destrozaban los muebles. Esos ocasionales accesos de temblores y calambres y frío, abortados a los pocos minutos con un tranquilizante, no podían ser lo que llamaban una sobrecarga, ¡en absoluto!

Pero ahora había sentido una tal violencia en su propio cuerpo, era consciente de que desde el exterior su comportamiento debía haber sido semejante al de un miembro de su congregación de Toledo, y de su anterior jefe en el gabinete consultor de utopías, y de dos de sus colegas en la escuela trivi, y... Otros. Incontables otros. Atrapados en el modo lucha-o-huye cuando no había forma de alcanzar ninguna de las dos soluciones.

Suspiró, dejando a un lado el tazón, y se obligó a dar una respuesta honesta.

—Antes, los medicamentos me reenderezaron siempre en muy poco tiempo. Hoy... bueno, de alguna forma no quise pensar en tomar ninguno... si entiendes lo que quiero decir.

—¿Nunca antes habías llegado hasta tan lejos? ¿Ni siquiera una vez? No me sorprende que llegaras hasta ese extremo.

Picado, se echó bruscamente hacia atrás.

—A ti te pasa constantemente, ¿no? ¿Es por eso que sabes tanto al respecto?

Ella negó con la cabeza, manteniendo una expresión neutra.

—No, a mí nunca me ha ocurrido. Pero nunca he tomado tranquilizantes tampoco. Si siento deseos de llorar cuando estoy sola en la cama, lo hago. O si siento deseos de saltarme algunas clases porque hace un día maravilloso, lo hago también. Ina se sobrecargó cuando yo tenía cinco años. Fue cuando ella y papá se separaron. Después de aquello no dejó de velar constantemente por mi salud mental tanto como por la suya. Pero en mi mente quedó fijada la asociación entre las píldoras que tomaba y la forma en que actuó cuando sufrió la sobrecarga, lo cual no fue agradable... de modo que siempre fingí tragar lo que ella me daba, y luego lo escupía cuando estaba a solas. Me convertí en una experta en ocultar tabletas y cápsulas bajo la lengua. Y sospecho que lo que hacía era algo juicioso. La mayor parte de mis amigos han caído

al menos una vez, algunos de ellos dos o tres veces desde la escuela primaria. Y todos ellos parecen ser chicos y chicas a los que... esto... sus padres cuidaron de una manera especial. Unos cuidados de los que nunca se recuperaron.

De alguna forma, una mosca solitaria había escapado a las defensas de la cocina. Saciada, volando pesadamente, llegó zumbando en busca de un lugar donde descansar y digerir. Como los dientes de una sierra añadiendo un contrapunto a sus palabras, tuvo la impresión de que el sonido ponía una nota de tensión a su siguiente pregunta.

—¿Quieres decir el tipo de cosas que hace Anti-Trauma?

—¡El tipo de cosas que los padres contratan a Anti-Trauma para que les haga a sus impotentes hijos! —Había veneno en su tono, el primer sentimiento intenso que detectaba en ella—. Pero distan mucho de ser los primeros. Son los más grandes y mejor publicitados, pero no fueron los pioneros. Ina y yo tuvimos una pelea el año pasado, y ella me dijo que lamentaba no haberme dado ese tipo de tratamiento. Hubo un tiempo en que sentí un gran cariño hacia mi madre. Ahora no estoy tan segura.

Con una amargura nacida de su reciente y atormentado reajuste de personalidad, él dijo:

—Supongo que ellos creen que están haciendo lo más correcto y adecuado. Desean que sus hijos sean capaces de enfrentarse a las cosas, y se dice que ésta es una forma de ajustar a la gente al mundo moderno.

—Ese —dijo Kate— es Sandy Locke hablando. Seas quién seas, ahora estoy segura de que no eres él. Se trata de un papel que te has impuesto. En el fondo de tu corazón sabes que lo que hace Anti-Trauma es monstruoso... ¿no es así?

Él dudó tan sólo una fracción de segundo antes de asentir.

—Sí. Más allá de cualquier posibilidad de discusión, es monstruoso.

—Gracias por ponerte al fin a mi nivel. Estaba segura de que nadie que hubiera pasado por lo que tú has pasado podría sentir de otro modo.

—¿Por qué se supone que he pasado?

—Bien, en tu sueño gemiste acerca de Tarnover, y puesto que todo el mundo sabe lo que es Tarnover...

El se echó hacia atrás como si hubiera recibido un puntapié.

—¡Espera, espera! ¡Eso no puede ser cierto! ¡La mayoría de la gente ni siquiera sabe que exista Tarnover! Ella se alzó de hombros.

—Oh, tú ya sabes lo que quiero decir, He conocido a varios de lo que llaman sus graduados. Gente que hubieran podido ser individuos, pero que en vez de ello habían sido estandarizados... uniformizados... ¡metidos en una camisa de fuerza!

—¡Pero eso es increíble!

Esta vez fue el turno de Kate de mostrarse confusa y sorprendida.

—¿El qué?

—El que tú hayas conocido a toda esa gente de Tarnover.

—No, no lo es. La universidad de Kansas City hormiguea de ellos. Sólo necesitas

levantar cualquier piedra un poco húmeda. Oh, exagero, pero hay cinco o seis.

Las sensaciones de las que había sido víctima cuando llegó amenazaban con volver. Su boca se secó completamente, como si hubiera sido llenada con algodón hidrófilo; su corazón latía con fuerza; instantáneamente sintió deseos de ir al lavabo. Pero luchó contra todo aquello con todos los recursos a su alcance. Dar un poco de firmeza a su voz fue tan agotador como subir una montaña.

—¿Y dónde se ocultan?

—En ninguna parte. Pásate por el Laboratorio de Ciencias del Comportamiento y... ¡Hey, Sandy! —Se puso en pie, inquieta—. Será mejor que te echés de nuevo y hablemos de esto un poco más tarde. Obviamente no te das cuenta de que has sufrido un shock, como si acabaras de salir de un accidente en la carretera.

—¡Lo sé! —gruñó—. Pero había alguien de Tarnover sentado allí con el consejo de selección de la ITE, y si se les ocurre venir a inspeccionar en persona este lugar... Pensaron en llamarte, ¿no?

Ella se mordió los labios, mientras sus ojos escrutaban el rostro de él en busca de una serie de indicios que no consiguió encontrar.

—¿Por qué tienes tanto miedo? —aventuró—. ¿Qué es lo que te hicieron?

—No es tanto lo que me hayan hecho. Es lo que me harán si me atrapan.

—¿A causa de algo que tú les hiciste a ellos? ¿Qué?

—Marcharme por las buenas después de que se gastaran treinta millones intentando convertirme en la clase de tipo que acabas de describir.

Durante los siguientes segundos no dejó de preguntarse cómo podía haber sido tan estúpido como para haber dicho aquello. Y con una sorpresa tan grande que era casi peor que todo lo que había ocurrido antes descubrió entonces que no era tan estúpido después de todo.

Porque ella se volvió y se dirigió hacia la ventana, para mirar a la calle por entre las cortinas no completamente corridas. Dijo:

—No veo a nadie que parezca sospechoso. ¿Qué es lo primero que harían si imaginaran dónde estás... rastrear tu código? Quiero decir el que utilizabas en la ITE.

—¿También he hablado de eso? —dijo con renovado horror.

—Hablaste de muchas cosas. Debiste estarlo acumulando todo en tu cabeza durante años y años. ¿Bien?

—Oh... Sí, sospecho que sí.

Ella miró su reloj y lo comparó con un pasado de moda reloj digital que estaba entre los pocos adornos de los que no se había desprendido.

—Hay un vuelo a Los Angeles dentro de noventa minutos. Lo he utilizado algunas veces; es un vuelo que puedes tomar sin necesidad de haber hecho reserva. Esta noche podríamos estar en...

El se llevó las manos a la cabeza, mareado de nuevo.

—Estás yendo demasiado rápido para mí.

—Hay que ir rápido. ¿Qué es lo que sabes hacer, aparte de ser racionalizador de

sistemas? ¿Cualquier cosa?

—Yo... —Hizo un enorme esfuerzo sobre sí mismo—. Sí... o casi.

—Estupendo. Vámonos, pues. Él siguió dudando.

—Kate, tú no puedes...

—¿Olvidar la universidad el próximo año, abandonar amigos y casa y madre, y a Bargheera incluso? —Su tono era irónico—. Mierda, no. ¿Pero qué vas a hacer tú si no dispones de un código utilizable para mantenerte a flote mientras te fabricas otro del que ellos no sepan nada? Porque sospecho que así es como funciona el truco, ¿no?

—Oh... sí, más o menos.

—Entonces muévete, ¿quieres? Mi código no tiene ningún problema, y las chicas de abajo cuidarán de Bagheera con el mismo cariño durante una semana que por una sola noche, y aparte eso todo lo que tengo que hacer es dejar una nota para Ina diciendo que he ido a pasar unos días en cualquier sitio con unos amigos. —Alcanzó el vifono más cercano y empezó a componer el código del archivo de correo de su madre.

—Pero yo no puedo pedirte que...

—No estás pidiendo nada. Yo estoy ofreciéndome. Y lo mejor que puedes hacer es agarrarte a la oportunidad. Porque si no lo haces es como si estuvieras muerto, ¿no? —Le hizo un gesto de que se callara y pronunció las palabras adecuadas para despistar a Ina.

Cuando hubo terminado, dijo:

—No como si estuvieras muerto. Peor que eso. —Y él la siguió hacia la puerta.

EN EL PRINCIPIO ERA EL REBAÑO

¡En Tarnover lo explicaban de una forma tan razonable!

¡Por supuesto, todo el mundo tenía que recibir un código personal! ¿De qué otro modo podría el gobierno actuar en bien de sus ciudadanos, saber de sus deseos, gustos, preferencias, compras, compromisos, y por encima de todo los desplazamientos de un continente lleno de individuos móviles y libres?

De acuerdo, había un enfoque alternativo. ¿Pero querría alguien que fuera adoptado aquí? ¿Le gustaría a nadie ver su abanico de elecciones restringido hasta el punto en que la población se volviera predecible en su comportamiento colectivo?

De modo que no rechace el ordenador como si fuera un nuevo tipo de grilletes. Piense en él racionalmente, como el instrumento más liberador jamás inventado, la única herramienta capaz de servir a las múltiples y variadas necesidades del hombre moderno.

Piense más bien en él como en una persona. Por ejemplo, piense en el amistoso cartero que hace que sus cartas le lleguen siempre, no importa la frecuencia con que

usted se mude o a qué distancia. Piense en la leal secretaria que paga siempre sus facturas cuando vienen correctas, independientemente de si usted las ha olvidado o no. Piense en el doctor de familia que tiene a mano en el hospital cuando usted cae enfermo, con todo su historial médico a la vista para guiar al desconocido especialista que puede llegar a necesitar. O si desea ser usted menos personal y más social, piense en los ordenadores como en la cura de la monotonía de los primitivos métodos de producción en masa. Tan atrás como en los años sesenta del siglo pasado se había vuelto rentable ya el fabricar centenares de artículos en sucesión en una línea de montaje, de los cuales cada uno difería sutilmente de los demás. Costaba el sueldo de un programador extra y —naturalmente— un ordenador para manejar la tarea... pero todo el mundo estaba utilizando ya ordenadores, y su capacidad era tan colosal que añadirle unos cuantos datos más no significaba nada.

(Cuando meditaba sobre el tema, siempre se sentía flotando hacia adelante y hacia atrás entre el presente y el pasado; así era de sensitivo el equilibrio entre lo que había esperado, y por supuesto anhelado, y lo que había resultado. Parecía que algunas de las decisiones cruciales aún se estaban tomando, pese a que habían transcurrido generaciones desde que fueron formuladas).

El esquema de movilidad de la población americana a finales del siglo xx era ya el mayor flujo de migración humana en la historia. En la época de vacaciones se trasladaba más gente que todos los ejércitos de todos los grandes conquistadores del mundo puestos juntos, más los refugiados que huían a su paso. Qué alivio, pues, no tener que hacer más que pulsar tu código en una terminal pública o, desde 2005, en el vifono más cercano, que normalmente solía estar en la misma habitación de uno— y explicar una sola vez que ibas a estar en Roma durante las siguientes dos semanas, o practicando el surf en Bondi, o lo que fuera, por lo que tu casa debería ser vigilada más atentamente que lo habitual por la policía, y tu correo se retenido tantos días a menos que llevara la indicación «urgente», en cuyo caso debía ser reexpedido a tal y tal sitio, y el camión de la basura no necesitaba acudir en su próxima ronda semanal, y... y así todo. Los músculos de la nación podían flexionarse con una nueva y alegre libertad.

Excepto...

La teoría era y siempre había sido: ésta es la cosa de la que el ciudadano sólido ya no tendrá que preocuparse más.

Pero una pregunta importante, cada vez más importante con el paso del tiempo: ¿y el ciudadano hueco?

Porque, liberada, la población había despegado como globos llenos de aire caliente.

¡De acuerdo, adelante!... mudémonos, aceptemos ese trabajo en otro estado, vayamos a pasar todo el verano junto al lago, trabajemos este invierno en un complejo turístico en las Rocosas, hagamos mil quinientos kilómetros al día para ir a trabajar, veamos si la vida insular nos conviene y si no busquemos otra cosa...

Más sutil aún, y de mayor alcance: intercambiamos nuestras esposas y nuestros hijos en una rotación mensual, es bueno para los chicos tener padres múltiples porque después de todo tú te has casado dos veces y yo tres, y abandonemos rápido la ciudad antes de que el jefe descubra que fui yo quien le hice la zancadilla en ese asunto más bien escabroso, y larguémonos fuera del alcance de esa tipa de la que estabas obsesionado hasta que las cosas se enfríen un poco, y busquemos algún lugar donde no haya llegado por el circuito boca-a-boca la noticia de que tú eres homo ya que de otro modo no tendrás jamás oportunidad de renunciar a los hombres, y veamos si es cierto lo que se dice acerca de esos espléndidos contactos del pinchazo en Topeka, y veamos... y veamos... y veamos...

Y además, durante todo el tiempo y en todas partes, la insidiosa sospecha: no mires ahora, pero creo que estamos siendo seguidos.

Dos años después de que conectaran el servicio vifónico doméstico a la red continental, el sistema estaba gritando en una silenciosa agonía como los miembros de un corredor de maratón que sabe que puede superar el mejor tiempo del mundo siempre que pueda llegar al kilómetro final.

Pero, preguntaban en Tarnover en los mismos términos de oh-seamos-razonables, ¿qué otra cosa podríamos haber hecho?

SEAMOS TODOS DIFERENTES IGUAL QUE YO

—Eso —dijo pensativamente Freeman— sena como una pregunta a la que usted no haya hallado aún una respuesta.

—Oh, cálese. Devuélvame a modo regresivo, por el amor de Dios. Sé que usted no le llama a eso una tortura... sé que lo llama una evaluación del estímulo-respuesta, pero sigue pareciendo una tortura, y prefiero terminar con ello lo antes posible. Puesto que no hay ninguna otra alternativa.

Freeman comprobó sus diales y pantallas.

—Desgraciadamente, no es seguro volverlo de nuevo a modo regresivo por el momento. Habrá que esperar un día o dos para que los efectos revividos de su sobrecarga en Kansas City sean eliminados de su sistema. Fue la experiencia más violenta que haya soportado usted como adulto. Algo extremadamente traumático.

—Le agradezco infinitamente el dato. Ya lo sospechaba, pero siempre es bueno verlo confirmado por sus máquinas.

—Suidac. Del mismo modo que es bueno el que lo que nos dicen las máquinas confirme su personalidad consciente.

—¿Es usted aficionado al hockey?

—No en el sentido de seguir a un equipo en particular, pero el juego ofrece un microcosmos de la sociedad moderna, ¿no cree usted? Compromisos de grupo,

irritación contra las reglas restrictivas, aprobación de agresiones espectaculares más relacionadas al status que al odio o al miedo, además del uso de la expulsión como un medio de reforzar el conformismo. A lo cual puede añadir usted la utilización del arma más primitiva, el palo, aunque estilizado.

—De modo que es así como ve usted la sociedad. Estaba preguntándomelo. ¡Qué trivial! ¡Qué supersimplificado! Menciona usted reglas restrictivas... pero las reglas solamente son restrictivas cuando han caído en desuso. Estamos revisando nuestras reglas en cada estadio de nuestra evolución social, desde que aprendimos a hablar, y no dejamos de elaborar otras nuevas que encajen mejor. ¡Y seguiremos haciéndolo a menos que los estúpidos como usted consigan detenernos!

Inclinándose hacia adelante, Freeman apoyó su puntiaguda barbilla en la palma de su mano derecha.

—Estamos en una zona de fundamentales diferencias de opinión —dijo tras una pausa—. Le digo que ninguna regla conscientemente inventada por la humanidad desde que adquirimos el don del habla posee una fuerza equivalente a aquellas heredadas de quizá cincuenta mil, quizá cien mil generaciones de evolución en estado salvaje. Es más, sugiero que la razón principal por la cual se halla agitada la sociedad moderna es que hemos estado afirmando durante demasiado tiempo que nuestros talentos especiales humanos pueden redimirnos de la herencia escrita en nuestros genes.

—Es debido a que usted, y aquellos como usted, hablan en términos estrictamente binarios: «esto, o aquello», como si hubieran decidido que las máquinas son sus superiores y desearan imitarlas, que tengo que creer que no sólo no tiene usted la respuesta correcta, sino que jamás llegará a encontrarla. Usted trata a los seres humanos según el principio de la caja negra. Si actuamos sobre este reflejo, surge esa respuesta; si actuamos sobre ese otro, obtendremos algo distinto. No hay espacio en su cosmos para lo que usted llama talentos especiales.

—Oh, vamos. —Freeman exhibió una débil y sombría sonrisa—. Está hablando usted en términos que tienen al menos dos generaciones de antigüedad. ¿Ha borrado de su mente toda la consciencia de lo sofisticada que llegó a ser nuestra metodología a partir de los años 1960?

—¿Y ha suprimido usted toda percepción de lo rígida que llegó a ser también, como la teología medieval, con su brillantez colectiva concentrada en hallar medios de abolir cualquier punto de vista que no encajara con el suyo? No se moleste en contestar a esto. Estoy experimentando la realidad de su enfoque de la caja negra. Está probándome hasta la destrucción, no como un individuo sino como una muestra que puede o no puede encajar con su modelo idealizado de una persona. Si yo no reacciono como está previsto, revisará usted el modelo y lo intentará de nuevo. Pero a usted no le preocupo yo.

—Sub specie aeternitatis —dijo Freeman, sonriendo de nuevo—. No hallo ninguna evidencia que me permita creer que yo importo más que cualquier otro ser

humano que jamás haya existido o pueda llegar a existir. Ni ninguna evidencia tampoco de que cualquiera de ellos importe más que yo. Somos elementos en un proceso que empezó en el remoto pasado y se desarrollará hasta quién sabe qué tipo de futuro.

—Lo que acaba de decir refuerza mi imagen favorita de Tarnover: una carcasa pudriéndose, pululando con indistinguibles gusanos, cuya única finalidad en la vida es engullir más carne muerta y más aprisa que ninguno de sus rivales.

—Oh, sí. El gusano conquistador. Considero curioso que se haya decantado usted finalmente hacia el ángulo religioso de la cuestión, dado el cinismo con el cual explotó usted las prerrogativas de su papel como ministro de una iglesia en Toledo.

—Pero yo no soy religioso. Principalmente debido a que el punto final de toda fe religiosa es su mismo tipo de ciega credulidad.

—Excelente. Una paradoja. Resuélvala por mí. —Freeman se inclinó hacia atrás, cruzando sus flacas piernas y uniendo las puntas de sus delgados dedos para apoyar los codos en los brazos de su sillón.

—Usted cree que el hombre es comprensible para sí mismo, o en cualquier caso actúa como si así fuera. Sin embargo, se refiere usted constantemente a procesos que empezaron muy atrás y que continuarán por los siglos de los siglos amén. Lo que está intentando hacer usted es mantenerse fuera del flujo del proceso, del mismo modo que lo hacían, ¡lo hacen!, los salvajes supersticiosos invocando a las fuerzas divinas no confinadas por las limitaciones humanas. No hace más que hablar del proceso, pero no lo acepta. Por el contrario, lucha por dominarlo. Y eso es algo que no puede hacer a menos que se mantenga fuera de él.

—Hummm. Es usted un atavismo, ¿no? ¡Tiene usted la hechura de un erudito! Pero eso no le salva de estar equivocado. Estamos intentando precisamente no mantenernos fuera del flujo, porque hemos reconocido la naturaleza del proceso y su inevitabilidad. Lo mejor que podemos esperar para ello es dirigirlo a través de los canales más tolerables. Lo que estamos haciendo en Tarnover es posiblemente el más valioso servicio que cualquier grupo pequeño haya hecho desde hace mucho en pro de la humanidad. Estamos diagnosticando nuestros problemas sociales y luego trabajando deliberadamente para crear el tipo de persona que pueda resolverlos.

—¿Y cuántos de esos problemas han sido resueltos hasta la fecha?

—Aún no nos hemos exterminado a nosotros mismos.

—¿Se atribuyen el mérito de eso? ¡Sabía que tenían ustedes descaro, pero esto es fantástico! Bajo los mismos principios podría argumentar también que en el caso de los seres humanos se necesitó la invención de las armas nucleares para desencadenar la respuesta de autoprotección que muestran la mayor parte de las especies cuando se ven enfrentadas a las garras y a los colmillos de un peligroso rival.

—Lo cual de hecho parece ser cierto.

—Si creyera usted eso no estaría trabajando tan duro para universalizar la nueva conformidad.

—¿Ha acuñado usted ese término?

—No, se lo pedí prestado a alguien cuyos escritos no son particularmente apreciados en Tarnover: Angus Porter.

—Bien, es una frase rimbombante. ¿Significa algo?

—No debería molestarme en contestar, excepto que es mejor estar hablando en tiempo presente que sentarme dentro de mi cabeza mientras usted interroga mi memoria... porque usted sabe condenadamente bien lo que significa. Mírese a usted mismo. Usted forma parte de ella. Tiene un siglo de antigüedad. Empezó cuando la gente de un país rico inició por primera vez la tarea de recortar las demás culturas a su propio común denominador más bajo: gente con dinero que gastar que tenía miedo de la comida desconocida, que le pedía al restaurador que le sirviera hamburguesas en vez de enchiladas y pescado con patatas fritas en vez de cuscús, que deseaba algo hermoso que colgar en las paredes de su casa y no lo que algún artista local había hecho poniendo en ello todo su corazón y toda su alma, que encontraba que en Río hacía demasiado calor y en Zermatt demasiado frío, pero que insistía en ir allá de todos modos.

—¿Hay que culparnos a nosotros de que la gente reaccionara así mucho antes de que fuera fundado Tarnover? —Freeman agitó la cabeza—. Sigo sin estar convencido.

—¡Pero si éste es el concepto con el cual empezó usted, y al que se ha estado aferrando todo el tiempo! Caminó directamente a una trampa sin salida. Deseaba desarrollar un modelo generalizado de humanidad, y éste era el más fácil de construir: más universal que la realeza europea de antes de la Primera Guerra Mundial pese al hecho de que era genuinamente cosmopolita, y más homogéneo que la arquetípica cultura campesina, que es universal pero individualizada. A lo que ha llegado finalmente es a un esquema donde la gente que obedece a esos antiguos principios evolutivos que usted cita tan libremente, como por ejemplo plantar raíces en un lugar para toda una vida, es considerada por los demás como «un tanto extraña». No pasará mucho tiempo antes de que sea perseguida. Y entonces, ¿cómo justificará su afirmación de que el mensaje en los genes está por encima de los cambios modernos dirigidos conscientemente?

—¿Está hablando usted de los llamados economistas, que no se aprovechan de las ventajas que nuestra técnica les ofrece? Simplemente son idiotas; eligen verse disminuidos.

—No, estoy hablando de la gente que está rodeada por una plétora tal de oportunidades que termina hundiéndose en una neurosis de ansiedad. Amigos y vecinos acuden rápidamente a ayudarles, les explican las maravillas de hoy en día y les muestran cómo utilizarlas, y luego se marchan sintiendo que han cumplido virtuosamente con su deber. Pero si mañana tienen que repetir el proceso, y al día siguiente, y al día siguiente otra vez... No, del estadio del paternalismo al estadio de la persecución siempre ha habido un paso muy corto.

Tras un breve silencio, Freeman dijo:

—Pero resulta fácil establecer mis puntos de vista como algo distinto de las distorsionadas versiones que está usted ofreciendo. La humanidad se originó como una especie nómada, siguiendo a la caza y trasladándose de unos a otros pastos con las estaciones. A nuestra cultura le ha sido reintegrada una movilidad de un orden similar, al menos en las naciones ricas. Sin embargo existen ventajas en vivir en una sociedad urbana, como las sanitarias, la facilidad de las comunicaciones, un transporte tolerablemente barato... Y gracias a nuestra ingeniosidad con los ordenadores, no hemos tenido que sacrificar esas comodidades.

—Uno puede argumentar también que el oleaje que pule los guijarros en una playa está haciéndole un servicio a los guijarros porque ser redondos es más bonito que estar llenos de aristas. A un guijarro no le importa la forma que tiene. Pero para una persona es algo muy importante. Y cada nuevo golpe de ola que dan ustedes reduce un poco más la variedad de formas que un ser humano puede adoptar.

—Sus amplias metáforas le hacen justicia —dijo Freeman—. Pero detecto, e igual hacen mis monitores, que se está esforzando usted como un hombre en una fiesta que pretende demostrar desesperadamente que aún no está completamente borracho. Está previsto que la sesión de hoy termine dentro de unos pocos minutos; la interrumpiremos aquí, y reanudaremos el interrogatorio mañana por la mañana.

UNA ACCIÓN CORRECTA POR UNA RAZÓN EQUIVOCADA

La experiencia era exactamente como viajar en un coche cuyo conductor, viendo delante de él un tramo de carretera en mal estado y lleno de baches, hunde el pie en el acelerador en vez de frenar la marcha. Había un sonido como de tamborileo, y podían verse fugazmente algunas señales al lado de la carretera, pero esencialmente se trataba de un asunto de estar aquí entonces y a continuación aquí ahora.

Apenas tenía la percepción del tiempo suficiente como para pensar que él no hubiera viajado tan rápido por una carretera en tan mal estado... y para preguntarse a sí mismo por qué no, puesto que daba excelentes resultados.

Luego, muy bruscamente, todo terminó.

—¿Dónde infiernos me has traído?

Miró a su alrededor, a una habitación con rugosas paredes color castaño, una cama de muelles estilo antiguo, una moqueta mal ajustada en el suelo, la vista de un atardecer a través de unas ventanas bajas y amplias que lo distrajo antes de que pudiera enumerar otros objetos como sillas y una mesa y cosas así. Parecían pertenecer a ese tipo de tienda de trastos cuyo propietario los etiquetaría como ANTIGÜEDADES por el simple hecho de ser más viejos que él.

—Pobre muchacho —dijo Kate. Estaba allí también—. Ha sido muy duro para ti.

Te pregunté, ¿recuerdas?, si era una buena idea dirigirnos a Regazo-de-los-Dioses. Y tú dijiste que sí.

Se sentó en una silla que había a su lado. Aferró fuertemente sus brazos con las manos hasta que sus nudillos se pusieron casi completamente blancos. Con un gran esfuerzo, dijo:

—Entonces estaba loco. Pensé en venir a una ciudad como ésta hace mucho tiempo, y entonces me di cuenta de que sería el primer lugar donde mirarían.

Teóricamente, para alguien intentando desembarazarse de una identidad anterior, no podía hallarse un mejor lugar en el continente que aquél, o algún otro de los asentamientos creados por los refugiados del norte de California tras el Gran Terremoto de la Bahía. Literalmente millones de fugitivos traumatizados habían invadido el sur. Durante años sobrevivieron en tiendas y chabolas, dependiendo de los subsidios federales debido a que estaban demasiado conmocionados mentalmente como para trabajar para ganarse la vida, y en la mayoría de los casos temerosos de entrar en un edificio con un techo sólido por miedo a que se derrumbara sobre sus cabezas y los matara. Buscaban desesperadamente una sensación de estabilidad, y creyeron encontrarla en un millar de cultos irracionales. Vendedores de confianza y falsos evangelistas hallaron en ellos una presa fácil. Muy pronto hubo un amplio movimiento de turistas deseosos de visitar sus asentamientos los domingos y observar las luchas que se producían entre defensores de creencias rivales e igualmente lunáticas. El seguro, por supuesto, se pagaba aparte.

No había habido nada comparable en la civilización occidental desde el Terremoto de Lisboa que sacudió los cimientos del cristianismo a lo largo de media Europa en 1755.

Ahora había algo parecido a un gobierno regular, y llevaba funcionando desde hacía un cuarto de siglo. Pero las heridas dejadas por el terremoto habían cicatrizado en el nombre de las nuevas ciudades: Inseguridad, Precipicio, Protempore, Estación de Enlace, Transitoriedad... y Regazo-de-los-Dioses.

Inevitablemente, puesto que éstas eran ciudades nuevas en una nación que había carecido de una frontera en varios cientos de años, atrajeron a los inquietos, a los disidentes, a veces a los elementos criminales de todas partes. Los mapas actuales las mostraban como una irregular sucesión de manchas de tinta yendo de Monterrey a San Diego y tierra adentro, formando un anillo de casi trescientos kilómetros de ancho. Constituían una nación dentro de una nación. Los turistas aún podían acudir a ellas. Pero casi siempre preferían no hacerlo. Se sentían más como en casa en Estambul.

—¡Sandy! —Sentada en una silla frente a él, Kate palmeó su rodilla—. Ya ha pasado todo, así que no vuelvas a dejarte dominar por ello. ¡Habla! Y esta vez haz que lo que dices tenga sentido. ¿Qué es lo que te hace sentir tanto terror hacia Tarnover?

—Si me cogen me harán lo que pensaban hacer conmigo al principio. Aquello de lo que huí.

—¿Y es?

—Me convertirán en una versión de mí mismo con la que no estoy de acuerdo.

—Eso le ocurre constantemente a todo el mundo. Los afortunados ganan, los demás sufren. Tiene que haber algo más profundo. Algo peor.

Él asintió débilmente con la cabeza.

—Sí, lo hay. Mi convicción de que, si tienen la oportunidad de intentarlo, lo harán, y entonces no voy a tener la menor posibilidad de resistirme a ello.

Hubo un pesado silencio. Finalmente Kate asintió, el rostro muy serio.

—Entiendo. Tú sabrás lo que te están haciendo. Y más tarde te sentirás fascinado con el registro de tus reacciones. Con una risa que no tenía nada de divertida, él dijo:

—Creo que mientes sobre tu edad. Nadie puede ser tan cínico y tan joven a la vez. Por supuesto, tienes razón.

Otra pausa, esta vez llena de una tétrica depresión. Ella la rompió diciendo:

—Habría preferido que hubieras estado en condiciones de hablar antes de que nos marcháramos de Kansas City. Debías estar en un estado intermedio. Pero no importa. Creo que hemos venido al lugar adecuado. Si has estado evitando las ciudades como Regazo-de-los-Dioses durante... ¿cuánto tiempo?... durante seis años, entonces no empezarán a peinar inmediatamente California en tu busca.

Era sorprendente lo tranquilo que aceptaba aquello, pensó. Oír su más precioso secreto ser mencionado como de pasada. Por encima de todo, resultaba casi increíble el que alguien estuviera finalmente de su lado.

¿De ahí venía la tranquilidad? Era muy probable.

—¿Estamos en un hotel? —preguntó.

—Algo así. Lo llaman un alojamiento abierto. Te dan la llave de la habitación, y tú te apañas. Hay una cocina por ahí —un vago gesto hacia la puerta del dormitorio—, y no hay límite sobre el tiempo que puedes quedarte. Ni tampoco te hacen preguntas cuando te registras, afortunadamente.

¿Has utilizado tu código?

—¿Esperabas que utilizara el tuyo? Tengo crédito suficiente. No soy exactamente una economista, pero sobre mí ha caído la bendición de los gustos sencillos.

—En ese caso los vamos a tener llamando a la puerta en cualquier momento.

—Y una mierda. Sigues pensando en términos contemporáneos. Te registras en un hotel, y diez segundos más tarde el hecho se halla registrado en Cañaveral, ¿no? Aquí las cosas funcionan de distinto modo, Sandy. Aún siguen procesando el crédito a mano. Puede pasar una semana antes de que me carguen el importe de esta habitación.

Una esperanza en la cual ya casi había dejado de creer afloró a sus ojos.

—¿Estás segura?

—Infiernos, no. Tal vez hoy sea el día que el empleado de la recepción haga todas

sus facturas y las envíe. Estoy diciendo que no se hace de forma automática. Has oído hablar de esta ciudad, ¿no?

—Sé de tantas zonas de compensación legal... —Se frotó la frente con el dorso de la mano—. ¿Esta no es una de las que se establecieron allá por los alrededores de 1960?

—Puede que fuera más o menos por esa fecha. Nunca había estado aquí antes, aunque he estado en Protempore, y me han dicho que son muy parecidas. Por eso pensé en ella. No quería llevarte a ningún sitio donde yo pudiera ser reconocida.

Se inclinó hacia él.

—Ahora concéntrate, ¿quieres? Los dober no están ladrando a tu puerta, y ya es hora de que yo conozca el resto de tu historia. Pareces haber pasado mucho tiempo en Tarnover. ¿Crees estar sometido a un bloqueo posthipnótico?

Inspiró profundamente.

—No. Me lo he preguntado muchas veces, y he llegado a la conclusión de que era imposible. La hipnosis no es uno de sus instrumentos básicos. Y si lo fuera, la orden hubiera sido activada hace mucho tiempo, cuando abandoné el lugar. Por supuesto, es probable que ahora estén utilizando posthipnóticos para impedir que otros sigan mi ejemplo... Pero mis inhibiciones están en mí mismo.

Kate se mordió el labio inferior con unos dientes pequeños y muy blancos. Finalmente dijo:

Es curioso. Cuando conocí a esos graduados de Tarnover que te mencioné, estuve segura de que habían sido tratados con una técnica cuasi-hipnótica. Hicieron que se me pusiera carne de gallina, ya sabes. Me dieron la impresión de que lo habían aprendido todo, de que no podían equivocarse nunca. Algo inhumano. De modo que mi suposición fue siempre que Tarnover es una especie de centro de educación intensiva del comportamiento para chicos listos privados de afecto, donde utilizan formas extremas de estímulo como inducción al aprendizaje. Un entorno de distracción cero... drogas, quizá... no sé.

Una palabra clave despertó ecos en su mente.

—¿Has dicho... privados?

—Hummm... —con un asentimiento—. Me di cuenta inmediatamente de ello. O bien eran huérfanos, o no dudaban lo más mínimo en declarar que odiaban a sus padres y familia. Eso les proporcionaba una curiosa solidaridad. Casi como ayudantes de campo de la Casa Blanca. O quizá más bien, como dijo Jesucristo: «¿Quiénes son mi padre y mi madre?» —Abrió las manos.

—¿Cuándo oíste hablar por primera vez de Tarnover?

—Oh, se hablaba de él cuando me gradué en la escuela superior y acudí a la universidad de Kansas City hace cuatro años. No había publicidad, al menos no del tipo de trompetas y tambores. Era más bien algo así como: «Ya tenemos la respuesta a Akadiemgorodok... parece.» Cosas de este estilo.

—¡Mierda, son hábiles! —dijo él furiosamente—. Si no los odiara, tendría que

admirarlos.

—¿Qué?

—Es el compromiso ideal. Acabas de describir lo que evidentemente quieren que piense el mundo de Tarnover. ¿Cómo lo has dicho? ¿Un centro de educación intensiva para chicos listos desprovistos de afecto? ¡Admirable!

—¿Acaso no lo es? —Los inquisitivos ojos de la mujer se clavaron en su rostro como puntas de espadas.

—No. Allí es donde están educando a la élite para que gobierne el continente.

—Espero que no estés hablando en forma literal.

—¡Yo también! Pero... Mira, tú estás en el poder. Piensa: ¿qué es lo más peligroso en un niño sin padres y con un CI alto?

Ella se lo quedó mirando durante un largo momento, luego sugirió:

—No verá las cosas de la misma forma que las ven los hombres que mandan. Pero puede que tenga razón muchas más veces que ellos.

El se dio una palmada en el muslo.

—Kate, me impresionas. Has dado en la diana. ¿Quiénes son los reclutados en Tarnover y Crediton Hill y el resto de los centros secretos? Bien, aquellos que pueden idear cosas por sí mismos si el gobierno no los enrola a su lado cuando aún son manejables. ¡Sí, sí! Pero además de eso... Dime, ¿has comprobado si hay micrófonos en esta habitación?

La pregunta llegaba tarde: ¿qué le había pasado a su cautela habitual? Estaba medio alzado de su silla antes de que ella dijera, con un cierto deje de burla:

—¡Claro que lo he hecho! Y tengo un detector malditamente bueno. Uno de mis amigos lo fabricó especialmente para mí. Es un postgraduado de la escuela de espionaje industrial de la universidad de Kansas City. De modo que relájate y sigue hablando.

Volvió a dejarse caer en la silla, aliviado, y se secó la frente.

—Dijiste que esos entrenados en Tarnover a los que conociste están casi todos ellos en el Laboratorio de Ciencias del Comportamiento. ¿Alguno de ellos en biología?

—Conocí a un par, pero no en la Universidad de Kansas City. Están en Lawrence. O estaban. No me gustaban, y perdí el contacto.

¿Mencionaron alguna vez el orgullo y la alegría de Tarnover... los chicos tullidos que fabrican con CIs de genios?

—¿Qué?

—Conocí al primero de ellos, una niña a la que llamaban Miranda. Por supuesto no era ningún genio, así que consideraron que su pérdida no tenía demasiada importancia cuando murió a los cuatro años. Pero las técnicas han mejorado. El último ejemplo del que oí hablar antes de que me fuera era otra niña: aún no podía andar, ni siquiera comer, pero podía utilizar una terminal de ordenador como el mejor de nosotros, y a veces era más rápida que sus maestros. Se especializan en niñas,

naturalmente. Los hombres, embriónicamente hablando, son mujeres imperfectas, ya sabes.

Nunca había mucho color en el rostro de Kate. En los segundos que siguieron el poco que tenía desapareció, dejando la carne de su frente y mejillas tan pálida como la cera.

Con una voz aguda y estrangulada dijo:

—Dame los detalles. Debe haber mucho más que esto. Se los dio. Cuando le hubo relatado toda la historia, ella agitó la cabeza con una expresión incrédula.

—Tienen que estar locos. Necesitamos un respiro contra el cambio ultrarrápido, no una dosis extra de él. La mitad de la población ha renunciado ya a intentar enfrentársele, y la otra mitad está completamente groggy sin siquiera saberlo.

—Suidac —dijo él hoscamente—. Pero por supuesto su defensa es que, se haga o no aquí, es algo que terminará siendo hecho por alguien, en algún lugar, así que... — un vacío alzarse de hombros.

—De acuerdo. Quizá la gente que venga después de nosotros se aproveche de nuestro ejemplo; quizá no repitan todos nuestros errores. Pero... ¿No se da cuenta la gente de Tarnover de que están reduciendo a nuestra sociedad a la histeria?

—Aparentemente no. Es un excelente ejemplo de la Ley de Porter, ¿no crees? Han transferido las actitudes de la carrera de armamentos a la era de la carrera de cerebros. Están intentando multiplicar inconmensurables. Tienes que haber oído que aplicando la estrategia de los mínimos a la cuestión del rearme el resultado invariable es la conclusión de que hay que rearmarse. Y sus antepasados espirituales no dejaron de actuar así ni siquiera después de que las bombas H escribieran un factor de infinito en la ecuación del poder militar. Buscaban conseguir la seguridad amontonando más y más armas inútiles. Hoy, en Tarnover, están cometiendo el mismo error. Afirman estar buscando el elemento genético de la sabiduría, y estoy seguro de que la mayoría de ellos creen que eso es realmente lo que están haciendo. Pero no lo es, en absoluto. De lo que siguen la pista es del CI superior a 200. E inteligencia y sabiduría no son lo mismo.

Apretó los puños.

—¡Esa perspectiva me aterra! Deben ser detenidos. De cualquier forma y a cualquier precio. Pero he estado debatiéndome durante seis años pensando en una forma, esperando que los treinta millones que han empleado conmigo no hayan sido totalmente malgastados, ¡y no he conseguido absolutamente nada!

—¿Acaso no te ha retenido el temor a ser... bueno, castigado?

Se sobresaltó.

—Eres aguda, ¿eh? ¡Sospecho que sí!

—¿Sólo por haber huido?

—Oh, he cometido todo un montón de crímenes federales. Utilicé identidades falsas, obtuve un sello notarial mediante fraude, entré datos imaginarios en la red continental... Puedes estar segura de que encontrarán montañas de razones para

meterme en la cárcel.

—De lo que estoy sorprendida es de que te dejaran escapar la primera vez.

—Pero es que ellos nunca obligan cuando pueden persuadir. No son estúpidos. Son conscientes de que un voluntario trabajando hasta caer derrengado vale más que una veintena de reclutas relucientes.

Mirando a un punto indefinido más allá de él, Kate dijo:

—Entiendo. Pensando que podían confiar en ti, soltaron mucho tu cuerda. Así que, cuando escapaste, ¿qué es lo que hiciste?

Le hizo un resumen de sus carreras.

—¡Hum! Aunque no hayas conseguido nada más, al menos ahora tienes un amplio corte transversal de nuestra sociedad. ¿Qué es lo que te hizo aceptar un puesto en la ITE, después de todo eso?

—Necesitaba conseguir el acceso a algunas áreas restringidas de la red. En particular tenía que descubrir si mi código era aún válido. Lo era. Pero ahora que están sobre mi identidad en Kansas City ya es hora de que haga un último uso de él y me reformule de nuevo totalmente. Esto cuesta dinero, por supuesto, pero tengo algunos boletos Delfi ganadores por cobrar, y estoy seguro de que puedo adoptar una profesión bien pagada al menos por un tiempo. ¿No crees que por aquí se paga muy bien el misticismo? Puedo dedicarme a hacer horóscopos computerizados, y puedo ofrecer consejos genéticos, creo que puedes hacer esto sin licencia del estado en California, y... Oh, cualquier cosa que implique la utilización de una terminal de ordenador.

Ella lo miró sin parpadear.

—Pero estás en una zona de compensación legal —le recordó.

—¡Infiernos, es verdad! —De pronto se sintió muy solo y terriblemente vulnerable—. ¿Acaso va hasta tan al fondo la compensación? Quiero decir, aunque no puedas utilizar un vifono público para tener acceso a la red, ¿eso excluye obligatoriamente los ordenadores?

—No, pero tienes que hacer una petición especial para que te concedan tiempo de ordenador. Y hay más dinero líquido en circulación que en ninguna otra parte del continente, y el servicio del vifono es restringido: puedes marcar cualquier número del resto del continente, pero tienes que cablegrafiar pidiéndolo para que puedan llamarte a ti. Cosas como éstas.

—Pero si no puedo reformular mi identidad, entonces ¿qué voy a hacer? —Estaba de pie, temblando.

—¡Sandy! —Ella también se levantó, mirándole con ojos brillantes—. ¿Has intentado alguna vez enfrentarte al enemigo?

—¿Qué? —la miró, parpadeante.

—Tengo la impresión de que cada vez que uno de tus esquemas ha salido mal, lo que has hecho ha sido abandonarlo, junto con la identidad que llevaba emparejada, y cambiar a algo distinto. Quizá sea por eso por lo que siempre has fracasado. Has

confiado en ese talento tuyo para que te sacara del apuro siempre que te has encontrado en él, en vez de lanzarte directamente al fondo con lo que habías empezado. La sobrecarga que has sufrido hoy tendría que ser una advertencia para ti. Hay un límite al número de veces que puedes apoyarte en tus facultades de razonamiento. Tu cuerpo de ha dicho al fin, simple y llanamente, que habías ido demasiado lejos.

—Oh, mierda... —Su voz estaba llena de miseria—. En principio estoy seguro de que tienes razón. ¿Pero hay alguna otra alternativa?

—Por supuesto que tengo una alternativa. Una de las mejores cosas que tiene una zona de compensación legal es que aún se cocina manualmente. No sé cómo será aquí, pero en Protempore era algo delicioso. Así que vamos a buscar un buen restaurante y una jarra de vino.

VALLADO PERO NO CERCADO

Inter alia, el Manual de la Asociación Nacional de Jugadores de Vallas, estipula:
El juego puede ser jugado manual o electrónicamente.

El campo consiste en 101 líneas paralelas equidistantes codificadas AA, AB, AC... BA, BB, BC... hasta EA (omitiendo la letra I), cruzadas en un ángulo de 90° por 71 líneas paralelas equidistantes codificadas de 01 a 71.

El objetivo del juego es encerrar con triángulos o vallas un número de puntos de coordenadas mayor que el oponente.

Los jugadores echan a suertes el color rojo o azul; el rojo empieza.

Cada jugador reclama por turno dos puntos, uno marcándolo de forma visible en el campo, el otro anotando sus coordenadas en una lista oculta al adversario (pero sometida al escrutinio de un árbitro en caso de competición).

Después de que al menos 10 puntos (5 rojos, 5 azules) han sido visiblemente reclamados, cada jugador por turno, después de haber señalado su punto visible, puede ejercer la opción de reclamar uno de los puntos ocultos e intentar cerrar un triángulo conectando tres de sus puntos visiblemente reclamados. Antes de hacer esto debe requerir a su oponente que entre en el campo sus puntos ocultos. Un punto reclamado en una lista oculta, que se demuestre en la inspección haber sido reclamado visiblemente por el oponente, debe ser borrado de la lista oculta. Un triángulo puede englobar un punto reclamado por el mismo color. Un punto, una vez encerrado, ya no puede ser reclamado. Si un jugador reclama uno de esos puntos por error, debe renunciar a la vez al punto tanto visible como invisible que le corresponden en ese turno.

Si un jugador descubre, cuando los puntos ocultos del oponente han sido entrados en el campo, que el triángulo que quería vallar no es válido, debe entrar todos sus puntos ocultos, tras lo cual el juego prosigue normalmente.

Todos los triángulos tienen que tener lados de al menos 2 unidades de longitud, es decir, dos coordenadas adyacentes no pueden servir como vértices del mismo triángulo, aunque pueden servir como vértices de dos triángulos del mismo o diferente color. Ninguna coordenada puede servir como vértice de más de un triángulo. Ningún triángulo puede englobar un punto englobado por otro triángulo. Una coordenada reclamada por el oponente que se encuentre en una línea horizontal o vertical entre los vértices de un triángulo propuesto debe ser considerada como incluida en ese triángulo y lo convierte en inválido. Una coordenada reclamada por el oponente que se halle en una línea auténticamente diagonal (45°) entre los vértices de un triángulo propuesto debe ser considerada excluida.

Los tantos son calculados por los puntos de coordenadas englobados por triángulos válidos. Un aparato calculador autorizado permite introducir los vértices de cada triángulo completado, y la memoria del instrumento muestra de forma exacta los puntos englobados. Es responsabilidad del jugador mantener un control exacto de su número de puntos acumulado, que no debe ocultar a su oponente, excepto en partidas jugadas con apuestas o en las cuales haya habido un acuerdo previo entre los jugadores, en cuyos casos los puntos pueden ser controlados por un árbitro, o mecánicamente o electrónicamente, pero en tales casos ninguno de los dos jugadores podrá apelar contra la puntuación exhibida al final o en cualquier momento del juego.

Es costumbre pero no obligación en cualquier partida que, cuando la puntuación de uno de los jugadores exceda a la del otro en más de cien puntos, el adversario se declare vencido y abandone.

METONIMIA

Según la pantalla del instrumento, el nivel metabólico del sujeto seguía siendo satisfactorio; sin embargo, su voz estaba debilitándose y sus tiempos de reacción se hacían más lentos. Estaba empezando a hacerse necesario traerlo de vuelta de modo regresivo a intervalos cada vez más cortos. Aquello era debido con toda probabilidad al bajo estímulo del entorno, excesivamente baja para alguien cuya habilidad para tolerar cambios rápidos y extremos había sido documentada gráficamente a lo largo de las últimas semanas. En consecuencia, Freeman solicitó una serie de material para mejorar la situación: una amplia pantalla de proyección trivi, un electrotonificador y un personificador que podía dar la ilusión de una, dos o tres personas observando.

Mientras esperaba a que fueran entregados los nuevos aparatos, sin embargo, tenía que proseguir forzosamente de la antigua manera, conversando con el sujeto en tiempo presente.

—Es usted un buen jugador de vallas, creo.

—¿Jugamos una partida para romper la monotonía? —Un fantasma del antiguo desafío tino sus palabras.

—Soy un mal jugador; sería una partida demasiado irregular. ¿Pero por qué le atraen más las vallas que, digamos, el go o el ajedrez?

—El ajedrez ha sido automatizado —fue la rápida respuesta—. ¿Canto tiempo hace desde que un campeón mundial ha conseguido su título sin ayuda de un ordenador?

—Entiendo. Sí, no comprendo como aún no ha escrito nadie un programa competente de vallas. ¿Por qué no lo intenta usted? Tiene la capacidad adecuada.

—Oh, utilizar un programa para jugar al ajedrez es trabajo. Los juegos están para que uno se divierta. Sospecho que hubiera podido destruir el juego de vallas, si me hubiera dedicado uno o dos años al trabajo. Pero no lo deseaba.

—Deseaba retenerlo como una analogía no determinada de su propia situación, debido a sus armónicos de cautividad, encierro, terreno seguro y cosas así... ¿no?

—Piense lo que quiera. Yo digo al infierno con todo ello. Una de las peores cosas malas de la gente como usted es su incapacidad de divertirse. A usted no le gusta la idea de que existen procesos que no pueden ser analizados. Usted es el descendiente lineal, por el lado sociológico del árbol, de los investigadores que extirpaban la médula espinal de perros y gatos porque incluso sus personalidades eran demasiado complejas como para que se sintieran tranquilos. Lo cual es un buen método para estudiar la formación de las sinapsis, pero en absoluto para estudiar a los gatos.

—Es usted un holista.

—Hubiera debido sospechar que más pronto o más tarde convertiría usted esa palabra en un insulto.

—Al contrario. Habiendo estudiado, como muy bien dice usted, los componentes separados del sistema nervioso, finalmente tenemos la sensación de que estamos preparados para atacar sus interacciones. Declinamos aceptar la personalidad como un dato. Su actitud se parece a la de un hombre que se contenta con contemplar un río sin sentir el menor interés en sus fuentes ni en su cuenca ni en las variaciones estacionales de las lluvias ni en el cieno que arrastra consigo.

—Observo que no menciona usted a los peces en el río. Ni a tomar un sorbo de su agua.

—¿Acaso el observarlo desde la orilla le informará a usted del porqué no hay peces este año?

—¿Acaso el contar los litros por minuto le dirá a usted que es hermoso? Freeman suspiró.

—Siempre llegamos al mismo tipo de callejón sin salida, ¿no? Yo considero su actitud como complementaria de la mía. Usted, por su parte, niega que la mía posea ninguna validez. Impasse.

—Falso. O al menos, solamente cierto a medias. Su problema es: usted desea clasificar mi actitud como una subcategoría de la mía, y esto no funciona porque el todo no puede ser incluido en la parte.

JUEGO LIMPIO, JUEGO SUCIO

Aventurándose por las calles de Regazo-de-los-Dioses, se sintió un poco como alguien criado en una familia llena de inhibiciones enfrentándose a una playa nudista, pero la sensación no duró mucho. Era una pequeña ciudad sorprendentemente atractiva. La arquitectura era entremezclada debido a que había brotado apresuradamente, sin embargo la urgencia había dado como resultado una unidad básica realzada ahora por la rojiza luz del sol del atardecer.

Las aceras estaban repletas, las calzadas no. Los únicos vehículos que vieron fueron bicicletas y autobuses eléctricos. Había muchos árboles, arbustos y macizos de flores. La mayor parte de la gente parecía preocuparse poco de la forma de vestir; llevaban poco espectaculares ropas de color azul, ante y tostado, y algunos iban más bien andrajosos. Pero sonreían mucho y le decían hola a todo el mundo—incluso a él y a Kate, que eran unos desconocidos— cada media docena de pasos.

Al cabo de poco rato llegaron a un restaurante decorado como una taberna griega, con mesas en una terraza bajo una techumbre de enredaderas que ascendían enrolladas a unos postes y se enredaban por un entramado de cables. Había tres o cuatro juegos de vallas en marcha, cada uno de ellos contemplado por un pequeño grupo de curiosos.

—Eso es una idea —le murmuró a Kate, deteniéndose—. Quizá pueda conseguir algo de crédito si juegan con dinero.

—¿Juegas bien? Lo siento. Es una pregunta estúpida. Pero me han dicho que la competición aquí es dura.

—Pero están jugando manualmente. ¡Mira!

—¿Eso hace de ellos unos malos jugadores?

La miró durante un largo momento. Finalmente dijo:

—¿Sabes algo? Creo que eres lo que necesito.

—Ya lo sabía —respondió ella ásperamente, y mostró la misma expresión que había visto en su rostro la primera vez que se habían conocido, frunciendo la nariz y alzando el labio superior, de tal modo que sus dientes delanteros asomaban como los de un conejo—. Es más, sabía que te gustaba antes incluso de que tú lo supieras, lo cual es una cosa rara y digna de ser atesorada. Vamos, añadamos el título de profesional de vallas a tu lista de ocupaciones.

Encontraron una mesa donde podían contemplar el juego mientras comían una pizza y bebían un poco del espeso vino local, y casi cuando terminaban su comida uno de los Jugadores más cercanos se dio cuenta de que acababa de dejar que su oponente franqueara el ansiado margen de cien Puntos de ventaja con un solo triángulo muy aplastado que cubría casi todo el ancho del camino. Maldiciendo su propia incompetencia, se resignó y se levantó, echando humo.

El ganador, un hombre gordo y calvo con una deslucida camiseta rosa, se quejaba

a todo el mundo que quería oírle:

—¿Pero qué he hecho yo para tener esos malos contrincantes, eh? ¿Qué he hecho yo?

Entonces reparó en Kate, que le estaba mirando mientras asentía con la cabeza y sonreía.

—Y aún tengo al menos una hora que perder antes de marcharme, y... Hey, ¿no querría alguno de ustedes dos ocupar su puesto? He observado que estaban mirando.

El tono y los modales eran inconfundibles. Era un profesional de las vallas, la contrapartida de aquellos antiguos profesionales del ajedrez que acostumbraban a sentarse anónimamente pretendiendo no ser buenos hasta que alguien era lo suficientemente estúpido como para picar y Jugar contra él apostando algo en el juego.

Bien, es una forma como cualquier otra...

—Claro que jugaré con usted y encantado. Por cierto, ésta es Kate, y yo soy... —esperó que la vacilación no fuera observada; el diminutivo de Alexander era bastante corriente, y puesto que Kate ya estaba acostumbrada...— yo soy

Sandy.

—Me llamo Hank. Sentaos. ¿De qué modo piensas apostar? Soy bastante bueno, como ya habrás visto. —El hombre calvo remató su frase con una sonrisa que mostró todos sus dientes.

—Juguemos igualados, luego ya pensaremos en la forma de las apuestas cuando tengamos un poco más de conocimiento de causa.

—¡Estupendo! ¿Te importaría... esto... poner sobre la mesa algo de efectivo para empezar? —Un brillo de codicia iluminó los ojos de Hank.

—¿Efectivo? Oh... Bueno, acabamos de llegar a la ciudad, así que tendrás que aceptar un pagaré, si no te importa... Bien. ¿Qué te parece si empezamos con cien?

—Me parece estupendo —ronroneó Hank, y se frotó las manos debajo de la mesa—. Y creo que deberíamos jugar el primer par de partidas a un tempo rápido.

El primer juego abortó casi enseguida, como solía suceder a menudo. Tras intentar triangular varias veces sucesivas, ambos encontraron que les era imposible, y de acuerdo más con la costumbre que con las reglas acordaron intentarlo de nuevo. La segunda partida fue apretada, y Hank perdió. La tercera fue más apretada aún y también la perdió, y la expiración de su hora le dio una excusa para marcharse irritado, con doscientos dólares menos en el bolsillo. Por aquel entonces habían llegado más clientes, algunos para jugar —había ahora una docena de partidas en marcha—, otros para mirar y evaluar la habilidad de los contendientes. Uno de los recién llegados, una muchacha gordita que llevaba un bebé, desafió al ganador y fue eliminada en una docena de turnos. Dos de los otros espectadores, un delgado y joven negro y un delgado y viejo blanco silbaron ruidosamente, y el último se apresuró a ocupar el lugar de la chica.

¿Qué es lo que me hace sentir tan extraño esta tarde...? Oh, sí. Claro. No estoy jugando como Lazarus, ni siquiera como Sandy Locke; estoy jugando como yo mismo, ¡y soy condenadamente mejor de lo que nunca hubiera imaginado!

La sensación era aturdidora. Parecía estar subiendo unas escaleras dentro de su cabeza hasta alcanzar un lugar donde no había nada excepto una pura luz blanca, y le mostraba tan claramente como si fuera un telégrafo lo que su oponente estaba planeando. Los triángulos potenciales se definían por sí mismos en el tablero como si sus lados fueran barras de neón. El hombre viejo sucumbió en veintiocho turnos, no batido pero sí contento de renunciar con un margen de cincuenta puntos que muy difícilmente podría remontar, y cedió su lugar al delgado joven negro, diciendo:

—Morris, creo que finalmente hemos encontrado a alguien que te va a resultar un hueso difícil de roer.

En aquel momento empezaron a sonar débiles campanillas de advertencia, pero Sandy estaba demasiado entusiasmado con el juego como para prestarles atención.

El recién llegado era bueno. Obtuvo un margen de veinte en la primera triangulación, y se concentró en mantenerlo. Lo consiguió durante seis turnos, mostrándose más y más confiado en sí mismo. Pero en el quinceavo turno su confianza se desvaneció. Había intentado otra triangulación, y cuando fueron entrados los puntos escondidos de Sandy vio que no tenía nada, y tuvo que sacar su propia lista oculta, y en el siguiente turno se encontró eliminado de toda una esquina que valía noventa puntos. Su rostro se volvió hosco, y le frunció el ceño a la máquina de tanteos como si sospechara que le estaba mintiendo. Luego reunió todos sus recursos en un esfuerzo por recuperar el terreno perdido.

Fracasó. La partida llegó hasta su amargo final, y perdió por catorce puntos. Se levantó furioso y se abrió camino entre los espectadores —ahora un par de docenas—, y desapareció haciendo chasquear el puño de una mano contra la palma abierta de la otra en impotente rabia.

—Que me condene —dijo el hombre viejo—. Bien... ¡bien! Mira... esto... Sandy. No he hecho un papel muy bueno contra ti, pero lo creas o no, resulta que soy el secretario en esta zona de la Asociación de Vallistas, y si eres capaz de utilizar una fotopluma y una pantalla tan bien como utilizas un tablero manual... —Radiante, hizo un amplio gesto—. Supongo que tendrás registradas tus calificaciones en el club local de allá de donde vengas. Si tienes intención de mudar tu residencia aquí a Regazo-de-los-Dioses, puedo predecir que vas a ganar el campeonato de invierno. Tú y Morris juntos haréis un equipo invenci...

—¿Quieres decir que ese era Morris Fagin?

Todo el grupo de curiosos se vio recorrido por expresiones desconcertadas: ¿acaso el tipo ese quiere pretender que no lo ha reconocido?

—Sandy —murmuró Kate muy oportunamente—, se está haciendo tarde. Más tarde para nosotros que para toda esa gente encantadora.

—Yo... eh... Sí, tienes razón. Disculpen, amigos; hoy hemos hecho un largo

viaje. —Se levantó, recogiendo los mugrientos y poco familiares billetes que había ido acumulando en una esquina de la mesa. Hacía años desde que había manejado por última vez esos documentos impresos conocidos como papel moneda; en la iglesia de Toledo eran recogidos y contados automáticamente. Para la mayor parte de la gente los pagos en efectivo se interrumpían en el número de dólares en monedas que uno podía meterse en el bolsillo sin notar su peso—. Me siento halagado —le dijo al viejo—. Pero tendrá que dejarme pensar un poco en ello. Puede que sólo estemos de paso. No tenemos planes de establecernos aquí.

Sujetó a Kate del brazo y la empujó para que se alejara del grupo, terriblemente consciente de la sensación que había causado. Podía oír ya su hazaña siendo relatada una y otra vez a través del circuito de boca-a-boca.

Mientras se desvestían, dijo con voz miserable:

—Lo he estropeado todo, ¿verdad?

Admitir el fallo era algo nuevo para él. La experiencia era tan desagradable como había imaginado que sería. Pero en su memoria resonaron los ecos de la descripción que le había hecho Kate de los graduados de Tarnover: convencidos de que eran incapaces de equivocarse.

Esa reacción no es humana. Es mecánica. Es una reacción de máquinas cuya visión del mundo se halla tan circunscrita que siguen haciendo obstinadamente la única cosa que saben hacer, aunque sea equivocada.

—Me temo que sí —dijo ella. Su tono era desapasionado, desprovisto de crítica—. No ha sido culpa tuya. Pero hacerte notar por un secretario de zona de la Asociación de Vallistas y luego ganarle al campeón de la especialidad de la Costa Oeste... sí, es algo que va a provocar comentarios. Lo siento; no me di cuenta de que no habías reconocido a Fagin.

—¿Tú sabías quién era? —Tenía un aspecto ridículo a medio quitarse los pantalones, una pierna dentro, la otra fuera—. ¿Por qué demonios no me avisaste?

—¿Quieres hacerme un favor? Antes de que iniciemos nuestra primera pelea, infórmate un poco más. Luego podrás hablar con mayor conocimiento de causa.

Había estado al borde de la ira. La inclinación se desvaneció. Acabó de desvestirse, al mismo tiempo que ella, y entonces la tomó entre sus brazos.

—Me gustas mucho como persona —dijo, y depositó un grave beso en su frente—. Creo que voy a quererte lo mismo como mujer.

—Espero que sí —respondió ella con la misma formalidad—. Puede que tengamos que ir juntos a un montón de sitios.

Él la apartó de sí toda la longitud de sus brazos, con las manos apoyadas sobre sus hombros.

—¿Dónde ahora? ¿Qué ahora?

Tan raro en su vida como admitir sus errores era el pedir consejo. Era algo igualmente inquietante. Pero tendría que convertirse en una costumbre si quería

permanecer a flote.

Ella agitó la cabeza.

—Pensaremos en ello por la mañana. Tendrá que ser algún otro lugar, eso es definitivo. Pero esta ciudad es ya a medias lo que necesitamos... No, hoy han ocurrido demasiadas cosas. Dejemos que se sobrecarguen y durmamos, y luego ya nos ocuparemos de las decisiones.

Con una brusca violencia propia de un felino, como si la hubiera tomado prestada de Bagheera, lo rodeó con unos brazos que parecían garras y hundió su aguda lengua —tan aguda como su mirada— entre los labios de él.

UN CARGAMENTO DE BOLAS DE CRISTAL

En el siglo XXI uno no tenía que ser un pontificante pandit para predecir que el éxito engendraba al éxito y que las naciones que primero tuvieran la suerte de combinar masivos recursos materiales con avanzados conocimientos prácticos serían las que verían acelerarse los cambios sociales hasta aproximadamente el límite que los seres humanos pudieran soportar. En 2010, en los países ricos, una categoría clásica de paciente mental estaba compuesta por chicos y chicas a punto de cumplir los veinte años que habían vuelto para unas primeras vacaciones de la universidad para descubrir que su «hogar» era irreconocible, o bien porque sus padres se habían trasladado a un nuevo entorno, cambiado de trabajo y ciudad, o simplemente porque —como habían hecho una docena de veces antes— lo habían amueblado y decorado de nuevo... sin darse cuenta de que estaban abriendo una puerta a lo que pronto iba a ser denominado el «síndrome de la última paja»... la que rompe el lomo del camello.

Tampoco era difícil prever que, fuera cual fuese la cantidad de bienes materiales de que disponían, las naciones para las que la Revolución Industrial había llegado tarde iban a caminar proporcionalmente de una forma más lenta. Después de todo, los ricos hacían más dinero y los pobres más hijos. Lo cual es admisible siempre que una buena parte de ellos se mueran de hambre en su infancia.

Lo que mucha gente por otra parte bien informada prefería aparentemente ignorar era el fenómeno bautizado por Angus Porter como «el mazo y la cuña», que había heredado su nombre mucho tiempo después de que incluso las naciones más pobres consideraran antieconómico el partir los troncos con un martillo y un trozo de acero. Aunque tus sierras circulares funcionaran a pedal, eran mucho más racionales. Además, con ellas podías partir los troncos con mayor exactitud.

Martilleando mucho y muy aprisa terminas por escindir la sociedad. Algunos hicieron todo lo posible por ir en la otra dirección. Un mayor número decidieron tomar un camino tangencial. Y algunos simplemente se afirmaron sobre sus talones y aguantaron los golpes. Las fisuras resultantes fueron impredecibles.

Una cosa, y sólo una cosa, preservó la ilusión de integridad nacional. Los hilos de

tela de araña de la red de datos demostraron ser sorprendentemente fuertes.

Desgraciadamente, no surgió nada para reforzarlos.

La gente hallaba consuelo en saber que había algunos objetos al alcance de la mano, en los Estados Unidos, o en la Unión Soviética, o en Suecia, o en Nueva Zelanda, de los cuales podían vanagloriarse: «¡Este es el frammistan más grande/largo/rápido en toda la Tierra!» Sin embargo, mañana Podía no serlo ya. Paradójicamente, pues, hallaban un apoyo moral aún mayor en el hecho de ser capaces de decir: «¡Este es, ¿saben?, el más primitivo potrzebie que aún sigue funcionando en un país civilizado!»

Era tan precioso ser capaces de conectar con el tranquilo Y estable pasado.

Las fisuras iban ampliándose. Del nivel nacional alcanzaban el nivel provincial, del provincial pasaban al municipal, y allí se encontraban con las fisuras que iban en la otra dirección, que se habían iniciado en la intimidad de la familia.

—¡Hemos sudado sangre para que ese hijo de puta fuera a la universidad! ¡Ahora debería pagárnoslo, en vez de ir a broncearse el culo en Nuevo México!

(En vez de Nuevo México léase, a voluntad, el complejo de Varna en el Mar Negro, o las playas de Quemoy y Matsu donde los jóvenes chinos pasaban a miles el tiempo practicando caligrafía, jugando al fan-tan y fumando opio, o cualquiera de los otros cincuenta sitios donde la dulce-far-niente vita había derramado el contenido de su red barredora tras pasearla por toda la nación, un grupo étnico, o en el caso de la India todo un subcontinente. Porque Sri Lanka ya no tenía un gobierno digno de ese nombre desde hacía una generación).

Era, tanto como cualquier otra cosa, el sentimiento de los talentos explotables siendo desperdiciados lo que había promovido el establecimiento de centros de genios como Tarnover, fundados a la escala reservada previamente al armamento. Era algo más allá de la comprensión de aquellos educados en los esquemas tradicionales de pensamiento el que unos recursos de cualquier tipo no fueran canalizados y explotados para dinamizar un crecimiento aún más rápido. Esos centros secretos — como los puntos no señalados en el tablero en un juego de vallas— provocaban consecuencias que de tanto en tanto se mostraban desastrosas.

OLISQUEANDO LA PRESA

Incluso después de dos días enteros en su compañía, Ina Grierson no podía evitar el pensar lo mucho que se parecía aquel hombre de Tarnover al Barón Samedi —muy negro, muy delgado, la cabeza como una calavera forrada de pergamino—, de modo que una esperaba constantemente que en cualquier momento apareciera tras él una tribu de negros y destrozaran el lugar. Parte de su tiempo había sido dedicado a Dolores van Bright, naturalmente, pero la mujer había admitido inmediatamente que había intentado ayudar a Sandy Locke avisándole de que habría un miembro extra en

el comité entrevistador, y después de eso ni siquiera la influencia de toda la ITE iba a impedir que fuera a parar a la cárcel.

Pero era a Ina a quien el hombre de Tarnover tenía un mayor interés en interrogar. Sandy Locke había sido contratado por sugerencia suya, de donde el resto se deducía lógicamente.

Ella empezó a sentirse terriblemente cansada de decir una y otra vez a aquel flaco negro (cuyo nombre era Paul T. Freeman, aunque quizá solamente para aquella misión):

—¡Por supuesto que me voy a la cama con hombres de los que no sé absolutamente nada! Si tan sólo me fuera a la cama con hombres a los que conozco, nunca me realizaría sexualmente, ¿no cree? Todos terminan siendo unos bastardos al final.

A última hora de la tarde del segundo día de interrogatorio surgió el tema de Kate. Ina afirmó no saber que su hija había abandonado la ciudad, y el hombre con cara de calavera se vio obligado a creerla, puesto que no había tenido oportunidad de ir a su casa y verificar la cinta registro de su correo. Además, las chicas del apartamento de abajo del de Kate, que normalmente se hacían cargo de Bagheera, insistieron en que hasta el último momento no les había comunicado su intención de viajar.

Pero lo había hecho. Se había marchado al oeste, y lo que era más, con un compañero. Lo más probable era que fuese uno de sus compañeros estudiantes, por supuesto; muchos de sus amigos eran de California. Además, había hablado de «Sandy Locke» a sus vecinas de abajo, y lo había calificado con una serie de palabras como plástico, artificial, y otros términos despectivos. Su madre confirmó que había dicho lo mismo en varias ocasiones, tanto en público como en privado.

Sin embargo, no había el menor rastro de Haflinger, y ninguna otra pista potencial de sus andanzas, y no había ningún registro de que el código de Kate hubiera sido utilizado recientemente —lo cual significaba que debía haber ido a una zona de compensación legal—, por lo cual Freeman, que era una Persona concienzuda, puso en marcha los engranajes correspondientes, y al poco pudo comunicar al FBI que el alojamiento de dos personas había sido cargado al crédito de Kate Lilleberg en Regazo-de-los-Dioses.

Muy interesante. Realmente muy interesante.

ESPECIAL DE HOY

Se despertó alarmado, recordando su error de ayer junto con una enorme serie de detalles relativos a las costumbres de la gente en las zonas de compensación legal que hubiera preferido seguir ignorando. Las subvenciones federales que recibían significaban que muy pocos de ellos tenían que trabajar a tiempo completo; complementaban sus exiguas pensiones proporcionando servicios —pensó en los

restaurantes, donde había chefs manuales y la comida era servida por camareros y camareras— y fabricando artesanía. El turismo en aquellas ciudades, sin embargo, estaba en decadencia, y como sea que a la gente ya no le importaba recordar que su nación, la nación más rica de toda la historia, había sido incapaz de trascender a un mero terremoto, se pasaban la mayor parte del tiempo chismorreando de otros asuntos. ¿Y qué mejor tema de conversación podía haber que el tipo que había aparecido bruscamente de la nada para ganarle en un abrir y cerrar de ojos al campeón local del juego de vallas?

—Más pronto o más tarde vas a tener que aprender a vivir con un hecho ineludible acerca de ti mismo —dijo Kate por encima del hombro, mientras se cepillaba el pelo ante el único espejo iluminado de la habitación. Mientras escuchaba, él iba retorciéndose los dedos. El color de aquel pelo puede que no fuera nada extraordinario, pero su textura era soberbia. Las yemas de sus dedos la recordaban bien, con independencia de su mente.

—¿Qué?

—Eres una persona muy especial. ¿Por qué otro motivo te hubieran reclutado en Tarnover? Allá donde vas, atraes la atención.

—¡No me atrevo a hacerlo!

—No puedes impedirlo. —Dejó a un lado su cepillo y volvió el rostro hacia él; estaba sentado, hosco, en el borde de la cama—. Piensa en ello —prosiguió—. ¿Te hubiera ofrecido la ITE un puesto permanente si no pensarán que eras algo especial incluso bajo tu disfraz de Sandy Locke? Y... y yo me di cuenta que eras especial también.

—Simplemente —gruñó él— tú eres más perspicaz de lo que deberías.

—Quieres decir de lo que es bueno para ti.

—Sí, sospecho que sí. —Se puso finalmente en pie, con la impresión de que podía oír sus articulaciones crujir. Sentirse tan frustrado, se dijo, tenía que ser algo parecido a sentirse viejo; recordar claramente lo que era actuar según el libre albedrío y disfrutar de la vida tal como venía, y sentirse atrapado por un esquema que te impedía hacer nada excepto algunos lentos y cautelosos movimientos y una dieta prescrita por los doctores.

—No quiero ir por la vida llevando grilletes —dijo bruscamente.

—¡Ya habla Tarnover! —restalló ella.

—¿Qué?

—¿Llevar grilletes? ¿Llevar grilletes? Nunca había oído tamaña estupidez. ¿Ha existido un sólo caso en la historia en el cual alguien con unos dones sorprendentemente excepcionales no se haya engañado pensando que eran un handicap?

—Por supuesto —dijo él inmediatamente—. ¿Qué hay de los reclutas que preferían mutilarse antes que obedecer la orden de un gobierno que les obligaba a luchar contra gente a la que no conocían? Puede que sus dones no fueran otra cosa

más que la salud y la juventud, pero eran dones pese a todo.

—Eso no es engañarse. Eso es verse forzado. Un sargento reclutador con una pistola al cinto...

—¡Es lo mismo! ¡No han hecho otra cosa más que refinar sus métodos!

Hubo un breve silencio cargado de electricidad. Finalmente, ella suspiró.

—Renuncio. No tengo derecho a discutir contigo acerca de Tarnover... tú has estado allí, y yo no. Y en cualquier caso todavía es demasiado pronto para que tengamos una disputa. De modo que dúchate y aféitate, y luego iremos a desayunar algo y hablaremos de lo que vamos a hacer a continuación.

¿ÉSTE ERES TÚ?

¿Tuviste problemas para dormirte la otra noche?

¿Pese a que te sentías agotado aunque no hubieras hecho nada para agotarte?

¿Has escuchado tu corazón? ¿Late a un ritmo anormal?

¿Sufres de trastornos digestivos? ¿Tienes la sensación de que tu esófago es un nudo en medio de tus costillas?

¿Te sientes ya furioso porque este anuncio está remachando el clavo que tienes hundido en tu cabeza?

¡Entonces ven a Calm Springs antes de que mates a alguien o te vuelvas loco!

CUENTA A ¡TRAS!

—Usted está empezando a sentirse turbado conmigo —anunció la seca y ronca voz.

Con los codos en los brazos de su sillón como siempre, Freeman unió las puntas de sus dedos.

—¿Y cómo? —se defendió.

—Por una parte, ha empezado a hablar conmigo en modo presente durante las tres últimas horas de la sesión diaria.

—Debería sentirse agradecido por ello. Nuestros pronósticos muestran que sería arriesgado mantenerlo mucho tiempo en modo regresivo.

—Una verdad a medias. El resto puede hallarse en el hecho de que está prescindiendo usted de ese caro equipo de trivi que ha hecho instalar aquí. Se ha dado cuenta de que reacciona bien a altos niveles de estímulos. Pero prefiere avanzar a tientas hacia mi umbral inferior. No quiere que empiece a funcionar al máximo de eficiencia. Piensa que aún clavado como una mariposa a un tablero puedo seguir siendo peligroso.

—Nunca pienso en mis semejantes como en peligrosos. Pienso en ellos como en capaces de cometer ocasionales errores peligrosos.

¿Se incluye usted a sí mismo?

—Permanezco constantemente alerta a la posibilidad.

—Estar en guardia así constituye en sí mismo un comportamiento aberrante.

—¿Cómo puede usted decir eso? Mientras estuvo completamente en guardia fuimos incapaces de atraparlo. En términos de sus objetivos eso no era aberrante; era funcional. Finalmente, sin embargo... Bien, está usted aquí.

—Sí, estoy aquí. Habiendo aprendido una lección que usted es incapaz de aprender.

—Espero que le haga un gran bien. —Freeman se reclinó en su sillón—. ¿Sabe?, la noche pasada estuve pensando en un nuevo enfoque... un nuevo argumento que puede traspasar su obstinación. Considere esto. Usted habla de Tarnover como si estuviéramos empeñados en un brutal intento arbitrario de asegurarnos de que las mejores mentes de la actual generación sean reclutadas al servicio del gobierno. En absoluto. Simplemente somos la última de una serie de subgrupos culturales que evolucionaron por sí mismos durante la segunda mitad del siglo pasado. Pocos de nosotros nos hallamos equipados para enfrentarnos a la complejidad y la mareante diversidad de la existencia del siglo XXI. Preferimos identificarnos con pequeñas y fácilmente aislables fracciones de la cultura total. Pero del mismo modo que alguna gente puede manejar tan sólo un abanico restringido de estímulos, y prefieren dirigirse a una comuna en la montaña o a una zona de compensación legal o incluso emigrar a un país subdesarrollado, alguna otra no solamente los resiste bien sino que en realidad exige estímulos inmensamente fuertes para que les impulsen a funcionar a un nivel óptimo. Hoy en día tenemos un abanico de elecciones de estilos de vida mucho más amplio del que nunca antes tuvimos. Los problemas de administración se han vuelto infinitamente más difíciles precisamente porque disponemos de una gama tan amplia de elecciones. ¿Quién puede manejar esta sociedad múltiple? ¿Acaso no debe recaer esa tarea en aquellos que se crecen cuando se enfrentan a situaciones complicadas? ¿Preferiría que fueran aquellos que se ha demostrado que no pueden organizar sus propias vidas a los que se les permitiera gobernar a sus demás conciudadanos?

—Un argumento convencionalmente elitista. Había esperado algo mejor de usted.

—¿Elitista? Tonterías. Yo había esperado algo mejor de usted. La palabra que está buscando usted es «estético». Una oligarquía consagrada por simple preferencia personal a la búsqueda de la gratificación artística en el gobierno... eso es lo que usted busca. Sería un sistema mejor, ¿no cree?

—Siempre que ustedes estuvieran en la cima. ¿Puede visualizar usted los escalones más bajos, una persona que obedece en vez de dictar órdenes?

—Oh, sí. Por eso precisamente trabajo en Tarnover. Espero que quizá en el transcurso de mi vida aparezca la gente lo suficientemente hábil en enfrentarse a la

sociedad moderna que nos permita a mí y a otros como yo apartarnos de su camino con la conciencia tranquila. En un cierto sentido, deseo dejar este trabajo tan pronto como me sea posible.

—¿Pasando el control a los chicos mutilados? Freeman suspiró.

—¡Oh, está usted obsesionado con esos niños gestados en el laboratorio! Quizá alivie su mente el saber que la última cochura, seis en total, son físicamente completos, ¡y corren y saltan y comen y se visten ellos mismos! Si los encontrara usted por ahí no sabría distinguirlos de los chicos normales.

—Así pues, ¿por qué se molesta en hablarme de ellos? Todo lo que está registrado en mi mente es que puede que parezcan normales... pero nunca serán normales.

—Tiene usted un auténtico don para retorcer las cosas. No importa lo que yo le diga...

—Hallo una forma de arrojar una luz distinta sobre ello. Déjeme con lo último que acaba de decir. Usted y los otros que ha mencionado admiten que son imperfectos. De modo que están buscando a unos sucesores que sean superiores a ustedes. Muy bien: déme bases para poder creer que no serán simplemente proyecciones a una mayor escala de sus propias y admitidas imperfecciones.

—No puedo. Sólo los resultados que hablen por sí mismos podrán hacerlo.

—¿Qué resultados han obtenido hasta el presente? Han enterrado ustedes un montón de tiempo y de dinero en el proyecto.

—Oh, varios. Uno o dos de ellos podrían impresionar incluso a un escéptico.

—¿Los chicos que se parecen a cualquier otro chico?

—No, no. Adultos sanos como usted mismo, capaces de hacer cosas que nunca habían sido hechas antes, como introducir una identidad completamente nueva en la red de datos desde un vifono público. Tenga en cuenta que antes de tratar de inventar nuevos talentos decidimos buscar aquellos que habían sido subvalorados. Aquí las posibilidades estaban a nuestro favor. Tenemos informes del pasado... descripciones de calculadores rapidísimos, músicos capaces de improvisar sin equivocarse en una sola nota durante horas y horas, mnemónicos que conservaban todo un libro en sus memorias con sólo leerlo una vez... Oh, hay ejemplos en todos los campos del comportamiento humano, desde la estrategia hasta la talla de la madera. Con esos como guía, estamos intentando generar condiciones en las cuales puedan desarrollarse sus homónimos actuales.

Cambió de forma casual su postura en su asiento; a cada minuto que pasaba sonaba más seguro de sí mismo.

—La forma de desorden mental más corriente hoy en día es el shock de la personalidad. Poseemos una forma eficiente de tratarlo sin necesidad de máquinas ni medicamentos. Permitimos al sujeto que haga algo que durante mucho tiempo ha deseado hacer pero para lo que le ha faltado el valor o la oportunidad a lo largo de su vida. ¿Negará usted este resultado?

—Por supuesto que no. Este continente está sembrado de costa a costa con gente

que se vio obligada a estudiar administración comercial cuando debería estar pintando murales o tocando el violín o cultivando un huerto, y finalmente consiguieron su oportunidad cuando ya era veinte años demasiado tarde como para que eso les llevara a ningún sitio.

—Excepto devolverles la sensación de una sólida identidad —murmuró Freeman.

—En el caso de unos cuantos, muy pocos, afortunados. Pero sí, de acuerdo.

—Entonces déjeme preguntarle esto. Si no hubiera conocido usted a Miranda... si no hubiera descubierto que estábamos verificando experimentalmente nuestras sospechas sobre el componente genético de la personalidad... ¿hubiera desertado usted de Tarnover?

—Creo que más pronto o más tarde lo hubiera hecho, de todos modos. La actitud que puede conducir a utilizar niños tullidos como material de experimentación hubiera terminado desconectándome.

—Gira usted como una veleta. Ha dicho repetidamente, o al menos ha implicado, que en Tarnover estamos condicionando a la gente a no ser rebelde. No puede mantener al mismo tiempo que lo que estamos haciendo lo animó a usted a ser rebelde.

Freeman exhibió su sonrisa de calavera y se levantó, estirando sus entumecidos miembros.

—Nuestros métodos están siendo probados en el único laboratorio disponible: la sociedad en su conjunto. Hasta ahora están mostrando unos excelentes resultados. En vez de condenarlos de antemano, debería reflexionar usted acerca de cuántas otras alternativas peores hay. Después de todo por lo que pasó este verano, usted, más que cualquier otra persona, debería ser capaz de apreciar lo que quiero decir. Mañana por la mañana revisaremos los recuerdos más relevantes y veremos si pueden ayudarle a comprender.

MELODRAMAS

Tenían que seguir en una zona de compensación legal. Así pues, para documentarse, compraron una guía turística de hacía cuatro años que se suponía contenía todos los detalles necesarios de todos los asentamientos post-terremoto. La mayor parte ocupaban cuatro o incluso seis páginas de texto, más otro tanto de fotos en color. Precipicio era despachada en media página. En el mapa desplegable incluido con el libro sólo se señalaba una carretera —y más bien miserable— cruzándola, desde Quemadura en el sur hasta Protempore a cincuenta kilómetros al noroeste, más una línea de autorraíl eléctrico cuyos servicios eran señalados como irregulares. Las ciudades estaban calificadas según las comodidades modernas que podían encontrarse en ellas; Precipicio se hallaba al final de la lista. Entre las cosas que no querían los precipicianos se citaban la red de datos, los vifonos, los vehículos de superficie que

no fueran sobre raíles, los aparatos más pesados que el aire (aunque toleraban los dirigibles de helio y de aire caliente), los métodos modernos de comercialización y el gobierno federal. Esto último podía deducirse del dato de que habían llegado al acuerdo de pagar una tasa anual fija en vez de un impuesto sobre los beneficios, aunque la suma parecía absurdamente alta teniendo en cuenta que no había industria excepto la artesana (no sujeta a exportación).

—Suenan como una especie de lugar de ermitaños —comentó Kate, frunciendo el ceño al breve texto en la guía.

—No, no puede serlo. No permiten ni iglesias ni edificios religiosos. —Estaba mirando al vacío, enfocando su mente en hechos que había encontrado casualmente hacía años—. Tomé algunas ideas de las zonas de compensación legal cuando era diseñador de utopías. Necesitaba imaginar una forma de incluir una religión dogmática en una comunidad sin correr el riesgo de alimentar la intolerancia. Revisé varias de esas ciudades, y recuerdo claramente haber ignorado Precipicio porque en cualquier caso no podía perder el tiempo profundizando en busca de más datos. No había registrado casi nada acerca del lugar, excepto su localización. Oh, sí: y una población límite de tres mil.

—¿Eh? ¿Un límite legalmente impuesto, quieres decir? —Y ante su asentimiento —: ¿Impuesto por quién... por los ciudadanos o por el gobierno del estado?

—Por los ciudadanos.

—¿Control de natalidad obligatorio?

—No lo sé. Cuando descubrí lo poco que podía encontrar en los bancos de datos, no me molesté en seguir investigando el asunto.

—¿Acaso echan a los visitantes en el mismo autorraíl? Le dedicó una media sonrisa.

—No, ese es el otro hecho que recuerdo. Es una comunidad abierta, administrada por una especie de asamblea municipal, creo, y cualquiera puede ir allí a echar una mirada o incluso quedarse indefinidamente. Se trata tan sólo de que no quieren saber nada de publicidad, y al parecer consideran que airear su existencia es hacer publicidad.

—Entonces iremos allí —dijo Kate con decisión, cerrando de golpe la guía.

—Yo elegiría precisamente todo lo contrario. Vernos atrapados en un callejón sin salida... Pero dime por qué.

—Precisamente porque hay tan poca información en los bancos de datos. Es increíble que el gobierno no haya intentado, por todos los medios, atar a Precipicio a la red, al menos al mismo nivel que Protempore y Regazo-de-los-Dioses. Si sus ciudadanos son lo suficientemente testarudos como para resistir tal presión, entonces simpatizarán con tu empeño del mismo modo que lo he hecho yo.

—¿Quieres decir que quieres que entre allí y me anuncie abiertamente? —exclamó él, sorprendido.

—¿Vas a parar de una vez con eso? —Kate dio una patada en el suelo, mirándole

con ojos llameantes—. ¡Líbrate de una vez de tu megalomanía, por el amor de Dios! Deja de pensar en términos de «Sandy Locke contra el mundo», y empieza a darte cuenta de que hay otra gente insatisfecha con la forma en que están las cosas y ansiosa de cambiarlas. ¿Sabes? —una cáustica mirada—, estoy empezando a creer que nunca has pedido la ayuda de nadie por miedo a pasar a ser simplemente el que da el empujón. Siempre has de estar a cargo de todo, ¿no? ¡Especialmente de ti mismo!

Él inspiró profundamente, y dejó escapar el aire con mucha lentitud, obligando a su naciente irritación a marcharse con él. Finalmente dijo:

—Sabía que lo que me ofrecían bajo el disfraz de «sabiduría» en Tarnover no era en absoluto eso. Era algo tan absolutamente distinto que he necesitado hasta ahora para darme cuenta de que finalmente la he encontrado. Kate, tú eres una persona sabia. La primera que haya encontrado nunca.

—No me animes a pensar así. Si alguna vez llego a creérmelo, voy a caerme de bruces.

ELIMINACIÓN

Más o menos por aquel entonces, el delgado negro venido de Tarnover había terminado con Ina Grierson y la dejaba marcharse a casa, tambaleante de agotamiento. Antes de caer dormida sobre la cama, sin embargo, tenía que averiguar una cosa que Freeman se había negado a decirle:

¿Qué demonios tenía Sandy Locke que lo hiciera tan importante?

No era el más experto de los ratones informáticos; sin embargo, la posición de ella como jefa del departamento de ejecutivos temporales le daba acceso a los archivos de los empleados de la ITE. Temblorosa, tecleó el código que empezaba con 4GH.

La pantalla siguió vacía.

Probó todas las formas que pudo imaginar de conseguir acceso a los datos, incluidas algunas que entraban en la ilegalidad... aunque sólo rozaban, sin llegar a romperlas, las reglas dictadas por la Oficina de Proceso de Datos, que normalmente hacía ojos ciegos ante ellas.

El resultado siguió siendo la misma pantalla vacía.

Al principio sólo se mordió las uñas; luego, empezó a comérselas; finalmente, tuvo que meterse los dedos en la boca para impedirse el empezar a sollozar de miedo y agotamiento entremezclados.

Puesto que todos sus intentos habían fallado, sólo podía extraer una conclusión. Sandy Locke, al menos en lo que a la red de datos se refería, había sido eliminado de la raza humana.

Por primera vez desde que sintió que se le rompía el corazón a los diecisiete años,

Ina Grierson se durmió llorando.

UN HOMBRO PARA LLORAR POR EL MUNDO

Así pues fueron a Precipicio, a falta de algo mejor. La ciudad había sido fundada sobre un terreno absolutamente llano a lo largo de kilómetros, una extensión de blando pero estable sedimento formado por algún antiguo río del que quedaba aún el testimonio de unos cuantos arroyos que serpenteaban a lo largo de él. Aunque podían verse colinas en tres de sus lados, sus laderas eran suaves, y cualquier terremoto que quisiera sacarlas de su sueño de eones tendría que ser tan fuerte como para despedazar toda California.

Se dirigieron hacia allá en el autorraíl eléctrico definido como tan irregular, y que tomaron en Transitoriedad. No era extraño que el autorraíl no se ajustara a ningún horario fijo. Como les informó el conductor —un corpulento y sonriente hombre con unos shorts, unas gafas de sol y unas sandalias—, una ordenanza local obligaba a dar la preferencia en todos los cruces a cualquiera que fuera a pie, en bicicleta o a caballo, así como a los animales de las granjas y a los vehículos agrícolas. Más aún, mientras daban su vuelta final en torno a Precipicio propiamente dicha, tenía que dejar a sus pasajeros subir y bajar allá donde indicaran. Aprovechándose de esta facilidad, la gente del lugar subía y bajaba cada pocos cientos de metros. Todos ellos miraban con una no disimulada curiosidad a los dos extraños.

Los cuales empezaron a sentirse incómodos. Ninguno de los dos habían tenido en cuenta un problema relativo a viajar por las zonas de compensación legal, acostumbrados como estaban a los utensilios que en teoría eliminaban la necesidad de equipaje en el estilo de vida métete-a-fondo. En todos los hoteles modernos podían encontrarse limpia-trajes ultrasónicos capaces de quitar incluso de las ropas más gruesas la más densa acumulación de polvo y suciedad en cinco minutos, y cuando la tela empezaba a ajarse bajo repetidas aplicaciones de ese violento tratamiento había otras máquinas que engullían la fibra, te acreditaban su valor, la almacenaban para eventual reutilización, y te entregaban otro vestido de la misma talla pero de distinto estilo y/o color, cargándote el valor de la fibra adicional y el trabajo. Nada así podía encontrarse en Regazo-de-los-Dioses.

Kate había tomado algunos artículos de toilette para ellos antes de marcharse, incluida una anticuada maquinilla de afeitar de cabezal intercambiable olvidada por alguno de sus antiguos amigos, pero ni siquiera se le había ocurrido coger ropas de repuesto. En consecuencia, su aspecto ahora era desaliñado, y se sentían desaliñados... y aquellos ojos desconocidos fijos constantemente en sus personas no ayudaban en nada a no ponerlos nerviosos.

Pero las cosas hubieran podido ser mucho peores. En buen número de lugares la gente se hubiera sentido en la obligación de hacer preguntas hostiles a unos

vagabundos cuyas ropas daban la impresión de que habían dormido con ellas puestas, y que casi no llevaban ninguna otra pertenencia. En general el equipaje se había ido convirtiendo en algo prescindible; la lista de lo que la gente consideraba indispensable para viajar se había ido reduciendo hasta el punto de que ambos sexos no llevaban en sus desplazamientos más que una bolsa pequeña ligeramente abultada.

Sin embargo, hasta que estuvieron casi al final de su viaje, nadie en el autorraíl, excepto el informativo conductor, les dirigió la palabra excepto para saludarles.

Por aquel entonces habían tenido ocasión de contemplar los alrededores, que encontraron fascinantes. El fértil suelo de aluvión estaba eficientemente cultivado; regados por canales de irrigación accionados por bombas eólicas, los huertos y maizales y campos de media hectárea de tubérculos y verduras brillaban al sol. Pero eso era algo que podía verse en otras partes. Mucho más notables eran los edificios. Resultaban virtualmente invisibles. Como perdices ocultándose entre la hierba, algunos de ellos eludían el ojo hasta que un cambio de ángulo revelaba una línea demasiado recta para no ser artificial, o un destello de luz del sol en el negro cristal de un captor de energía solar. El contraste con una granja moderna típica, un lugar parecido a una fábrica con corrales estándar y silos prefabricados de cemento y aluminio esparcidos un poco al azar, era sorprendente. En voz baja, dijo a Kate:

—Me gustaría saber quién diseñó estas granjas. Esto no tiene nada que ver con los edificios construidos apresuradamente con los materiales encontrados a mano por unos refugiados llenos de pánico. Este es el clásico paisaje que un millonario misántropo soñaría pero no se podría permitir. ¿Has visto algo así en alguna otra parte?

Ella agitó negativamente la cabeza.

—Ni siquiera en Protempore, que por cierto me gustó mucho. Supongo que las primeras construcciones de los refugiados no resistieron mucho. Cuando se cayeron a pedazos, ya se habían calmado lo suficiente como para intentarlo un poco mejor la segunda vez.

—Pero esto es más que simplemente un poco mejor. Esto es magnífico. No creo posible que la ciudad mantenga los mismos estándares. Por cierto, ¿aún no puede verse?

Kate alargó el cuello para mirar por encima del conductor. Observando su gesto, una mujer de mediana edad con un vestido azul sentada en el lado opuesto del autorraíl preguntó:

—¿No han estado nunca antes en Precipicio?

—Oh... No, es la primera vez.

—Ya me di cuenta de que no les reconocía. ¿Piensan quedarse, o sólo van de paso?

—¿Puede quedarse la gente? Tenía entendido que había un límite al número de habitantes.

—Oh, sí lo hay, pero en estos momentos nos hallamos a unos doscientos por

debajo de él. Y pese a todo lo que hayan podido ustedes oír —una amplia sonrisa acompañó su observación—, nos gusta tener compañía de tanto en tanto. Compañía tolerable, por supuesto. A propósito, me llamo Polly.

—Yo soy Kate, y...

—Yo Alexander —intervino rápidamente él—. Sandy. Precisamente estábamos preguntándonos quién había construido estas granjas. Nunca vi unos edificios que encajaran tan magníficamente con el paisaje.

—¡Oh! Precisamente iba a decirles que fueran a ver al hombre que se encarga de todas nuestras construcciones. Se llama Ted Horovitz. También es nuestro sheriff. Bajen en el Sendero de los Humildes Libertarios y caminen hacia el sur hasta la Plaza de los Humildes Arraigados, y entonces simplemente pregunten por Ted. Si no está por allí, hablen con la alcaldesa... se llama Suzy Dellinger. ¿Lo han entendido? Estupendo. Bueno, encantada de conocerles, espero verlos de nuevo, aquí es donde yo bajo.

Se encaminó hacia la puerta.

Involuntariamente, Kate dijo:

—¿Sendero de los Humildes Libertarios? ¿Plaza de los Humildes Arraigados? ¿Es eso algún tipo de chiste?

En aquel tramo del viaje había otros cuatro pasajeros. Todos se rieron discretamente. El conductor dijo por encima del hombro:

—Claro que sí, el lugar está todo él lleno de chistes. ¿No lo sabían?

—Unos chistes más bien retorcidos, ¿no cree?

—Sí, supongo que sí. Pero constituyen un monumento a cómo empezó Precipicio. De toda la gente que se fue al sur tras el Terremoto de la Bahía, los que llegaron aquí fueron los más afortunados. ¿Han oído mencionar ustedes alguna vez el Claes College?

Kate estalló justo en el momento en que él iba a decir que no.

—¿Acaso quiere decir usted que esto fue «Desastreville U.S.A.»? —La excitación la había hecho levantarse a medias de su asiento, para mirar ansiosamente más allá de la amplia curva que formaba en aquel punto la vía férrea, hacia la ciudad que estaba apareciendo ahora a la vista. Incluso a la primera ojeada, prometía mantener el mismo estándar que habían visto en las granjas; en cualquier caso, no había nada de la indiferente desorganización que podía encontrarse en los alrededores de tantas modernas comunidades, sino un auténtico sentido de límite: aquí, rural; allí, urbano. No, después de todo, la división no era tan clara. Una... una...

Una antigua frase surgía a la mente: una visión desvaneciéndose gradualmente.

Pero no tuvo tiempo de salir de sus confusas impresiones iniciales; Kate estaba diciendo con urgencia:

—Sandy, tienes que haber oído hablar del Claes, seguro... ¿No? ¡Oh, eso es terrible!

Se dejó caer en su asiento y le hizo un rápido resumen.

—El Claes College fue fundado hacia 1981 para reavivar el sentido medieval del nombre, una comunidad de intelectuales compartiendo sus conocimientos independientemente de las arbitrarias fronteras entre las disciplinas. No duró mucho; se desvaneció al cabo de unos pocos años. Pero la gente implicada en ello dejó un monumento conmemorativo. Cuando se produjo el Terremoto de la Bahía, dejaron todo lo que tenían entre manos y acudieron en masse a ayudar, y alguien tuvo la idea de iniciar un estudio sobre las fuerzas sociales que habían intervenido en el período postcatástrofe, de modo que, si alguna vez ocurría de nuevo, las peores tragedias pudieran ser evitadas. El resultado fue una serie de monografías bajo el título de «Desastreville U.S.A.» Me sorprende que nunca hayas oído hablar de ello.

Se volvió hacia el conductor.

—¡De hecho, prácticamente nadie ha oído hablar nunca de ello! Debo haberlo mencionado un centenar de veces, y siempre todo el mundo se me ha quedado mirando con expresión desconcertada. Y se trata de algo no sólo importante, sino... único.

—No lo mencionaría usted en Precipicio, eso puedo asegurárselo —dijo secamente el conductor—. Aquí lo aprendemos en la escuela. Pídale a Brad Compton, el bibliotecario, que le muestre nuestra primera edición.

Frenó.

—¡Hemos llegado a los Humildes Libertarios!

El Sendero de los Humildes Libertarios era realmente un sendero, serpenteando entre macizos de plantas, árboles y... ¿casas? Tenían que serlo. Pero eran algo más también. Sí, tenían techos (aunque los techos nunca eran cuadrados) y paredes (lo que uno podía ver de ellas entre masas de plantas trepadoras), e indudablemente puertas, ninguna de las cuales era visible desde donde habían bajado del autorraíl... que ya se había perdido de vista y de oído pese a su tranquilo paso, cubierto por un túnel de verdor.

—Parecen como granjas —jadeó Kate.

—No. —Él hizo chasquear los dedos—. Hay una diferencia, y acabo de darme cuenta de ella. Las granjas... son un factor en el paisaje. Pero estas casas son el paisaje.

—Eso es cierto —dijo Kate. Su voz estaba teñida de maravilla—. Noto una sensación de lo más ridículo. Estoy dispuesta a creer inmediatamente que el arquitecto que ha podido hacer esto... —sus palabras se desvanecieron.

—El arquitecto que ha podido hacer esto puede diseñar todo un planeta —dijo él brevemente, y la sujetó por el brazo para hacerla seguir caminando.

Serpentearon siguiendo el sendero, lo suficientemente plano como para poder recorrerlo con bicicleta o con un carro, pavimentado con losas de piedra haciendo juego con lo que les rodeaba. Poco después pasaron junto a una verde extensión de césped teñida de dorado por el oblicuo sol. Ella la señaló.

—No es un jardín —dijo—, sino un prado.

—¡Exacto! —Se llevó una mano a la frente, como mareado. Alarmada, ella lo sujetó.

—Sandy, ¿ocurre algo?

—No... sí... no... No lo sé. Pero estoy bien. —Dejando caer su brazo, parpadeó mirando hacia un lado, luego hacia el otro—. Simplemente me ha sorprendido. Esto es una ciudad... ¿no? Pero no lo parece. Simplemente sé que tiene que serlo, porque... —Tragó dificultosamente saliva—. Vista desde el autorraíl, ¿hubieras podido confundir este lugar con cualquier otro?

—Jamás en un millón de años. —Sus ojos se abrieron mucho, maravillados—. Es un maldito truco, ¿verdad?

—Sí, y si no me diera cuenta de que es terapéutico, me pondría furioso. A la gente no le gusta ser engañada, ¿no crees?

—¿Terapéutico? —ella frunció el ceño—. No te comprendo.

—Destrucción del conjunto. Estamos acostumbrados a ver conjuntos en lugar de ver sus componentes... o sentirlos, gustarlos, olerlos, como quieras decirlo. Tenemos un conjunto al que denominamos «ciudad», otro «pueblo», otro «aldea»... y a menudo olvidamos que existe una realidad sobre la cual están basados en su origen esos conjuntos. Funcionamos demasiado apresuradamente. Si este efecto es típico de Precipicio, no me sorprende que haya merecido tan poco espacio en la guía. Los turistas encontrarán indigesta una dosis masiva de reacción tardía. Siento deseos de conocer a ese tipo, Horovitz. Al mismo tiempo que constructor y sheriff, creo que tiene que ser un...

—¿Un qué?

—Un algo más. Quizá algo de lo que no sabemos ni una palabra.

El sendero había sido un sendero. La plaza demostró no ser una plaza... no al menos una típica plaza cuadrada, sino más bien un cuadrilátero circular deformado, pero con todos los elementos necesarios para ser un espacio urbano público. Era mucho más grande de lo que uno hubiera podido sospechar. Lo descubrieron al cruzarla. Una parte de ella, en aquel momento desierta, estaba pavimentada y adornada con jardineras llenas de flores; otra parte era como un parque, aunque en miniatura, un jardín de lo más formal; otra parte descendía suavemente hasta una extensión de agua, menos un lago que un estanque, a unos tres o cuatro metros por debajo del nivel general del suelo, que descendía hasta sus orillas en una elegante curva. Allí había gente: viejos sentados en bancos al sol, dos juegos de vallas en plena partida entre el inevitable grupo de mirones, mientras allá abajo junto al agua —bajo la mirada indulgente de un par de quinceañeros— algunos niños desnudos chapoteaban alegremente persiguiendo una enorme pelota más grande que dos de sus cabezas juntas.

Y rodeando aquella plaza había edificios de diversas alturas unidos entre sí por techos inclinados y atravesados por callejones sin los cuales hubieran formado una

sólida estructura. Cada callejón estaba coronado por un puente al nivel del primer piso, y cada puente estaba ornamentado con delicadas tallas en madera o piedra.

—Dios mío —dijo Kate, conteniendo el aliento—. Es increíble. Esto no es una ciudad. No aquí, al menos. Esto es una aldea.

—Y sin embargo tiene implícitos todos los elementos de la ciudad... la Grand-Place, la Plaza Mayor, el Old London Bridge... ¡Oh, es fantástico! Y mira un poco más de cerca a las casas. Son ecotárquicas, ¿no? ¡Hasta la última de ellas! ¡No me sorprendería descubrir que obtienen su calor del propio suelo!

Ella palideció un poco.

—¡Tienes razón! No me había dado cuenta. Una piensa en una casa ecotárquica como algo... bien, como la celdilla de una colmena industrial. Hay comunidades ecotárquicas en torno a Kansas City, tú ya lo sabes, ¡pero no tienen más carácter que un hormiguero!

—Busquemos al sheriff inmediatamente. No puedo soportar tantas preguntas sin respuesta. ¡Disculpen! —Se acercó al grupo que rodeaba una de las mesas donde se disputaba una partida de vallas—. ¿Dónde podemos encontrar a Ted Horovitz?

—Sigán ese callejón —indicó uno de los espectadores, señalando—. Primera puerta a la derecha. Si no está allí, prueben en la oficina de la alcaldesa. Creo que hoy tiene cosas que tratar con Suzy.

De nuevo, mientras se alejaban, notaron varias miradas curiosas clavadas en ellos. Como si los visitantes fueran una rareza en Precipicio. ¿Pero por qué no había miles de ellos, millones? ¿Por qué aquella ciudad no era famosa en todo el mundo?

—Aunque, por supuesto, si fuera famosa...

—¿Decías algo?

—No exactamente. Esta debe ser la puerta. ¿Señor Horovitz?

—¡Adelante, entren!

Entraron, y se encontraron en una extraordinaria habitación de al menos diez metros de largo. Amueblada convencionalmente, con sillas y un escritorio y estanterías llenas de libros y cassettes, daba sin embargo la sensación de ser más bien un claro en medio del bosque brillando con helechos o una cueva tras una cascada con luminosa vegetación colgante que la oficina de alguien. Una luz verdosa, reflejada por unos oscilantes paneles en la parte exterior de unas ventanas irregulares, espejeaba sobre velludas superficies tan suaves como el musgo.

Un hombre robusto con un mono provisto de grandes bolsillos llenos de herramientas se volvió para saludarles desde un banco de carpintero desgastado por el mucho uso, dejando a un lado un objeto de madera cuya forma al principio les resultó extraña, luego familiar: un dulcemele.

En aquel mismo momento algo se movió, emergiendo de las sombras detrás del banco de trabajo. Un perro. Un enorme animal de movimientos lentos y graciosos, cuyos antepasados debían incluir al gran danés, al galgo lobero irlandés,

posiblemente al esquimal o chinook... y alguno más, alguna raza extraña, ya que su cráneo era sorprendentemente protuberante y sus ojos, muy hundidos, parecían muy poco caninos.

Los dedos de Kate se hundieron como garras en el brazo del hombre, y la oyó lanzar una ahogada exclamación.

—No se alarmen —retumbó el hombre con una voz media octava más baja de lo que hubiera podido suponerse por su tamaño—. ¿Nunca habían visto antes a un perro como éste? Llegan a tiempo para una experiencia educativa. Se llama Natty Bumppo. Quédense un momento quietos mientras les lee. Lo siento, pero éste es el procedimiento habitual con todos los visitantes. ¿Cuál es su índice, Nat? ¿Nada de drogas duras... nada de excesivo licor... nada excepto el estar un poco asustados?

El perro frunció su labio superior e inhaló una profunda bocanada de aire, luego agitó brusca y negativamente la cabeza y lanzó un débil gruñido. Apoyó elegantemente sus enormes cuartos traseros en el suelo, manteniendo sus ojos fijos en los recién llegados.

Los dedos de Kate se relajaron, pero estaba temblando.

—Dice que están limpios —anunció Horovitz—. Le comprendo muy bien, ¿saben? No tan bien quizá como él comprende a los humanos, pero sí lo suficiente. Bien, siéntense —señalando hacia un canapé cercano. El se dejó caer en un sillón haciéndoles frente y extrajo una vieja y quemada pipa de Uno de sus inmensos bolsillos—. ¿Qué puedo hacer por ustedes?

Se miraron la una al otro. Con una repentina decisión, Kate dijo:

—Hemos venido a parar aquí más o menos por accidente. Estuvimos en Regazo-de-los-Dioses, y antes yo había estado en Protempore. No tienen ni punto de comparación con Precipicio. Nos gustaría visitarlo un poco con usted.

—Hummm. Bien... probablemente. —Horovitz le hizo un gesto al perro—. Nat, ve a decirle al concejo que tenemos candidatos, por favor.

Natty Bumppo se puso en pie, resopló por última vez a los extraños, y se fue. La puerta tenía una manija que él Podía accionar; la cerró cuidadosamente tras de sí.

Siguiendo al animal con los ojos, Sandy dijo:

—Oh, olvidé decirle nuestros nombres.

—Kate y Sandy —murmuró Horovitz—. Les estaba esperando. Polly Ryan me dijo que los había encontrado en el autorraíl.

—¿Ella... le...?

—Supongo que habrán oído hablar ustedes de los vifonos. Disponemos de ellos. Aunque parezca lo contrario. Quizá hayan leído de nosotros en esa horrible guía. —Asomaba por el bolsillo lateral de Kate; la señaló con un dedo acusador—. Lo que no tenemos es servicio vifónico. Los federales llevan años detrás nuestro para conectarnos con la red de datos bajo las mismas bases compensatorias que las demás comunidades de compensación legal, pero para satisfacer a sus ordenadores tienes que ajustar todos tus vifonos a su banda particular. Nos dan todo tipo de razones

persuasivas para que cedamos... no dejan de recordarnos cómo Transitoriedad fue casi ocupada por un sindicato del crimen, y cómo casi todo el mundo en Ararat fue engañado por un falso predicador buscado en siete estados distintos por fraude y abuso de confianza... pero preferimos quedarnos fuera y resolver nuestros propios problemas. No pueden obligarnos a enlazar con ellos mientras el monto total de nuestros impuestos sea superior a las compensaciones que recibimos. Así que, en principio, nada de vifonos. Pero no dejen que esto les engañe haciéndoles imaginar que estamos atrasados. Tenemos exactamente el tamaño de una ciudad mercantil de finales de la Edad Media, y ofrecemos casi exactamente un centenar de veces sus ventajas y comodidades.

—¡Así que han demostrado ustedes que es más barato operar sobre unas bases ecotárquicas! —Sandy se inclinó ansiosamente hacia adelante.

—¿Se han dado ustedes cuenta? ¡Muy interesante! La mayoría de la gente tiene ideas preconcebidas acerca de la edificación ecotárquica; tienen que ser productos fabricados en serie, vienen en un solo tamaño y una sola forma, y si quieres una casa más grande lo único que puedes hacer es juntar dos. De hecho, como dice usted, una vez comprendes realmente el principio descubres que has eliminado accidentalmente la mayor parte de los gastos generales en los que no habías reparado. ¿Han estado alguno de ustedes en Trianón?

—Yo he estado —dijo Kate—. Una vez, visitando a unos amigos.

—Se enorgullecen de funcionar con un setenta y cinco por ciento de utilización de energía, y pese a ello tienen que aceptar un subsidio anual de la ITE debido a que su propio esquema es en sí mismo derrochador. Nosotros trabajamos entre un ochenta y un ochenta y cinco por ciento. No hay ninguna otra comunidad en el planeta que se desenvuelva mejor.

Horovitz remató esta observación con una semiembarazada sonrisa, como para librarse de cualquier sospecha de presunción.

—¿Y usted es el responsable de ello? —preguntó Sandy—. La mujer a la que encontramos, Polly... dijo que usted se había encargado de casi toda la construcción.

—Por supuesto, pero no puedo atribuirme el mérito. Yo no imaginé los principios, ni cómo aplicarlos. Eso fue cosa de...

—¡Oh, sí! —interrumpió Kat—. ¡El conductor del autorraíl nos dijo que ésta es la original Desastreville U.S.A.!

—¿Habían oído hablar ustedes de ello? —Horovitz había estado cargando su pipa con un tabaco oscuro y áspero; casi estuvo a punto de dejar caer bolsa y pipa—. ¡Bien, infiernos! ¡Así que no han conseguido tapar completamente el asunto!

—Oh... ¿qué quiere decir?

Un alzarse de hombros y un gruñido.

—Por todo lo que sé, si uno teclea pidiendo datos acerca de los estudios de Desastreville, o de cualquier cosa que tenga algo que ver con el Claes College, en la red pública continental, recibe una respuesta descorazonadora. Algo así como que

«esos datos son de interés únicamente para estudiantes especializados», cito textualmente. O al menos eso es lo que dice Brad. Brad Compton, nuestro bibliotecario.

—¡Pero eso es horrible! —Kate se lo quedó mirando—. Nunca se me ocurrió teclear pidiendo esos datos... mi padre tenía una colección completa de las monografías de Desastreville, y las leí antes de cumplir los veinte. Pero... Bien, ¿no es importante que uno de los proyectos que soñaron en el Claes haya dado nacimiento a una comunidad funcional?

—Oh, creo que sí. ¿Qué sheriff no lo admitiría, con un índice de criminalidad cercano al cero?

—¿Lo dice usted en serio?

—Hummm. Todavía no hemos tenido ningún asesinato, y hace dos años desde que la última persona fue hospitalizada a causa de una pelea. En cuanto a los robos... bien, el robo no es una costumbre por estos alrededores. —Una ligera sonrisa—. Ocasionalmente nos llega alguno de importación, pero no tiene el menor futuro, ni en uno ni en otro sentido.

—No me lo diga —murmuró lentamente Kate—. Déjeme adivinarlo. ¿Es este lugar la razón por la que fue abandonado el Claes? ¿Se quedó aquí la gente con algo en la cabeza, en vez de volver a sus casas?

Horovitz sonrió.

—Jovencita, es usted la primera visitante que conozco que ha llegado a esta conclusión sin que tengamos que decírsela. Aja; Precipicio reunió la crema del Claes, y lo que quedó simplemente se disolvió en el entorno. Según lo entiendo, eso fue debido a que solamente aquellos que se tomaban sus propias ideas en serio estaban preparados para hacer frente a la responsabilidad que comportaban. Y al ridículo también. Después de todo, al mismo tiempo otros asentamientos de refugiados se hallaban a merced de malhechores y falsos evangelistas sin escrúpulos, como decíamos hace un momento, de modo que ¿quién iba a creer que una loca mezcla compuesta de retazos de Ghirardelli y Portmeirion y Valencia y Taliesin y Dios sabe qué más tuviera la menor posibilidad de salirse con bien cuando todos los demás se habían salido con mal?

—Creo que nosotros debemos caerle muy bien —dijo Sandy de pronto.

Horovitz lo miró parpadeando.

—¿Qué?

—Nunca vi una fachada desmoronarse tan rápidamente. La hospitalidad campesina, quiero decir. Tampoco le iba demasiado; no es ninguna pérdida. Pero además de constructor y sheriff, ¿qué es usted? Quiero decir, ¿dónde empezó?

Horovitz dejó que las comisuras de su boca cayeran en una lúgubre parodia de desánimo.

—Me confieso culpable —dijo tras una pausa—. De acuerdo, me considero como local, pero poseo un doctorado en interacción social por Austin, Texas, y un master

en tecnología estructural por Columbia. Lo cual no es algo que admita habitualmente ante los visitantes, ni siquiera ante los más brillantes... especialmente no ante los más brillantes, puesto que tienden a venir aquí por todas las razones erróneas posibles. Estamos interesados en ser funcionales, no en ser diseccionados por hordas de antropólogos culturales de paso.

—¿Cuánto van a esperar ustedes antes de hacerse famosos?

—¡Hummm! Es usted un tipo perceptivo, ¿eh? Pero una buena pregunta exige una buena respuesta. Creemos que medio siglo será suficiente.

—¿Vamos a sobrevivir tanto tiempo? Horovitz agitó pesadamente la cabeza.

—No lo sabemos. ¿Hay alguien que lo sepa?

La puerta se abrió de golpe. Natty Bumppo regresó, dándole a Horovitz un suave hociquero al pasar. Tras él apareció una mujer negra alta e imponente con una blusa llamativa y unos pantalones ajustados, cogida del brazo de un gordo blanco —muy bronceado— con unos shorts y unas sandalias como los del conductor del autorraíl.

Horovitz los presentó como Suzy Dellinger, la alcaldesa, y Brad Compton; eran los componentes del concejo municipal aquel año. Les ofreció una condensada pero exacta versión de su conversación con Kate y Sandy. Los recién llegados escucharon atentamente. Una vez terminado el relato, Brad Compton hizo un sorprendente comentario.

—¿Lo aprueba Nat?

—Parece que sí —gruñó Horovitz.

—Entonces sospecho que hemos encontrado unos nuevos inquilinos para la casa de Thorgrim. ¿Suzy? —mirando a la alcaldesa.

—Seguro, ¿por qué no? —Se volvió hacia Kate y Sandy—. ¡Bienvenidos a Precipicio! Ahora, cuando vuelvan a la plaza, tomen el segundo callejón a su derecha, y se encontrarán en el Paseo de los Borrachos. Síganlo hasta la intersección con la Gran Vía Circular. La casa más cercana a la izquierda de aquella esquina es suya durante tanto tiempo como quieran quedarse en ella.

Hubo un momento de muda incredulidad. Luego Kate exclamó:

—¡Esperen! ¡Están yendo demasiado aprisa! No sé exactamente cuáles son los planes de Sandy, pero yo tengo que volver a Kansas City dentro de unos pocos días. Parece que han decidido ustedes que me convierta en una residente a perpetuidad.

—¡Y lo que es peor, sobre la base de la opinión de un perro! —remachó Sandy—. Aunque sea un modi, no veo cómo...

—¿Un modi? —interrumpió Horovitz—. No. No está modificado. Sospecho que su tata-no-sé-cuántos-abuelo debió ser manipulado un poco, pero él es tal como creció. Aunque admito que es el mejor de la carnada.

—¿Quiere decir que hay un montón de perros como él en Precipicio? —preguntó Kate.

—Un par de cientos en estos momentos —respondió la alcaldesa Dellinger—.

Descendientes de una perrada que llegó a la ciudad en el verano de 2003. Eran un joven macho, y dos perras fértiles con cuatro cachorrillos cada una, y una vieja perra estéril los guiaba a todos. Había sido castrada. El doctor Squibbs, nuestro veterinario, siempre ha mantenido que debieron escapar de alguna estación investigadora en busca de algún lugar donde fueran mejor tratados. Aquí lo encontraron. Son estupendos con los niños, pueden casi literalmente hablar, y si tan sólo vivieran unos cuantos años más no habría en absoluto nada malo en ellos. El problema es que no superan los siete u ocho años como máximo, y eso no es justo, en absoluto. ¿Nat? —Tendió una mano para rascarle a Natty Bumpo detrás de las orejas, y el perro dio un ausente golpe en el suelo con su gruesa cola—. Pero tenemos amigos que están trabajando en ello, y estamos haciendo todo lo posible por aumentar su longevidad.

Otra pausa. Finalmente, Sandy dijo con determinación:

—De acuerdo, sus perros pueden hacer milagros. Pero darnos una casa, sin siquiera preguntarnos qué pensamos hacer mientras estemos aquí...

Brad Compton lanzó una risotada. Luego la cortó, confuso.

—Disculpen a Brad —dijo Horovitz—. Pero creía que ya habíamos abordado ese tema. ¿Acaso no he sabido explicarme? Les he dicho que ofrecemos un centenar de veces los servicios de una ciudad medieval de idéntico tamaño. Uno no llega simplemente, ocupa una casa, y vive de sus compensaciones federales para siempre y amén. De tanto en tanto hay gente que lo intenta. Pero todos ellos terminan sintiéndose infelices y desilusionados y se van.

—Bien, sí, por supuesto. Quiero decir, me doy cuenta de que deben tener ustedes todo tipo de trabajos que ofrecernos... pero no es a eso a lo que quiero llegar. Quiero saber qué demonios sostiene a esta comunidad.

Los tres precipicianos se sonrieron entre sí. La alcaldesa Dellinger dijo:

—¿Debo decírselo yo?

—Naturalmente, ese es el trabajo de un alcalde —respondió Compton.

—De acuerdo. —Se volvió hacia Kate y Sandy—. Estamos llevando a cabo una operación sin capital, sin accionistas, y prácticamente sin local social. Sin embargo, recibimos una cantidad de donaciones que representan quince veces la totalidad de nuestras compensaciones legales.

—¿Qué?

—Es la pura verdad. —Su tono era serio—. Proporcionamos un servicio que algunas personas, algunas personas muy ricas, por supuesto, han encontrado tan precioso que no han dudado en hacer cosas tales como comprometerse a pagarnos de por vida un diezmo de su sueldo. En una ocasión incluso nos fueron legados los beneficios de un patrimonio de sesenta millones, y aunque la familia intentó por todos los medios invalidar el testamento en los tribunales... Creo que ya nos ha reconocido, ¿no?

Temblando, los puños apretados, la boca tan seca que era casi incapaz de modular las palabras adecuadas, Sandy dejó escapar su suposición.

—Sólo hay una cosa que puedan ser. Pero... Oh, Dios mío. ¿Son ustedes realmente el Oyente Silencioso?

INTERFERENCIA

—Después de lo cual deseé inmediatamente preguntar cómo conseguían mantener aquella increíble promesa suya, pero...

—¡Espere, espere! —Freeman estaba medio alzado de su silla, mirando atentamente a su consola de datos como si acercando su rostro a ella pudiera alterar lo que estaba mostrando el display del aparato.

—¿Ocurre algo?

—Yo... no, no ocurre nada. Simplemente acabo de observar un fenómeno notable. —Freeman volvió a dejarse caer en su sillón y, con un aire de culpa, extrajo un pañuelo para secarse el rostro. Un repentino sudor había llenado de ríos su frente.

Hubo un breve silencio. Luego:

—Maldita sea, tiene usted razón. Esta es la primera vez que me ha transferido usted de modo regresivo a modo presente y no he tenido que ser conducido al mismo tema. ¡Muy interesante! No se moleste en decirme que esto indica lo muy profundamente que me afectó; lo sé, y aún me siento afectado. Lo que aprendí de aquella primera conversación en Precipicio me dejó con una extraña sensación en la punta de la lengua, como si me diera cuenta de que la gente allí tenía la respuesta a algún problema desesperadamente urgente, sólo que no podía descubrir de qué problema se trataba... Incidentalmente, dígame algo, por favor. Creo que me lo merezco. Después de todo, no puedo impedir el que usted haga que se lo cuente todo, ¿no?

El rostro de Freeman estaba tan reluciente como si estuviera siendo asado en un espetón ante un fuego inmensamente fuerte. Se secó más transpiración antes de responder.

—Adelante, pregunte.

—Si se hubiera llegado a saber que yo había llamado al Oyente Silencioso y había hablado durante una hora acerca de Miranda y de mí mismo en Tarnover... ¿hubiera sido expulsado vía sala de operaciones?

Freeman dudó, doblando y volviendo a doblar su pañuelo antes de devolverlo a su bolsillo. Finalmente lo hizo, y habló con relucencia.

—Sí. Con un CI de 85, con un poco de suerte. Tan calmadamente como antes:

—¿Y acerca del Oyente Silencioso?

—No se les hubiera hecho nada. —La admisión fue casi inaudible—. Ya debe saber usted por qué.

—Oh, claro. Lo siento... Admito que sólo lo pregunté para verle azarado. Pero es un asunto tan David-Goliat lo de Precipicio contra el gobierno de los Estados Unidos.

¿Desea que continúe?

—¿Desea usted continuar?

—Creo que sí. No sé si Precipicio funcionará para todo el mundo, pero funcionó para mí. Y ya es tiempo de que me enfrente a las razones por las que mi estancia allí terminó en desastre, cuando si no hubiera sido tan estúpido la cosa no hubiera resultado peor que un pequeño contratiempo.

LA MALLA DEL CEDAZO

—Este es el más increíble de los lugares que uno puede imaginar. Nunca soñé...

Mientras ascendían serpenteando colina arriba por el adecuadamente llamado Paseo de los Borrachos, Kate lo interrumpió:

—Sandy, ese perro. Natty Bumppo.

—Te dio repeluznos, ¿no? Te asustó. Lo siento.

—¡No!

—Pero tú...

—Lo sé, lo sé. Me sorprendió. Pero no me asustó. Simplemente no lo creí. Estaba segura de que no había quedado ninguno de los perros de papá.

—¿Qué? —Casi tropezó, volviéndose para mirarla—. ¿Qué demonios tiene que ver todo eso con tu padre?

—Bueno, nunca he oído hablar de nadie más que hiciera cosas tan maravillosas como él con los animales. Bagheera es una de las obras de papá también. Casi la última. Él inspiró profundamente.

—Kate, querida, ¿te importaría empezar por el principio?

—Sí, creo que es lo mejor —dijo ella, con los ojos turbados y llenos de tristeza—. Recuerdo haberte preguntado si sabías algo de mi padre, y tú dijiste que sí, por supuesto, que era Henry Lilleberg el neurofisiólogo, y la cosa quedó ahí. Pero eso fue un ejemplo típico de lo que tú dijiste hace apenas una hora que Precipicio había sido diseñada para curar. Pega una etiqueta a una cosa, y olvídale. Di «neurofisiólogo», y la imagen que te viene inmediatamente a la cabeza es la de una persona que disecciona un sistema nervioso, lo analiza in vitro, publica los resultados, y se marcha satisfecho, olvidando que el resto del animal llegó a existir alguna vez. ¡Esta no es una definición para mi padre! Cuando yo era pequeña acostumbraba a traerme animalillos sorprendentes, que nunca duraban mucho porque ya eran muy viejos. Pero habían hecho su servicio en los laboratorios, y después de eso él no se sentía capaz de arrojarlos por la tolva del incinerador. Acostumbraba a decir que les debía un poco de la distracción que él les había quitado cuando eran jóvenes.

—¿Qué tipo de animales?

—Oh, al principio pequeños, cuando yo tenía cinco o seis años... ratoncillos, hamsters, jerbos. Más tarde fueron ardillas y marmotas, gatos y mapaches.

¿Recuerdas que mencioné que él tenía licencia para trasladar especies protegidas entre estados? Y finalmente, durante el último par de años antes de que enfermara tanto que tuvo que retirarse, trabajó con algunos realmente grandes: perros como Natty Bumppo y pumas como Bagheera.

—¿Hizo alguna investigación con mamíferos marinos... delfines, marsopas?

—No lo creo. En cualquier caso no hubiera podido traérmelos a casa. —Un asomo de su ironía habitual afloró a sus palabras—. Vivíamos en un apartamento. No teníamos ninguna piscina donde mantenerlos. ¿Por qué lo preguntas?

—Estaba pensando si podría tener alguna relación con... infiernos, no sé con cuál de sus varios nombres podrías llegar a reconocerlo. Cambiaban constantemente de denominaciones cada vez que saltaban de un callejón sin salida a otro. Pero había un proyecto con base en Georgia dedicado a diseñar animales capaces de detener una invasión. Originalmente pensaron en animales pequeños que actuaran como saboteadores y transmisores de enfermedades, para cuyo fin entrenaron a ratas a morder compulsivamente neumáticos y aislantes eléctricos. Luego hubo todo ese ruido acerca de ejércitos sustitutos, compuestos por animales que reemplazarían a la infantería. Las guerras podrían seguir celebrándose, con grandes cantidades de sangre y ruido, pero no morirían más soldados... no siempre.

—Oí hablar del proyecto bajo el nombre de Parsimonia. Pero papá nunca trabajó en él. No dejaban de pedirle que colaborara, y él no dejaba de declinar las invitaciones debido a que nunca le contaban los detalles de lo que tenía que hacer. Hasta que no contrajo su mielitis terminal no fue capaz de descubrir lo certero que había estado en su posición.

—El proyecto fue cancelado, ¿no?

—Sí, y conozco las razones. Estuvieron viviendo durante años sobre las espaldas de papá. Era el único hombre en el país, quizá en el mundo, que conseguía éxitos consistentes en criar animales superinteligentes fértiles. —¿Literalmente el único?

—Oh, apenas se lo creía él mismo. Publicaba sus datos y siempre juraba que no ocultaba nada, pero los demás investigadores descubrían que no podían conseguir los mismos resultados. Al final se convirtió casi en un chiste para él. Acostumbraba a decir: «Simplemente, tengo dedos rojos.» —Entiendo. Del mismo modo que un jardinero dice que los tiene verdes.

—Exacto.

—¿Cuáles eran sus métodos? —La pregunta era más retórica que literal. Pero ella la respondió de todos modos.

—No me lo preguntes, teclea un código. Todos los datos están disponibles. Al parecer el gobierno tiene la esperanza de que algún día aparezca otro genio con dedos rojos que pueda proseguir la labor.

—Me siento desengañado con la biología —dijo él en tono meditativo, con los ojos fijos en ningún sitio—, pero recuerdo algo de la Hipótesis de Lilleberg. Una ultrarrefinada subcategoría de la selección natural implicando influencia hormonal no

sólo en el embrión sino también en las gónadas de los padres, lo cual se supone que determina los puntos de cruce de los cromosomas.

—Hummm. Fue ridiculizado por proponerla. Fue desacreditado por todos sus colegas, acusado de intentar demostrar que Lysenko tenía razón después de todo. ¡Lo cual —añadió acaloradamente— era una mentira transparente! Lo que realmente hizo fue avanzar una explicación del porqué los lysenkistas, pese a estar equivocados, se mantuvieron engañados durante tanto tiempo. Sandy, ¿por qué un establecimiento se fosiliza siempre tan rápido? Puede que sea mi imaginación, pero tengo esa sensación paranoide de que la gente que está hoy en día en el poder sigue una política de aferrar toda idea realmente original para distorsionarla o suprimirla. Ted Horovitz dijo algo acerca de la gente siendo desanimada a profundizar en los estudios de Desastreville, por ejemplo.

—¿Realmente tienes que hacer esa pregunta acerca del gobierno? —dijo ella gravemente—. Creía que la razón estaba clara. Es la contrapartida social de la selección natural. Esos grupos dentro de la sociedad que ansían el poder a costa de cualquier otra cosa, moralidad, dignidad, honestidad, hace mucho tiempo que consiguieron su propósito. La masa del público ya no tiene ningún contacto con el gobierno; todo lo que saben es que no deben apartarse del camino si no quieren ser arrollados. Y existen medios de hacer que esta afirmación se convierta en algo literal... ¡Oh, allá en Washington deben odiar Precipicio! ¡Una pequeña comunidad, y sus ciudadanos pueden hacer burla de sus órdenes federales!

Se estremeció ostensiblemente.

—¿Pero los científicos...? —dijo.

—Su reacción es un asunto distinto. La explosión del conocimiento humano se ha acelerado hasta el punto que ni siquiera los más brillantes pueden seguir su ritmo. Las teorías se han vuelto tan rígidas como dogmas, del mismo modo que lo hicieron en la Edad Media. Los expertos más importantes se sienten en la obligación de proteger su credo contra los heréticos. ¿Correcto?

—Eso encaja con el caso de papá —dijo Kate, asintiendo y mordiéndose los labios—. Pero... ¡bueno, él demostró sus puntos de vista! La evidencia de Bagheera, a falta de otra cosa.

—¿No fue un éxito aislado?

—Infiernos, no. Pero el único que papá fue capaz de evitar que fuera vendido al gran circo en Quemadura. Acababa de ser creado por aquel entonces, y la gente estaba invirtiendo montones de dinero en él, y... ¡Sandy, mira eso!

Estaban pasando junto a una extensión de cuidado césped donde dos niños pequeños dormían tendidos sobre una manta. Junto a ellos había un perro del mismo tipo y color que Natty Bumppo pero más pequeño, una perra. Estaba mirando fijamente a los desconocidos; una comisura de su labio superior estaba alzada para mostrar unos afilados y blancos dientes, y emita un débil gruñido intermitente, como interrogador.

Cuando llegaron a su altura se levantó, el pelo de su lomo erizado, y se les acercó. Se detuvieron en seco.

—Hola —dijo Kate, con un asomo de nerviosismo—. Somos nuevos aquí. Pero acabamos de hablar con Ted, y él y Suzy nos han dicho que podemos vivir en la vieja casa de los Thorgrim.

—Kate, no esperarás seriamente que un perro comprenda algo tan complejo como...

Se interrumpió, desconcertado. Porque la perra se había puesto de pronto a agitar la cola. Sonriendo, Kate le tendió la mano para que la olisqueara. Al cabo de un momento, él la imitó.

La perra meditó unos instantes, luego asintió con la cabeza en un gesto enteramente humano, y se giró un poco para mostrar que en el collar que llevaba había una placa con algunas palabras grabadas en ella.

—Brynhilde —leyó en voz alta Kate—. Y perteneces a alguien llamado Josh y Lorna Treves. Bien, ¿cómo estás, Brynhilde?

Solemnemente, la perra les ofreció por turno su pata delantera derecha, luego volvió a su guardia. Siguieron adelante.

—¿Me crees ahora? —murmuró Kate.

—Sí, maldita sea, no me queda más remedio. ¿Pero cómo demonios unos cuantos de los perros de tu padre pueden haber llegado hasta aquí?

—Como dijo la alcaldesa, probablemente escaparon de una estación investigadora y buscaron un buen hogar. Varios centros tenían perros criados por papá. Oye, me pregunto cuánto nos falta para la Gran Vía Circular. ¿No la habremos pasado ya? No hay nombres de calles en ningún lugar.

—Ya me he dado cuenta de ello. Es algo que encaja con todo lo demás. Ayuda a forzar tu vuelta de lo abstracto a la realidad. Naturalmente, es algo que sólo puede funcionar en una comunidad pequeña, pero... bueno, ¿por cuántos miles de calles habrás pasado en tu vida sin registrar nada de ellas excepto su nombre? Creo que esa es una de las fuerzas que conducen al hombre a la distracción. Uno necesita alimentos perceptuales sólidos tanto como necesita alimentos físicos sólidos; sin ellos, mueres de hambre intelectual. Estamos llegando a un cruce, ¿ves?

Apresuraron los últimos pasos, y...

—¡Oh, Sandy! —la voz de Kate fue un explosivo suspiro—. Sandy, ¿es posible que esto sea cierto? ¡No es una casa, es una escultura! ¡Y es hermosa!

Tras un largo y sorprendido silencio, él le dijo al aire:

—¡Bien, gracias!

Y en un acceso de exuberancia la alzó a ella en sus brazos y la llevó en volandas hacia lo que no era exactamente un umbral.

—Me pregunto qué fue lo que le hizo amar tanto Precipicio —murmuró Freeman.

—Pensé que resultaba obvio. La gente de allí ha hallado la verdad precisamente en lo que Tarnover está completamente equivocado.

—A mí me suena más bien como el estilo de vida métete-a-fondo normal. Llegas, ocupas una casa que está libre y esperando, y...

—¡No, no, no! —en un crescendo—. Lo primero que encontramos al entrar fue una nota del anterior ocupante, Lars Thorgrim, explicando que él y su familia habían tenido que marcharse debido a que su esposa había contraído una enfermedad que requería una terapia regular de radiaciones, de modo que tenían que vivir cerca de un gran hospital. De otro modo nunca se hubieran ido puesto que se sentían tan felices en la casa, y esperaban que los próximos que la ocuparan sintieran lo mismo. Ellos dos y los niños les dejaban su amor y sus besos. Eso no es el estilo de vida métete-a-fondo, cuya base consiste en no dejar nada detrás de ti cuando abandonas un lugar.

—Sin embargo, cuando usted llegó a la ITE, fue recibido inmediatamente con una fiesta de bienvenida...

—¡Por el amor de Dios! En lugares como la ITE necesitas la excusa de un recién llegado para celebrar una fiesta; ¡es un asunto de negocios, destinado a que el recién llegado y sus nuevos colegas puedan olisquearse el culo como perros cautelosos! En Precipicio el concepto de fiesta gira en torno a la estructura social; sus fiestas se celebran por cualquier motivo, por un cumpleaños o un aniversario o simplemente porque hace una tarde excelente y hay una barrica de buen vino hecho en casa que está lo suficientemente maduro como para compartirlo. Me decepciona usted. Había imaginado que sería capaz de ver a través de los intentos del gobierno de presentar una visión deformada de Precipicio y acudir a las fuentes materiales.

Por primera vez Freeman pareció ponerse visiblemente a la defensiva. En un tono que indicaba que había alzado su guardia, dijo:

—Bueno, naturalmente, yo...

—Ahórrese las excusas. Si hubiera profundizado lo suficiente, ahora no tendría que decirle nada de esto. ¡Oh, piense, hombre, piense! El estudio Desastreville U.S.A. constituye literalmente el único análisis de primer orden de cómo se revelan los fallos inherentes a nuestra sociedad en un contexto post-catástrofe. El trabajo efectuado en otros asentamientos de refugiados fue trivial y superficial, lleno de clichés recitados de memoria. Pero después de decir claramente que las víctimas del Terremoto de la Bahía eran incapaces de enfrentarse a la situación debido a que habían dejado de luchar desde hacía mucho, tras descubrir que las riendas del poder habían ido a manos de un grupo de privilegiados corrompido y celoso, la gente del Claes College remató su informe con lo que Washington consideró que era el insulto supremo. Dijeron: «¡Y así es como puede remediarse!»

Una seca risa.

—Y lo peor de todo es que lo demostraron, y lo peor de todo es que impidieron al gobierno que interfiriera.

—¿Cuánto tiempo después de su llegada le hablaron a usted de esto?

—No me hablaron. Lo deduje por mí mismo aquella misma tarde. Era un ejemplo clásico del tipo de cosa que es tan obvia que simplemente la ignoras. En mi caso en especial, tras mi último contacto con el Oyente Silencioso, borré inconscientemente toda consideración ulterior del problema. De otro modo hubiera visto inmediatamente la solución.

Freeman suspiró.

—Creí que iba a defender usted su obsesión con Precipicio, no a buscar disculpas a su propia cortedad de miras.

—Me encanta que me aguijonee. Demuestra que su control se está resquebrajando. Déjeme ampliar un poco más las grietas. Se lo advierto, mi intención es hacerle perder la calma, y no me importa cuántos tranquilizantes tome usted diariamente. Disculpe: es un chiste de mal gusto. Pero... oh, por favor, sea sincero. ¿Nunca le ha sorprendido que hayan emergido tan pocos datos seguros de las consecuencias del Terremoto de la Bahía, la única gran calamidad en la historia del país?

La respuesta de Freeman fue seca.

—¡Es también el acontecimiento más completamente documentado de nuestra historia!

—Lo cual implica que hubieran debido aprenderse gran número de lecciones, ¿no? Nómbrame unas cuantas.

Freeman permaneció sentado en silencio. Una vez más, su rostro brillaba sudoroso. Entrelazó los dedos como para impedir que temblaran visiblemente.

—Creo que estoy llegando al fondo del asunto. Espléndido. Piense en ello. Enormes masas de gente tuvieron que volver a empezar de cero después del terremoto, y el público en general se vio obligado a acudir en su ayuda. Era una oportunidad perfecta para establecer prioridades: para dar un paso atrás y establecer lo que valía y lo que no valía la pena entre las incontables elecciones ofrecidas por nuestra moderna ingeniosidad. Pasaron años, en algunos casos incluso una década, antes de que la economía se recuperara lo suficiente como para financiar la conversión de los primitivos asentamientos provisionales en algo permanente. De acuerdo que los propios refugiados se hallaban en clara desventaja, pero: ¿qué hay de los especialistas de fuera, los planificadores federales?

—Consultaron con los de los asentamientos, usted lo sabe muy bien.

—¿Pero les ayudaron a hacer juicios de valor? Ni una sola vez. Calcularon el coste en términos puramente financieros. Si era más barato pagar a esta o a aquella comunidad para que se las arreglaran sin algo determinado, eso era lo que la comunidad terminaba aceptando. Bajo la confiada y errónea creencia de que estaban sirviendo a las necesidades de la nación actuando como indispensables cobayas. ¿Pero dónde está todo lo demás? ¿Cuánto dinero fue destinado a averiguar si una comunidad desprovista de vífonos, sin transferencia automática instantánea de

créditos, o sin servicio enciclopédico a domicilio, era en algún sentido mejor o peor que el resto del continente? Ninguno... ¡ninguno! Los pocos tímidos proyectos que se atrevieron a asomar la cabeza fueron decapitados en la siguiente sesión del Congreso. No eran rentables. El único lugar en donde se realizó un trabajo constructivo fue en Precipicio, y eso fue gracias a un puñado de voluntarios aficionados.

—¡Es fácil profetizar una vez ha ocurrido todo!

—Pero Precipicio tuvo éxito. Sus fundadores sabían lo que querían hacer, y tenían argumentos válidos para apoyar sus ideas. El principio de cambiar un factor y ver lo que ocurre puede ser estupendo en el laboratorio. En el mundo en general, especialmente cuando estás tratando con seres humanos que están completamente desorientados como consecuencia de una experiencia traumática y se han visto obligados a regresar a sus orígenes, hambre, sed, epidemias... no es necesario ser tan simplista. Existen evidencias en la historia que demuestran que algunas estructuras sociales son viables, y otras no. La gente del Claes las reconoció, e hizo todo lo que pudo por reunir unos cimientos sólidos para una nueva comunidad sin molestarse en predecir lo que evolucionaría de ella.

—¿Evolución o... involución?

—Un intento de retroceder hasta aquella bifurcación en nuestro desarrollo social donde aparentemente tomamos un camino equivocado.

—¡Invocando todo tipo de indocumentada basura pseudomística!

—¿Como...?

—Oh, esta ridícula noción de que somos impresos antes del nacimiento con la estructura de la familia aborígen, la tribu agrícola y cazadora y la versión inicial del poblado.

—¿Ha intentado usted alguna vez hacer callar a un bebé?

—¿Qué?

—Me ha oído muy bien. Los seres humanos emiten ruidos por la boca con la intención de provocar un cambio en el mundo exterior. Nadie niega ya que incluso el bebé más torpe se halla programado por anticipado para el lenguaje. ¡Maldita sea, demasiados de nuestros primos los simios han demostrado que pueden utilizar una relación sonido/símbolo! E igualmente nadie niega que existen esquemas de hábitos implicando status, liderazgo... Alto, espere, parémoslo todo. Acabo de darme cuenta de que he sido manipulado a defender su punto de vista contra mí mismo. Freeman, relajándose, se permitió una ligera sonrisa.

—Y si prosigue usted, pondrá al descubierto un fallo básico en su argumentación, ¿no? —murmuró—. Precipicio puede funcionar, en un cierto sentido. Pero tiene que hacerlo de una forma aislada. Puesto que ha trabajado para una empresa consultora de utopías, se dará cuenta usted de que, si está eficientemente escudada contra el resto de la humanidad, incluso la más loca de las sociedades puede funcionar... por un tiempo.

—Pero Precipicio no está aislada. Cada día entre quinientas y dos mil personas

teclean los diez nueves y... bien, hacen su confesión.

—Mostrando un cuadro del estado de las cosas allá afuera que muy probablemente haga estremecerse a los precipicianos y sentirse agradecidos de estar allí. Sea cierta o falsa, la impresión es sin duda consoladora.

Freeman se reclinó en su asiento, consciente de haberse anotado un tanto. Su voz era casi un ronroneo cuando continuó:

—Supongo que pasó usted un cierto tiempo escuchando algunas de las llamadas, ¿no?

—Sí, y por su propia voluntad Kate hizo lo mismo, aunque no tenía ninguna obligación de hacerlo puesto que no pensaba quedarse. Son completamente literales en su servicio. Desde la central reparten las llamadas a las casas particulares donde siempre hay un adulto de servicio. Y alguien, literalmente, se sienta y escucha en silencio.

—¿Qué hay con la gente que puede hablar durante horas sin parar?

—No hay muchos de ellos, y los ordenadores los descubren siempre antes de que hayan ido demasiado lejos.

—Para una comunidad tan orgullosa de haber eludido la red de datos, confían mucho en los ordenadores, ¿no cree?

—Hummm. Puede que sea el único lugar en la Tierra donde los están utilizando de forma artesana. Es sorprendente lo útiles que son cuando no los abrumas con irrelevancias, como registrar una transacción de cincuenta centavos.

—En algún momento voy a tener que descubrir dónde establece usted la línea divisoria: cincuenta centavos, cincuenta dólares, cincuenta mil dólares... Pero sigamos. ¿Cómo eran las llamadas?

—Me sorprendió comprobar la poca cantidad de chiflados que las hacían. Me dijeron que los chiflados se cansaban pronto cuando veían que no podían provocar una discusión. Alguien que está convencido de que todos los fracasos humanos provienen del hecho de llevar zapatos, o que acaba de encontrar pruebas para impugnar al presidente garabateadas en la pared de unos lavabos públicos, desea que se le contradiga abiertamente; hay ahí un elemento de masoquismo que no puede liberarse dando puñetazos a una almohada. Pero la gente con auténticos problemas... eso es distinto.

—Déme algunos ejemplos.

—De acuerdo. Es un lugar común que usted ha utilizado ya conmigo decir que el más común de los desórdenes mentales en la actualidad es el shock de la personalidad. Pero nunca antes me había dado cuenta de cuánta gente se da cuenta de que se está hundiendo en esa penumbra subclínica. Recuerdo a un tipo que confesó que había intentado el Truco de la Casa Blanca, pero que no había funcionado.

—¿Qué clase de truco?

—A veces se lo conoce como ir a la lavandería mexicana.

—Oh. Se trata de desviar una parte del crédito de uno, a fin de evitar o impuestos

o recriminaciones, a una sección de la red a la que nadie puede rastrearlo sin un permiso especial.

—Eso es. Cuando llega el momento de la recaudación de los impuestos, siempre oyes mencionarlo a la gente con una risita de envidia, porque es algo que forma parte del folklore moderno. Así es como los políticos y los ejecutivos de las hipercompañías se las arreglan para pagar una décima parte de los impuestos que pagamos usted y yo. Bien, ese tipo al que estaba escuchando había camuflado medio millón. Y estaba aterrado hasta sentirse fuera de sí. No aterrorizado, sabía que no podía ser descubierto, sino tan sólo aterrado. Dijo que era su primera desviación de la más estricta honestidad, y que si su esposa no lo hubiera abandonado por un hombre más rico nunca se hubiera sentido tentado a hacerlo. Sin embargo, una vez lo hubo hecho y descubrió lo fácil que era... ¿cómo podía volver a confiar nunca en nadie?

—Pero estaba confiando en el Oyente Silencioso, ¿no?

—Sí, y ése es uno de los milagros del servicio. Cuando fui ministro tuve que resignarme a que los cuervos monitorizaran la línea de mi confesionario, aunque lo que se decía cara a cara en la cabina en sí estaba adecuadamente aislado de escuchas indeseables. Y no había forma de impedir que registraran lo que un sospechoso que me había llamado me decía, lo esperaran a la salida, y le obligaran a palos a repetir lo que me había dicho. Este tipo de deshonestidad forma las raíces de nuestro peor problema.

—No sé lo que entiende usted por «peor»... parece descubrir cada día nuevos problemas. Pero prosiga.

—Encantado. Estoy seguro de que si empiezo a echar espuma por la boca, habrá por aquí alguna máquina lista para limpiarme el mentón... ¡Oh, al infierno con ello! ¡Son esas sutilezas hipócritas las que me ponen fuera de mí! Teóricamente todos nosotros tenemos acceso a una mayor información de la que nunca tuvimos en la historia, y cada cabina vífónica es una puerta abierta a ella. Pero suponga que vive usted en la puerta de al lado de un tipo que de pronto es elegido para el congreso del estado, y seis semanas más tarde se gasta cien mil dólares en arreglar su casa. Intente descubrir cómo obtuvo el dinero; no conseguirá nada. O intente confirmar que la compañía en la cual trabaja usted va a ser vendida y lo más probable es que se encuentre usted en la calle sin trabajo, con tres hijos y una hipoteca. Otras personas parecen tener esa información, pero usted no. ¿Y el tipo de la oficina de al lado, que de pronto no hace más que reír cuando siempre había sido un hombre más bien taciturno que se quejaba de todo? ¿Acaso ha pedido dinero prestado para comprar acciones de la firma, sabiendo que luego podrá venderlas por el doble y retirarse con los beneficios?

—¿Está citando usted llamadas al Oyente Silencioso?

—Sí, todos son casos reales. He roto las reglas porque sé que igualmente me extraerá usted los datos.

—¿Está afirmando que estos casos son típicos?

—Por supuesto que lo son. De todas las llamadas que se reciben, casi la mitad, creo que dicen que es un cuarenta y cinco por ciento, son de gente que teme que alguien está en posesión de datos que ellos no poseen y consiguiendo así una ventaja desleal sobre ellos. Pese a todas las afirmaciones que uno oye acerca del impacto liberador de la red de datos, la • verdad es que proporciona a la mayoría de nosotros una razón completamente nueva para sumergirnos en la paranoia.

—Teniendo en cuenta el poco tiempo que pasó usted en Precipicio, su identificación con ella es sorprendente.

—En absoluto. Es un fenómeno conocido como «enamoramamiento», y ocurre con los lugares del mismo modo que con las personas.

—Entonces su primera riña de enamorados se produjo más bien muy pronto, ¿no cree?

—Adelante, agujonee, agujonee. De todos modos, hice algo por anticipado para hacerme perdonar. Lo cual fue un pequeño pero genuino consuelo.

Freeman se tensó.

—¡Entonces, usted fue el responsable!

—¿De frustrar el último asalto oficial contra el Oyente Silencioso? Sí, por supuesto. Y me siento orgulloso de ello. Aparte el hecho de que aquella fue la primera ocasión en que utilicé mis talentos en beneficio de otras personas sin que se me hubiera pedido y sin preocuparme de si iba a recibir alguna recompensa, lo cual fue un auténtico acontecimiento en sí mismo... el trabajo fue una auténtica obra maestra. Mientras lo llevaba a cabo, me di cuenta muy adentro en mis entrañas de cómo un artista o un escritor pueden sublimarse en el acto de creación. El tipo que redactó la serpiente original en Precipicio era muy bueno, pero era una serpiente que teóricamente podía ser extirpada sin tener que cerrar la red... es decir, al coste de perder treinta y cuarenta mil millones de bits de información. Lo cual tengo entendido que era lo que iban a hacer de todos modos cuando aparecí yo. Pero la mía... ¡oh no! Esa, puedo garantizarlo, no podía ser matada sin dismantelar toda la red.

LA CAÍDA DEL GOBIERNO REPRESENTATIVO

SUJETO HAFLINGER NICHOLAS KENTON

SELECCIONADO

PROPONER FACTORES EXPLIQUEN DEDICACIÓN SUJETO A P
COMUNIDAD PRECIPICIO CA

(A) FUNCIONALIDAD (B) OBJETIVIDAD (C) ESTABILIDAD

AMPLIAR RESPUESTA (A)

(A) EN MAYORÍA CIUDADES DE SIMILAR TAMAÑO EN ESTE
CONTINENTE DECISIONES RELATIVAS A SERVICIOS COMUNALES YA NO

PUEDEN SER TOMADAS POR VOTACIÓN POPULAR DEBIDO A EXTREMA MOVILIDAD DE LA POBLACIÓN Y RETICENCIA DE LOS VOTANTES A PAGAR POR LOS SERVICIOS QUE PODRAN DISFRUTAR SOLAMENTE GRUPOS SUBSIGUIENTES EJ INVERSIONES LOCALES PARA FINANCIAR ESCUELAS SISTEMAS DESAGÜES Y MANTENIMIENTO CARRETERAS HAN SIDO REEMPLAZADAS EN 93% DE LOS CASOS POR DONACIONES PATERNALISTAS DEL EMPLEADOR PRINCIPAL ***REFERENCIA BARKER PAVLOVSKI & QUINT LA RESURRECCIÓN DE OBLIGACIONES FEUDALES J ANTROPOL SOC VOL XXXIX PP 2267-2274

AMPLIAR RESPUESTA (B)

(B) INTENSIVA INTERACCIÓN ENTRE CIUDADANOS CONTRIBUYE A REPARTICIÓN ARBITRARIA DE PAPELES EJ STATUS RIQUEZA/POBREZA RELACIONADO TIPO TRABAJO ENFATIZA PERSONALIDAD SOCIABILIDAD INTEGRIDAD ***REFERENCIA ANÓNIMA NUEVOS ROLES PARA VIEJOS UN ANÁLISIS DE CAMBIOS DE STATUS ENTRE UN GRUPO DE VICTIMAS DEL GRAN TERREMOTO DE LA BAHÍA MONOGRAFÍA #14 SERIE DESASTREVILLE USA

AMPLIAR RESPUESTA (C)

(C) ROTACIÓN DE LA POBLACIÓN EN PRECIPICIO PESE A PRÓXIMO MOVIMIENTO MEDIO PERIODO VACACIONES ES LA MAS BAJA DEL CONTINENTE Y NUNCA HA EXCEDIDO DEL 1% ANUAL ***REFERENCIA CENSO PERMANENTE US

GRACIAS

A SU SERVICIO

... Y EL APRECIO AL ALOJAMIENTO

El lugar tomó posesión de ellos tan rápidamente que uno apenas podía creerlo. Desconcertado, intentó —junto con Kate, que se sentía tan afectada como él— identificar las razones.

Quizá lo más importante era que ocurrían más cosas allí que en cualquier otro lugar. Había una sensación de tiempo bien ocupado, bien utilizado, bien aprovechado. En la ITE, en la universidad de Kansas City, era más un asunto de tiempo siendo dividido entre todos; si los segmentos que te eran concedidos eran demasiado cortos, poco podías hacer, mientras que si eran demasiado largos, nacías menos de lo que hubieras podido. Eso no pasaba aquí. Y sin embargo, los precipicianos sabían cómo holgazanear.

Una paradoja.

Había tanta gente a la que conocer, no de la manera en que uno la conoce cuando ocupa un nuevo puesto de trabajo o se une a una nueva clase, sino pasando, podría

decirse, de unos a otros. De Josh y Lorna (él, ingeniero energético y escultor; ella, uno de los dos médicos de Precipicio, organista y notario público) a Doc Squibbs (veterinario y soplador de vidrio) y a Ferdie Squibbs, su hijo (técnico de mantenimiento electrónico y genetista aficionado de plantas) y a su amiga Patricia Kallikian (programadora de ordenadores y especializada en todo lo que tuviera algo que ver con productos textiles) ya...

Era mareante. Y la prueba más espectacular de lo genuinamente económico que resultaba partir de una base de utilización máxima. Todo el mundo al que conocían parecía tener como mínimo dos ocupaciones, no para trabajar de día y de noche, no para esforzarse en hacer que los dos extremos se unieran, sino porque tenían la posibilidad de dedicarse a sus preferencias sin necesidad de preocuparse de la próxima factura de los servicios. Acostumbrados a un rutinario cinco por ciento de aumento en el coste de la electricidad, y de un diez a un doce por ciento el año en que se fundía algún reactor nuclear —porque tales instalaciones habían dejado hacía años de ser asegurables y el coste de un fallo solamente podía ser repercutido en el consumidor—, los del exterior se sorprendían ante lo barato de la energía en aquella comunidad autoabastecida.

Vagando por allí, descubrieron lo ingeniosamente que había sido estructurada la ciudad desde un principio: su núcleo principal en la Plaza de los Humildes Arraigados tenía ecos en una serie de subnúcleos que actuaban como focos para grupos de entre trescientas y cuatrocientas personas, pero sin que ninguna de ellas quedara aislada o replegada en sí misma, y cada núcleo provisto de alguna atracción única diseñada para atraer a los visitantes ocasionales de otras partes de la ciudad. Uno tenía una zona de juegos, otro una piscina, otro una exhibición de arte que cambiaba constantemente, otro un zoo para niños con multitud de pacíficos y amistosos animales, otro una vista maravillosa flanqueada de increíblemente floridos árboles... y así todos. Todo ello, admitió alegremente Suzy Dellinger, no sin una cierta malicia, tabulado por los fundadores de la ciudad de forma que ayudara a una comunidad a vivir agradablemente, y luego realizado por sectores en lo que no había sido más que un asentamiento de cabañas, barracones de plancha, abollados remolques y muchas tiendas de campaña.

Durante el primer año y medio, les informaron, los constructores no usaron otra cosa más que materiales de recuperación. Además de una enorme dosis de imaginación, para compensar la casi total ausencia de dinero.

Además, los recién llegados se vieron inmediatamente sumergidos en la vida y trabajo de los residentes. Si se detenían a charlar con un enorme y robusto hombre que estaba reparando un conector eléctrico, éste no dudaba en pedirles de la forma más casual del mundo que le ayudaran a volver a poner en su lugar la pesada losa de protección que lo tapaba; si eran presentados a Eustace Fenelli, que regentaba un popular bar y restaurante, se encontraban casi sin darse cuenta sacando de la cocina

un aromático caldero lleno de sopa minestrone... «puesto que van ustedes en aquella dirección». Paseando tranquilamente hacia la plaza principal con Lorna Treves, y pasando por delante de una casa de la cual salía corriendo un hombre muy pálido, que se alegraba enormemente de encontrar a Lorna porque —decía— la acababa de llamar a su casa y le habían dicho que no estaba, se encontraban de pronto sosteniendo un paquete de gasas estériles y un cuenco lleno de sangre mientras ella extraía delicadamente una enorme astilla de vidrio de la pierna de una lloriqueante niña.

—Nunca antes había conocido nada así —susurró más tarde Kate—. Esa sensación de que todo el mundo está dispuesto a ayudar a todo el mundo. Había oído que era posible. Pero creía que estaba pasado de moda.

Él asintió pensativamente.

—Y por encima de todo —dijo—, está esa sensación de que nadie se siente rebajado por el hecho de que le ayuden. Eso es lo que más me gusta.

Naturalmente, entre los primeros lugares que pidieron visitar se hallaba el cuartel general del Oyente Silencioso. Con la advertencia de que no iban a encontrar nada particularmente impresionante, Brad Compton les presentó a la directora, Aguadulce. Simplemente Aguadulce. Era una mujer alta y delgada de unos sesenta años, con huellas borradas hacía mucho de lo que, comentó, habían sido en su tiempo elaborados tatuajes rituales. En su momento, había creído ser la reencarnación de un gran jefe shawnee, en contacto con los espíritus del más allá, y había regentado un negocio de clarividencia y predicción en Oakland.

—Pero —con una triste sonrisa— ninguno de mis espíritus me avisó del terremoto. Tenía un hijo, y... Oh, es una historia antigua. Pero antes de convertirme en médium había sido telefonista, de modo que fui una de las primeras en presentarme voluntaria para ayudar en lo que luego se desarrolló como el Oyente Silencioso. ¿Saben ustedes cómo empezó todo? ¿No? ¡Oh! Bien, en todos los lugares donde se vieron obligados a asentarse los refugiados, la mayoría de los cuales eran mucho menos atractivos que nuestro propio asentamiento, aunque hubieran debido verlo ustedes el día en que fuimos detenidos a punta de fusil por la Guardia Nacional diciéndonos que no podíamos ir más lejos... ¿Dónde estaba? Oh, sí: naturalmente todo el mundo, una vez se hubo calmado, deseaba poder decirle a sus amigos y familiares que había sobrevivido. De modo que el Ejército proporcionó algunos camiones equipados con algunos teléfonos de campaña accionados a mano, sólo sonido, y se le permitió a la gente que efectuara una llamada por persona, sólo una, con una duración máxima de cinco minutos, con un segundo intento si el primer número no contestaba. Vi a mucha gente volviendo inmediatamente a la cola una y otra vez, debido a que su segunda llamada tampoco había tenido éxito, y no se les permitía efectuar una tercera inmediatamente.

Mientras hablaba, condujo a Kate y Sandy alejándose de la biblioteca —

característicamente, el edificio más grande de todo Precipicio— y bajando un estrecho callejón por el que aún no habían pasado.

—Fue una época terrible —siguió Aguadulce—. Pero no lamento haberla vivido... Entonces, por supuesto, tan pronto como se supo que existía un servicio telefónico, la gente empezó a bloquear todos los circuitos con sus llamadas porque no sabían nada de sus amigos y familiares, y eso durante todo el día y toda la noche, pese a las advertencias que se hicieron por la televisión de que no se utilizaran los teléfonos a fin de no obstruir los trabajos de rescate. Recuerdo que tuvieron que separar incluso algunas ciudades del circuito. Eliminar completamente de ellas el circuito telefónico.

Agitó tristemente la cabeza.

—Al final tuvieron que habilitar un sistema para filtrar las llamadas procedentes del exterior, puesto que la gente que recibía una respuesta en vez de una señal de circuito sobrecargado tendía a no volver a llamar hasta el día siguiente. Así pues, como he dicho, me presenté voluntaria para hacerme cargo de una centralita que recibiera las llamadas. Al principio era más bien dura con la gente. Ya saben... brusca, seca. «Serán notificados si su hijo/hija/madre/padre ha sobrevivido, pero están estorbando los trabajos esenciales de rescate, ¿y qué opinarían si alguno de sus familiares estuviera muñéndose precisamente ahora porque usted está bloqueando este circuito?»

»Y entonces hice este sensacional descubrimiento. Muchas de las llamadas eran de gente que no estaba intentando en absoluto seguir el rastro de parientes o amigos. Deseaban... no sé... establecer contacto con el desastre, supongo. Como si su mayor consuelo fuera saber que había otra gente que estaba aún peor que ellos. Así que a veces, especialmente por la noche, les dejaba hablar. No eran demasiado exigentes... una catarsis de unos pocos minutos era suficiente. Por aquel entonces llegó la gente del Claes, y descubrieron lo mismo entre los refugiados. Gente que simplemente necesitaba hablar. No sólo gente mayor, que había perdido hermosas casas y apreciadas posesiones, sino también jóvenes. Esos eran peores. Recuerdo una muchacha... bueno, tendría diecinueve, veinte años... que hubiera podido convertirse en una famosa escultora. Era tan buena que le habían organizado una exposición individual en una galería de San Francisco. Y tuvo que subirse a un árbol y contemplar desde allí como la tierra se abría y se tragaba todo lo que había preparado para la exposición, junto con su casa, su estudio, todo. Nunca esculpió nada más; se volvió loca. Y había otros... No querían consejos, simplemente deseaban poder decirle a la gente lo que habían sido sus vidas. Los planes que habían tenido para ampliar sus casas; la forma en que habían dispuesto el jardín, la casa orientada al norte y el jardín al sur; el viaje alrededor del mundo que iban a hacer el año próximo... vidas encarriladas que el terremoto había destrozado.

Se detuvo ante una puerta igual que cualquier otra, y les miró.

—Así surgió... el Oyente Silencioso. Que nos dio a todos una finalidad común

mientras reconstruíamos, y que luego simplemente fue creciendo como una bola de nieve.

—¿Es eso lo que hizo de Precipicio un éxito tan grande en comparación con las demás ciudades de compensación legal? —preguntó Sandy—. ¿El ofrecer un servicio que la gente valoraba en vez de simplemente aceptar la caridad y el dinero públicos?

Aguadulce asintió.

—O al menos una de las cosas que ayudaron. El sentido común en utilizar nuestros escasos recursos fue la otra. Y ésta es la central.

Les hizo entrar en una habitación sorprendentemente pequeña, donde una docena de confortables sillones estaban ocupados por gente con auriculares. Había otra docena de sillones vacíos. El lugar estaba tan silencioso como una catedral; solamente un débil zumbido escapaba de los auriculares. Algunos ojos se volvieron, hubo alguna que otra inclinación de cabeza, pero aparte eso no hubo ninguna pausa en la concentración.

La atención de los recién llegados fue atraída instantáneamente por la expresión de desánimo del rostro de una de las oyentes, una hermosa negra de unos treinta años. Aguadulce avanzó hacia ella, formulando silenciosamente una pregunta, pero la otra agitó la cabeza, cerró los ojos, encajó los dientes.

—Ese es uno de los malos —murmuró Aguadulce, regresando junto a los visitantes—. Pero mientras ella crea que puede encajarlo...

—¿Crea muchas tensiones este trabajo?

—Sí —el tono de Aguadulce era como ella misma: delgado y consumido por los años—. Cuando alguien descarga toda una vida de odio sobre ti y se asegura de que oigas el horrible gorgoteo mientras se corta la carótida con un cuchillo de cocina... sí, crea una gran tensión. Una vez tuve que escuchar mientras una mujer loca arrojaba cucharadas de vitriolo sobre su bebé, atado en su sillita. Deseaba vengarse así de su padre. ¡Los gritos de la pobre criatura!

—¿Pero no había nada que usted pudiera hacer? —estalló Kate.

—Sí. Escuchar. Esa es la promesa que hacemos. Siempre la hemos mantenido. No hace que el infierno de la soledad sea menos infernal, pero lo vuelve un poco menos solitario.

Meditaron aquello durante un rato. Luego Kate preguntó:

—¿Son ésas las únicas personas de servicio?

—Oh, no. Esta central es para la gente que no puede hacer su turno en sus casas... principalmente por las interrupciones de los niños pequeños. Pero la mayoría de nosotros preferimos trabajar en casa. La afluencia es poca en estos momentos; deberían ver la sobrecarga cuando se acerca el Día del Trabajo, al final del período de vacaciones... cuando la gente que había esperado contra toda esperanza que el verano mejorara sus vidas se da cuenta de que realmente no tienen ante sí más que otro invierno.

—¿Cuándo quiere que empecemos? —preguntó Sandy.

—No hay prisa. Y no tienen que hacerlo los dos. Tengo entendido que Kate no puede quedarse.

Pero no fue hasta la noche siguiente que ella dijo de pronto:

—Creo que lo haré.

—¿El qué?

—Quedarme. O mejor, marcharme y volver tan pronto como pueda. Siempre que me permitan trasladar a Bagheera.

El se sobresaltó.

—¿Hablas en serio?

—Oh, sí. Tú piensas quedarte, ¿no? Tardó en responder. Finalmente dijo:

—¿Estuviste escuchando?

—No, no se trata de nada que te haya oído decir o que alguien haya dicho. Es... bueno, es la forma como has actuado hoy. Puedo literalmente olerlo. Creo que tal vez hayas encontrado la fuerza que necesitabas para confiar en la gente.

—Espero poder —su voz tembló un poco—. Porque si no puedo confiar en ellos... Pero creo que sí puedo, y pienso que tienes razón al decir que finalmente he aprendido cómo. Bendita seas, Kate. Fuiste tú quién me enseñó. ¡Eres una mujer sabia!

—¿Este es un lugar seguro? ¿Uno desde el cual no puedan arrastrarte de vuelta a Tarnover?

—Me prometieron que lo sería.

—¿Quién lo hizo?

—Ted, y Suzy, y Aguadulce. Y Brynhilde.

—¿Qué?

—Mira, ocurrió así...

Habían sido invitados a cenar a casa de Josh y Lorna. A Josh le encantaba cocinar; de tanto en tanto reemplazaba a Fenelli sólo por gusto, dando de comer en una tarde a cincuenta personas. Aquella noche se había contentado con diez, pero cuando la gente estaba sentándose en el jardín después de la cena aparecieron otras personas, solas o en parejas, y aceptaron un vaso de vino o una jarra de cerveza, y finalmente había allí toda una fiesta con más de cuarenta concurrentes.

Durante un buen rato permaneció aislado en un rincón oscuro. Luego se le acercaron Ted Horovitz y Suzy, con la intención —supuso— de reunirse con Aguadulce, que acababa de llegar sola. Al verle, Ted dijo:

—Sandy, ¿ha pensado finalmente quedarse? Aquél fue el momento de la decisión. La tomó en un momento. Encajó los hombros y salió de las sombras.

—Me gustaría hablar unas palabras con ustedes. Y supongo que Brad tendría que estar también. Intercambiaron miradas. Suzy dijo:

—Brad no está aquí... está escuchando. Pero Aguadulce es el siguiente miembro alternativo del concejo.

—Estupendo.

Sentía las palmas húmedas de sudor, el vientre contraído, pero en su cabeza había una gran y fría calma. Los cuatro buscaron sendas sillas y se sentaron un poco apartados de los demás.

—Bien, ¿qué ocurre? —preguntó finalmente Ted, con su fuerte voz.

Sandy inspiró profundamente y dijo:

—Hace unas cuantas horas me di cuenta de que sé algo acerca de Precipicio que ustedes no saben. Aguardaron.

—Sin embargo, primero díganme: ¿estoy en lo cierto pensando que el Oyente Silencioso está protegido por una serpiente informática?

Tras una breve vacilación, Aguadulce se alzó de hombros.

—Pensé que eso era algo evidente.

—Los ordfeds están preparándose para matarla.

Aquello provocó una reacción. Sus tres oyentes se inclinaron hacia adelante en sus sillas; Ted iba a encender su pipa favorita, pero la olvidó instantáneamente.

—Pero no pueden sin... —empezó Suzy.

—No quiero los detalles —interrumpió Sandy—. Sólo estoy suponiendo que han soltado ustedes la mayor serpiente imaginable en la red, y que sabotea automáticamente cualquier intento de monitorizar una llamada a los diez nueves. Si yo me hubiera encargado del trabajo, cuando conectaron por primera vez su servicio telefónico manual a la red, la hubiera diseñado como un desmodulador explosivo, probablemente de medio millón de bits de longitud, con un factor virus de apoyo y una cola autorreproductora al infinito como último recurso. Ese tipo de cola podía unirse ya a una serpiente informática allá por el 2005. No sé si la de ustedes tiene una o no, y no importa saberlo. Lo que importa es que mientras estuve recientemente en la ITE como racionalizador de sistemas metí la nariz en la red mucho más profundamente de lo que mis jefes requerían de mí, y me encontré con algo que hasta hoy no he considerado significativo.

Ahora estaban pendientes de cada una de sus palabras.

—Desde hace dieciocho meses han estado copiando rutinariamente datos Clase A* de la ITE y de todas las demás hipercompañías con un índice de prioridad máxima a nivel nacional, y retirando inmediatamente las copias de la red para almacenaje. Pensé que tal vez estuvieran cansados de los excesos de las hipercompañías jugando al Truco de la Casa Blanca y otros jueguecitos similares, y estuvieran preparando las cosas para que a partir de ahora se necesitara una referencia estandarizada para acceder a ellos. No se me ocurrió que aquél podía ser un estadio preliminar de una operación para matar una serpiente. Nunca sospeché que pudiera haber una gran serpiente corriendo libre por la red. Ahora he visto las implicaciones, y sospecho que ustedes también, ¿no?

Muy pálido, Ted dijo:

—Completamente cierto. Eso hace que el factor virus quede invalidado, y no

digamos el desmodulador. Y de hecho nuestra serpiente no tiene el tipo de cola que ha mencionado usted. Recientemente pensamos en la posibilidad de añadirle una... pero la tolerancia de Washington hacia el Oyente Silencioso se hace cada vez menor, y no deseábamos irritar a las autoridades.

—Deben odiarnos —dijo Aguadulce—. Realmente deben odiar Precipicio.

—En realidad nos tienen miedo —corrigió Suzy—. Pero... Oh, me cuesta creer que estén dispuestos a aceptar el tipo de follón que puede causarles nuestra serpiente. Siempre he tenido entendido que funciona a dos niveles: si alguien intenta monitorizar una llamada al Oyente Silencioso desmodula todo el sector nodal más próximo, y si intentan matarla, se encontrarán con más de treinta mil millones de bits de datos esparcidos al azar pero sin saber dónde se han producido los daños. Nunca hemos sabido exactamente cómo funciona el factor virus, pero la parte frontal, el desmodulador, trabaja bien, y en una ocasión pudieron comprobarlo a sus propias expensas.

Sandy asintió.

—Pero ahora están preparados para enfrentarse al factor virus. Como les he dicho, han retirado de la red todos los datos prioritarios, y los tienen listos para volver a introducirlos luego.

Se reclinó en su silla, tomando de nuevo su vaso.

—Le estamos muy agradecidos, Sandy —dijo Aguadulce tras un breve silencio—. Sospecho que lo mejor que podemos hacer ahora es pensar en el asunto y ver lo que...

—No, no estoy de acuerdo —interrumpió secamente Sandy—. Lo que necesitan ustedes es una serpiente con una estructura completamente distinta. Del tipo que ellos llaman un datófago autorreproductor. Y lo primero que tiene que hacer esa nueva serpiente es comerse a la antigua.

—¿Un datófago autorreproductor? —repitió Suzy—. Nunca había oído ese término.

—No es sorprendente. Son más bien peligrosos. Muchos de ellos han sido utilizados en situaciones restringidas. Por ejemplo, al llegar la época de elecciones, disfrazas uno y lo deslizas en la lista de miembros del partido de la oposición, con la esperanza de que no tengan registros duplicados. Pero hay muy pocos en la red continental, y el único de grandes proporciones se halla inactivo a menos que sea llamado. En el caso de que estén ustedes interesados, fue diseñado en un lugar llamado el Caldero Eléctrico, y su función es cerrar completamente la red e impedir que sea utilizada por un ejército conquistador. Creen que el trabajo podría realizarse en unos treinta segundos.

Ted frunció el ceño.

—¿Cómo habla usted de esos datófagos con tanta autoridad? —preguntó.

—Bueno... —Sandy dudó, luego se lanzó a fondo—. Bien, he tenido al mío corriendo detrás de mí durante más de seis años, y me ha hecho buenos servicios. No

veo por qué otro no podría hacer lo mismo por el Oyente Silencioso.

—¿Pero para qué demonios necesita usted uno?

Manteniendo su voz en un tono normal con un enorme esfuerzo, se lo contó. Le escucharon. Y luego Ted hizo algo extraordinario.

Lanzó un penetrante silbido. Brynhilde salió de donde montaba guardia y se les acercó pausadamente.

—¿Está mintiendo este hombre? —preguntó Ted.

La perra se acercó a la entepierna de Sandy —tímidamente, como reluciente de tomarse tales libertades—, olisqueó, agitó negativamente la cabeza, y se marchó por donde había venido.

—De acuerdo —dijo Suzy—. ¿Qué necesita exactamente, y cuánto va a tomarle?

PERRERÍAS

—Sin la menor duda —dijo el doctor Joel Bosch—. Tiene que estar mintiendo.

Muy consciente de que estaba sentado en la misma oficina, quizá incluso en la misma silla, que Nickie Haflinger el día en que vio por primera vez a la desaparecida Miranda, Freeman dijo pacientemente:

—Pero nuestras técnicas eliminan toda posibilidad de falsedad deliberada.

—Evidentemente este no puede ser el caso —el tono de Bosch era seco—. Estoy muy familiarizado con el trabajo de Lilleberg. Es cierto que produjo algunos resultados espectacularmente anómalos. Sus explicaciones de ellos, sin embargo, fueron siempre más bien ambiguas. Ahora sabemos qué procesos hay que aplicar para producir ese tipo de efecto, y Lilleberg nunca pretendió haberlos utilizado siquiera. Simplemente no existían cuando él se retiró.

—Hubo mucha controversia acerca de la llamada Hipótesis Lilleberg —insistió Freeman.

—¡Esa controversia fue resuelta hace mucho tiempo! —restalló Bosch. Y añadió, esforzándose en parecer más amable—: Por una serie de razones que me temo que un... un no especialista como usted hallaría difíciles de seguir. Lo siento, pero tiene que haber algún fallo en sus métodos de interrogación. Le sugiero que vuelva a evaluarlos. Buenas tardes.

Derrotado, Freeman se levantó. De pronto, un músculo en su mejilla izquierda había empezado a hacer tic-tic-tic.

HIATO

Fuera, el ruido del suave zumbido de los motores mientras la tribu se reunía.

Dentro, agonizando de indecisión, la mujer caminaba arriba y abajo, arriba y abajo, mordiéndose las uñas hasta hacerse sangre.

—... tras lo cual, por supuesto, yo no podía seguir viviendo con él. ¿Creen ustedes que sí? Exhibiéndose por todas partes, delante del mismo vecindario, sin importarle lo que la gente pudiera...

El sonido de los motores se desvaneció. Había un vifono en una esquina de la habitación. No hizo ningún movimiento hacia él, ni siquiera entonces.

—¡... simplemente sentada aquí! ¿Acaso podrían ustedes? Quiero decir, aquí estoy, completamente sola, y es ya la tercera noche consecutiva, y la semana pasada fue lo mismo, y por el amor de Dios que venga, que venga alguien a poner un poco de peso sobre esas vacías y polvorientas escaleras, y...

Si se da cuenta, me matará. Sé que lo hará. Pero una vez les llamé, y creo que de alguna manera aquello impidió que me volviera loca. Al menos aquí estoy, todavía no me he suicidado. Esta noche le tocará el turno a algún otro... y sin embargo sé que Jemmy me mataría si tan sólo lo sospechara.

—... no es que beba, simplemente traga, ¿comprenden? ¡Jesús, no me sorprendería que se limpiara los dientes con la bebida, y si vendieran una pasta dentífrica con sabor a bourbon él sería el primer cliente, aunque eso no quiere decir que se limpie los dientes muy a menudo, su aliento apesta...!

Al final, frenéticamente, se acercó al vifono. Necesitó dos intentos antes de poder teclear el número; la primera vez perdió la cuenta a la mitad. La pantalla se iluminó.

—¡Hey! —en un desesperado susurro, como si Jemmy pudiera oírla desde kilómetros de distancia—. ¡Tienen que hacer ustedes algo, y rápido! Miren, mi hijo se ha marchado con la tribu de los Culosnegros y van a competir con...

La tranquila voz de una muchacha interrumpió:

—Ha contactado usted con el Oyente Silencioso, que existe únicamente para escuchar. Nosotros no actuamos, ni intervenimos, ni mantenemos conversaciones. Si necesita usted ayuda, diríjase a uno de los servicios regulares de urgencias.

¡Las estúpidas hediondas brujas! Bien, infiernos ¿qué les debo después de todo? Dejemos que descubran lo estúpidas que son. Si no quieren aceptar ayuda cuando les es ofrecida...

Pero las tribus debían estar ya muy cerca. Quemando y rompiendo y saqueando y matando. Y recuerdo a mi hermano Archie con uno de sus ojos colgando en su mejilla, y sólo tenía diecinueve años.

Un último intento. Luego dejemos que se vayan al infierno si lo prefieren.

—¡Ahora esta vez escuchen! ¡Les estoy llamando para advertirles! ¡Mi hijo Jemmy ha salido de Quemadura con la tribu de los Culosnegros y van a competir con los Mariachis de San Feliciano y la apuesta es quienes incendian más casas en Precipicio y el arma que van a utilizar es un mortero, óiganme, un auténtico mortero del ejército, y tienen una caja de municiones!

Y concluyó, en un tono rayano a los sollozos:

—Cuando se entere Jemmy naturalmente me dará una paliza de muerte. ¡Pero no podía dejar que ocurriera sin advertirles!

TIROS ALTOS Y BALAS BAJAS

—¡Llamad al sheriff!

Ante ese grito, todos los que estaban en la tranquila habitación en el cuartel general del Oyente Silencioso —incluida Kate, que como él estaba siendo entrenada bajo supervisión antes de que se le permitiera recibir llamadas en su casa— alzaron irritados la vista. Alguien dijo:

—Chist, estoy escuchando.

—¡Dos tribus se están aproximando a Precipicio para una competición, y una de ellas tiene un mortero del ejército!

Aquello funcionó, haciendo reaccionar a la gente. Pero un poco demasiado tarde. Kate, rompiendo las reglas y quitándose los auriculares, dijo:

—Hace un momento tuve que cortar una llamada que decía algo acerca de una competición entre tribus. Me pregunto si...

Él había empezado a volverse para mirarla cuando la primera explosión destrozó el silencio de la tarde.

Mientras los demás estaban aún levantándose alarmados, acabó de volverse y dijo:

—¿Cortaste una llamada que trataba de avisarnos?

Su respuesta fue ahogada por un sonido como no se había oído nunca antes en la historia de Precipicio, y que nadie que lo oyó desearía oír de nuevo: como si hubieran quedado atrapados en el interior del mayor órgano del mundo, y el organista estuviera tocando a todo volumen una sucesión de notas falsas capaces de hacer rechinar los dientes. Entre un ladrido y un alarido, era el grito de ciento cincuenta grandes perros respondiendo a la llamada de su jefe.

¡Arrgh-OOO...!

Sólo los cachorros quedaron de guardia, y las perras que alimentaban a sus carnadas. El resto de las fuerzas de Natty Bumppo se lanzó hacia la noche, siguiendo el olor del miedo, porque aquel primer aullido había sido suficiente para arrojar la

confusión sobre los atacantes. Hubo disparos, y fue lanzado un nuevo mortero, pero cayó lejos.

Treinta minutos más tarde los perros traían consigo de vuelta a los de las tribus, llorando, sangrando y desarmados, para que les fueran curadas las mordeduras antes de ser arrojados a los varios tinglados y sótanos que tenían cerradura en sus puertas a la espera del juicio. Dos perros habían recibido balazos, uno de ellos mortales, y otro había sido acuchillado pero sobreviviría, mientras que treinta y siete miembros de las tribus —no preparados para enfrentarse a un enemigo de aquella talla— fueron arrestados. El mayor de ellos tenía solamente dieciocho años.

Pese a todo, sin embargo, fue demasiado tarde para salvar la casa en la esquina de la Gran Vía Circular y el Paseo de los Borrachos.

CONDOLENCIAS

Había lágrimas brillando en las mejillas del sujeto, y los instrumentos aconsejaron devolverlo a modo presente. Siguiendo este consejo, Freeman aguardó pacientemente hasta que el hombre recuperó del todo la consciencia.

Finalmente dijo:

—Es sorprendente que se sintiera usted tan afectado por la destrucción de una casa a la cual apenas había tenido tiempo de sentir afecto. Es más, aunque hubiera sido atendida la primera llamada de advertencia, no hubiera habido de todos modos tiempo suficiente como para anticiparse al ataque, y fue la primera granada de mortero la que golpeó su casa.

—No tiene usted alma. ¡Ni corazón tampoco! Freeman guardó silencio.

—Oh... De acuerdo, de acuerdo, entiendo. Kate estaba obedeciendo las reglas; las había captado más rápidamente que yo. Es una práctica estándar en el Oyente Silencioso no aceptar nunca una llamada que ordene al oyente hacer algo, porque ya existen otros servicios con esa finalidad. Y aunque la mujer que llamó hubiera conseguido transmitir el núcleo de su mensaje en el primer par de segundos, la reacción hubiera sido la misma. Te dicen que cortes inmediatamente cualquier llamada que empiece con una advertencia histérica, porque nueve de cada diez veces se trata de algún chiflado religioso amenazando con dejar caer la cólera de Dios sobre nosotros. Quiero decir sobre Precipicio. Y sospecho que fui consciente de ello en aquel momento. Sé muy bien también que era inútil gritar y echarle la culpa a ella, pero lo hice de todos modos, parado allí de pie delante de las humeantes ruinas de la casa con el humo picándome en los ojos y el hedor en mi nariz y una docena de personas intentando razonar conmigo. No sirvió de nada. Perdí el juicio a gran escala. Creo que lo que hice fue soltar todo el potencial de rabia que había estado acumulando desde mi niñez. Finalmente... —tuvo que tragar saliva antes de poder continuar—, hice algo que probablemente no había hecho desde que tenía diez años.

Le pegué a alguien.

—Supongo que sería a Kate.

—Sí, por supuesto. Y... —Se echó a reír de forma incongruente, porque las lágrimas seguían brillando aún en sus mejillas—. Y un segundo más tarde me encontré tendido en el suelo, con una pata de Brynhilde sobre mi pecho y esa mandíbula de grandes dientes muy cerca de mi rostro, y la perra estaba agitando la cabeza y, juraría, diciendo algo así como «¡ts, ts, chico malo!» Deseé que hubiera sido un poco más rápida. Porque no volví a ver a Kate desde entonces. La risa se quebró. La desesperación inundó su rostro.

—Ah. Perder la casa, entonces, lo afectó tan profundamente porque simbolizaba su relación con Kate.

—No comprende usted ni una fracción de la verdad. Ni una millonésima de ella. Toda la escena, todo su esquema, estaba compuesto de pérdida. No solamente la casa, aunque era el primer lugar donde había estado en el que podía sentir que captaba todos los armónicos de la palabra «hogar»... no solamente Kate, aunque con ella también había empezado a comprender por primera vez lo que uno puede implicar con la palabra «amor». No, había algo más encima de todo aquello, algo mucho más cercano a mí. La pérdida del control que me había permitido cambiar identidades a voluntad. Aquello se esfumó con el viento en el momento mismo en que me di cuenta de que había golpeado a la última persona en el mundo a quien desearía hacer daño.

—¿Está usted seguro de que ella hubiera mantenido aquella promesa casual que le había hecho de regresar de Kansas City? Piénselo: obtener un permiso para transportar su puma doméstico le hubiera resultado increíblemente difícil. ¿Qué bases tenía usted para creer que ella era sincera?

—Entre otras cosas, el hecho de que había mantenido la promesa hecha a aquel puma. No es el tipo de persona que olvide una promesa. Y por aquel entonces me había dado cuenta del porqué seguía apuntándose curso tras curso sin ninguna relación entre ellos en la misma universidad. Básicamente, era para proporcionarse una sensación de conjunto. Deseaba que su imagen del mundo incluyera un poco de todo, visto desde el mismo lugar y con la misma perspectiva. Estaba preparada para continuar así durante otra década si era necesario.

—Pero lo encontró a usted, y vivir con usted era una educación en sí mismo. Bien, puedo aceptar la idea. Diez años en Tarnover, a tres millones por año, tienen que haberle equipado con datos que puede transmitir a otros.

—Sospecho que su sentido del humor se halla limitado a la ironía. ¿Se ríe alguna vez ante un chiste?

—Raramente. Casi siempre los he oído ya todos antes.

—Estoy convencido de que entre todos los componentes de la personalidad humana que está intentando usted analizar, la risa se halla en la lista inmediatamente a continuación del pesar.

—Directamente después. La R sigue a la P. Hubo una pausa.

—¿Sabe?, ésta es la primera vez que no estoy seguro de si es sincero o se está burlando usted de mí.

—Busque por sí mismo la respuesta. —Freeman se levantó y se despezó—. Así tendrá algo en que ocupar su mente hasta nuestra próxima sesión.

GOLPE DURO

Después de golpear a Kate...

El que su mundo hubiera sido repintado con tonos de amargura no era una defensa. Algunos de sus nuevos vecinos —sus nuevos amigos— eran lo suficientemente viejos como para haber visto no una casa sino toda una ciudad desmoronarse en ruinas.

De todos modos, ¿qué disculpas podía ofrecer en un contexto en el que incluso los perros podían distinguir entre fuerza y violencia? Los componentes de las tribus que habían considerado que sería divertido lanzar granadas de mortero al azar sobre una pacífica comunidad habían sido encerrados. Algunos de ellos estaban señalados por mordiscos. Pero las dentelladas habían sido controladas con precisión. Ese brazo había sostenido una pistola o un cuchillo; en consecuencia, sus dedos habían sido obligados a abrirse y dejar caer el arma. Ese par de piernas habían intentado llevar lejos a su propietario; en consecuencia ese tobillo había sido inmovilizado clavando los dientes lo suficiente como para hacer caer al hombre. Todo se había hecho por una buena razón.

Su razón para golpear a Kate no había sido buena. Le dijeron por qué, en tranquilos y pacientes tonos. Ciego a sus argumentos, les gritó falsas justificaciones mezcladas con insultos, hasta que finalmente se miraron los unos a los otros, se alzaron de hombros y lo dejaron.

No hizo frío, aquella noche que pasó sentado junto al tocón de un árbol contemplando la carcasa vacía de la casa. Pero en su corazón había el frío ártico de una vergüenza tan indescriptible que no había sentido nada parecido desde que era un adulto.

Al final simplemente se alejó, sin importarle en absoluto hacia dónde.

Y llegó varias horas más tarde al lugar que había vomitado sobre Precipicio a la tribu de los Culosnegros. Era el polvo mezclado con el sudor de caminar durante todo el día lo que hacía que sus pies odiaran sus zapatos, pero le parecían como los detritus de la crueldad humana: la versión materializada del ansia de sangre, su ectoplasma.

—No sé quién soy —dijo a un transeúnte indiferente cuando entró en Quemadura.

—Yo tampoco sé quién eres, ni me importa —restalló el desconocido, y siguió su camino. Se quedó pensando en aquello.

IGNORANTIA NIHIL EXCUSAT

Ted Horovitz hizo los ajustes necesarios en el programa de formateo de cartas, pulsó la tecla de impresión, y leyó el resultado a medida que iba emergiendo de la máquina. Aquella, gracias a Dios, era la última de las treinta y siete.

Querida Sra. Young, su hijo Jabez fue arrestado aquí la pasada noche hallándose en posesión de cuatro armas mortales de las que una, una pistola, había sido utilizada hacía pocos minutos. La audiencia ha sido fijada para las 10:10 de mañana. Puede que desee usted buscar asesoría legal, en cuyo caso se adjunta a ésta resumen de las pruebas para que se las entregue a su abogado/a; en caso contrario puede estar segura de que Jabez será representado por un abogado competente designado por el tribunal. Ha declarado que desconocía el hecho de que bajo nuestro código jurídico la acusación por este delito entraña una sentencia de no menos de un año de rehabilitación vigilada, durante cuyo período el convicto tiene prohibido abandonar los límites de la ciudad. (No hay un máximo de tiempo para esa sentencia). Por favor recuerde que uno de los más viejos de todos los principios legales afirma: «La ignorancia de la ley no exime de su cumplimiento.» En otras palabras, ninguna defensa ni apelación podrá basarse en la excusa: «No lo sabía.» Muy atentamente,

Volviéndose aliviado hacia Brad Compton, que entre sus muchos otros trabajos actuaba como su consejero legal, dijo:

—De modo que ya está todo hasta la reunión del tribunal, ¿no?

—En lo que a mí respecta —gruñó Brad—. Pero no te relajes demasiado. Esta mañana estaba hablando con Aguadulce, y parece que ha encontrado algo que tienes que...

—¡Ted! —Un estridente grito desde fuera.

—Casi creería que esa mujer es telépata —suspiró Ted, dando unos golpecitos a la cazoleta de su pipa antes de volver a llenarla—. ¡Sí, Aguadulce, entre!

Entró, llevando un fajo doblado de papeles de impresora de ordenador, que dejó con un golpe sordo sobre la mesa al lado de Ted. Dejándose caer en una silla, dio una palmada sobre los papeles.

—Lo sabía. Sabía que lo que Sandy nos dijo la otra noche en casa de Josh y Lorna había hecho sonar campanillas en mi memoria. Hace ya mucho tiempo de ello, más de once años, pero fue el tipo de llamada que recibes una sola vez en tu vida. Una vez empecé a hurgar un poco, fui sacando correlación tras correlación. Echa una mirada.

Ted, frunciendo el ceño, obedeció; Brad dio la vuelta hasta situarse detrás de su silla para poder leer por encima de su hombro.

Hubo un largo silencio, roto sólo por el rumor de las hojas de papel dobladas en acordeón.

Finalmente, Ted dijo, sin alzar la vista:

—¿Alguna noticia sobre él?

Aguadulce agitó negativamente la cabeza.

—Ni de Kate tampoco.

—Kate abandonó la ciudad —dijo Brad—. Tomó el autorraíl a las siete y media aproximadamente. Pero nadie sabe lo que ha sido de Sandy.

—Todos nosotros, sin embargo, sabemos lo que va a ser de él... ¿no? —murmuró Ted. Los otros dos asintieron.

—Será mejor llamar a Suzy —dijo Ted, reclinándose en su asiento con un suspiro—. Tengo una moción que someter al concejo.

—¿Nombrar a Sandy ciudadano libre de Precipicio? —sugirió Aguadulce—. ¿Hacer de nuestras defensas sus defensas?

—Hummm.

—Bueno, naturalmente, tienes mi voto. Pero...

—¿Pero qué?

—¿Acaso lo has olvidado? No sabemos quién es. Nos dijo lo que es. No pensó en decirnos quién. Ted dejó caer su mandíbula.

—¿Su código? —dijo tras una pausa.

—Lo comprobé inmediatamente. No existe. Ha sido borrado. E indudablemente su datófono protector se fue con él.

—Eso hace el trabajo más difícil —dijo Brad—. Pero sigo pensando que hay que hacerlo. Y cuando lea esta información que has descubierto, estoy seguro de que Suzy estará también de acuerdo.

SE ACABO LA FIESTA

—Interesante. Muy interesante. Esto puede ahorrar un montón de trabajo. ¡Hey, Perce!

—¿Sí?

—¿Conoces ese agujero en un rincón, Precipicio CA? Parece que su sheriff ha ido un poco demasiado lejos.

—Oh, Gerry. Oh, Gerry. Si no fueras nuevo aquí sospecho que sabrías que nada puede ir demasiado lejos en Precipicio. Lo tipos del Claes que redactaron el tratado que firmaron con el gobierno eran los más listos que jamás hayan esquilado a los carneros de Washington. Pero por una vez echaremos un vistazo. Nada me gustaría más que echarles el lazo. ¿Qué es lo que has encontrado?

—Bueno, arrestaron a esos tipos de las tribus, y...

—¿Y?

—¡Infiernos, mira las sentencias que les han echado encima!

—No abandonar la ciudad durante un año como mínimo, aceptar una escolta de un perro cada uno de ellos... ¿Y bien?

—¡Maldita sea, ¿escoltados por un perro?!

—Tienen una serie de perros más bien raros allí. ¿No te habías enterado?

—Bueno, creo que yo...

—Está bien, está bien. No te habías enterado. De modo que, sin haberte enterado, ¿qué pensabas sacar de todo esto?

—Pensé que... bueno... ¿un interdicto? ¿Basándonos en excesiva crueldad? O incluso secuestro. Quiero decir, uno de los chicos de las tribus tiene sólo trece años.

—Hay cuatro estados donde las sentencias son aceptadas rutinariamente como válidas si el condenado ha cumplido ya los trece años. California es uno de ellos. Puede resultarte educativo descubrir cuáles son los otros tres. En cuanto a excesiva crueldad, deberías saber también que hay una ciudad en la cual puedes aún ser quemado vivo legalmente, siempre que no lo hagan en domingo. No lo han practicado mucho últimamente, pero está en los libros, no ha sido derogado. Pregúntalo a cualquier ordenador. Oh, volvamos al trabajo, ¿quieres? Mientras estabas parlotando lo más probable es que te haya pasado una serpiente nueva y reluciente por delante de las narices.

Pausa.

—¡Perce!

—¿Qué ocurre esta vez?

—¿Recuerdas lo que acabas de decir acerca de una serpiente?

Oh, Dios mío. Se trataba de un chiste. ¿Quieres decir que han vuelto a escupirnos en medio del ojo?

—Míralo tú mismo. Parece más bien... esto... feroz, ¿no crees?

—Feroz no creo que la describa ni en un cincuenta por ciento. Creo que está buscando su primera víctima. Tú la encontraste. Ve a decirle al señor Hartz que abandone el ataque contra el Oyente Silencioso.

—¿Qué?

—Ya me has oído. ¡Ve a comunicar a todo el mundo la buena noticia! Que se ocupen de esta cosa y... ¡y Dios mío! La red de datos puede convertirse en un caos en menos de un minuto, o quizá incluso antes. ¡Apresúrate!

LA CARPA

Caminó por las cada vez más oscuras calles de Quemadura, el vientre dolorido por el hambre, la garganta seca por el polvo, sin darse cuenta apenas de que formaba parte de un fluir de gente. Había personas y vehículos convergiendo en un mismo punto. Se dejó arrastrar por la multitud. Vacío, pasivo, ignoró la realidad hasta que repentinamente una voz lo devolvió a ella.

—Maldita sea, tío, ¿estás sordo o eres tonto o qué?

—¿Qué?

Emergió de su crisálida de sobrecarga, parpadeando, y descubrió dónde estaba. Había visto aquel lugar antes. Pero sólo en la trivi, nunca en la realidad. Y por encima de todo nunca lo había oído. El aire apestaba con el hedor de animales asustados y gente ansiosa.

Muchos letreros, dolorosamente brillantes, se encendían y apagaban para confirmar su descubrimiento. Algunos decían CIRCO BOCCONI; otros afirmaban más discretamente que dentro de 11 minutos iba a empezar un show estilo romano. El 11 cambió a 10 mientras lo miraba.

—¿Qué tipo de entrada quieres? —graznó la misma malhumorada voz—. ¿Diez, veinte, treinta?

—Esto...

Rebuscó en sus bolsillos, encontrando algunos billetes. Como parte del ambiente, las entradas para el espectáculo eran vendidas por un ser humano vivo, un hombre con el rostro lleno de cicatrices al que le faltaban dedos en su mano derecha. Al ver dinero en efectivo frunció el ceño; sin embargo, la máquina a un lado de su taquilla decidió que era auténtico, y siguió su camino con una entrada de diez dólares.

Preguntándose qué estaba haciendo allí, siguió las señales que decían 10\$, 10\$, 10\$. Al cabo de poco se encontró dentro de un recinto: probablemente un hangar de aviación reconvertido. Había tribunas con bancos rodeando una arena y un foso. Unas máquinas estaban colgando un decorado de aspecto miserable, gallardetes con eslóganes mal escritos en latín, fascas de plástico rodeando deslucidas hachas también de plástico.

Se abrió paso con mecánica educación hasta un asiento vacante en la parte alta con una mala vista, mientras escuchaba sin vergüenza lo que decían los que habían llegado antes.

—Malgastar esos cocodrilos con niños, ¡mierda! Quiero decir, odio a mis chicos tanto como cualquiera, pero si puedes conseguir auténticos cocodrilos vivos... bueno, ¡mierda!

—Espero que hayan puesto algunos blancos en el menú. ¡Vomito y vomito cada vez que veo a esos negros haciendo el truco de agarrar al león por las crines y tirarle de la cola, mientras la droga les chorrea por las orejas!

—Claro que todo está trucado, como que meten radio-implantes en los sesos de los animales para que así no hagan daño a nadie porque si no las primas del seguro les costarían un huevo y...

Una voz enormemente amplificadora rugió:

—¡Cinco minutos! ¡Dentro de sólo cinco minutos va a empezar el gran espectáculo! ¡Absoluta y positivamente no va a ser admitido nadie después del inicio del show! ¡Recuerden que tan sólo el Circo Bocconi les ofrece un espectáculo vivo vivo vivo a todo lo largo y ancho de la Costa Oeste! ¡Y somos retransmitidos también a las desafortunadas partes del continente que no tienen la suerte de ustedes!

De pronto se sintió vagamente atemorizado, y miró a su alrededor buscando la posibilidad de marcharse. Pero los nuevos espectadores estaban llegando ahora en un flujo constante, y se dio cuenta de que no iba a poder caminar contra la corriente general. Además, había una cámara enfocada hacia aquel lado. Colgaba de un brazo de metal articulado, como la pata delantera de una mantis, suspendida de un raíl bajo el techo. Su ojo dual, facetado, parecía como si estuviera enfocado en él. Se sentía incluso más relucante a llamar la atención marchándose que a quedarse y contemplar el show.

Cruzó los brazos apretadamente, como para impedir el ponerse a temblar.
Sólo iba a durar una hora, se consoló.

Los números de introducción eran más o menos inocuos, aunque sintió que una bola de náusea se instalaba en su garganta durante el segundo de ellos: un auténtico comedor de serpientes importado de Irak, un horrible hombre cuya abultada frente hacía pensar en un idiota hidrocefálico que ofrecía tranquilamente su lengua a la serpiente, la dejaba atacar, entonces metía la lengua, le arrancaba la cabeza de un mordisco, masticaba y tragaba, luego se levantaba sonriendo tímidamente y aceptaba los gritos y los aplausos del público.

Luego vino una estilizada lucha entre gladiadores, una justificación al ostensible formato «romano» del espectáculo, que concluyó con el reciario sangrando por una herida en la pierna y el gladiador propiamente dicho —el hombre con la espada y el escudo— trotando por la arena más orgulloso que un pavo real, sin haber hecho prácticamente nada.

Un sordo resentimiento empezó a nacer en su mente.

Es repugnante. Una carnicería al estilo romano. Trucada de principio a fin. Asquerosa. Horrible. Es aquí donde los padres aprenden a educar a los chicos que se divierten tribalizando la casa de un desconocido. Es aquí donde les enseñan: recuerda cómo matar a tu madre. Cortarle los testículos a tu padre. Comerte al bebé para impedir que mami y papi lo quieran más que a ti. Morboso. Todo morboso. Absolutamente morboso.

En Tarnover había habido una especie de subculto hacia el circo. Era algo que tenía que ver con canalizar la agresión hacia caminos socialmente aceptables. El recuerdo era un débil eco. Había una terrible confusión dentro de su cabeza. Se sentía hambriento y sediento y, sobre todo, miserable.

—Y ahora una corta pausa para que los mensajes de nuestros patrocinadores puedan llegar a todo el mundo —retumbó el maestro de ceremonias a través del monstruosamente alto equipo de sonido—. Y el momento también de presentarles un número único de nuestro show romano. Al Jackson, nuestro campeón gladiador, al que vieron ustedes hace un minuto...

Pausa para dejar paso a una oleada de renovados aplausos y gritos.

—¡Yea-hey! Y tal como van las cosas, el primero de una dinastía que sigue sus

pasos... ¿Sabían que su hijo es el jefe de la tribu de los Culosnegros?

Una pausa. Esta vez sin que nada la llenara. Como si el maestro de ceremonias esperara los gritos y aullidos de los miembros de la tribu, que no estaban presentes.

Pero cubrió expertamente la pausa.

—Y lanza un desafío en tiempo real a todos aquellos que quieran enfrentársele... sí, literalmente un desafío en tiempo real, sin trucos, sin prearreglos. ¿Quién de ustedes quiere probar sus habilidades contra él, tomar la red y el tridente y bajar a la arena? ¿Pueden hacerlo, todos ustedes pueden hacerlo! ¿Simplemente pónganse en pie y griten «Yo»! Sin siquiera pensarlo, se había puesto en pie.

—¿Él es el padre del jefe de la tribu de los Culosnegros? Oyó su propia voz como si procediera de una distancia de años luz.

—¡Sí, señor! ¡Un hijo del que puede sentirse orgulloso, el joven Bud Jackson!

—¡Entonces yo reduciré a Al a pedacitos! —Empezó a abandonar su asiento, mientras se escuchaba a sí mismo gritar a pleno pulmón—. ¡Voy a hacerle llorar y suplicar y pedir piedad! ¡Voy a enseñarle todas las cosas que su hijo me ha enseñado a mí, y voy a hacerle aullar, y escupir sangre y bilis, y sollozar y gemir! ¡Y voy a hacerlo de forma que se acuerde de ello hasta mucho tiempo después de que haya terminado este show!

Hubo un coro de aplausos, y el público se envaró en sus asientos con miradas ansiosas. Alguien le dio una palmada en el hombro al pasar y le deseó suerte.

DEFINICIÓN TERMINOLÓGICA

—Un ejemplo clásico de impulso suicida.

—Tonterías. No tenía la menor intención de que me mataran. Había observado a aquel tipo gordo. Sabía que podía hacerlo pedazos aunque estuviera débil y hambriento. ¿No lo demostré? Se pasó siete días en el hospital, usted ya lo sabe, y nunca volverá a andar bien.

—De acuerdo. Pero por otra parte, poniéndose usted en evidencia delante del público de la trivi...

—Sí. Sí, eso ya lo sé.

EL MEDIO NO ES EL MENSAJE

Tradicionalmente se desfiguraban los eslóganes o se pintaban bigotes en los rostros de los carteles publicitarios, o a veces —sobre todo en las zonas rurales— se disparaba contra ellos porque los ojos o los pezones de una modelo formaban unos blancos convenientes.

Más tarde, cuando se puso de moda en las casas un gadget consistente en una serie de pantallas transparentes (como las utilizadas más tarde para la versión electrónica del juego de vallas) que se situaban sobre el aparato de televisión para jugar al ping pong y otros juegos similares, los sondeos de espectadores de las casas publicitarias descubrieron sorprendidos que los índices subían. En vez de cambiar de canal cuando llegaban los anuncios, la gente empezaba a buscarlos en las distintas cadenas.

Pero no prestaban atención a su contenido. Lo que deseaban era memorizar el próximo movimiento de los actores y actrices y deformar sus gestos y expresiones de una forma hilarante con un lápiz magnético. Uno tenía que conocer muy bien el ritmo de los anuncios para conseguir buenos efectos; algunas de las imágenes duraban sólo medio segundo.

Los publicitarios y los ejecutivos de las cadenas descubrieron con horror que en nueve de cada diez casos los más dedicados espectadores no podían recordar cuál era el producto que estaba siendo promocionado. Para ellos no era «ese anuncio de la Coca» o «ese spot de la Dráno»... era «ese donde puedes conseguir que ella le dé un tortazo en las pelotas».

El punto de saturación, y el inicio de la escalada del rendimiento no proporcional de la publicidad, se sitúa generalmente a principios de los años ochenta, cuando el ciudadano urbano de Norteamérica fue golpeado por primera vez con una media de más de mil anuncios per diem.

Pero siguieron pasándose anuncios, por supuesto. Se había convertido en una costumbre.

ESPADA, MÁSCARA Y RED

Lanzando una risita, Shad Fluckner dejó a un lado su lápiz magnético. La pausa publicitaria había terminado, y se reanudaba de nuevo el programa de circo. Los empleados de Anti-Trauma Inc. eran más que simplemente animados, eran virtualmente obligados a ver los programas del Circo Bocconi en Quemadura. Patrocinar circos era una de las mejores formas que había hallado la compañía de atraer nuevos clientes. Precisamente esos padres que se pasaban más tiempo gozando de la violencia por sujetos interpuestos eran los que más miedo tenían de lo que pudiera ocurrir si la agresividad de sus hijos se volvía contra ellos. De hecho, cuanto más circo contemplaban los padres, más pronto se sentían inclinados a apuntar a sus hijos a un tratamiento completo. Se había demostrado que la relación era lineal, más menos un catorce por ciento.

A él, sin embargo, no le hacía sudar. Siempre había disfrutado con el circo. Pero si en el cuartel general de Anti-Trauma supieran lo que uno de sus empleados había conseguido hacer con el último de sus anuncios, las plumas volarían por todas partes.

¡Ja-ja! Era una lástima que no pudiera compartir su descubrimiento con nadie; sus compañeros lo interpretarían como una deslealtad excepto aquellos que hubieran decidido que ya era tiempo de cambiarse a otro trabajo, y... Bueno, él también tenía en mente la misma idea, y quizá se decidiera antes de que expirara la vida del anuncio. Mientras tanto, se divertía solo.

Aún sonriendo, se dispuso a contemplar la parte final del show, cuando el gladiador Al Jackson desafiaba abiertamente a todos los espectadores. Generalmente el combate resultante estaba amañado, pero en ocasiones...

Hey.

No tan amañado, éste. No a menos que hayan decidido retirar de una vez a Al y... ¡Maldita sea, está aullando! ¡Está aullando de veras! Por una sola vez, he aquí una buena pelea. Algo realmente grande. Muchííííísimo. Hummm... ¡sí!

Con los ojos muy abiertos, se inclinó hacia la pantalla. Aquella sangre no era falsa. ¡Ni los gritos de dolor tampoco! Hey, ¿quién podía ser ese tipo que estaba haciendo picadillo de la estrella principal de Bocconi con una tal...?

—¡Pero si es Lazarus! —exclamó de pronto al aire—. Con barba o sin barba, conocería a ese individuo en cualquier parte. De modo que se me escapó la otra vez. Pero ahora... ¡oh, ahora...!

EL SIGUIENTE EN LA COLA

—Y una vez reconocido en la trivi, todo lo demás fue cuestión de tiempo —dijo Hartz, reclinándose en el sillón tras su escritorio. Una placa sobre la mesa decía: Director adjunto. Pulsando uno de una serie de botones, detuvo la reproducción de las cintas de Haflinger.

—Sí, señor —dijo Freeman—. Y el FBI fue muy rápido en echarle el guante.

—Más rápido que usted en sacarle todo lo que lleva dentro —dijo Hartz, y esbozó una indolente sonrisa. Dentro de su oficina, su base de operaciones, era una persona completamente distinta del visitante que había acudido a ver a Freeman en Tarnover. Quizá por eso había declinado la invitación a volver.

—Disculpe —dijo Freeman rígidamente—. Mi misión era extraer de él todos los datos posibles. Eso no puede hacerse rápidamente. Sin embargo, con un margen de un medio por ciento aproximadamente, lo he conseguido.

—Eso puede ser suficiente para usted, pero no lo es para nosotros.

—¿Qué?

—Creo que me he expresado con la suficiente claridad. Tras su prolongado interrogatorio del sujeto, seguimos sin saber lo que más nos interesa conocer.

—¿Es decir...? —la voz de Freeman se iba volviendo gélida por momentos.

—La respuesta, creo yo, es evidente. Existe una situación intolerable relativa a Precipicio con respecto al gobierno. Un pequeño grupo disidente ha conseguido

establecer una postura de disuasión no muy distinta en principio de la adoptada por un terrorista loco amenazando con pulsar el botón de una bomba nuclear. Estábamos a punto de eliminar esta anomalía. Sólo que Haflinger-Locke-Lazarus, como quiera que se llamara a sí mismo en aquel momento, intervino y nos envió de nuevo a la primera casilla. Se ha pasado usted semanas interrogándolo. En todos los montones de datos que ha acumulado, en todos los kilómetros de cinta que ha totalizado, no hay ni el menor indicio de lo que queremos saber.

—¿Cómo eliminar el datófono que diseñó para proteger al Oyente Silencioso?

—¡Ah, brillante! ¡Lo ha descubierto! —El tono de Hartz estaba cargado con un exceso de ironía—. Como ya he dicho, es intolerable que una pequeña comunidad deba interferir con el derecho del gobierno a monitorizar la subversión, la falta de lealtad y la traición. ¡Tenemos que saber cómo eliminar esa serpiente!

—Está pidiendo usted la luna —dijo Freeman tras una pausa—. Haflinger no sabe cómo hacerlo. Apuesto en ello mi reputación.

—¿Es ésa su última palabra?

—Sí.

—Entiendo. Hummm. ¡Lamentable! —Hartz inclinó hacia atrás su sillón tanto como le fue posible, lo giró algunos grados hacia la izquierda, contempló concentradamente el rincón más alejado de la habitación—. Bien, ¿qué hay de los otros contactos que tenía? ¿Qué hay de Kate Lilleberg, por ejemplo? ¿Qué ha descubierto usted de sus acciones más recientes?

—Parece haber vuelto a sus antiguas actividades —suspiró Freeman—. Está de regreso en Kansas City, no ha hecho ninguna petición de traslado para su puma, y de hecho todo me induce a pensar que solamente ha tomado una decisión positiva desde su regreso.

—Que es, apostaría, alterar su inscripción para el próximo año académico. Ahora quiere dedicarse a la informática, ¿no?

—Oh... Sí, creo que sí.

—Una extraña coincidencia. Una muy, muy extraña coincidencia, realmente. ¿Qué opina usted de ello?

—Es posible una conexión... de hecho es probable. Llamarlo una coincidencia... no.

—Muy bien. Me alegra que por una vez usted y yo estemos de acuerdo en algo. —Hartz devolvió su sillón a su posición vertical y se inclinó intensamente hacia Freeman—. Dígame, entonces: ¿se ha formado usted alguna opinión acerca de esa chica Lilleberg? Tengo entendido que no la conoce. Pero ha conocido usted a gente íntimamente implicada con ella, como su madre, su amante, y algunos de sus amigos.

—Al parecer es una persona con un considerable sentido común —dijo Freeman tras una reflexiva pausa—. No puedo negar que me siento impresionado por lo que hizo para ayudar a Haflinger. No es una mala hazaña eludir...

Sus palabras se desvanecieron como si de pronto hubiera empezado a oír antes de

tiempo lo que estaba diciendo.

—Adelante —ronroneó Hartz.

—Iba a añadir: una caza tan intensiva como la que hemos estado manteniendo durante más de seis años. Desde que Haflinger desertó, quiero decir. Pareció... bien, pareció darse cuenta inmediatamente de la tremenda importancia de todo.

—Y no puso en duda ni por un momento lo que él le dijo, ¿verdad?

—No se comportó como si lo pusiera en duda, no.

—Hummm... Bien, me complace informarle que tendrá usted oportunidad de confirmar o desechar su opinión. —Hartz pulsó otro botón; la pared-pantalla de la oficina se iluminó, mostrando un rostro enormemente ampliado—. La evaluación de nuestros ordenadores sugiere que sus sin duda sofisticadas técnicas pueden beneficiarse del refuerzo de un... ¿cómo llamarlo?... digamos de un enfoque alternativo, que puede que usted considere pasado de moda pero que tiene algo que decir en su favor. ¡Ya que nuestra intención es destruir esa serpiente que Haflinger les dio a los del Oyente Silencioso! —con un repentino brillo en sus ojos—. ¡Y más aún, antes de que termine este año! Tengo instrucciones personales del presidente a tal efecto.

Freeman movió los labios. Ningún sonido brotó de ellos. Estaba mirando la pantalla.

—Pese a la impresión que pueda dar de lo contrario —prosiguió Hartz—, nosotros, aquí en Washington, somos muy conscientes de su habilidad, paciencia y dedicación. No conocemos a nadie que hubiera podido hacer un trabajo mejor. Por eso precisamente le enviamos un nuevo sujeto.

—Pero... —Freeman alzó un tembloroso dedo para señalar—. ¡Pero si es Kate Lilleberg!

—Sí, por supuesto. Es Kate Lilleberg. Y esperamos que su presencia en Tarnover nos dé la palanca suplementaria que necesita usted para extraer de Nickie Haflinger el último y más precioso secreto. Ahora debe disculparme. No puedo dedicarle más tiempo. Buenas tardes.

LIBRO TERCERO

EMPALMANDO LA CARRERA DE CEREBROS

EL HOMBRE PROPONE

—Bueno, de la forma en que yo lo veo...

—¿Pero quién demonios te crees que eres?

LA ESENCIA DEL ASUNTO

Este es un lugar concreto, una granja. Escúchenla.

Tierra. Casa. Granero. Sol. Lluvia. Nieve. Campo. Verja. Estanque. Maíz. Trigo. Heno. Arado. Siembra. Recolección. Caballo. Cerdo. Vaca.

Este es un lugar abstracto, una sala de conciertos. Escúchenla.

Director. Orquesta. Público. Obertura. Concierto. Sinfonía. Podio. Armonía. Instrumento. Oratorio. Variaciones. Arreglo. Violín. Clarinete. Piccolo. Tímpanos. Piano. Auditorio.

Pero consideren también:

Arpa. Cuerno. Tambor. Canción. Flauta.

E igualmente:

Alfalfa. Rutabaga. Fertilizante. Recolectara.

Asignen los términos siguientes (sin crédito) a una u otra de las categorías implicadas en los anteriores parámetros:^[1]

Bit. Grabación. Memoria. Contacto. Programa. Transistor. Cinta. Dato. Electricidad. On-line. Tiempo compartido. Impresora. Lectora. Proceso. Cibernética.

UN CASO DE ARRESTO DEL DESARROLLO

Por primera vez desde la llegada al umbral de su casa del ¿difunto? Sandy Locke, el anunciador de Kate sonó cuando no esperaba ninguna visita.

En aquellos días, uno simplemente no iba a visitar a nadie sin anunciárselo previamente. No valía la pena. Por una parte, la gente pasaba menos tiempo en sus casas, decían las estadísticas, que nunca antes en la historia... pese a la llegada de todo un mundo de color y falsa realidad gracias a la trivi en un rincón de la sala de estar. Y por otra parte, quizá lo más importante, si no avisabas de antemano era probable que te encontraras liado en una malla de plástico irrompible, posiblemente incluso gaseado, ante cualquier hogar que se hallara por encima del nivel de la pobreza.

De modo que primero utilizabas el vifono.

En mitad de su habitación más amplia, cuyas paredes estaba redecorando con

enormes ampliaciones fotográficas de circuitos microscópicos —que finalmente, una vez revestidos de pintura metálica, se convertirían en un completo y eficiente ordenador personal—, Kate se detuvo y meditó.

Bien, no me va a hacer ningún daño mirar y ver quién es.

Suspirando, conectó la cámara, y se halló contemplando a un hombre al que no conocía: joven, descuidado, con ropas poco llamativas.

—¡Usted es Kate! —dijo alegremente el joven.

—¿Y usted es...?

—Me llamo Sid. Sid Fessier. He pasado mis vacaciones de verano en las zonas de compensación legal. Conocí a un tipo llamado Sandy, que me dijo que me dejara caer por aquí a saludarla cuando pasara por Kansas City, y como resulta que mi hotel está aquí al lado... Supongo que hubiera debido llamar antes por vifono, pero demonios... ¡una sola manzana en un día tan espléndido como éste!

—Está bien. Suba.

Silbó mientras subía las escaleras: una melodía que Kate no conocía. Y cuando abrió la puerta, la golpeó con una red autoextensible que la convirtió en un instante en un apretado paquete.

—¡Bagheera! —gritó, cayendo de costado mientras los hilos de plástico se enrollaban en torno a sus piernas.

Pop.

Aún agazapado para dar un salto que lo llevaría a lo largo de todo el pasillo, directamente sobre la cabeza del intruso, el puma se estremeció, gimió, hizo como si quisiera arrancarse algo que le molestaba en el pecho... y se derrumbó.

El hombre era bueno, y muy rápido. Mientras devolvía la pistola a su bolsillo ya estaba pegando un trozo de cinta adhesiva sobre la boca de Kate para impedir que gritara.

—Un dardo anestésico —murmuró—. No necesita preocuparse por él. Dentro de un par o tres de horas volverá a estar bien de nuevo. Pero he tenido que administrarle la dosis máxima, ya sabe. Mi pasatiempo favorito no es liarme con un animal como ése.

Cerró suavemente la puerta a sus espaldas, extrajo un comunicador y habló por él.

—Adelante, podéis venir y llevárosla. Pero hacedlo discretamente. Este parece ser un vecindario donde la gente aún sigue interesándose por los asuntos de los demás.

—¿Te has encargado del bicho?

—¿Crees que te estaría hablando si no lo hubiera hecho? Volvió a guardarse el comunicador y añadió, por encima de los furiosos e inútiles gruñidos y resoplidos de Kate:

—Será mejor que guardes tu aliento, muchacha. No sé lo que habrás hecho, pero es serio. Tengo una orden de arrestarte sin posibilidad de libertad condicional firmada por el propio director adjunto de la Oficina Federal de Proceso de Datos, un cargo que está bastante arriba en el poste totémico de Washington. De todos modos, no te

vale la pena discutir conmigo. Yo sólo soy un mandado.

DIFERENCIACIÓN

Las cosas habían cambiado. No solamente en la superficie, aunque su situación se hubiera alterado radicalmente. En vez de ser conectado y desconectado constantemente mediante drogas y estimulación cortical, la última noche le habían dejado dormir de forma natural: más aún, en una auténtica habitación, no muy amueblada pero cómoda y bien equipada, con auténticas ventanas a través de las cuales había podido confirmar que estaba realmente en Tarnover. Durante su interrogatorio había sido mantenido en una especie de compartimiento, una especie de nicho de apenas el tamaño de un hombre, donde una serie de máquinas mantenían su tono muscular supliendo la falta de ejercicio.

Aparte esto, sin embargo, había ocurrido algo más sutil, más significativo.

¿Qué?

La puerta de su habitación se abrió con un resonar de cerraduras. Apareció un hombre... como todos allí, vestido de blanco, armado. Había esperado que si era llevado a cualquier lugar fuera de aquella habitación sería bajo escolta. Levantándose, obedeció la orden de salir al pasillo y girar a la izquierda.

Fue un largo camino, y hubo varios giros. También bajó un tramo de escaleras, treinta escalones. Finalmente giraron una última vez. Se encontró en un pasillo con uno de sus lados compuesto por un grueso cristal unidireccional blindado.

Mirando a través de él a una pequeña habitación débilmente iluminada, un poco más allá, se hallaba Freeman.

Dirigió una leve inclinación de cabeza al recién llegado, luego dio unos suaves golpecitos con la yema de los dedos en el cristal.

Al otro lado había una chica muy delgada tendida, desnuda, sobre una mesilla acolchada, mientras una enfermera afeitaba meticulosamente su cabeza.

Hubo un largo silencio. Luego, al fin:

—Hummm. Me esperaba eso. Pero, conociéndole tan bien como le conozco, estoy dispuesto a creer que no fue idea suya.

Tras lo cual hubo otro silencio, roto esta vez por Freeman. Cuando habló, su voz estaba llena de cansancio.

—Llévenlo de vuelta a su habitación. Que reflexione un poco sobre todo esto.

¡SÍ, SEÑOR KELLY! ¿OCURRE ALGO?

—Nunca deberíamos olvidar que durante todo el tiempo que hemos estado estudiando a los murciélagos, los murciélagos han tenido una oportunidad única de estudiarnos a nosotros.

SOY

Lo que le había dicho a Freeman era completamente cierto. Desde que, con la conclusión de la fase intensiva de interrogatorios, había sido capaz de razonar claramente de nuevo, había estado esperando que le dijeran que también Kate había sido traída allí para «examen».

No era que aquello representara ninguna diferencia, no más que el recitar la tabla de multiplicar le valiera para algo a uno que estaba cayendo desde lo alto de un acantilado.

Se sentó en la habitación destinada a él, que indudablemente estaba monitorizada las veinticuatro horas del día, como si se hallara en un escenario ante un enorme público dispuesto a criticar cualquier desviación del papel que se suponía estaba representando.

El factor que operaba a su favor era éste: que tras tantos años de representar otros papeles, finalmente estaba representando el suyo propio.

Todos los datos que poseen, se dijo a sí mismo, se refieren a otros antes que a mí mismo: el Reverendo Lazarus, Sandy Locke... sí, incluso Nickie Haflinger. Sea lo que sea ahora, y no estoy en absoluto seguro de mi identidad en este momento, ¡definitivamente no soy Nickie Haflinger!

Empezó a relacionar la lista de las cosas que hacían que no fuera la persona cuyo nombre llevaba, y encontró que la última era la más importante.

Puedo amar.

Un estremecimiento recorrió su espina dorsal mientras pensaba en aquello. Había habido muy poco amor, dado o recibido, en la primera parte de la vida de Nickie. ¿Su padre? Resentido ante el peso impuesto por su hijo, intolerante a las demandas de la paternidad. ¿Su madre? Lo había intentado, al menos por un tiempo, pero le faltaba una base honesta de afecto en la que apoyarse; de ahí su derrumbamiento en la psicosis alcohólica. ¿Sus padres adoptivos temporales? Para ellos un niño-de-alquiler era igual que cualquier otro, tantos dólares semanales de altura por tantos problemas de base.

¿Sus amigos entre sus diez y sus veinte años, mientras estuvo ahí en Tarnover?

Pero el amor no formaba parte del curriculum. Estaba subdividido en partes. Estaba escindido. Era «intensa implicación emocional» y «excesiva interdependencia» y «típicamente hinchada libido adolescente»...

Ahora, en cambio, cuando esta nueva y extraña persona hacia la que estaba evolucionando pensaba en Kate, crispaba los puños y apretaba los dientes y cerraba

los ojos y se disolvía irresistiblemente en pura rabia.

Durante toda su vida había tenido que aprender a controlar sus reacciones más profundas: como un niño antes de los diez años, porque si no lo hacías te exponías a ser bedeadado en tu camino de vuelta a casa por la noche; entre los diez y los veinte, porque durante cada momento del día y de la noche los estudiantes en Tarnover estaban expuestos a una reevaluación para comprobar que eran dignos de seguir estando allí, y durante los primeros cinco años había deseado seguir estando allí más que cualquier otra cosa en el mundo y durante los segundos cinco años había deseado utilizar Tarnover en vez de ser utilizado por él; y luego porque la red de datos estaba ramificada ahora penetrando en tantas zonas de la vida privada que el más ligero error podía traer a los cazadores directamente contra él.

De todo ello se deducía que ceder a las emociones, fueran positivas o negativas, siempre había parecido algo peligroso. Era malo permitirse tomarle afecto a otra persona; si era un niño, mañana podía volverse veleidosamente hacia otra banda y lanzarse contra ti, sediento de sangre y lágrimas; si era un adulto, podía marcharse hacia otro trabajo y no dejar tras de sí más que un recuerdo y un pesar. Del mismo modo era malo permitirse temer o detestar demasiado a alguien; conducía a zonas en las cuales no podías predecir ni tu propio comportamiento ni el de los demás. «¡Aquí hay tigres!»

Pero la capacidad para las emociones estaba en su mente, aunque no fuera consciente del hecho. Recordó con un rastro de ironía cómo había contemplado la máquina liberadora de tensiones en el alojamiento provisional de la ITE y había sentido piedad hacia aquellos capaces de crearse fuertes lazos afectivos.

Creo que estaba sintiendo piedad hacia mí mismo. Bueno, piedad era todo lo que me merecía.

Ahora se veía obligado a reconocer la intensidad de sus sentimientos, y había una razón lógica para animar el proceso.

Los datos que Freeman y los que estaban tras él habían almacenado derivaban de una persona fríamente calculadora... llamémosla Señor X menos E. Sustituyámosla en todas partes por Señor X más E.

Y lo que os va a caer ahora encima, hijos de puta, es aquello a lo que más miedo le tenéis. ¡Una solución única dentro de lo irracional!

Una ligera lluvia había empezado a salpicar de gotas la ventana orientada al oeste de su habitación. Se levantó y se dirigió a ella para contemplar las nubes, teñidas de rojo debido a que el sol estaba poniéndose y la lluvia se acercaba desde el este.

Estoy más o menos en la posición de alguien intentando escamotear de una planta investigadora nuclear el plutonio suficiente para fabricar una bomba. Debo escamotearlo de modo que no se produzca ninguna disminución apreciable en las reservas, ni accione los detectores del recinto, ni me cause quemaduras radiactivas. Un problema con tres vertientes, querido Watson. Puede que tome toda una semana,

quizá incluso diez días.

ESPEJO, ESPEJO

Estás en una órbita circular en torno a un planeta. Estás siendo adelantado por otro objeto, también en órbita circular, que se mueve a varios kilómetros por segundo más aprisa. Aceleras e intentas atraparlo.

Nos veremos más tarde, acelerador.

Mucho más tarde.

LA VIGA EN EL OJO

En la sala de interrogatorios la pantalla de trivi había sido reemplazada por un espejo amplificador. Puesto que no deseaba que pareciera que miraba demasiado fijamente o durante demasiado tiempo al desnudo cuerpo de la muchacha tendida en el sillón de acero reclinable, Hartz se limitaba a mirar su propio reflejo. Observando una ligera huella de sudor en su frente, sacó un gran pañuelo para secársela, e inadvertidamente desprendió su tarjeta de visitante autorizado, que no consiguió atrapar antes de que cayera blandamente al suelo.

Freeman la recogió cortésmente y se la tendió de vuelta.

Murmurando las gracias, Hartz volvió a colocarla en su lugar, se sonó ruidosamente con el pañuelo, y luego dijo:

—Sus informes han sido un poco parcos, por decirlo de alguna forma.

—Si hubiera habido algún progreso importante se lo hubiera notificado de inmediato, por supuesto.

—¡Oh, pero si los ha habido! ¡Es por eso por lo que estoy aquí! —cortó Hartz, y decidió que después de todo no tenía ningún objeto pretender no mirar a la chica. Flaca como era, totalmente desprovista de pelo, con un plano cuerpo casi infantil, apenas se parecía a un ser humano: más bien semejaba un animal de laboratorio, el ejemplar de alguna enorme raza de ratas mutantes desprovistas de pelo.

—¿Qué progresos? —Freeman se envaró casi imperceptiblemente, y el tono de su voz rozó la dureza, pero sólo la rozó.

—¿No lo sabe, pues? —fue la mordaz observación de Hartz—. ¡Sin embargo conoció a su madre, debería saberlo! ¡Al menos debería darse cuenta del enorme peso que tiene gracias a su posición en la ITE!

—Hemos trazado un extenso perfil de su madre —respondió Freeman, con una tensa educación—. No existe ningún lazo emocional entre ellas que deba preocuparnos.

—Su perfil —repitió Hartz con voz fuerte—. Entiendo. ¿Qué quiere decirme basándose en su perfil?

—Que Ina Grierson no lamenta en absoluto que su hija se haya marchado de Kansas City. Esto la libera para aceptar la clase de puesto que siempre ha estado buscando.

—Dios mío. ¿No ha ido usted un poco más lejos que ese tipo de perfil? ¿No se ha asomado usted últimamente de tanto en tanto al mundo real?

—¡He hecho exactamente lo que se me han dado instrucciones de hacer! —estalló Freeman—. ¡E instrucciones que venían directamente de usted!

—¡Y yo espero que la gente utilice sus talentos cuando les doy órdenes, no que dejen un lío a nivel continental que otros van a tener que limpiar!

Durante un largo momento los dos hombres cruzaron sus ojos. Finalmente, Freeman dijo, apaciguador:

—¿Cuál le parece que es el problema?

—¿Parecerme? No, no me parece. Es completamente real. —Hartz se secó de nuevo la frente—. Esta chica lleva aquí una semana...

—Cinco días.

—Toda una semana desde su arresto. No interrumpa. —Hartz devolvió el pañuelo a su bolsillo—. Si no tuviéramos una fuerte fracción de ex-Tarnovers que votaran de acuerdo con nuestras líneas en el consejo de administración de la universidad de Kansas City, puede estar seguro que... Oh, demonios, no tengo por qué decirle esto. Usted debería saberlo muy bien.

—Si hay algo que usted deseaba que yo supiera, hubiera podido enviarme los datos —dijo Freeman con voz tensa—. Puesto que no lo hizo, dígame ahora.

El rostro de Hartz enrojció, pero se tragó la irritada respuesta que temblaba claramente en sus labios. Calmándose con un esfuerzo, dijo:

—Fuera de las zonas de compensación legal, difícilmente nadie pasa veinticuatro horas sin utilizar su código para propósitos de crédito. En consecuencia, la localización de alguien dentro del continente puede determinarse prácticamente en cualquier momento. Kate Lilleberg es una adulta, de acuerdo, pero también se halla in statu pupillari, y nunca ha firmado una orden de emancipación con respecto a su madre, su único familiar próximo. De modo que desde que desapareció de Kansas City la última vez, han habido como unas cincuenta o sesenta personas interesadas en seguir su rastro, la mayoría miembros de la facultad de la universidad de Kansas City. Pero uno de ellos, el más importuno, es un jefe de departamento de la ITE. ¿He de decirle mucho más antes de que se dé cuenta del avispero en el que me ha metido?

—¿Que he hecho qué? —dijo lentamente Freeman.

—¿No se le ha ocurrido pensar que toda una semana transcurrida sin utilizar su código iba a despertar sospechas?

—¡Lo que no se me ha ocurrido —contraatacó Freeman— es que usted esperara que yo iba a hacerme responsable de todos los malditos detalles de su operación!

Puesto que insiste, buscaré algo de tiempo para construir alguna ficción convincente: hacer que su código sea registrado, por ejemplo, en una ciudad de las zonas de compensación legal, donde es muy fácil que pase una semana antes de que una entrada de crédito llegue a la red. Por lo demás, sin embargo, me temo que...

—Olvídelo. Ya nos hemos ocupado de ello. En el momento mismo en que nos dimos cuenta de que usted había dejado el detalle en el aire. Pero ¿ha olvidado usted el papel que adoptó Haflinger en la ITE?

Freeman lo miró inexpresivamente.

—¿Qué es eso tan importante?

—Los cielos me otorguen paciencia. Entró a trabajar como racionalizador de sistemas, ¿no? Esa posición le dio casi tanto acceso a la red como el que puedo tener yo, a condición de trastear un poco con las prioridades de la ITE. De hecho, metió tanto la nariz que esto empezó a interferir con el trabajo regular que se suponía que tenía que hacer, de modo que escribió un programa que se ocupara automáticamente del trabajo de rutina y lo metió en los ordenadores de la ITE. No mencionó usted nada de esto en sus informes de los interrogatorios, tengo entendido.

Freeman abrió la boca. No emitió ningún sonido.

—¡Y el programa sigue siendo operativo —restalló Hartz con voz dura—, e Ina Grierson lo ha descubierto! ¡Y lo peor de todo, es tan simple que ahora sabe con toda seguridad que las entradas que hemos metido en el código de su hija han sido falseadas!

—¿Qué? ¿Cómo?

—¿Cómo demonios cree usted? ¿Qué era lo que quería saber Haflinger, utilizando los códigos robados a la ITE? Si su propio código 4GH era aún válido, ¿no? ¿Y cómo hubiera podido hacerlo sin ser capaz de pasar por encima de los códigos de protección puestos por las autoridades federales? Los datos relativos a los códigos 4GH no se supone que sean accesibles al público. Son protegidos de una forma rutinaria, ¿no? ¡Bien, pues Haflinger consiguió ponerlos al descubierto automáticamente, y de una forma que ni siquiera a nuestros mejores expertos se les había ocurrido nunca!

Apretando fuertemente los puños, concluyó:

—¡Ahora quizá comprenda el tremendo lío en el que me ha metido!

Con el rostro parecido a una estatua de piedra, Freeman dijo:

—Oh, creo que el mérito hay que atribuírselo a Haflinger, no a mí. Y estoy seguro que le complacerán las noticias.

—¿Qué demonios quiere decir con esto?

—Entre los otros datos que usted omitió comunicarme puede incluirse el que iba a venir hoy aquí a lanzar contra mí sus injustificadas acusaciones. Bajo la razonable suposición de que solamente tenía intención usted de asistir a un interrogatorio de rutina de Kate, no anulé las instrucciones habituales de hacer que trajeran aquí a Haflinger para que asistiera a él, con la esperanza de que esto erosione su autocontrol.

Usted mismo lo sugirió, si me permite recordárselo.

Comprobando su reloj, añadió:

Así que desde hace cuatro minutos, cuatro y medio para ser más exactos, Haflinger se halla detrás de ese espejo unidireccional, viendo y oyendo todo lo que ocurre en esta habitación. Como he dicho, debe sentirse muy complacido.

EXTRACTO DE UN BOLETÍN DE NOTICIAS

«... un golpe dado a las esperanzas de aquellos que confiaban en que este año académico iba a estar relativamente libre de agitación estudiantil. Convencidos de que uno de sus compañeros, desaparecido desde hace una semana, ha sido secuestrado por agentes del gobierno, una multitud de mil quinientos estudiantes ha tribalizado hoy más de la mitad de los treinta y nueve puestos de alarma de incendios y policiales del campus de la universidad de Kansas City. No se han registrado víctimas por el momento, pero...»

ATAVISMO

Frente a Rico Posta, Ina sintió que sus mejillas palidecían. Pero mantuvo su voz a un tono y volumen normales.

—Rico, digan lo que digan usted y el resto del consejo, Kate es mi hija. Solicite una doble comprobación de esos falsos informes acerca de la utilización de su código en ínterin.

—¿Quién dice que son falsos?

—¡Nuestros propios ordenadores lo dicen!

—Oh. Un programa escrito por un tal Sandy Locke lo dice. Un tipo que ha resultado ser un embaucador...

—Mientras estuvo ahorrando a la compañía un par de millones al año no pensaba usted que fuera un embaucador. De otro modo no hubiera sido de los primeros en decir que debía ser promovido a un empleo permanente.

—Bueno, yo...

Ella se inclinó ansiosamente hacia adelante.

—Rico, están ocurriendo cosas muy poco claras. Usted lo sabe, aunque no lo haya admitido públicamente. ¿Ha intentado pedir recientemente datos sobre Sandy?

—Puesto que lo menciona... sí.

—Y no hay nada, ¿verdad? ¡Ni siquiera un informe de su muerte!

—Sospecho que pueda haber abandonado el país.

—¿Sin pasaporte?

Hubo un silencio que crujió como el presagio de una tormenta eléctrica. Finalmente, Ina dijo:

—¿Ha leído usted alguna vez un libro titulado *1984*?

—Naturalmente, en una clase de literatura en la universidad. —Rico frunció los labios y miró al vacío—. Entiendo lo que quiere decir. Usted cree que ha sido declarado... esto... una no persona.

—Correcto. Y creo que quieren hacer lo mismo con Kate.

—Yo... —tragó saliva—, creo que no puedo decir que no, sabiendo lo que sé de esa gente de Washington. ¿Sabe usted una cosa? De tanto en tanto tengo pesadillas. En ellas, tecleo mi código, y me llega de vuelta la señal: «¡Código anulado!»

—Yo también —dijo Ina—. Y no puedo creer que seamos los únicos.

EMPEZANDO A CRECER DE NUEVO

Desde que habían dejado de afeitarle el cráneo cada día había empezado a picarle. Hasta entonces había resistido la tentación de rascárselo, pero se veía obligado a frotárselo de tanto en tanto. Para los que le observaban, cuya existencia conocía aunque no supiera su identidad, imaginaba que tal vez diera la impresión de estar desconcertado por la información que estaba recibiendo. Estaba viendo las noticias en la trivi. Pasaba mucha parte de su tiempo tomando contacto de nuevo con el mundo desde que había sido transferido a esa más confortable habitación.

De hecho no estaba en absoluto desorientado por lo que veía. Había noticias de lo más variado... otra realineación de alianzas en América Latina, un nuevo estallido de un jihad no autorizado en el Yemen, un reciente producto acerca del cual la Administración para Alimentos y Medicamentos estaba expresando sus dudas, algo llamado un Grupo Granulizador A-C utilizado para hinchar las proteínas vegetales a fin de que compitieran con la carne...

Pero los esquemas de los hábitos, inevitablemente, habían sobrevivido. Murmuró al aire, con una irónica sonrisa:

—¿Durante cuánto tiempo, oh Señor? ¿Durante cuánto tiempo?

Según su estimación particular: no demasiado tiempo ya.

Y, justo en aquel momento, la cerradura de la puerta resonó. Miró a su alrededor, esperando a uno de los habituales hombres armados vestidos de blanco dispuesto a llevarle a algún lugar.

Para su sorpresa, sin embargo, el visitante era Freeman. Y solo.

Cerró cuidadosamente la puerta antes de hablar; cuando lo hizo, fue en un tono perfectamente neutro.

—Probablemente habrá observado usted que le hice traer algunas botellas a su habitación ayer por la noche. Necesito algo reconfortante. Digamos un whisky con

hielo.

—¿Debo entender que no está usted aquí?

—¿Qué? ¡Oh! —Freeman mostró una siniestra sonrisa; su rostro de calavera se tensó tanto sobre sus huesos que pareció que la piel iba a rasgarse—. Correcto. He alimentado a los monitores con una convincente serie de mentiras.

—Entonces... mis felicitaciones.

—¿Qué quiere decir?

—Hacer esto habrá precisado de mucho valor por su parte. La mayoría de la gente no tiene el valor necesario para desobedecer una orden inmoral.

Lentamente, por el espacio de varios segundos, la sonrisa de Freeman se transformó en una auténtica risa.

—Maldita sea, Haflinger o como demonios se llame usted —dijo—. He luchado condenadamente por permanecer objetivo, y no lo he conseguido. Resulta que me gusta la gente como usted, ¿sabe? Es algo irresistible. No puedo impedirlo.

Furioso, dio una patada a una silla y se dejó caer en ella.

Unos momentos más tarde, con los vasos llenos:

—Dígame algo. ¿Qué reflejo fue pulsado por quién para desencadenar esta reacción? Freeman se contuvo.

—No necesita usted burlarse de mí. No puede atribuirse el mérito de todo lo que ha ocurrido dentro de mi cabeza.

—Al menos dice usted mérito, no culpa... Sospecho que ha descubierto que odia a la gente que le da las órdenes.

—Oh... sí. Cargaron sobre mi lomo la última paja cuando decidieron traer a Kate aquí. Tenía usted razón cuando dijo que no había sido idea mía. De modo que hice lo que me dijeron, ni más ni menos.

—Y así Hartz le recriminó el no haber sido más listo que él. Frustrante, ¿no?

—Peor. Mucho peor. —Aferrando el vaso con sus huesudos dedos, Freeman se inclinó hacia adelante, la vista fija en el vacío—. Dejando aparte toda discusión, creo que necesitamos la sabiduría. La necesitamos desesperadamente. Tengo una idea de cómo podría manifestarse. Hartz no la tiene. Creo que usted sí. Y también Kate... — las palabras se desvanecieron.

—Kate Lilleberg es sabia. No hay duda de ello.

—Me siento en la obligación de admitirlo —con un rastro de desafío en la voz—. Y debido a ello... bien, ya lo ha visto usted.

—¿Qué otra cosa esperaba? No pretendo ser sarcástico. Del mismo modo que era predecible mi reclutamiento en Tarnover una vez supieron de mi existencia, también era predecible su arresto cuando yo les conduje hasta ella.

Tras una breve duda, Freeman dijo:

—Tengo la impresión de que ha dejado usted de clasificarme como uno de ellos.

—Ha desertado, ¿no?

—¡Ja! Supongo que sí. —Vació su vaso, y rechazó con un gesto la oferta de volver a llenarlo—. No, yo me encargo. Sé dónde... ¡Pero eso no es justo, no puede ser justo! ¿Qué demonios hizo ella para merecer una detención indefinida sin juicio, ser interrogada hasta que su alma esté tan desnuda como su cuerpo? En algún momento perdimos el rumbo. No hubiéramos debido seguir por este camino.

—¿Cree que pueden haber otros caminos?

—Estoy seguro. —Su respuesta fue firme e instantánea—. Y quiero que me hable de ellos. He perdido la orientación. En este momento no sé dónde estoy exactamente en el mundo. Puede que usted lo encuentre difícil de creer, pero... siempre ha sido un artículo de fe en mi universo personal el efecto de que maximizar el flujo de la información es objetivamente bueno. Quiero decir ser franco, y abierto, y sincero, plantear siempre la verdad tal como uno la ve independientemente de las consecuencias. —Una dura risa—. Conozco a un psiquiatra que insiste en que se trata de una sobrecompensación por la forma en que se me enseñó a ocultar mi cuerpo cuando era niño. Fui educado a desvestirme en la oscuridad, a entrar y salir furtivamente del baño cuando nadie estuviera mirando, a echar a correr cuando soltaba una ventosidad por miedo a que alguien se diera cuenta y pensara que yo era el culpable... Oh, quizá tuvieran en parte razón. Sea como sea, me educaron para ser un interrogador de primera clase, dedicado a extraer información de la gente sin tortura y con la menor cantidad posible de sufrimiento. Dicho así suena defendible, ¿no?

—Por supuesto. Pero el asunto es distinto cuando los datos obtenidos son marcados para ser ocultados de nuevo, esta vez pasando a ser propiedad privada de aquellos que se hallan en el poder.

—Eso es. —Freeman volvió a ocupar su sitio, con los cubitos de hielo tintineando en su vaso nuevamente lleno—. Me dediqué al trabajo de interrogarle a usted como si fuera un trabajo más. La lista de cargos contra usted era lo suficientemente larga, y había uno en particular que tocaba uno de mis puntos sensibles. Alimentar datos falsos a la red, naturalmente. Además, había oído hablar mucho sobre usted. Llegué aquí hace solamente tres años, de Weychopee, por cierto, el lugar que usted conoce como el «Caldero Eléctrico»... e incluso entonces había rumores entre los estudiantes acerca de un cierto tipo que en una ocasión se había esfumado en el aire y nunca había podido ser atrapado. Se convirtió usted en una especie de leyenda, ¿lo sabía?

—¿Hubo alguien que copiara mi ejemplo? Freeman negó con la cabeza.

—Pusieron la cosa mucho más difícil. Y quizá nadie después de usted descubrió que tenía el mismo tipo de talento.

—De ser así, indudablemente usted hubiera sido de los primeros en ser informado. Usted es una persona de considerable importancia aquí, ¿no es verdad, doctor Freeman? ¿O es señor Freeman? Creo que he tomado bastante bien sus medidas. Me inclinaría por «señor».

—Correcto. Mis calificaciones no son simples doctorados. Siempre me he sentido

muy orgulloso de ello. Como los cirujanos en Gran Bretaña, ofendiéndose cuando les llaman Doctor Fulano de Tal... Pero eso es irrelevante, es superfluo, ¡es ridículo! ¿Sabe qué es lo que me impresionó más cuando escuché su relato de Precipicio?

—Dígamelo.

—La densa textura de la vida de la gente. Llenándose cada vez más en vez de vaciarse. Estoy adiestrado en tres disciplinas, pero no me he desarrollado como persona a partir de esta base. Más bien me he concentrado, enfocando todo mi conocimiento sobre una estrecha línea.

—Eso es lo que va mal en Tarnover, ¿no?

—Yo... comprendo a medias lo que quiere usted decir. Amplíe, por favor.

—Bien, usted defendió una vez Tarnover con el argumento de que está diseñado para proporcionar un entorno óptimo a la gente tan bien ajustada al rápido cambio de la sociedad moderna que pueda confiarse en ella para planificar tanto para ellos mismos como para los demás. O al menos a mí me sonó así. Pero no está ocurriendo nada de eso, ¿verdad? Porque aún se halla bajo el absoluto control de unas personas que, ansiando el poder, lo consiguieron por los mismos viejos métodos usados en... demonios, por lo que sé, en el Egipto predinástico. Para ellos sólo hay una forma de ganarle a alguien que quiera pasar por encima de ti. Ir más aprisa que él. Pero ésta es la era del espacio, recuérdelo. Y el otro día encontré una metáfora que resume magníficamente mi punto de vista.

Citó el caso de dos cuerpos ambos en una órbita circular.

Freeman pareció ligeramente sorprendido.

—Pero todo el mundo sabe... —empezó, y luego se lo pensó mejor—. Oh. No, no todo el mundo. Hubiera debido pensar en ello. Me hubiera gustado preguntárselo a Hartz.

—Estoy seguro. Pero piense detenidamente en ello. No todo el mundo sabe. En esta era de flujo sin precedentes de información, la gente se siente atormentada por la creencia de ser realmente ignorante. La excusa clásica es que se debe a que hay literalmente demasiadas cosas que saber.

—Y es cierto —dijo Freeman defensivamente. Y dio un sorbo a su whisky.

—De acuerdo. Pero ¿no hay otro factor que causa un daño mucho mayor? ¿No somos más conscientes cada día de que existen datos que no se nos permite que conozcamos?

—Usted acaba de decir algo al respecto hace un momento. —Freeman frunció concentradamente el ceño—. Una nueva razón para la paranoia, ¿no fue eso? Pero si debo aceptar que tiene usted razón, entonces... Maldita sea, suena como si estuviera usted decidido a eliminar cualquier curso de acción que hayamos emprendido en el último medio siglo.

—Sí.

—¡Pero esto es imposible! —Freeman se envaró, consternado.

—No, eso es una ilusión. El resultado de un punto de vista elegido

equivocadamente. Tómelo por partes. Pruebe la aproximación bolista, que usted acostumbraba a condenar. Piense en el mundo como en una unidad, y a las naciones desarrolladas, las superdesarrolladas, como análogas a Tarnover, o mejor aún a Trianón. Y piense en el más afortunado de los países menos ricos como semejante a aquellas comunidades de C-L que empezaron bajo unas circunstancias tan poco prometedoras y que sin embargo se están convirtiendo en lugares mucho más tolerables para vivir que la mayoría de las demás ciudades del continente. En pocas palabras, le estoy hablando del Proyecto Parsimonia en líneas generales: la interrupción de un experimento que está costando demasiado mantener y no está dando ningún resultado.

Freeman meditó durante largo rato. Finalmente dijo:

—Si admitiera que tiene usted razón, o al menos parte de razón, ¿qué esperaría usted que yo hiciera?

—Bueno, esto... Bien, podría empezar dejándonos marchar a Kate y a mí.

El silencio estuvo lleno de una lucha interior. Finalmente, con una brusca decisión, Freeman vació de un trago su vaso y se puso en pie, rebuscando algo en el bolsillo lateral de su chaqueta. Extrajo de él un estuche plano de plástico gris, del tamaño de su palma.

—No es una calculadora portátil normal —dijo con una voz frágil—. Es un vifono. La pantalla está debajo de la tapa. El cordón y la toma dentro. Hay conexiones vifónicas aquí, aquí y aquí —señalando a tres esquinas de la habitación—. Pero no haga nada hasta que haya obtenido un código con el que trabajar.

EN LA DISOLUCIÓN

¿Qué estaba diciendo acerca de supercompensación?

Había bebido una gran cantidad de whisky, por supuesto, y no estaba acostumbrado a beber.

¿Pero estoy borracho? No tengo esa sensación. Es más, si no estuviera parcialmente insensibilizado por el alcohol, no podría soportar el torrente de horribles verdades que están azotando mi cerebro. Lo que me dijo Hartz. Lo que casi me dijo Bosch, sólo que él consiguió dominarse. Pero sé malditamente bien lo que sustituyó con «no especialista». ¿Por qué debería pasar el resto de mi vida inclinando la cabeza ante mentirosos como Bosch? ¡Afirmar que los perros que tienen en Precipicio no pueden existir! Y los estúpidos como Hartz son aún peores. ¡Esperar que la gente a la que manejan piense en cosas que ellos no son lo suficientemente listos para pensar, y luego negar que la culpa es de ellos!

Freeman cerró cuidadosamente con llave su apartamento, colocando carteles de no molesten: uno en la puerta, uno en cada uno de los vifonos.

Sí tan sólo pudiera hallar el camino hasta el índice de códigos reservados que fueron activados cuando bloquearon los 4GH... Debería ser posible, desde Tarnover mejor que desde cualquier otro sitio, procurarse uno y atribuirle el grado I-de-incuestionable. Ese sería el mejor truco de todos. Si Haflinger hubiera dispuesto de uno de ellos jamás hubiera sido atrapado.

Algo rígido, pero con pleno dominio de sus no desdeñables facultades —más importante aún, sin verse obligado a hacerlo con el limitado y potencialmente falible input de un vifono de bolsillo como el que indudablemente Haflinger estaría utilizando dentro de poco para realizar sus propios milagros personales—, se sentó ante su consola de datos. Redactó, luego volvió a redactar, luego redactó de nuevo, un programa de ensayo sobre una cinta que podía ser borrada completamente. Mientras trabajaba en ello, se dio cuenta de que una tentadora idea lo estaba atormentando cada vez más.

Puedo sangrarles tres códigos tan fácilmente como dos...

Finalmente tuvo listo el programa, pero antes de entrarlo dijo al aire:

—¿Por qué no?

Y comprobó cuántos códigos estaban normalmente en reserva. La respuesta fue del orden de los cien mil. Sólo unos cinco departamentos debían haber recurrido al almacén desde que éste había sido establecido, así que...

¿Por qué no, infiernos? Estoy a punto de cumplir los cuarenta, y ¿qué he hecho con mi vida? Tengo habilidad, inteligencia, ambición. ¡Malgastadas todas! Esperaba ser útil a la sociedad. Esperaba pasar mi tiempo sacando criminales y traidores a la luz del día, exponiéndolos al oprobio de los honestos ciudadanos. En vez de ello los mayores criminales escapan completamente libres, y gente como Kate que nunca hizo daño a nadie... ¡Oh, mierda! hace años que dejé de ser un investigador. Lo que soy ahora es un inquisidor. Y he perdido toda mi fe en la justicia de mi iglesia.

Lanzó una brusca y seca risa, hizo un pequeño retoque final a su cinta, y la entró en la red.

LA INFLUENCIA DE LA AFLUENCIA

«Para comodidad de los perezosos plebeyos, la distribución mensual de maíz fue convertida en una entrega diaria de pan... y cuando el clamor popular acusó el alto precio y la carestía del vino... la rígida sobriedad fue insensiblemente relajada; y cuando los generosos designios de Aureliano no parecieron haber sido ejecutados en toda su extensión, el uso del vino fue permitido de la manera más simple y liberal... y el más humilde de los romanos podía comprar, con una pequeña moneda de cobre, la alegría diaria de una escena de pompa y lujuria que podría excitar la envidia de los reyes de Asia... Pero la diversión más vivida y espléndida de las multitudes ociosas dependía de la frecuente exhibición de juegos y espectáculos públicos... la felicidad

de Roma parecía depender del resultado de una carrera.»

¡Siempre garabatear, garabatear, garabatear! ¿Eh, señor Gibbon?

NO DEJES QUE TU MALA CABEZA SEPA LO QUE HACE TU CABEZA BUENA

Una vez completados sus preparativos, desconectó el vifono que había probado ser tan valioso, lo dobló, lo ocultó cuidadosamente en el bolsillo interior de su chaqueta de interno. Luego colgó ésta del respaldo de una silla, se desvistió por completo como siempre, y se fue a la cama aproximadamente a la misma hora que de costumbre.

Lo que siguió fue una miniatura —un microcosmos— de su vida, condensado en un lapso de tiempo de no más de treinta y cinco minutos.

A una hora no identificable de la noche uno de los silenciosos escoltas anónimos vestidos de blanco lo despertó y le dio instrucciones de que se vistiera rápidamente y fuera con él, imperturbable ante aquel quebrantamiento de la rutina debido a que para él era de esperar que la rutina consistiera precisamente en lo imprevisible. Era, y había sido durante siglos, un método sencillo y barato de desconcertar a las personas sujetas a interrogatorio.

Lo condujo hasta una habitación con dos puertas, sin más rasgos distintivos que un banco. Eso era todo lo que sus órdenes le habían dicho que hiciera; con una seca orden de que se sentara y esperara, se fue.

Hubo un corto período de silencio. Finalmente se abrió la otra puerta y entró una mujer regordeta, bostezando. Traía consigo unas ropas en una bolsa de plástico y una tablilla con un impreso cogido con una pinza. Le pidió malhumoradamente que lo firmara; lo hizo, utilizando el nombre que ella esperaba, que no era el suyo. Satisfecha, bostezando más ampliamente que antes, la mujer se marchó.

Se cambió de ropa, poniéndose la que ella había traído: un jersey blanco, unos pantalones grisazulados, una chaqueta azul... todo de su talla, discreto, más bien anónimo. Metiendo lo que había llevado hasta entonces en la bolsa, siguió el mismo camino que había tomado la mujer, y se encontró en un pasillo con varias puertas. Tras pasar ante tres de ellas, dos a la derecha y una a la izquierda, llegó a una tolva de desechos y se libró de su carga. Dos puertas más allá había una oficina, que no estaba cerrada con llave. Estaba equipada, entre otras cosas, con una terminal de ordenador. Pulsó una de sus teclas.

Cerrado a control remoto, uno de los cajones de un archivador cercano se abrió. Entre el contenido del cajón había tarjetas de identificación temporales de las que se entregaban a los visitantes que acudían por asuntos oficiales.

Mientras tanto, la impresora del ordenador se puso a zumbar, y una lengua de

papel empezó a emerger de ella.

Del mismo cajón donde estaban las tarjetas de identificación extrajo una cámara neopolaroid a color, que dispuso en autorretrato diferido y colocó sobre una mesa conveniente. Sentándose frente a la cámara, aguardó los escasos segundos necesarios, extrajo la foto, la colocó en la tarjeta, y la selló con un aparato que, como habían prometido los ordenadores, se hallaba también en el cajón. Finalmente, escribió su nombre prestado y el grado de mayor del Cuerpo Médico del Ejército de los Estados Unidos.

Por aquel entonces el ordenador había impreso ya lo que le había solicitado: un requerimiento, por duplicado, para la custodia de Kate Grierson Lilleberg. Como sea que había sido confeccionado con una fotoescritora, que al contrario de las antiguas impresoras mecánicas no estaba limitada a un solo tipo de letra —ni siquiera a un solo alfabeto, puesto que cada carácter era impreso por un rayo láser de mínima potencia—, sólo un examen microscópico hubiera podido revelar que no se trataba de un formulario RQH-4479 del Ejército de los Estados Unidos, el formulario estándar autorizando la transferencia de un prisionero de la custodia civil a la militar.

Convenientemente armado, volvió a dejar todo en su sitio, tecleó una vez más la terminal del ordenador para activar la parte final del programa que había dejado almacenado, y abandonó la estancia. Obedientemente, las máquinas de control remoto cerraron de nuevo del archivador y la puerta de la oficina, y luego se dedicaron a otras tareas secundarias, tales como borrar sus registros de que hubieran sido abiertas durante la noche, y tomar nota del «hecho» de que una tarjeta de identificación temporal había resultado inutilizada por accidente, de modo que la cantidad en reserva era inferior en una unidad del número real de visitantes registrados.

La puerta al final del pasillo conducía al aire libre, al inicio de un tramo de escaleras que descendía hasta un oscuro aparcamiento de hormigón donde aguardaba una ambulancia eléctrica. Su conductor, que llevaba uniforme militar con insignias de soldado de primera clase, le dirigió un vacilante saludo y dijo:

—¿Mayor...?

—Descanse —dijo secamente el recién llegado, tendiéndole su tarjeta de identificación y los formularios por duplicado—. Lamento haberle hecho esperar. ¿Ha habido algún problema con la chica?

—Está inconsciente, señor —dijo el conductor con un alzarse de hombros—. Como un fluorescente estropeado.

—Así es como debe ser. ¿Le dieron su hoja de ruta?

—Sí, al mismo tiempo que me dieron la chica. Oh, y esto también. Parece como su tarjeta de código. —El soldado extrajo un paquete pequeño y plano.

Una vez abierto el envoltorio, resultó tener razón a medias. No era una tarjeta de código, sino dos.

—Gracias. Aunque no creo que tenga muchas ocasiones de utilizarla, allá donde

va.

—Sospecho que no —con una agria sonrisa.

—Supongo que habrá cambiado usted las baterías, ¿no? Estupendo. Entonces vámonos.

Las oscuras carreteras se hundían en el pasado con acompañamiento de números no expresados. Había memorizado ambos códigos antes de iniciar su sabotaje vifónico, pero había mucho más en aquella escapatoria que simplemente dos códigos personales. Deseaba que todo estuviera arreglado antes de que la ambulancia tuviera que detenerse para recargar electricidad, y el radio de acción de aquel modelo era tan sólo de unos trescientos kilómetros.

Mejor si el conductor no resultaba herido. Aunque, después de haber sido tan estúpido como para presentarse voluntario al servicio en el ejército, y peor aún, haber sido tan estúpido como para aceptar sin hacer preguntas las órdenes de una máquina...

Pero todo el mundo lo hacía. Todo el mundo, constantemente. De otro modo nada de aquello hubiera sido posible.

Del mismo modo, nada de aquello hubiera tenido que ocurrir.

CON FINES DE DESORIENTACIÓN

En este momento, y con un poco de suerte a partir de ahora y para siempre, independientemente del código que utilice, soy Nicholas Kenton Haflinger. Y a quien no le guste que se ponga cataplasmas.

DESPIERTO Y ALERTA

—¿Qué...? ¿Quién...? ¡Oh, Sandy!

—Tranquila. Escucha atentamente. Estás en una ambulancia militar. Nos encontramos a unos trescientos kilómetros al este de Tarnover, supuestamente camino de Washington. El conductor cree que soy un mayor del Cuerpo Médico escoltándote. No pude inventar ninguna historia que justificara el proporcionarte unas ropas con las cuales poder cruzar una calle pública. Todo lo que tienes es esta bata de hospital de algodón. Además, te han afeitado la cabeza. ¿Recuerdas algo de esto, o te mantuvieron todo el tiempo en modo regresivo?

Ella tragó saliva dificultosamente.

—No he tenido más que lo que parecían sueños desde que... desde que me secuestraron. No sé lo que es cierto y lo que no.

—Aclararemos eso luego. Nos hemos parado a cambiar baterías. He enviado al conductor a tomar un café. Volverá en cualquier momento. Encontraré alguna excusa para enviarlo por ahí, porque he visto un automat donde poder comprarte un vestido, zapatos y una peluca. En la siguiente parada estate preparada para saltar y esfumarte.

—¿Qué... qué vamos a hacer? ¿Aunque tengamos éxito en esto?

Crispó cínicamente los labios.

—Lo mismo que he estado haciendo durante toda mi vida adulta. Escabullimos por entre las mallas de la red. Sólo que esta vez en más de un sentido. Y créeme, no les va a gustar.

Cerrando de nuevo la puerta trasera de la ambulancia, dijo en voz alta al conductor, que regresaba:

—¡Malditos monitores de ahí delante! Indican que los sedantes han dejado de actuar. Pero sigue tan dormida como un tronco. Dígame, ¿ha visto unos lavabos por aquí? Me gustaría echar una meada antes de emprender de nuevo el camino.

El conductor respondió, por encima del zumbido de los muchos vehículos eléctricos y de vapor que atestaban el área de servicio:

—Están al lado del automat, señor. Y... oh, si no nos vamos enseguida, he visto que tenían ahí unos tableros Delfi, y me gustaría echar un vistazo a un boleto que tengo y del que no estoy muy seguro.

—Sí, adelante. Pero no se entretenga mucho... digamos cinco minutos, ¿eh?

SACUDIDA SÍSMICA

—¿Qué quiere decir con que no puede ser localizado? Escuche de nuevo y asegúrese de por quién estoy pidiendo. Paul, T de Tommy, Freeman. ¿Tengo que deletreárselo?

»¿Su nuevo código? ¿Qué significa...? ¿Está usted seguro?

»¡Pero no tienen ningún maldito derecho de quitarlo del...! Oh, mierda. A veces me pregunto quién está a cargo de este país, si nosotros o las máquinas. Está bien, déme el nuevo código.

»No me importa lo que diga delante. Simplemente léamelo. ¡Si es que puede, claro!

»Ahora escúcheme, pedazo de mentecato obstructivo. Cuando doy una orden espero ser obedecido, y no va a ser una mierdecilla de abogado de tres al cuarto quien me dé lecciones. Está hablando usted con el Director Adjunto de la Oficina Federal de Proceso de Datos, y... Eso está mejor. Adelante.

»¿Que empieza con qué grupo? No, no se moleste en repetirlo. Le he oído. Oh Dios mío. Oh Dios mío.

SE HACE CAMINO AL ANDAR

Una línea de autopista trazada entre Tarnover y Washington: una línea conectando el mañana con el ayer, vía el hoy...

La población más móvil de toda la historia, la única tan totalmente adicta a desplazarse por el simple hecho de desplazarse que había eliminado los costes excesivos, la crisis de la energía, la desaparición del petróleo, todo tipo de obstáculos a fin de mantener la costumbre, que siempre estaba en movimiento, incluso cuando la mitad del continente estaba abrumada por el mal tiempo, fuertes vientos, bajas temperaturas, lluvia convirtiéndose en aguanieve, a todas luces el tipo de estación que animaba a la gente a dejar de buscar y empezar a encontrar.

Pensó mucho en eso durante todo el viaje.

¿Por qué seguir desplazándose?

Para elegir un lugar adecuado donde echar raíces.

¿Ir más rápidos a fin de descender a una órbita más baja? Eso no funciona. Desciende a una órbita más baja; ¡irás más aprisa!

Incluso Freeman había necesitado que le señalara aquello. Sabía oscuramente que no necesitaría tener que explicárselo a Kate. Y no podía ser la única persona que comprendiera la verdad por instinto.

Washington: ayer. El ejercicio del poder personal; los privilegios del oficio; la individualización del consenso en un único portavoz, eco de una época donde las comunidades llegaban a acuerdos porque no se veían asaltadas por un centenar de versiones irreconciliables de los acontecimientos. (En estos días el típico representante electo lo es con menos del cuarenta por ciento de los votos emitidos; con mucha frecuencia es detestado por cuatro quintas partes de aquellos en nombre de quienes se supone que habla, debido a que la población del estado o distrito ha cambiado. Lo sustituirán en la próxima ocasión, se irritan mientras ésta llega. Mientras tanto, los que apoyaron su nombramiento se hallan ahora diseminados para agujonear a otro al que no votaron. El registro de votos es controlado hoy en día por ordenadores; todo lo que uno necesita hacer para inscribirse en el censo de su nuevo domicilio es efectuar una llamada vifónica).

Tarnover: mañana, seguro. Pero seguramente un mañana erróneo. Porque ha sido planificado y controlado por gente que nació anteayer.

¿Cómo enfrentarse al mañana cuando (a) puede que no sea igual al auténtico mañana pero (b) llegue cuando uno aún no estaba preparado para él?

Un método es ofrecido por la vieja beatitud de uso general: «benditos sean aquellos que esperan lo peor...» De ahí las reacciones como Anti-Trauma Inc. No puede ocurrir nada peor en la vida futura que lo que le han hecho a uno cuando niño.

(Mañana erróneo).

Otro es inherente al concepto del estilo de vida métete-a-fondo: no importa dónde

vayas, siempre habrá gente idéntica a la que dejaste atrás, muebles y ropas y comida como la que dejaste atrás, las mismas bebidas disponibles en cualquier bar: «Mire, mi amigo y yo hemos hecho una apuesta. ¿Este es el Hilton de París o el Hilton de Estambul?»

(Mañana erróneo. Ofrece la ilusoria esperanza de que el mañana va a ser muy parecido al hoy, pero ya está aquí y no lo es).

Pero ya se está preparando otra mentira para él: utilizando los tableros Delfi públicos, por ejemplo, para monitorizar aquello a lo que la gente está dispuesta a adaptarse, a lo que anhela adaptarse, y a lo que no está dispuesta a adaptarse a ningún precio.

(Mañana erróneo. Decidieron dejar que las fuerzas tradicionales del mercado ejercieran su peso sobre la decisión. El favorito que empezó vencedor se rompió la pata en la primera valla y la carrera dista aún mucho de terminar).

Y otra mentira también en las zonas de compensación legal: en ella truecas tu derecho a lo último y mejor por una pensión modesta que te permita vivir frugalmente sin trabajar.

(Mañana erróneo. Vas a verte abrumado de todos modos, y los terremotos que aplastan ciudades forman parte de él).

Y otra más consiste en agarrarse a alguna buena droga dura, de modo que las cosas que ocurren no puedan dolerte realmente.

(Mañana erróneo. Las cenizas son largas, vita brevis).

Y así.

¿La religión?

Cambio de ciudades, obligado. El último lugar era católico; éste es pentecostista ecuménico, y él ministro se siente algo inclinado hacia el Tao.

¿Productos químicos?

Casi todo el mundo planea, como los soldados yendo a la batalla. ¡Temblando! Puedes oír la tensión vibrando en el aire que respiras. Para lo único que deseas la consciencia es para volver a la normalidad.

¿Confianza en la autoridad?

Pero si tienes derecho a ser un individuo tan libre, igual y autoritario como cualquier otro.

¿Modelarte sobre una celebridad?

Pero si fuiste agasajado la semana pasada, tenías un boleto Delfi que batió un récord o tu chico salió en la trivi desafiando a los cocodrilos o pasaste más de un año seguido en la misma casa, de modo que los periodistas de la estación local vinieron a verte. Durante diez minutos completos tú también fuiste famoso.

¿Colapsarse en la sobrecarga?

Eso ya te ha ocurrido, casi tan a menudo como meterte en la cama con un

resfriado.

Y pacientemente, de cada uno de esos posibles caminos, te han devuelto a donde estabas antes con una sonrisa de ánimo y una palmada en el hombro, y un hermoso certificado en resplandecientes letras luminosas que dice NO

HAY SALIDA.

Sin embargo el mundo sigue girando, la publicidad cambia constantemente, siempre hay programas que contemplar cuando conectas la trivi, siempre encuentras comida en el supermercado y energía en los enchufes y agua en la fregadera. Bueno, no siempre. Pero casi siempre.

Y casi siempre hay un amigo para responder al vifono.

Y casi siempre hay crédito detrás de tu código.

Y casi siempre hay algún otro lugar donde puedes ir.

Y cuando el cielo nocturno está claro, hay invariablemente más estrellas en él y moviéndose más aprisa de las que había en el momento de la creación. De modo que todo está bien.

Muy bien.

Más o menos.

¡SOCORRO!

Por esas y un montón de otras razones, en su siguiente parada para cambiar baterías le dio esquinazo al conductor y a Kate su vestido y zapatos y peluca y se mezcló entre la masa de gente que subía al autobús de enlace a la próxima ciudad. Para el conductor, que seguramente iba a quedarse desconcertado, le dejó una nota que decía:

Gracias, soldado. Ha sido usted de una gran ayuda. Si desea saber la magnitud de esa ayuda, teclee este código en el vifono más próximo.

El código, naturalmente, era su más reciente adquisición.

PRECEPTO IMBUIDO A LOS OFICIALES DE TRÁFICO DURANTE SU ENTRENAMIENTO

Alguien puede caer sobre vosotros desde una gran altura si pegáis vuestra papeleta de multa a un vehículo que lleve un código federal de peso detrás del volante.

RATONEANDO BAJO LOS PIES DE LOS ELEFANTES

—¿Adonde vamos? —susurró Kate.

—Finalmente he localizado el lugar adecuado para mí.

—¿Precipicio? —sugirió ella, medio esperanzada, medio inquieta—. Seguro que allí es donde primero irán a buscarte.

—Hummm. Lo siento, no quería decir lugar. Quería decir lugares. Hubiera debido pensarlo hace mucho tiempo. Ningún lugar será nunca lo suficientemente grande. Tengo que estar en un centenar de ellos, todos al mismo tiempo, y en un millar si puedo conseguirlo. Va a tomar un cierto tiempo ponerlo en práctica pero... oh, quizá en un par de meses podamos sentarnos y contemplar los fuegos artificiales.

—Siempre me gustaron los fuegos artificiales —dijo ella con el fantasma de una sonrisa, y tomó su mano.

INTERSECCIÓN CUÁDRUPLE CON SEÑALES DE STOP

En estos días era fácil confundir los nombres de las personas. Por eso había un letrero debajo de cada uno de los rostros de la pantalla dividida en cuatro partes, indicando nombre y cargo. Hartz contempló la imagen múltiple que tenía ante él, leyendo de izquierda a derecha.

De Tarnover, su canciller: el Almirante Bertrand Snyder, ascético, canoso, de pocas palabras, que se había hecho famoso con el sobrenombre de «Testarudo Snyder» durante la insurrección hawaiana de 2002... pero fue antes de que entrara en el Servicio Civil y en una nube de secreto.

De la Casa Blanca del Sur, el consejero especial de seguridad del presidente, el doctor Guglielmo Dorsi, gordo y con gafas, ya no conocido ni siquiera por sus íntimos (pese a lo cual no había conseguido erradicar enteramente su apodo de sus dossiers) como Billy el Navaja.

Y de otra planta de aquel mismo edificio, su propio superior, el Director titular del Departamento, el señor Aylwin Sullivan, alto, con nariz de halcón, pelo revuelto, y deliberadamente descuidado en su apariencia. Había sido la moda para aquellos que trabajaban con ordenadores cuando él había iniciado su meteórica carrera. De todos modos, resultaba extraño contemplar su camisa de cuello abierto, su bolsillo lleno de viejos lápices, su rostro sin afeitar y sus uñas ribeteadas de negro.

Como si el pasado hubiera entrado en el presente.

Los tres rostros en la pantalla fruncieron el ceño a Hartz: Snyder con irritación, Dorsi con suspicacia, Sullivan con impaciencia. Dejaron que el orden natural decidiera quién debía hablar primero. Como el más alto en la jerarquía, Sullivan dijo:

—¿Está usted loco? Hace apenas unos días insistió en que elimináramos todos los códigos 4GH asignados al FBI, a la CIA y al Servicio Secreto... y ahora pretende que hagamos lo mismo con todos los códigos del grupo II. No podría causar usted más trastornos ni que estuviera pagado por los subversivos.

—Déjeme recordarle también esto —dijo Dorsi—. Cuando le pregunté qué

podíamos utilizar cuando reemplazamos los 4GH, usted personalmente me aseguró que no había ningún medio conocido de desviar un código de la reserva y asignarle un status del grupo I sin que este hecho quedara reflejado inmediatamente en los ordenadores de su propia oficina. Puedo suponer que no se ha encontrado usted con ningún registro de una tal acción, ¿verdad? No me atrevo a imaginar el rostro que pondrá el presidente si voy con una historia tan increíble como ésa.

—Pero cuando dije que no conocía... —empezó Hartz. Snyder le cortó secamente.

—Y lo que es más, ha efectuado usted un ataque directo contra mi integridad y mi eficiencia administrativa. Ha dicho usted palabra sobre palabra que la persona que afirma ha realizado este acto de sabotaje es un graduado de Weychopee que fue transferido a Tarnover a petición especial mía y que fue encargado personalmente por mí de una serie de trabajos esenciales. Estoy completamente de acuerdo con el señor Sullivan. Tiene que haber perdido usted el control.

—En consecuencia —dijo Sullivan—, le exijo que presente usted su dimisión. De forma irrevocable, por supuesto. ¿Hemos terminado ya con esta conferencia? Bien. Tengo otros asuntos que atender.

PARA FINES DE OFUSCACIÓN

Sé malditamente bien que soy Paul Thomas Freeman, edad treinta y nueve años, empleado del gobierno con titulación universitaria en cibernética, psicología y ciencias políticas más un master en proceso de datos. Igualmente sé que si cuando era un niño no hubiera sido reclutado de una forma muy parecida a como lo fue Haflinger, probablemente hubiera terminado como un criminal de poca monta, contrabandeando o traficando con drogas o quizá regentando un Delfi ilegal. Quizá no hubiera sido tan listo como imagino. Quizá ahora estuviera muerto.

Y también sé que he sido brillantemente manejado hasta ser acorralado en un rincón, donde he sacrificado todo lo que había ganado a lo largo de una vida bajo el impulso de un momento, echado a un lado mi carrera, hecho acreedor —muy posiblemente— de un juicio por traición... y sin otra excusa mejor que la de que me gusta más Haflinger que Hartz y los tipos que hay tras él. ¿Un rincón? ¡Más bien un profundo y negro agujero!

Entonces, ¿por qué demonios me siento tan malditamente feliz?

FULCRO

Cuando le terminó de explicar cómo había maquinado su escapatoria, Kate dijo

incrédula:

—¿Y eso fue todo?

—En absoluto. También hice una llamada a los diez nueves.

—Oh. Hubiera debido imaginarlo.

UN ASUNTO DE REGISTRO HISTÉRICO

Cuando el efímero gobierno Allende fue elegido para tomar el poder en Chile y necesitó un medio de equilibrar la precaria economía de aquel infortunado país, Allende apeló al experto británico en cibernética Stafford Beer.

El cual anunció que bastarían tan pocas como diez cantidades significativas, tomadas de un puñado de localizaciones clave donde existían los medios de comunicación adecuados, para poder revisar y ajustar diariamente el estado de la economía del país.

A juzgar por lo que ocurrió a continuación, esta afirmación debió enfurecer casi a tanta gente como lo hizo la noticia de que solamente había cuatro elementos en el código genético humano.

COMO SUELE DECIRSE: O SALTAS O TE ESTRELLAS

En Ann Arbor, Michigan, la psicóloga investigadora doctora Zoé Sideropoulos tuvo invitados durante una semana. Era una experta en hipnosis y había escrito un conocido estudio sobre el efecto regresivo que, en ciertos casos, hace posible la recuperación de memorias normalmente perdidas para la consciencia sin ayudas físicas tan bárbaras como los electrodos implantados en el cerebro del sujeto.

Durante la semana hizo un uso excepcionalmente intensivo de la terminal de su ordenador doméstico. O más bien eso fue lo que creyeron las máquinas.

Cuando pudo tomarse un descanso en la utilización de la terminal de la doctora Sideropoulos —un modelo nuevo y muy eficiente—, Kate le trajo unas tortillas y el equivalente —Kate, cuando sientes amistad hacia alguien, ¿aceleras o frenas?

—¿Qué? Oh... ya entiendo. Freno, creo. Quiero decir que para conseguir que podamos hablarnos el uno al otro, dejo de dar saltos por un tiempo.

—¿Y viceversa?

—La mayoría de las veces, no. De hecho tú eres la única persona a la que haya conocido nunca con la que puedo funcionar en el otro sentido... esto... ¿Sandy? ¿Cuál es tu nombre, maldita sea? Acabo de darme cuenta de que aún no lo sé.

—Decídelo tú. Quédate con Sandy si te gusta, o cámbialo al otro con el que

empecé: Nicholas, Nickie, Nick. No me importa. Soy yo mismo, no una etiqueta.

Ella frunció los labios para enviarle un beso.

—A mí tampoco me importa cómo te hagas llamar. Sólo sé que me alegra que los dos frenemos a la misma velocidad.

En Madison, Wisconsin, Dean Prudence McCourtenay, de la Facultad de Leyes, tuvo huéspedes en su casa durante un largo fin de semana. También quedó registrado que durante su visita hizo un uso más frecuente que de costumbre de la terminal de su ordenador doméstico.

Estaba empezando a hacer mucho frío. Definitivamente, el invierno había empezado.

—Sí, frenar a la misma velocidad es lo que todo el mundo necesita hacer. Con un montón de energía accesoria que disipar. De hecho, incluso los mejores frenos pueden quemarse. Pero la alternativa es estrellarse de bruces.

—¿Por qué?

—Porque todo el mundo no es todavía como tú.

—¡Suena como si fuera un mundo más bien monótono!

—Quiero decir en el sentido de ser todos ellos capaces de adaptarse.

—Pero... —Se mordió el labio—. Es un hecho de la misma existencia que algunos pueden y otros no. Castigar a aquellos que no pueden es cruel, pero echar para atrás a aquellos que pueden en beneficio de los otros es... Él la interrumpió.

—Nuestra sociedad actual es cruel en los dos sentidos. Castiga a aquellos que no pueden adaptarse. Comprarnos nuestros móviles y nuestras redes de datos y nuestros minerales de los asteroides y todo lo demás sacrificando a gente que termina muriendo o en hospitales mentales. —Su rostro se ensombreció brevemente—. Y frena a aquellos que pueden adaptarse. Yo soy un ejemplo de eso.

—¡Lo considero algo terriblemente difícil de creer, viendo lo que puedes hacer ahora que estás trabajando a fondo!

—Pero he sido frenado, maldita sea. No supe lo mucho que podía conseguir hasta que te vi, con la cabeza afeitada y flácida como un espécimen de laboratorio listo para ser viviseccionado y luego arrojado a un lado sin más recuerdo que una entrada en una tabla estadística. Aquella visión me forzó... sospecho que a una sobremarcha mental.

—¿Y a qué se parecía?

—Fue algo tan inexplicable como un orgasmo.

En Shreveport, Louisiana, el doctor Chase Richmond Dellinger, un analista de salud pública bajo contrato con la ciudad, tuvo huéspedes en su casa, durante cuya estancia hizo un uso anormalmente frecuente de la terminal de su ordenador doméstico. En el sur el clima era aún agradable, por supuesto, pero llovió mucho aquel año.

—Así que tuve que encontrar absolutamente una salida... no solamente para ti, no solamente para mí, sino para todo el mundo. En un parpadeo descubrí una nueva ansia dentro de mí, y era algo tan fundamental como el hambre, o el miedo, o el sexo. Recuerdo una discusión que sostuve con Paul Freeman...

—¿Sí?

—Surgió la idea de que había sido precisa la aparición de la bomba H para imprimir en los seres humanos la misma respuesta que ves en los otros animales cuando se hallan enfrentados con dientes o garras más poderosos que los suyos.

—O una figura dominante en su cosmos particular. Como Bagheera restregándose contra mí como un gato grande para darme la bienvenida cuando regreso a casa de la universidad. Espero que estén cuidando bien de ella.

—Nos lo han prometido.

—Sí, pero... No importa. No pretendo cambiar de tema.

—En principio yo no estaba de acuerdo con él, pero estaba plenamente justificado cuando decía que por todo lo que sabemos quizá ése sea el caso. Bien, si es cierto que nuestro umbral de comportamiento orientado a la supervivencia es tan alto que se necesita la perspectiva de la exterminación total para activar formas de conciliación y compromiso, ¿no pueden existir otros procesos, igualmente preservadores de la vida, que puedan ser desencadenados de forma similar tan sólo a niveles de estímulo mucho más superiores que los que podemos encontrar en nuestros primos de cuatro patas?

En su rancho en el norte de Texas, el historiador político Rush Compton y su esposa Nerice, algunos años más joven que él y ejerciendo ocasionalmente como consejera en investigación de mercados, recibieron a un par de invitados. Se hizo un uso considerable de su terminal de ordenador doméstico.

El tiempo era fresco y límpido, con ráfagas intermitentes de fuerte viento del norte.

—Espera un momento. Ese umbral puede ser peligrosamente alto. Piensa en el aumento de la población.

—Sí, por supuesto. Empecé con la población. El no tener una estación fija de reproducción estaba entre las razones por las que la humanidad consiguió la supremacía; elevó nuestro número a un índice explosivo. Pasado un cierto estadio se establece un proceso restrictivo: la libido masculina se ve reducida o desviada hacia canales no fértiles, la ovulación femenina se vuelve irregular y a veces falla completamente. Pero mucho antes de que alcancemos ese punto encontramos la compañía de nuestros semejantes tan insoportable que recurrimos a la guerra, o a las luchas tribales. Matarnos entre nosotros.

—Así que nuestra ventaja evolutiva se ha convertido en un handicap sin darnos cuenta.

—Kate, te quiero.

—Lo sé. Y me alegra.

En su apartada casa de Massachusetts, el juez Virgil Horovitz, retirado, y su ama de llaves Alice Bronson —era viudo—, recibieron huéspedes, y utilizó la terminal de su ordenador por primera vez desde su jubilación. Una tormenta había privado a la mayor parte de los árboles de sus espléndidas hojas rojo doradas; por la noche, la escarcha hacía que las hojas caídas crujieran y murmuraran bajo los pies.

—¿Pero qué demonios podemos hacer con una intuición como la tuya? Hemos tenido intuiciones antes, de teóricos sociales e historiadores y políticos y predicadores, y nos hemos visto metidos en un lío pese a todo. La idea de convertir todo el planeta en una casa de locos con la esperanza de desencadenar algún reflejo que salve la especie... no, es algo impensable. ¿Supongamos que en algún estadio preliminar de tu esquema alcanzamos un nivel en el que mil millones de personas se vuelven colectivamente locas?

—Eso es lo mejor que podemos esperar, y digo lo mejor, si permitimos que la gente de Tarnover siga su camino.

—¡Creo que estás hablando en serio!

—Oh, quizá no sean exactamente mil millones. Pero puede ser la mitad de la población de Norteamérica. Y cien millones y pico es suficiente, ¿no crees?

—¿Cómo puede ocurrir?

—Teóricamente al menos, una de las fuerzas que operan en nosotros consiste en la capacidad, que no compartimos con otros animales, de elegir si queremos o no dejar paso a un impulso innato. Nuestra historia social es el relato de cómo aprendimos a sustituir nuestro simple impulso por un comportamiento consciente ético, ¿correcto? Por otra parte, sigue siendo cierto que pocos de nosotros están dispuestos a admitir cuánta influencia ejerce nuestra herencia salvaje sobre nuestro comportamiento. No directamente, porque ya no somos salvajes, sino indirectamente, porque la sociedad en sí misma es una consecuencia de nuestras predisposiciones innatas.

Con una sonrisa triste, añadió:

—¿Sabes?, una de las cosas que más lamento acerca de lo que ocurrió es que hubiera podido disfrutar de mis discusiones con Paul Freeman. Había tanto en común entre nosotros... Pero no me atreví. Tenía que sacudir a toda costa su visión del mundo. De otra manera nunca se hubiera decantado cuando Hartz lo empujó.

—Deja de hacer disgresiones, ¿quieres?

—Lo siento. ¿Dónde estábamos? Oh, iba a decir que en Tarnover están intentando equivocadamente posponer el momento en que nuestros reflejos tomen el relevo. Deberían saber que están cometiendo un error. El propio Freeman citó el mejor tratamiento para el shock de la personalidad, que no utiliza drogas ni ninguna otra

terapia formal, sino que simplemente libera a la víctima para que haga algo que siempre ha deseado y nunca ha realizado. Pese a evidencias como esa, sin embargo, siguen intentando reunir a la gente más sensible a nuestras auténticas necesidades a fin de poder aislarlos del mundo. Mientras que lo que deberían hacer sería liberarlos con un conocimiento pleno de sus propios talentos, de modo que cuando alcancemos el inevitable punto de sobrecarga nuestros reflejos trabajen por en vez de en contra de nuestros mejores intereses.

«Recuerdo una observación hecha en una de las monografías de Desastreville. Creo que era la número 6. Despojados de las pertenencias materiales que los habían situado en la sociedad, muchos refugiados que antes habían gozado de posiciones de responsabilidad y alto status se desmoronaron y se convirtieron en gimientes parásitos inútiles. El liderazgo pasó a aquellos con mentes más flexibles... no tan sólo jóvenes que aún no se habían osificado, sino adultos que anteriormente habían sido calificados como gente poco práctica, soñadores, incluso fracasados. Lo único que tenían en común parecía ser una imaginación amplia y libre, independientemente de que fuera debida a su juventud o hubiera permanecido hasta su madurez, proporcionándoles un abanico tan grande de posibilidades que les impedía tomar una sola vía de acción.

«Conozco muy bien esa sensación. ¿Y no sería buena una inyección de imaginación a nuestra sociedad en este preciso momento? Afirmando que hemos sufrido una sobredosis de dura realidad. Un poco de fantasía podría actuar como antídoto.

Cerca de Cincinnati, Ohio, Helga Thorgrim Townes, dramaturga, y su esposo Nigel Townes, arquitecto, recibieron huéspedes en su casa, y cargaron en su crédito una cantidad excepcional de tiempo alquilado a la red de datos. Caía una ligera nevada en la región, pero aún no había llegado a cuajar en el suelo.

—No estoy segura de haberte creído si no hubiera conocido a la gente de Tarnover. Si he de juzgar de acuerdo con ellos, sin embargo...

—Puedes estar segura de que son típicos. Han sido sistemáticamente desviados de la comprensión de la verdad más importante acerca de la humanidad. Es como si rastrillaras el continente en busca de los individuos más amables, más generosos, más considerados, que pudieras encontrar, y luego te pasaras años persuadiéndolos de que, puesto que tales actitudes son raras, ellos deben ser anormales, y por lo tanto tienen que ser curados.

—¿Qué verdad más importante?

—Dímela tú. La has sabido durante toda tu vida. Vives a su ritmo.

—¿Tiene algo que ver con mis razones para sentirme interesada por ti desde que te viera por primera vez? Me di cuenta de lo duramente que te esforzabas en encajar en un esquema preestablecido. Parecía como un terrible desperdicio de tiempo y energías.

—Lo era. Una acusación que le hice a Freeman y de la que no me retracto: lo acusé de tratar no con seres humanos sino con aproximaciones a un modelo preordenado de un ser humano. Realmente me alegro que decidiera echarlo todo por la borda. ¡Era una mala costumbre!

—Entonces ya sé de lo que estás hablando. Es el principio de la incertidumbre.

—Exacto. Lo opuesto del mal. Todo lo que se halla implícito en ese trillado término, «libre albedrío». ¿Has oído alguna vez la frase «la nueva conformidad»?

—Sí, y es terrible. En una época en la que disponemos de más elecciones de las que nunca tuvimos antes, más movilidad, más información, más oportunidades de realizarnos, ¿cómo puede esa gente ser idéntica entre sí? El estilo de vida métete-a-fondo me hace sentir deseos de vomitar.

—Pero el concepto ha sido vendido con una tal persistencia, que la mayoría de la gente teme no estar de acuerdo en que es la mejor forma de mantenerse en un mundo caótico. Es como quien dice: «Si todo el mundo afirma que es así... ¿cómo voy a discutirlo?»

—Yo soy yo.

—Tat tvam asi.

Durante las seis semanas que duró el proceso, aproximadamente un trece por ciento de las casas que disponían de terminales de ordenador doméstico hicieron una utilización de sus máquinas por encima de la media, muy superior a la fluctuación normal de más menos un diez por ciento. En su conjunto, esto representó menos de un uno por ciento con respecto a las cifras del año anterior, y pudo ser atribuido al inicio del año académico.

SOMBRAS PREMONITORAS

—Hey, esas disparidades... se han visto dobladas más bien rápidamente, ¿no crees?

—¿Qué quieres decir con que no puedes entrar en contacto con él? Es una prioridad cinco estrellas... su vifono no puede estar fuera de servicio. Inténtalo de nuevo.

—Cristo, mira esto, ¿quieres? ¿Acaso esos tipos locos no son capaces de mantener la misma idea durante dos días seguidos?

—Es curioso recibir esto en un fin de semana, pero... Oh, no voy a quejarme de la posibilidad de elegir nuestro nuevo alojamiento en una lista tan larga. ¿No crees que representa un cambio después de todo ese tiempo en el que ni siquiera se nos preguntaba ni se nos daba ninguna opción?

—¡Pero... pero señor Sullivan! ¡Usted lo autorizó! ¡O al menos llevaba incluido su código!

VUELTA AL HOGAR

—Tengo una sensación tan extraña —dijo Kate mientras el taxi daba la vuelta a la esquina de su calle. Sus ojos saltaban de un detalle familiar a otro.

—No me sorprende. He vuelto a algunos lugares, por supuesto, pero nunca para reasumir el mismo papel que cuando estuve allí antes... como tampoco lo voy a hacer esta vez, naturalmente. ¿Alguna objeción?

—Reservas, quizá. —Con un gesto distraído—. Tras haber sido tanta gente distinta en tan poco tiempo que ni siquiera puedo recordar todos mis nombres: Carmen, Violet, Chrissie...

—Me gustaste particularmente cuando eras Lilith. Ella le hizo una mueca.

—¡No estoy bromeando! Sabiendo que aquí voy a ser reconocida de inmediato, aunque nos hayamos asegurado de que los cuervos alzarán el vuelo definitivamente... Creo que aún no estoy completamente preparada para ello.

—Yo tampoco. Me hubiera gustado viajar un poco más y hacer más cosas. Pero la gente que supervisa los ordfeds no son estúpidos. Estoy casi seguro de que empiezan a tener una ligera sospecha de lo que va a caerles encima. Antes de que reaccionen, tenemos que capitalizar nuestros últimos recursos. Sigues siendo aún una celebridad en Kansas City, y a juzgar por su expresión y sus palabras Ina está ansiosa por poner un buen código ITE de peso entre nosotros y el desastre.

—Estoy segura de que tienes razón. Tu lógica carece de grietas. Pero sin embargo...

—No tienes que vivir según la lógica. Eres sabia. Y eso puede trascender la lógica. Sin importar lo lógica que pueda parecer tu elección en retrospectiva.

—Iba a decir: incluso así, resulta extraño entrar y no tener a Bagheera restregándose contra mis piernas.

El apartamento había sido registrado por expertos. Dejando eso aparte, no había ningún cambio, aunque todo estaba lleno de polvo. Kate tomó la brocha que había estado usando cuando llamó «Fessier» e hizo una mueca a sus duras y apelmazadas cerdas.

—¿Falta algo? —preguntó él, y ella hizo una rápida revisión.

—No mucho. Algunas cartas, mi agenda de códigos y direcciones... Cosas sin las cuales puedo vivir. La mayoría están aún en mi cabeza. Pero —frunció la nariz— la energía ha estado cortada durante algún tiempo, ¿no?, antes de que tú la hicieras conectar de nuevo.

—Exacto, desde el día siguiente al de tu «secuestro».

—En ese caso, en el momento en que abra la nevera el apartamento va a volverse inhabitable. Recuerdo claramente que dentro había dos docenas extras de huevos. Adelante, tenemos un montón de latas de basura que llenar. Esta noche vamos a tener una fiesta aquí.

—¿Una fiesta?

—Naturalmente. ¿No has oído hablar nunca de Tomás el Increíble? Además, los estudiantes son muy charlatanes. Lo que has hecho va a estar en todas las mallas de la red mañana a esta misma hora. También quiero que se propague por el circuito de boca-a-boca.

—Pero sabes condenadamente bien que he escrito en un programa que convocaré una rueda de prensa...

—Al mediodía del día siguiente al que estalle el globo —interrumpió ella—. Nick, Sandy, maldita sea, cariño, la avalancha que planeas empezar puede barrernos al limbo mucho antes que eso. Si pretendes hacerles tanto daño como el que planeas, no podemos hacer planes seguros con tanta anticipación.

Pensó en aquello durante un largo momento. Cuando respondió, su voz temblaba un poco.

—Entiendo. Simplemente no me había enfrentado a la idea. Está bien, déjame a mí la limpieza. Ve a ese vifono y contacta a todo el mundo que puedas. Y puedes pedir también ayuda a Ina, decirle que traiga a algunos amigos de la ITE.

—Ya había pensado en eso —dijo ella con dignidad, y tecleó el código de su madre.

ACERCA DE LA REPRODUCCIÓN DE LAS SERPIENTES

Antes de salir a casa de unos amigos a cenar, la doctora Zoé Sideropoulos se detuvo delante de la terminal de su ordenador doméstico el tiempo suficiente para activar una conexión con la red continental y marcar un código de tres dígitos en el teclado. Luego salió de casa y subió al coche, y se fue.

Al volver por la tarde de un seminario, el profesor Joachim Yent recordó el día que era y tecleó tres dígitos en la terminal de su ordenador.

La decana Prudence McCourtenay estaba en cama con un resfriado; era una mártir de los resfriados cada invierno. Pero tenía cinco vifonos en su casa de siete habitaciones, y uno de ellos estaba en su mesita de noche.

El doctor Chase R. Dellinger se tomó cinco minutos de descanso del inesperado trabajo que acababa de llegarle al laboratorio —algo sospechoso en un lote de micelios de champiñones de importación, quizá contaminado por alguna cepa mutante—, y en su camino de vuelta hizo una pausa ante una extensión de ordenador y tecleó tres dígitos a la red.

Nerice Compton tecleó mal una llamada vifónica y maldijo convincentemente; aquella noche ella y Rush tenían a unos amigos en casa con los que estaban tomando

unas copas.

El juez Virgil Horovitz había sufrido un ataque al corazón. A su edad, aquello no era totalmente inesperado. Además, ya le había ocurrido dos veces antes. Al regresar del hospital, su ama de llaves recordó activar la terminal del ordenador y teclear tres dígitos.

En una fiesta con unos amigos, Helga y Nigel Townes demostraron algunos trucos divertidos que uno podía practicar con una extensión de ordenador. Uno de ellos falló tras pulsar tres dígitos. Los demás funcionaron perfectamente.

En cualquier caso, había disponible y listo para entrar en funcionamiento todo un programa de emergencia, que podría haber hecho automáticamente el trabajo. Sin embargo, a lo largo de la historia del Oyente Silencioso, se había demostrado que algunos datos clave era mejor almacenarlos fuera de la red.

Hacia las 23:00, hora del este, la serpiente necesitó tan sólo ser fertilizada para empezar a poner sus huevos sin precedentes.

FIESTA COLECTIVA

—¡Que me condene! ¡Paul! Bueno, es estupendo verle aquí. Entre.

Parpadeando tímidamente, Freeman entró. El apartamento de Kate estaba repleto de gente, la mayor parte joven y llevando ropas llamativas, pero con una mezcla más discretamente vestida procedente de la ITE y la facultad de la universidad de Kansas City. Se había instalado una unidad portátil coley, y un trío de bailarines estaba siguiendo prudentemente los compases de un sencillo blues tradicional antes de lanzarse a una secuencia colectiva de variaciones; por el momento se limitaban a probar el equilibrio tono-color de la unidad.

—¿Cómo supo que estábamos aquí? ¿Y qué está haciendo usted en Kansas City, por cierto? Tenía entendido que estaba en Precipicio.

—En un sentido metafórico. —Freeman exhibió una sonrisa que le hizo aparecer extrañamente juvenil, como si se hubiera desprendido de veinte años de llevar su formal bata de trabajo—. Pero aquél es un lugar terriblemente grande cuando aprendes a reconocerlo... No, de hecho hace semanas que imaginé que iban a volver aquí más pronto o más tarde. Me pregunté a mí mismo cuál era el lugar menos probable donde poder encontrarles y... esto... acerté a la primera.

—Es alarmante pensar que alguien ha encontrado tan predecible ese camino que desde un principio procuré que se desarrollara tan al azar. Oh, aquí viene Kate.

Freeman se envaró como esperando un golpe, pero ella lo saludó cordialmente, le preguntó qué quería beber, y se marchó de nuevo para traerle una cerveza.

—¿No es esa su madre? —murmuró Freeman, tras echar una ojeada a la zona visible del apartamento—. ¿Aquella de allí, vestida de rojo y verde?

—Sí. La conoce, ¿verdad? Y al hombre que está hablando con ella.

—Rico Posta, ¿no es ése su nombre?

—Correcto.

—Hummm... ¿Qué es lo que está pasando exactamente?

—Hemos tenido como una especie de pequeña sacudida sísmica durante un tiempo, porque por supuesto, cuando se supo que Kate estaba de vuelta y que efectivamente había sido secuestrada por un agente del gobierno como afirmaban los estudiantes, su primera reacción fue tribalizar el campus. Pusimos esa idea en el congelador, no sin muchas discusiones, apuntando que teníamos algo mucho mejor. Y eso es lo que estamos discutiendo en este momento. Venga y únase a nosotros.

—¿Y qué es lo que...?

—Bueno, empezaremos por borrar Tarnover del mapa.

Freeman se detuvo en seco en mitad de un paso, y una hermosa muchacha chocó contra él y derramó la mitad de su bebida, y hubo un montón de disculpas. Luego:

—¿Qué?

—Es un obvio primer paso. Tras la publicación en los media de los presupuestos de Tarnover y Crediton Hill, no quedará más remedio que efectuar una investigación a fondo del Congreso. Los otros centros se hallan también en lista, con Weychopee el último debido a que es el más duro de penetrar. Y junto con las revelaciones financieras, por supuesto, habrá imágenes de Miranda y de sus sucesores, y los índices de muertes entre los niños experimentales, y cosas así.

—¡Hey, ese hombre se parece a Paul Freeman! —exclamó Ina, levantándose. Sonó alarmada.

—Por supuesto que lo es. Un poco desorientado quizá, porque acabo de explicarle lo que vamos a hacer.

Kate llegó con la cerveza prometida, se la entregó, y se sentó en el brazo del sillón donde estaba Ina. Rico Posta se quedó de pie a su lado.

—Desorientado —repitió Freeman tras una pausa—. Sí, lo estoy. ¿Cuál es la finalidad de atacar primero a Tarnover?

—Desencadenar una avalancha emocional. Imagino que usted, recién venido de un entorno dedicado al racionalismo, dudará de que sea una buena política. Pero es exactamente lo que necesitamos, y los archivos de Tarnover son el medio más rápido y efectivo. Hay muchas cosas que ponen furiosa a la gente, pero la corrupción política y la idea de maltratar deliberadamente a niños se hallan entre las más poderosas. La una golpea el consciente, la otra el inconsciente.

—Oh, ambas golpean el inconsciente —dijo Ina—. Rico tiene la misma pesadilla recurrente que yo, acerca de descubrir que alguien ha manipulado mi crédito y borrado todo aquello por lo que he trabajado durante toda mi vida. Y yo no soy capaz de descubrir quién ha sido el responsable. —Se volvió para enfrentarse directamente

a su hija—. Es más... Kate, nunca antes me había atrevido a decírtelo, pero cuando me quedé embarazada de ti me sentí tan aterrada ante la idea de que tú pudieras... esto... no ser normal...

—Te sobrecargaste unos años más tarde, y después de eso te preocupaste obsesivamente por mí, y cuando crecí seguiste preocupada porque yo soy una inconformista. Y no demasiado atractiva. ¿Y qué? Soy lista y me las arreglo. Haría honor a cualquier madre. Pregúntaselo a Nick —añadió con una maliciosa sonrisa.

Freeman miró a su alrededor.

—¿Nick? Entonces, se ha recuperado usted de sus prejuicios contra el nombre, ¿eh?... Oíd Nick, San Nicolás y todo lo demás.

—Además de ser el santo patrón de los ladrones, a San Nicolás se le atribuye el mérito de resucitar a tres niños asesinados. Es un compromiso humano justo.

—Ha cambiado usted —dijo Freeman seriamente—. De muchas formas. Y... y el resultado es más bien impresionante.

—Le debo mucho de ello a usted. Si no hubiera sido desviado del rumbo que seguí durante toda mi vida... ¿Sabe?, eso es lo que no funciona en nosotros a nivel público. Nos preocupamos tan sólo por seguir el mismo viejo camino, cuando deberíamos estar buscando a nuestro alrededor algún otro que fuera mejor que el antiguo. Nuestra sociedad está despeñándose en caída libre hacia Dios sabe dónde, y como resultado de ello hemos adquirido una osteocalcosis colectiva de la personalidad.

—La mejor forma de ir más aprisa es frenar un poco —dijo Kate con convicción. Freeman frunció el ceño.

—Sí, quizá. ¿Pero cómo elegir esa dirección mejor?

—Nosotros no tenemos que hacerlo. Está programada. Rico Costa intervino con tono tenso:

—Yo no creía en ello, no al principio. Pero ahora tengo que admitirlo. He visto las pruebas. —Dio un nervioso sorbo a su bebida—. Infiernos, míreme a mí, todo un vicepresidente ejecutivo a cargo de la planificación a largo plazo de una compañía, ¡y ni siquiera sabía que los programas de extrapolación social de la ITE desembocaban automáticamente en una serie de estudios federales en Crediton Hill! ¿No es eso una locura? Todo el sistema fue organizado por mi segundo antecesor, que desapareció discretamente y olvidó comunicárselo al tipo que ocupó su lugar. Nick lo descubrió no sin dificultades, y me llevó a una visita comentada de toda una sección de la red que yo ni siquiera sabía que existiese.

Señalando con una mano temblorosa, terminó con furia:

—¡A través de ese maldito vifono que hay ahí! Me sentí enfermo, simplemente enfermo. Si un VIP de la ITE no se entera de lo que está ocurriendo debajo de su nariz, ¿qué posibilidades tiene la gente ordinaria?

—Me hubiera gustado estar aquí en aquel momento —dijo Freeman tras una pausa—. ¿Qué señalan esos estudios de Crediton Hill?

—Oh... —Posta inspiró profundamente—. Más o menos esto: el coste que hemos pagado por estar al frente, económicamente, en términos de prestigio, y así, ha consistido en apelar al equivalente del «segundo aliento» de los atletas, que quema el tejido muscular. Eso es algo que no puede mantenerse indefinidamente. Y lo que hemos estado quemando ha sido gente que hubiera podido ser útil, miembros con talento de la sociedad si la presión hubiera sido menos intensa. Tal como fueron las cosas, se vieron abocados al crimen o al suicidio, o se volvieron locos.

—Recuerdo haber pensado que yo hubiera podido terminar muy fácilmente en el tráfico de la droga —dijo Freeman lentamente—. Pero no puedo ver el mundo de la misma forma que lo ven ustedes. Al menos le debo a la gente que me reclutó para Weychopee el hecho de que evitó que terminara en la cárcel o en una tumba prematura.

—¿Está bien encaminada nuestra sociedad cuando uno de sus miembros más dotados no puede hallar una mejor carrera que el crimen a menos que se gasten en él literalmente millones de dólares al año procedentes del dinero público?

Nick aguardó una respuesta a esa pregunta. No llegó ninguna.

A su alrededor la fiesta estaba en su apogeo. Los bailarines coley le habían tomado las medidas a la unidad. Su número se había triplicado sin causar más que algún chillido ocasional, y su esquema de acordes había evolucionado a un coro completo AABA de treinta y dos barras, aún en clave del blues original, aunque una de las chicas más atrevidas estaba intentando modularlo a modo menor. Desgraciadamente, algún otro estaba intentando imponer los tres tiempos. El efecto era... interesante.

Observando el baile, Freeman dijo, lúgubre:

—Oh, ¿qué diferencia hay en que yo esté de acuerdo o no? Le proporcioné sus códigos del grupo I. Sabía condenadamente bien que era como ofrecerle una bomba H, pero lo hice de todos modos. Sólo desearía poder creer en lo que está usted haciendo. Suena como un economista... peor, como un nihilista, planeando derribar los pilares del templo en torno a nuestras orejas.

—El nombre de lo que estamos haciendo no fue acuñado por ningún tipo de radical.

—¿Tiene un nombre?

—Por supuesto que lo tiene —dijo Kate firmemente—. Revaluación angustiosa. Nick asintió.

—Durante todo mi tiempo en Tarnover se me martilleó constantemente que debía buscar la sabiduría. Llegas al principio de esa sabiduría cuando admites que te has equivocado.

Los bailarines coley se disolvieron entre discordancias y risas. Mientras se dispersaban en busca de bebidas frescas, se felicitaron los unos a los otros por todo el tiempo que habían conseguido mantenerse bailando. Un impaciente joven

exhibicionista no tardó en subir, y extrajo de los invisibles rayos un número especial. Tras las complejidades del baile con nueve participantes, dio la sensación de algo pobre y hueco, pese a su brillantez técnica.

—Suidac —dijo Freeman finalmente, con el rostro brillando por el sudor—. Imagino que ahora no nos queda más que aguantar fuerte y esperar al tsunami.

LA CARRERA ENTRE LAS ARMAS Y LAS ARMADURAS

En el árbol de la evolución, las flores de la última estación mueren, y a menudo las más hermosas son estériles.

Mientras los triceratops mudaban sus triples cuernos, mientras los diplodocus agitaban sus graciosas colas, algo sin nombre estaba robándoles su mañana.

UN DATO ALARMANTE QUE PUEDE ENCONTRAR USTED EN SU GRABADORA DEL CORREO NOCTURNO

Origen: Laboratorio Bioexperimental de Tarnover.

Referencia: K3/E2/100715 P

Asunto: Modificación genética in-vitro (proyecto #38)

Naturaleza: Cruce controlado en la unión de los gametos.

Cirujanos: Dr. Jason B. Saville, Dra. Maud Crowther

Biólogo encargado: Dr. Phoebe R. Whympers

Madre: Voluntaria anónima GOL (800 \$ semanales durante un año)

Padre: Miembro del personal voluntario WVG (1.000 \$ prima fija)

Embrión: Hembra

Gestación: — 11 días

Plazo de supervivencia: Aprox. 67 horas

Descripción: Malformaciones típicas clase GO y G9, es decir ojo ciclópeo, paladar hendido, fontanela abierta, sistema digestivo incompleto, fusión anal-vaginal, deformaciones pélvicas, y ausencia de todos los dedos de los pies. Referencia, proyecto #6

Conclusión: Éxito solamente parcial del programa de cruce inducido empleando solución base #17K

Recomendación: Repetir intento empleando misma base sobre sustrato cristalino (disponible) o utilizar versión gel (disponible)

Eliminación de restos: Autorizada (inicializada JBS)

UN DATO ALARMANTE QUE PUEDE ENCONTRAR USTED EN EL ESTADO DE CUENTAS DE SU CRÉDITO

La inspección de los registros computerizados ha revelado que más de la mitad del crédito que se halla a su nombre deriva de operaciones ilegales, cuyo detalle ha sido transmitido inmediatamente al Fiscal General de los Estados Unidos. En previsión de las futuras acciones legales que puedan iniciarse contra usted, su crédito disponible ha quedado reducido de forma automática a la Norma de Supervivencia Federal, es decir, a 28'50\$ diarios.

Puesto que la Comisión de Indigencia ha considerado que esta cantidad es insuficiente para proporcionar a una familia una dieta alimenticia adecuada, esta cantidad será aumentada a 67'50 \$ diarios tan pronto como recibamos la autorización presidencial.

Este es un dato cibernético al servicio del público.

UN DATO ALARMANTE QUE PUEDE ENCONTRAR USTED SOBRE SU ESCRITORIO EL LUNES POR LA MAÑANA

A todos los empleados de Marmaduke Smith Metal Products Inc.

La decisión tomada por la comisión de construir y enviar para su compañía una factoría orbital fabricada por Industrias Tierra a Espacio (contrato no cancelable) fue alcanzada como resultado de una advertencia del jefe contable Sr. J. J. Himmel-weiss de que la compañía se enfrenta a una bancarrota segura.

En la misma reunión del Consejo que confirmó la firma del contrato con la ITE, todos sus miembros votaron la concesión de un 100% de incremento en el número de sus acciones a fin de poder venderlas a los temporalmente hinchados precios del mercado antes de que la compañía anuncie su liquidación voluntaria, anuncio que está previsto para finales del mes próximo.

Este es un anuncio cibernético no autorizado.

UN DATO ALARMANTE QUE PUEDE ENCONTRAR USTED EN UNA CAJA DE COSMÉTICOS

Este producto contiene un alérgeno conocido y un cancerígeno conocido. Los fabricantes han gastado hasta ahora más de 650.000 \$ en indemnizaciones pactadas en conciliaciones amistosas para evitar demandas judiciales de antiguos usuarios. Este es un dato cibernético extraído de los archivos del fabricante sin su conocimiento ni autorización.

UN DATO ALARMANTE QUE PUEDE ENCONTRAR USTED EN UN PAQUETE DE ESTOFADO DE TERNERA DE LA MARCA «HONESTIDAD» ®

Pese a la publicidad que lo califica como un producto nacional, este estofado contiene entre un 15 y un 35% de carne importada procedente de zonas donde el tifus, la brucelosis y la triquinosis son endémicos. La autorización para etiquetar el producto como nacional fue obtenida tras gastar aproximadamente 215.000 \$ en sobornos a los inspectores de aduanas y salud pública. Este es un dato cibernético derivado de archivos no destinados a su publicación.

UN DATO ALARMANTE QUE PUEDE ENCONTRAR USTED EN UNA NOTA DE CARGO AUTOMÁTICO MENSUAL

Aviso a los clientes de Anti-Trauma Inc.

Una verificación de status de los primeros cien jóvenes tratados de acuerdo con los métodos de esta compañía, todos los cuales se hallan ahora al menos a tres años de distancia de la terminación de sus períodos de terapia, revela que:

66 están tomando medicamentos psicotrópicos prescritos por un doctor;

62 se hallan clasificados por debajo de sus aptitudes en educación;

59 han informado recientemente de pesadillas y alucinaciones;

43 han sido arrestados al menos una vez;

37 han huido de sus casas al menos una vez;

19 se hallan en la cárcel o sujetos a la tutela de un tribunal;

15 han sido considerados culpables de crímenes violentos;

15 han sido considerados culpables de robo;

13 han sido considerados culpables de incendios premeditados;

8 han sido reclusos en hospitales psiquiátricos al menos una vez;

6 están muertos;

5 han herido a padres, familiares cercanos o guardianes;

2 han matado a hermanos;

1 está a la espera de juicio por intento de abusos deshonestos con una niña de tres años.

La suma total es superior a 100 debido a que la mayoría de ellos se hallan calificados en más de una categoría. Este es un anuncio cibernético en interés del público.

UN DATO ALARMANTE QUE PUEDE ENCONTRAR USTED EN UNA RECLAMACIÓN DE IMPUESTOS

Para información de la persona a quien se requiere el pago de este impuesto.

El análisis del presupuesto federal del último año muestra que:

***el 17% de sus impuestos se esfumó en proyectos inútiles;

***el 13% de sus impuestos se esfumó en propaganda,

sobornos y

corrupciones varias;

***el 11% de sus impuestos se esfumó en contratos federales

con compañías

que están

(a) sirviendo de fachada a actividades criminales y/o

(b) son propiedad parcial o completa de personas sujetas a investigación por delitos federales y/o

(c) son peligrosas para la salud y el medio ambiente.

Pueden obtenerse mayores detalles al respecto tecleando el número de código reseñado en la parte superior izquierda de este impreso en cualquier vífono. La exposición total dura aproximadamente unos 57 minutos.

Este es un dato cibernético hecho público sin autorización del Departamento del Tesoro.

UN DATO ALARMANTE QUE PUEDE OÍR USTED POR EL VÍFONO

—¡No, señor Sullivan, no podemos detenerlo! ¡Nunca nos habíamos encontrado con una serpiente con una cabeza tan dura o una cola tan larga! Está reproduciéndose constantemente, ¿comprende? Ya ha superado los mil millones de bits, y sigue creciendo. Es el inverso exacto de un datófago... absorbe todo lo que encuentra en vez de eliminarlo... ¡Sí, señor! ¡Soy completamente consciente de que una serpiente de este tipo es teóricamente imposible! Pero el hecho está aquí, es real, y a estas alturas ha adquirido unas proporciones tales que es imposible matarla. ¡No a menos que destruyamos toda la red!

EL RESULTADO DE LA CARRERA DE CEREBROS (COMPUTADA)

Los primeros serán los últimos y los últimos serán los primeros.

TODO EL CONTINENTE AL BORDE DE UN PRECIPICIO

La conferencia de prensa convocada automáticamente por el programa de Nick tenía que celebrarse en el mayor auditorio del campus de la universidad de Kansas City. Los estudiantes se sintieron encantados organizándola. Discretamente, las

autoridades universitarias declinaron una petición del gobernador del estado de intervenir. Entre las personas citadas como habiendo trabajado en Miranda y otros como ella había dos importantes miembros de la facultad, y habían decidido — juiciosamente— pasar el día tras puertas cerradas y cerrojos de acero. Los estudiantes se mostraban muy irritados acerca de esos bebés deformes.

Es más, por primera vez en más de una generación, la masa de la opinión pública estaba de acuerdo con los estudiantes. Esto animaba un poco. Si bien no cicatrizaba la herida, al menos la transfería a un lugar más sano.

El gran salón estaba lleno... atestado. Si la moderna tecnología no hubiera reducido las cámaras trivi y los equipos de registro de sonido a un tamaño que los ingenieros de hacía cincuenta años hubieran juzgado imposible, los desconcertados pero dedicados periodistas que llegaron para cubrir una historia que estaban seguros iba a ser sensacional, fuera lo que fuese, hubieran sido incapaces de grabar nada. Incluso así, se vieron obligados a utilizar grúas, flotadores eléctricos y micros y lentes de gran alcance porque no consiguieron acercarse a la tribuna, y se habían producido ya entre ellos un sinnúmero de conflictos de prioridad respecto a las líneas de visión que habían retrasado el inicio de la conferencia hasta mucho después de la hora fijada del mediodía.

Finalmente, sin embargo, Kate consiguió aparecer en la tribuna, para ser recibida por una cerrada ovación que amenazó con no terminar nunca. Necesitó un buen rato para acallar el ruido. Cuando finalmente lo consiguió, el colocador-de-gatos-entre-las-palomas hizo su aparición, y la audiencia dejó escapar un expectante susurro.

—Me llamo Nicholas Haflinger —dijo con una voz clara y fuerte, capaz de llenar el auditorio sin ayuda de micrófonos—. Se estarán preguntando ustedes por qué les he convocado aquí. La razón es simple. Para responder a todas sus preguntas. Han oído bien... a todas. Este es el mayor acontecimiento de nuestro tiempo. A partir de hoy, todo lo que deseen ustedes saber, a condición de que se halle en la red de datos, podrán saberlo. En otras palabras, ya no hay más secretos.

Esa declaración era tan sorprendente que el público se quedó durante unos instantes sentado sin moverse, estupefacto. Pasaron varios segundos antes de que una periodista de las primeras filas, una de las afortunadas que había llegado temprano, dijera tímidamente:

—Rose Jordán, de la W3BC. ¿Qué hay acerca de esa historia que estaba en las ondas, la que nos ha atraído hasta aquí? ¿Piensa realmente la ITE, como usted ha dicho, llevar ante los tribunales a la Oficina de Proceso de Datos por secuestrar a uno de sus empleados, y también a su amiga?

—Esa era yo, y la historia es absolutamente cierta —dijo Kate—. Pero no tiene usted por qué venir aquí para conseguir los detalles. Consulte cualquier vifono.

—Ayer hubiera tenido que venir usted aquí —amplió Nick—. Si hay una cosa en la que la OPD ha conseguido una gran maestría, esa es en impedir que el público

hurgara en las desagradables verdades que hay entre bastidores en el gobierno.
¿Correcto?

Un murmullo de asentimiento: de los estudiantes al principio, pero luego de varios periodistas también, cuyo aspecto era tan hosco que hacía pensar que presumiblemente se habían encontrado más de una vez con ese tipo de problema.

—Bien, eso ya se ha terminado. A partir de ahora: pregunten y sabrán.

—¡Hey! —En tono incrédulo, de un hombre al lado de Rose Jordán—. Han empezado a aparecer todo tipo de cosas raras en las ondas desde ayer, como el que han estado pagando a mujeres para que den a luz niños que seguro que serán deformes. ¿Quiere decir que se supone que todo eso es cierto?

—¿Qué es lo que le hace dudar?

—Bueno... esto... —El hombre se humedeció los labios—. Llamé a mi oficina hace media hora, y mi jefe dijo que todo eso había sido invalidado por orden superior. Por el propio Aylwin Sullivan en persona. Algo acerca de un saboteador.

—Ese debo ser yo. —Alzando una ceja—. ¿Se ha dicho algo referente a que el sabotaje había sido anulado?

—No que yo sepa.

—Bien. Al menos no han hecho esa ridícula promesa. Porque no puede ser anulado. Imagino que todos ustedes han oído hablar de las serpientes informáticas... Bien. Lo que solté ayer en la red fue el padre y la madre... volveré sobre ello dentro de un momento... el padre y la madre de todas las serpientes informáticas.

«Consiste en una orden amplia e irrevocable de emitir a cualquier estación impresora todos y cada uno de los datos almacenados en la red cuya publicación pueda conducir a una mejora del bienestar, ya sea físico, psicológico o social, de la población de Norteamérica.

«Específicamente, sea o no requerida por alguien para hacerlo, imprimir toda la información relativa a las infracciones importantes de las reglamentaciones en vigor en Canadá, México y/o Estados Unidos, relativas, por orden de prioridad, a la salud pública, la protección del medio ambiente, el soborno y la corrupción, el fraude comercial y en el pago de los impuestos nacionales, y difundirla a todos los media. Para sus propósitos, «importantes» es definido señalando un umbral: ninguna infracción será hecha pública a menos que una persona como mínimo haya obtenido de ella un beneficio ilegal de diez mil dólares como mínimo.

Se había ido envarando mientras hablaba. Ahora estaba tenso como un arco, y su voz retumbaba en resonantes ecos como el tañir de una campana fúnebre.

—Se trata realmente del padre y la madre de todas las serpientes informáticas. Es de un tipo conocido como partenogenético. Si están ustedes familiarizados con la jerga contemporánea del proceso de datos, habrán observado ustedes como cada vez se hace más uso de una terminología derivada del estudio de los animales vivientes. Y con razón. No es por nada que una serpiente informática es llamada una serpiente. Puede conseguirse que se reproduzca. La mayoría pueden hacerlo tan sólo si son

fertilizadas; es decir, si son interferidas desde el exterior. Por ejemplo la serpiente que impide que los ordfeds monitoricen las llamadas al Oyente Silencioso, y la otra similar pero más grande que fue soltada en Weychopee... en el Caldero Eléctrico... para bloquear inmediatamente toda la red en caso de ocupación enemiga: todas ellas han sido diseñadas para yacer durmiendo hasta que alguien intente manipular en su zona de influencia. Así es como funcionan todas las serpientes del tipo datófago.

»Mi serpiente más nueva, mi obra maestra, se reproduce por sí misma. Como cabeza tiene un índice nacional de nivel máximo, un código prioritario que tomé prestado de la ITE. Fue concedido a la compañía debido a que, como otras hipercompañías, ha sido tratada durante años como si estuviera por encima de la ley. Imaginen lo embarazoso que sería que se hicieran públicos todos los sobornos, todas las operaciones sucias, todas las evasiones de impuestos, que no aparecen en la memoria anual de la ITE a los accionistas...

«Inmediatamente detrás de eso, mi serpiente lleva un código del grupo I, que hace lo mismo para los individuos. El propietario de un código del grupo I nunca se verá ante los tribunales. Nunca. No importa si viola a la hija del alcalde en mitad de la Calle Mayor al mediodía. ¿No me creen? Vayan a teclear en cualquier vifono. Pidan que les imprima en lenguaje sencillo la etiqueta de status que lleva consigo un código del grupo I. Desde hace aproximadamente una hora y media se lo imprimirá a cualquiera que se lo pida... y es algo realmente revelador.

Dos o tres personas se levantaron en diversos lugares de la sala como deseosas de ir a comprobar la afirmación de Nick. Este hizo una pausa hasta que el ligero tumulto ocasionado por su marcha se hubo calmado.

—Detrás de eso, está la llave que abre los bancos de datos reservados de todos los establecimientos secretos de investigación psicológica, incluidos Tarnover y Crediton Hill. Detrás está la que abre los archivos del Tesoro referentes a los procesos por evasión de impuestos que han sido sobreseídos por orden presidencial. Detrás está la que abre los archivos similares pertenecientes a la Fiscalía General. Detrás la que abre los archivos de la Administración para Alimentos y Medicamentos. Y así. En estos momentos no sé con exactitud qué es lo que hay en la serpiente. Cada vez se van añadiendo más bits a medida que se va abriendo camino hasta lugares que ni siquiera había soñado que existieran. Lo último que descubrí antes de venir aquí fue una llave para abrir el archivo del soborno sexual de la CIA. Hay allí una serie de material más bien explosivo, y predigo que va a convertirse en un espectáculo popular en todos los hogares este invierno.

»Un par de puntos finales antes de que empiecen las preguntas. En primer lugar, ¿es esto una imperdonable invasión de la intimidad? Una invasión de la intimidad lo es, ciertamente; imperdonable... Bien, ¿creen ustedes que la justicia debe solamente ejercerse, o bien que debe verse cómo es ejercida? La intimidad que mi serpiente ha sido diseñada para invadir es esa intimidad bajo cuyo manto la justicia no es hecha y la injusticia no es vista. A ella no le importa si el tipo que se ha embolsado un dinero

libre de impuestos lo ha utilizado para seducir niñas pequeñas; le importa solamente el que ha sido recompensado por cometer un acto ilegal y no ha sido castigado por ello. No le importa si el individuo que compró a ese congresista era homo o bisexual; le importa solamente que un servidor público aceptó un soborno. No le importa si el juez que indujo a un jurado a dictar una sentencia errónea estaba preocupado por mantener en secreto la identidad de su amante; le importa tan sólo que una persona fue encarcelada cuando hubiera debido ser dejada en libertad.

»Y... no, esa serpiente no puede ser matada. Es autorreproductiva al infinito durante tanto tiempo como exista la red. Incluso si es desactivado un segmento de ella, una contrapartida de esa porción ausente permanecerá almacenada en alguna otra parte, y la serpiente se subdividirá automáticamente y enviará una cabeza duplicada a recoger los grupos dispersos y restaurarlos en su lugar correspondiente. De todos modos, no va a expandirse hasta un tamaño desmesurado que colapse la red para otros usos: posee un límite a su desarrollo.

Esbozó una débil sonrisa.

—Como me digo a mí mismo, es un hermoso trabajo.

De pronto un hombre de no más de treinta años, pero muy gordo, que permanecía sentado hacia el final de la sala, avanzó corriendo por el pasillo central.

—¡Traidor! —aulló—. ¡Maldito sucio traidor!

Con su mano derecha rebuscaba algo debajo de su chaqueta; pareció encontrarlo. Lo sacó. Era una pistola. Intentó apuntarla.

Pero un estudiante rápido sentado junto al pasillo extendió una pierna. El hombre gordo cayó de bruces con un alarido, y al momento siguiente un pie enfundado en una bota se clavó sobre su muñeca derecha, y fue desarmado.

Desde la plataforma, Nick dijo:

—Oh. Este es el primero. No va a ser el último.

Y LA VERDAD TE HARÁ TU MISMO

P: Este lugar, Tarnover, del que no deja usted de hablar. Nunca oí hablar de él.

R: Es un establecimiento del gobierno, uno de varios. Todo está bajo la dirección de los sucesores espirituales de la gente que difundió las armas nucleares en cantidad abrumadora. O quizá debería citar de la gente a la que no le importaba recibir unos honorarios a cambio de condicionar a niños pequeños a que no se masturbaran.

P: ¿Qué?

R: ¿No cree que haya existido ese tipo de gente? Teclee pidiendo los datos relativos a los ingresos del Departamento de Ciencias del Comportamiento del campus Lawrence de la Universidad de Kansas entre 1969 y 1970. Le juro que es cierto.

P: Háblenos de Weychopee.

R: Oh, sí. Trabajando para la ITE husméé muy profundamente en sus bancos. Se trata del Caldero Eléctrico, el centro continental de defensa. Por defensa entienden tomar el control de todos los fragmentos de asteroides minerales que lleguen y enviarlos a estrellarse contra el hemisferio oriental como una lluvia de piedras de un millar de toneladas cada una. Aún no he comprobado cuánta de la gente que compró a la ITE captos de asteroides sabía que existía ese dispositivo.

P: ¡Pero eso es una locura!

R: Por supuesto que lo es. La onda de choque del impacto puede barrer todas las estructuras de este continente que tengan más de quince metros de alto. Pero no les importa. Desean desencadenar un Ragnarók con una lluvia de piedras. Disculpe. ¿Sí?

P: Las acciones de la Anti-Trauma se han hundido. ¿Es cosa suya?

R: En su mayor parte es cosa de ellos. Su índice de fracasos nunca ha descendido por debajo de un sesenta y cinco por ciento, pero mantenían esto en un secreto tan grande que el año pasado doblaron su clientela. Espero que nunca vuelva a suceder eso.

P: Últimamente han ocurrido algunas cosas extrañas con las apuestas Delfi.

R: Me alegra que haya planteado el tema. Los datos de Crediton HUÍ se hallan ahora en la red. Compruébenlos. Muchos de ustedes probablemente tengan boletos perdedores con los cuales puedan plantear una reclamación. La legislación que autoriza las apuestas Delfi obliga a los organizadores a reembolsar el dinero si puede demostrarse que las apuestas han sido manipuladas, y no hay referencias de que los organizadores estén exentos de culpa.

P: Pero tenía entendido que la principal finalidad de los Delfi era decirle al gobierno para qué cambios estaba preparado el público. ¿Quiere insinuar que el objetivo ha sido invertido?

R: Busque un vifono y pregunte por la incidencia de la intervención federal anual durante los últimos cinco años.

P: ¿Cómo demonios fue usted capaz de diseñar una serpiente tan complicada?

R: Es un talento, como el de un músico o un poeta. Puedo teclear en una terminal de ordenador durante literalmente horas sin emitir ni una sola nota falsa.

P: Santísimo Dios. Bien, ese flujo de datos que ha dejado libre puede estar muy bien para gente como usted. Yo me siento terriblemente asustado.

R: Lamento que se asuste usted de ser libre.

P: ¿Qué?

R: La verdad debería hacerle libre.

P: Lo dice como si lo creyera realmente.

R: ¡Por supuesto que sí! Si no lo creyera... ¿Alguien de aquí no ha sufrido pesadillas porque sabe que existen datos a los que otros tienen acceso pero él no? ¿Alguien que no haya sufrido ansiedad crónica, insomnio, trastornos digestivos, stress generalizado? Hummm. Denle la vuelta a cualquier piedra húmeda y

encontrarán víctimas. En cuanto a la causa subyacente... ¿Alguno de ustedes juega a las vallas? ¿Sí? Entonces sabrán lo frustrante que es que tu oponente haya reclamado un punto exactamente en medio de tu mejor triángulo potencial. Todos tus planes tan cuidadosamente acariciados se desmoronan porque él ha sido más listo que tú. Bien, eso es un juego. Cuando se trata de la vida real ya no es tan divertido, ¿no creen? Y hasta ahora la red de datos ha sido conscientemente manipulada para impedir que descubramos lo que más necesitamos saber.

P: Explíquese, por favor.

R: Sabemos, lo sentimos en nuestras entrañas, que se están tomando constantemente decisiones que van a destruir nuestras ambiciones, nuestros sueños, nuestras relaciones personales. Pero la gente que toma esas decisiones las mantiene en secreto, porque si no lo hicieran así perderían la palanca del poder que tienen sobre sus subordinados. Es una maravilla que no estemos todos temblando aterrorizados. Pero unos cuantos de nosotros sí terminamos haciéndolo, ¿no? Otros consiguen mantenerse a flote negando, reprimiendo, la consciencia del riesgo de que todo esto termine desmoronándose. Otros se dejan arrastrar a una total pasividad, que es llamada «el nuevo conformismo», de modo que aunque sean desconectados de un extremo del continente y reconectados en el otro serán capaces de seguir adelante sin siquiera notar el cambio: lo cual es horrible. ¿Acaso la finalidad de crear el mayor sistema de transmisión de la información de toda la historia es enfrentar a la humanidad actual con una nueva razón para la paranoia?

P: Y usted cree que lo que ha hecho va a arreglarlo todo.

R: ¿Sueno tan arrogante? ¡Espero que no! No, lo que he hecho significa en el mejor de los casos que ahora hay una posibilidad de arreglarlo todo que antes no existía. Una posibilidad es mejor que ninguna posibilidad en absoluto. Lo demás... Bien, eso nos corresponde a todos nosotros, no solamente a mí.

ASEDIO PELIGROSO

Todo estaba tranquilo en el hogar de Kate: fuera, donde estudiantes voluntarios patrullaban las calles en una extensión de tres manzanas en todas direcciones, orgullosos de que aquél, entre todos los lugares, hubiera sido el elegido para desencadenar la avalancha de la verdad; dentro también, donde Freeman estaba trabajando en una extensión de una consola de datos donada por la ITE bajo los auspicios de Rico Posta, conectada vía líneas vífónicas a las inmensas instalaciones de ordenadores de la compañía.

El vífono estaba tranquilo también. Había habido tantas llamadas, que habían tenido que organizar un servicio de filtrado.

Trayendo café, Kate preguntó:

—¿Cómo va todo, Paul?

—Pregúntale a Nick. Él puede mantener más cosas a la vez en su cabeza que yo. Trabajando con una calculadora normal de sobremesa y un bloc, Nick dijo:

—Bastante bien. Tenían ya en reserva un par de programas de racionamiento, y uno de ellos es muy bueno. Muy flexible. El sistema de puesta al día es particularmente elegante.

—Mejor que esto, entonces —murmuró Freeman—. Acabo de encontrar un agujero por el cual podrías hacer pasar una factoría orbital. Pero he descubierto algo que hará estremecer a mucha gente.

—¿De qué se trata? —Nick alzó la vista, alerta.

—Pruebas de que toda la pobreza en este continente es artificial, excepto la que es consecuencia de enfermedad física, incapacidad mental o elección personal. Como establecer su casa en un claro de los bosques septentrionales canadienses... o entrar en un monasterio. Lo cual representa tan sólo... digamos... un cero coma veinticinco por ciento, como máximo.

Kate se lo quedó mirando.

—Haces que suene como si estuviéramos mejor, y no peor, después de un desastre de índole nacional. ¡Y eso es absurdo!

—No completamente. —Nick siguió tecleando en su calculadora mientras hablaba—. Me viene un caso a la memoria. Durante y después de la Segunda Guerra Mundial, racionaron los alimentos en Gran Bretaña hasta un nivel que hoy consideraríamos de inanición. Sesenta gramos de margarina a la semana, un huevo al mes si tenías suerte, cosas así. Pero por aquel entonces tenían más buen sentido del que tienen ahora. Contrataron dietéticos de primer orden para establecer sus prioridades. Criaron la generación más alta, hermosa y saludable de toda su historia. Cuando el raquitismo volvió a hacer su aparición después de que terminara el racionamiento, ocupó las cabeceras de todos los periódicos nacionales. Creemos que abundancia y buena salud son dos cosas que van de la mano. No es así. Abundancia y enfermedades cardíacas sí lo hacen.

Sonó el teléfono. Kate se sobresaltó. Pero Nick había llegado a un punto donde podía hacer una pausa y estudiar lo que había escrito. Tendiendo la mano de forma ausente, giró la cámara de modo que pudiera ser visto por el que llamaba.

Y exclamó:

—¡Ted Horovitz!

Los otros se tensaron, olvidando todo lo demás que estaban haciendo.

El sheriff de Precipicio dejó escapar un suspiro y se secó el rostro.

—Señor, después de abrirme camino por tu servicio de filtrado temía llegar demasiado tarde. Escucha atentamente. Se trata de una infracción de las reglas del Oyente Silencioso, pero creo que es justificada. ¿Has oído hablar alguna vez de un tipo llamado Hartz? Afirma ser el ex Director Adjunto de la OPD.

Freeman se inclinó para entrar en el campo de la cámara.

—No sabía lo de «ex» —dijo—. Pero el resto es cierto.

—Entonces tenéis que salir a escape de donde estáis. Vaciar la casa... y las calles adyacentes también, si es posible. Dice que ha sido autorizada una acción especial contra vosotros. Categoría V, la ha calificado. Freeman lanzó un silbido.

—Eso significa «ejecutar sean cuales sean las pérdidas»... ¡y generalmente utilizan bombas para llevarla a cabo!

—Eso encaja. Hemos recibido también un aviso de que alguien intenta entrar una bomba en Precipicio. Hemos enviado a Natty Bumpo y al resto de los perros a patrullar el perímetro... Oh, ya os lo contaré cuando lleguéis aquí.

—¿Puedes hacer transportar a tres personas? —preguntó Nick con voz rasposa.

—Yo no —cortó secamente Freeman—. Me quedaré cerca de la ITE. Necesito su equipo. ¡No discutáis! —Sonrió; estaba mucho más relajado ahora, capaz de hacerlo sin que su rostro pareciera una calavera—. He hecho algunas cosas malas en mi vida. Si termino este trabajo eso borraré todo lo antiguo.

Horovitz echó una ojeada a su reloj.

—De acuerdo. He arreglado las cosas para que estén ahí dentro de diez minutos. Jake Treves tenía instrucciones de recogeros ahí mismo, pero he contactado con él y le he avisado de que hemos cambiado el punto de la cita. Decid dónde y se lo transmitiré.

DILIGENCIA NOCTURNA

—No tiene usted muy buen aspecto —dijo el conductor.

—¡Infiernos, con el continente haciéndose pedazos a nuestro alrededor...! —El pasajero en el asiento de atrás del coche eléctrico que avanzaba a paso muy lento trasteó con la cerradura del maletín apoyado sobre sus rodillas—. No hay nada que funcione bien. Primero recibo la orden de hacer el trabajo, luego me dicen alto, puede que mejor enviemos la Guardia Nacional, luego dicen mejor volvamos al plan uno después de todo. ¡Jesús, el daño que puede haberse producido mientras ellos estaban pensándoselo! De acuerdo, aquí ya estamos lo bastante cerca.

—¡Pero si aún estamos a cinco manzanas de distancia!

—exclamó el conductor, sorprendido.

—Tienen a todos sus estudiantes en guardia. Puede que estén armados.

—Sí, pero... Mire, he participado en este tipo de misiones antes. Si espera usted alcanzarlos desde aquí...

—Tranquilo. Llevo conmigo algo que no se lo creerá. —El pasajero abrió su maletín con un clic, y empezó a ensamblar algo delgado y ahusado de un color negro mate—. Deténgase. Necesito inmovilidad absoluta para disparar esto.

Obedeciendo, el conductor miró por su retrovisor. Sus ojos se abrieron mucho.

—¿Esa cosita tan pequeña que tiene en las manos puede derribar una casa?

—Ya le dije que no iba a creerlo —respondió secamente el pasajero. Bajó del

todo el cristal de su ventanilla y se asomó.

—¿Pero cómo...?

—¡No es asunto suyo!

Luego, pensándolo mejor, con un suspiro:

—Oh, ¿y qué importa? Clasificado, alto secreto... estas palabras ya no significan nada desde que ese tipo soltó su serpiente. Mañana todo el mundo podrá conseguir los planos de este chisme. Lo llaman un pájaro-kappa. ¿No ha oído nunca el nombre?

El conductor frunció el ceño.

—Creo que sí. Hay otros dos coches por la zona, ¿verdad?

—Hummm. Para lanzar otro a un metro por encima del techo del blanco.

—Pero... demonios, ¿toda una casa?

—Una tormenta de fuego instantánea. Más ardiente que la superficie del sol. —El pasajero dejó escapar una risita—. ¿Aún sigue queriendo estar más cerca cuando estalle?

El conductor negó enérgicamente con la cabeza.

—Yo tampoco. Bien, ahí va. Ahora media vuelta, directamente hacia el sur. Sin apresurarse.

Más tarde, hubo un brillante reflejo en las bajas nubes grises que colgaban sobre la ciudad.

BIEN DOCUMENTADO

Obedientemente, el doctor Jake Treves presentó en cada puesto de control fronterizo de cada estado una sucesión de documentos a los inspectores: sus propios papeles de identidad, su certificado de status profesional, su permiso como biólogo investigador para transportar especies protegidas entre estados, y su manifiesto para aquel viaje en particular.

Tras lo cual el diálogo se desarrolló cada vez sobre esquemas predecibles.

—¿Lleva realmente un puma en este camión?

—Ajá. Convenientemente sedado, por supuesto.

—¡Vaya! Nunca he visto un puma vivo. ¿Puedo...?

—Por supuesto.

Invitados a descorrer una ventanilla de observación en la puerta trasera, los inspectores vieron un espécimen masculino algo viejo pero aún impresionante de *Felis concolor*, medio drogado pero lo suficientemente despierto como para mostrarles irritado los dientes.

También captaron un fuerte olor a felino. Procedente de una lata de aerosol. Muy útil para inducir a los grandes felinos a reproducirse en cautividad.

—¡Uf! ¡Espero que disponga usted de aire acondicionado en su cabina!

Y para impedir que los curiosos metieran sus narices ahí dentro.

CONSEJO DE PERFECCIONAMIENTO

Durante un tiempo Bagheera había explorado la oficina verde musgo de Ted Horovitz, buscando a Natty Bumppo, cuyo olor estaba por todas partes, pero todos los perros adultos estaban todavía patrullando el perímetro. Ahora estaba tendido satisfecho al lado de Kate mientras ella le rascaba cariñosamente detrás de las orejas. Ocasionalmente emitía un ronroneo de satisfacción por haberse reunido al fin con ella.

El problema de qué hacer cuando descubriera que estaba entre más de un centenar de perros de casi su mismo tamaño era algo que tendría que esperar.

Mirando a la asamblea de gente del lugar —Josh y Lorna Treves, Suzy Dellinger, Aguadulce, Brad Compton—, Ted dijo secamente:

—Sé que Nick y Kate tienen un montón de preguntas que hacernos. Antes de que lleguemos a ellas, ¿alguno de ustedes tiene alguna pregunta que hacerles? Seamos breves, por favor. ¿Sí, Aguadulce?

—Nick, ¿cuánto tiempo pasará aún antes de que se den cuenta del engaño de la serpiente partenogenética? Nick abrió las manos.

—No tengo ni la menor idea. Puede que la gente como Aylwin Sullivan y sus principales ayudantes sospechen ya la verdad. En lo que confío, sin embargo, es en que... Bien, hay dos factores. En primer lugar, realmente diseñé una serpiente que es lo bastante correosa como para que les cueste agarrarla por la cola. En segundo lugar, desde su punto de vista, sea lo que sea ese nuevo juguete, está haciendo exactamente lo que haría una serpiente partenogenética si algo así pudiera ser introducido en un banco de datos. Hay un teorema un tanto sofisticado en el análisis de un recorrido medio de n valores que sugiere que en algún estadio en la evolución de una red de datos debe hacerse posible extraer de esa red programas funcionales que nunca le fueron alimentados.

—¡Hey, hey! —Brad Compton dio una palmada con sus gordezuelas manos—. ¡Eso es hábil, muy hábil! Es lo que llaman el teorema de la inmaculada concepción, ¿no? ¡Y usted les ha dado unos cuantos sutiles indicios al respecto! —Dejó escapar una risita, y palmeó de nuevo.

—Esa es la esencia. No es original. Tomé prestada la idea. Las potencias occidentales, durante la Segunda Guerra Mundial, fueron las pioneras de ese truco. Pusieron a sus científicos a construir artilugios que parecía que tuvieran que hacer realmente algo, los metieron en abolladas cajas metálicas, y dispararon contra ellas con munición capturada al enemigo. Luego arreglaron las cosas de modo que fueran encontradas por los nazis. Uno solo de esos artilugios podía mantener ocupada a una docena de preciosos expertos investigadores durante semanas antes de que se atrevieran a decidir que no se trataba de ningún arma secreta nueva.

Una oleada de regocijo recorrió el grupo.

—En cualquier caso —añadió Nick—, no cambiará mucho las cosas el tiempo

que tarden en decidir que han sido engañados. Tendrán que cerrar igualmente la red para detener lo que está ocurriendo, ¿no?

—Sin la menor duda —dijo el alcalde Dellinger tajantemente—. Según las últimas noticias hemos conseguido noventa y cuatro de esos dossiers del Tesoro antes de que los bloquearan, y más se sesenta del FBI, y... bien, todo ello ha sido copiado en al menos cuarenta lugares separados de la red. Y mientras los ordfeds están rastreándolos, podemos estar seguros de que gente a la que ni siquiera conocemos está haciendo otras copias a su vez.

—Gente a la que será mejor que no conozcamos —murmuró Lorna Treves. Su marido asintió vigorosamente.

—Sí, es una situación más bien embrollada. De acuerdo, eso es lo que sabíamos que estábamos preparando desde un principio, pero... Oh, bueno; el hecho que nos haya tomado un poco por sorpresa es simplemente otro ejemplo de la Ley de Toffler, supongo: el futuro llega demasiado rápido y en desorden. Nick, ¿cuánto tiempo pasará antes de que lleguen a la conclusión de que la casa de Kate estaba vacía cuando la bombardearon?

—Tampoco puedo decirlo. No tuve tiempo en el camino hacia aquí de pararme en un vifono y preguntar.

Aquello provocó otra sonrisa al unísono.

—En cualquier caso —intervino Ted—, he estado tomando precauciones. En estos momentos, después de que los media retransmitieran su conferencia de prensa, Nick y Kate poseen los rostros más reconocibles del continente. Así que van a ser reconocidos. En un lado tras otro y tras otro, y a veces incluso en varios lados simultáneamente. Oh, podemos hacerlo durante varios días consecutivos.

—Días —hizo eco Josh Treves—. Bueno, espero que todo eso esté computado. Brad asintió.

—Y, recuerda, estamos erigiendo el mayor sistema de consulta tipo AMIC de la historia.

Hubo una pausa. Kate se agitó cuando se dio cuenta de que nadie más iba a hablar.

—¿Puedo hacer una pregunta, por favor?

Ted hizo un gesto con la mano, invitándola a hablar.

—Puede que parezca estúpido, pero... ¡Oh, demonios! Realmente desearía saberlo. Y creo que Nick también.

—Se trate de lo que se trate —dijo Nick secamente—, estoy de acuerdo. Sigo trabajando aún en un noventa por ciento sobre hipótesis.

—¿Desean saber la historia de Precipicio? —gruñó Ted—. De acuerdo, se la diré. Pero el resto de ustedes será mejor que vuelvan al trabajo. Entre otras cosas la crisis está superando los recursos del Oyente Silencioso, y si no podemos hacer frente a las llamadas...

—Brad puede quedarse —dijo Aguadulce, levantándose—. Acaba de abandonar

su turno, y no quiero verlo en un buen rato después de la última llamada que recibió.
—¿Dura? —dijo Nick con simpatía. El gordo bibliotecario tragó saliva y asintió.
—Nos veremos luego —dijo Suzy Dellinger, y se marchó.

Reclinándose en su asiento, con las manos apoyadas sobre su amplia barriga y contemplando el brillante techo verde, Brad dijo:

—¿Saben?, no tendríamos que decirles nada de esto si hubieran hecho ustedes lo que les sugirió Polly Ryan el día de su llegada.

—¿A qué se refiere? —preguntó Kate.

—A venir a echarle un vistazo a nuestra primera edición de la serie «Desastreville U.S.A.» ¿Cuántas de las monografías tenía su padre?

—¡Oh, todas las veinte!

—Lo cual, por supuesto, para él, como para todo el mundo, sonaba como un número redondo. Nuestra edición, sin embargo, contiene veintiuna. Una más, que ningún editor quiso aceptar, ningún impresor quiso componer... una más que finalmente, desesperados, decidimos imprimir nosotros mismos, y ya la teníamos lista para distribuir cuando una noche estalló una bomba en el almacén donde teníamos los primeros diez mil ejemplares y los redujo todos a cenizas. Comprendimos entonces que estábamos luchando una batalla perdida, así que... —Suspiró.

Kate se inclinó, tensa, hacia adelante.

—¿De qué trataba este veintiún volumen?

—Daba nombres, lugares, fotocopias de cheques cobrados... todas las pruebas necesarias referidas a medio millón de los cuatro millones de dólares del dinero público que habían desaparecido y nunca habían llegado a las manos de los refugiados a los que supuestamente iban destinados.

—No estás contando toda la historia —dijo Ted con voz tranquila—. Kate, cuando llegó usted por primera vez aquí, me preguntó si el Claes College se disolvió porque la mayor parte de sus miembros se quedaron en Precipicio... ¿recuerda?

Ella asintió, el rostro tenso.

—La respuesta es sí. Después de la noche que fue bombardeado el almacén, no tuvieron otra elección. Brad y yo ayudamos a enterrarlos.

Hubo un largo silencio vacío. Finalmente Kate dijo:

—Esta última monografía... ¿tenía un título?

—Sí. Proféticamente, iba a ser llamada Descubriendo el poder de base.

El siguiente silencio se prolongó durante tanto rato que el aire pareció tensarse hasta el punto de amenazar rasgarse. Finalmente Nick lanzó un explosivo suspiro.

—Infiernos, nunca consideraré las cosas desde este punto de vista. Debí estar ciego.

—No lo discutiré —dijo el sheriff, con una expresión muy grave—. Pero no fue usted el único. De todos modos, en retrospectiva... Véalo así. Equipas a la población de todo un continente con una tecnología sin precedentes: acceso a la información, movilidad, tanto crédito que ya nadie necesita ser pobre de nuevo... siempre que, por

supuesto, sea equitativamente repartido. Más o menos por el mismo tiempo, admites que no tiene ningún objeto el luchar en ninguna otra guerra importante, ya que hay demasiado que perder y no lo suficiente que ganar. Utilizando la famosa frase de Porter, es hora de la carrera de cerebros.

»Pero estás en el gobierno. Tu continuación en el poder depende como siempre de esa afirmación definitiva: «si no obedeces te mato.» Quizá nunca hayas sido consciente de esa realidad básica. Quizá solamente se te hizo claro, en contra de tu voluntad, cuando fuiste obligado a intentar descubrir por qué las cosas ya no estaban funcionando tan suavemente como acostumbraban a hacerlo antes. La respuesta, naturalmente, era: como resultado del cambio de énfasis del armamento a la brillantez individual como pieza clave del aprovechamiento de los recursos nacionales.

»Pero los individuos brillantes son caprichosos, impredecibles, deseosos de seguir siempre sus propios caminos. Parece descartado el utilizarlos como meras herramientas, simples objetos. Te das cuenta de que casi estás llegando a la conclusión de que tú eres obsoleto. El tipo de poder que tú posees ya no es viable en el mundo moderno.

»Y entonces se te ocurre. Hay otra organización que ejerce un inmenso poder que siempre ha dependido de individuos mucho más creadores de problemas que aquellos que están derrotándote. En algunos casos son auténticos psicópatas.

—Y esta organización está igualmente decidida a mantener su lugar bajo el sol —complementó Brad—. Y también dispuesta a aplicar la sanción definitiva a todos aquellos que la desobedezcan.

Kate abrió mucho la boca.

—Creo que empieza a comprender —murmuró Ted.

—Sí... sí, me temo que sí. —Kate convirtió sus manos en puños—. Pero no puedo llegar a creerlo. ¿Nick...?

—Puesto que tu apartamento ha volado por los aires —dijo Nick con un rostro pétreo—, estoy dispuesto a creer cualquier cosa de ellos. Fue un milagro que tuviéramos tiempo suficiente para avisar que despejaran las calles. ¿O acaso...? Ted, quería preguntarle. ¿Resultó alguien herido?

El sheriff asintió lúgubrementemente.

—Me temo que algunos de los estudiantes no se tomaron la advertencia al pie de la letra. Diez resultaron heridos. Dos de ellos han muerto.

Kate hundió el rostro entre las manos. Sus hombros se estremecieron.

—Adelante, Nick —invitó Ted—. Dígalo tal como lo ve. Usted mismo lo dijo ayer: la verdad nos hará libres. Eso es cierto, por muy abominable que sea a veces la verdad.

—Tan sólo había un poder de base susceptible de sostener el viejo estilo de gobierno —gruñó Nick—. El crimen organizado.

Ted se levantó y empezó a pasear arriba y abajo, arriba y abajo. Dijo:

—Por supuesto, esto no es exactamente una novedad. Debe hacer cincuenta o sesenta años desde que las fortunas tradicionales que acostumbraban a poner este partido, luego el otro, en el poder se marchitaron o pasaron a ser controladas por gente que no tenía ningún interés en seguir este juego. Eso dejó un vacío. Al cual fluyeron como agua brotando por la fisura de un dique los criminales que estaban buscando formas de convertir sus enormes recursos financieros en auténtico poder. Siempre habían estado ligados al poder a nivel municipal y estatal; ahora era su oportunidad de ascender el último tramo de la escalera. Es cierto que la primera tentativa del sindicato hacia la presidencia fue un completo fracaso. No tuvieron en cuenta lo expuesto a las miradas del público que está uno en el 1600 de Pennsylvania. Es más, utilizaban trucos que ya eran muy conocidos, como blanquear su dinero negro a través de México y las Islas Vírgenes. Pero aprendieron aprisa.

—Ya lo creo que lo hicieron —dijo Brad—. La lección de la monografía veintiuno reside no en el medio millón de dólares que conseguimos rastrear, sino en el resto del dinero que no pudimos. Sabemos dónde fue a parar, a las arcas de la guerra política, pero no conseguimos hallar ninguna prueba.

—En el contexto del tratado mundial de desarme nuclear —murmuró Ted—, esperábamos algo mejor.

—Apuesto a que sí. —Nick tenía el ceño fruncido—. Oh, hubiera debido imaginármelo hace mucho.

—No estaba usted tan favorablemente situado —observó Brad hoscamente—. Compartiendo una tienda con diez refugiados, sin poder cambiarte de ropas, sin comida decente o siquiera agua potable para beber, era fácil descubrir el parecido entre el agente federal y el mafioso. El hecho de que se mostraran invariablemente amistosos tan sólo subrayaba aquello de lo que ya nos habíamos dado cuenta.

—Hubiera podido llegar a la misma conclusión por otro camino —dijo Nick—. Hubiera debido preguntarme por qué las ciencias del comportamiento recibieron unos subsidios del gobierno tan colosales durante los años ochenta y noventa.

—Un punto importante —dijo Ted con un asentimiento de la cabeza—. Que encaja con el resto del esquema. Los behavioristas redujeron el principio de la zanahoria y el palo al mismo tipo de base «científica» que utilizaron los nazis para su llamada ciencia racial. No es sorprendente que se convirtieran en los mimados del establishment. Los gobiernos confían en la amenaza y el trauma para sobrevivir. La población más fácil de gobernar es la débil, pobre, supersticiosa, preferiblemente aterrada ante lo que puede depararle el mañana, y a la que hay que recordarle constantemente que el hombre de la calle debe bajarse a la calzada cuando sus superiores se dignen pasar por la acera. Las técnicas behavioristas ofrecían un medio de mantener esta situación pese al nivel de vida, cultura y ostensible libertad sin precedentes de la Norteamérica del siglo XXI.

—Si reconoce usted en la descripción de Ted un parecido con Sicilia —murmuró Brad— no es pura coincidencia.

Kate había recuperado por aquel entonces su autocontrol, y estaba inclinada hacia adelante, con los codos sobre las rodillas, escuchando intensamente.

—La red de datos debió plantear una terrible amenaza para ellos —sugirió.

—Cierto, pero una amenaza contra la que se sabían capaces de protegerse —respondió Ted—. Hasta hoy, quiero decir. Tomaron todas las precauciones. Elaboraron el sistema Delfi sobre las bases proporcionadas por los ya existentes sindicatos del juego. Afirman que fue modelado de acuerdo con el mercado bursátil, pero realmente supone una diferencia muy pequeña, puesto que por aquel entonces el dinero del juego era una de las dos o tres fuentes principales de la inversión especulativa. Adoptaron la política de dejar a las tribus solas cuando marchaban por el sendero de la guerra, y el resultado fue que los muchachos más ambiciosos, aquellos a la vez airados e inteligentes, resultaron heridos o muertos o mutilados. Eso vino de una forma natural. Desde tiempos inmemoriales las guerras de bandas han sido cuidadosamente aisladas del público en general. También recurrieron a las enormes capacidades de los ordenadores pensadas para enviar con seguridad al hombre a la Luna y hacerlo volver para seguir el rastro de una población mudándose de lugar de residencia a un ritmo de un veinte por ciento anual. Y así. No necesito recitar toda la lista.

—Pero si eran tan cuidadosos, ¿cómo pudieron ustedes...? —Kate se lo pensó mejor y se mordió el labio—. Oh. Estúpida de mí. El Oyente Silencioso.

—Hummm. —Ted volvió a dejarse caer en su silla—. Nuestra capacidad de ordenador en Precipicio ha sido la suficiente como para extraer esquemas coherentes de las llamadas efectuadas al Oyente Silencioso desde hace... oh... unos dieciséis o diecisiete años. Es más, de tanto en tanto, hemos recibido alguna llamada que nos ha abierto toda una nueva área de investigación. La suya cuando estaba aún en Tarnover, por ejemplo. —Hizo una inclinación de cabeza hacia Nick—. Hemos seguido pacientemente una pista tras otra, acumulando cosas como las llaves necesarias para abrir los bancos de datos federales reservados, convencidos de que finalmente se produciría una crisis que dejaría al público desconcertado y presa del pánico. En cuyo momento desearían que alguien les dijera que todavía estaban en el mundo. Para conseguir eso creamos el... el ferrocarril subterráneo mediante el cual les hemos traído hasta aquí: amigos, colegas, asociados, partidarios, simpatizantes, pertenecientes literalmente a centenares de profesiones distintas.

—Paul Freeman lo expresó claramente —dijo Nick—. Según él, Precipicio es un lugar muy grande una vez has aprendido a reconocerlo.

Ted dejó escapar una risita.

—¡Oh, sí! Si contamos a toda esa gente de la que hemos creado hombres libres, con derecho a ser defendidos por nuestras propias defensas, nuestra población total es unas cinco o seis veces la que hay registrada en nuestro censo.

—Hemos tenido modelos en los que inspirarnos —dijo Brad—. El viejo movimiento hippie, por ejemplo. La comunidad científica del siglo XVIII. Una

organización llamada la Puerta Abierta que floreció a mitades del siglo pasado. Y otros muchos.

—Su previsión fue fantástica —dijo Kate calurosamente.

—En efecto —admitió Ted—. Por encima de la media, al menos. ¡Pero nunca previmos que la crisis llegara en la forma de un joven solitario!

—No uno —dijo Nick—. Varios. Desertor de Tarnover, consejero de estilos de vida, consultor de utopías, predicador, jugador de vallas...

—Una sola persona —dijo Kate firmemente, y apoyó su mano sobre la de él—. Por cierto, Ted.

—¿Sí?

—Gracias por salvar a Bagheera.

—No fue tan difícil. ¿Habló con Jake Treves en el viaje hasta aquí, le dijo cómo lo hizo?

Ella negó con la cabeza.

—Nos metió directamente en el compartimiento oculto. No asomamos nuestras cabezas ni una sola vez.

—Fue más seguro así, supongo. Bien, Jake es una de las personas que trabajan en el problema de cómo conseguir alargar la vida de nuestros perros. Esto forma parte de un programa más amplio destinado a descubrir cómo está relacionado el stress con el envejecimiento. Cuando tengan una oportunidad, hablen con Jake; les gustará, estoy seguro. Las hipótesis de su padre...

Fue interrumpido. Lejos en la noche sonó un seco ladrido, seguido por otro y luego por otro.

Brad inclinó la cabeza.

—Suena como si Nat hubiera atrapado al tipo con la bomba que estábamos esperando. Ted se puso en pie.

—Si es así —gruñó—, no me gustaría hallarme en sus zapatos.

ENTRE LOS FACTORES QUE CONDUJERON A LA CAÍDA DEL GOBIERNO

1: Gracias por su petición relativa al paradero del agente de los Servicios Secretos Miskin A. Breadloaf. Se halla bajo cuidados médicos intensivos en Precipicio CA, recuperándose de las heridas recibidas mientras se resistía al arresto por parte del sheriff Theodore Horovitz. Se hallaba en posesión de seis bombas catapulta autodirigidas, Código QB3 del Ejército de los Estados Unidos, que le fueron entregadas ayer a las 10:10 hora del Pacífico de los stocks almacenados en el Arsenal de la Guardia Nacional de San Feliciano CA como resultado de las Ordenes Confidenciales del Presidente #919 001 HVW, que dicen en extracto:

«Estoy harto del Oyente Silencioso. Cargaos a los tipos que lo dirigen y no importa cuántos resultéis heridos.»

2: Como resultado del fracaso de la misión del Sr. Breadloaf, ha sido autorizado un ataque general contra Precipicio CA para mañana a las 01:30 hora del Pacífico, utilizando un aparato con base en el Campo Lowndes cerca de San Diego. Puesto que este ataque se realizará con miniproyectiles nucleares (Código USAF 19L-12), no se espera que el Sr. Breadloaf sobreviva.

(NB: la segunda parte del anterior mensaje es un dato cibernético publicado en directa contravención del Reglamento de Defensa #229RR3X3, al ser considerado como atentatorio contra el bienestar físico, psicológico y/o social de la población).

CORTE TRANSVERSAL EXTREMADAMENTE CRÍTICO

—¡Borra esa estúpida sonrisa de tu cara! ¡Sabías que la compañía iba a quebrar, y puedo probarlo!

—¿Precipicio? ¿Dónde está eso?

—¡Mi hermana se ha vuelto ciega, ¿entiende?! ¡Ciega! ¡Y nunca usó otro maquillaje para los ojos más que su marca!

—¿Bombardear una ciudad americana? Oh, debe tratarse de un error.

—¡Era mi dinero, y sudé sangre para ganarlo, y todo fue a engrosar sus hediondos bolsillos!

—¿Precipicio? Me parece que he oído antes ese nombre.

—¡Cristo, lo que le han hecho ustedes a esa pobre criatura! No ha dormido bien ni una sola noche desde hace meses, se despierta a cada momento gritando y aullando, y yo fui tan estúpido como para volver a traerla para que le aplicaran una nueva dosis del tratamiento. Nunca seré capaz de mirarla de nuevo a la cara si antes no se la deshago a ustedes.

—¿Y qué pasa con Precipicio?

—Es cierto que voté por él, maldita sea. Pero si entonces hubiera sabido todo lo que sé ahora por supuesto que no le hubiera dado mi voto. Le hubiera tirado un ladrillo.

—¿Un ataque? ¿Con proyectiles nucleares? ¡Dios mío, sabía que el Oyente Silencioso no era exactamente popular, pero...!

—Jim, no sé si conoces a mi abogado Charles Sweyn. Tiene algo que entregarte. ¿Charlie? Estupendo. Observarás que la demanda menciona unos daños de cincuenta millones.

—Creí que estábamos hablando de una ciudad llamada Precipicio.

—He leído lo que se dice acerca de este formulario de impuestos, ¡y juro por Dios que voy a pagar con perdigonadas si se atreve usted a asomar su sucia nariz por mi casa!

—¿De veras? Siempre me pregunté dónde estaría su base.

—¿Precipicio?

—¿Oyente Silencioso?

—¿Proyectiles nucleares?

—¡Dios mío! ¿Crees que ellos lo saben? ¿Dónde hay un vifono? ¡Rápido!

PENDIENTE DE UN HILO

Pasada la una de la madrugada en el cuartel general del Oyente Silencioso. Normalmente un tiempo muerto de la noche porque la mayor parte del continente había orbitado al sueño y tan sólo un puñado de los más solitarios, los más desanimados, los más desesperados estaban aún ansiosos por hablar con un anónimo oyente.

Pero esta noche era distinto. La habitación crujía con una reprimida tensión. La finalidad a la cual se había dedicado Precipicio desde su fundación estaba a la vuelta de la esquina, y nunca habían esperado que fuera tan pronto.

Los rostros de la docena de personas presentes allí exhibían expresiones solemnes. Tan sólo la mitad de ellos se dedicaban en aquel momento a escuchar; otras llamadas eran desviadas a casas particulares. Los restantes estaban comprobando los progresos de su superserpiente.

Dirigiéndose en general a todos ellos, Nick dijo, apartando la vista de su consola:

—Noticias de Paul Freeman. Ha puesto en marcha ese programa de supervivencia, el que esperaba adaptar del federal de distribución de recursos ya existente. Dice que ha sido duro.

—¿Se trata del postguerra uno? —preguntó Aguadulce.

—Exacto. —Nick estiró sus largas piernas—. En consecuencia estaba planeado para garantizar que tan sólo a la gente aprobada por el gobierno le fuera concedida comida, medicinas, ropas y energía.

—Quieres decir —amplió Kate— que fue diseñado para asegurarse de que las personas lo suficientemente estúpidas como para arrastrarnos a una guerra importante se aseguraran el seguir estando al mando después de ella.

—De modo que pudieran seguir apretándonos las tuercas otra vez, exacto. Pero Paul consiguió despojarlo de ese factor y sustituirlo por otra base de reparto de los créditos, dejando el resto intacto de modo que actuara sobre la red con más autoridad aún de la que tenía cuando era un arma para Weychopee. Estaba allí cuando fue redactado. Descubrió inmediatamente sus debilidades.

—¿Cómo funciona ahora? —preguntó Brad Compton.

—De distintas formas. Si la gente vota por la Proposición # 1, ningún tipo codicioso podrá tener su trivi de pared entera mientras exista alguien sin alojamiento. Nadie podrá efectuar su vuelta al mundo en avión mientras haya alguien muñéndose a causa de alguna enfermedad cuya cura conozcamos.

—No está mal para empezar —dijo Aguadulce—. ¿Pero ha habido algún

progreso de tu lado, Nick... la racionalización de la estructura de los impuestos? Eso es lo que más me interesa saber. ¡Cuando pienso en lo furiosa que me ponía cada vez que tenía que pagar a esos tipos de Oakland debido a su ordenanza local sobre los médiums...!

—Oh, sí. La Proposición #2 es tan prometedora como la #1 —dijo Nick, y tecleó un rápido código en su consola—. He eliminado un par de bucles innecesarios, y si no surge ninguna otra vía muerta... Oh, bien. Lo tendremos aquí dentro de un par de minutos.

—¿Saben? —dijo Suzy Dellinger con aire ausente—, siempre me he preguntado a qué olería la democracia. Creo que finalmente la detecto en el aire.

—Es curioso que llegue en la forma de un gobierno electrónico —murmuró Aguadulce.

Brad Compton le lanzó una mirada.

—No exactamente, cuando uno piensa en la historia de la libertad. Es la historia de cómo los principios han ido elevándose gradualmente por encima de la voluntad de los tiranos. Cuando la ley fue definida como algo más poderoso que el rey, se consiguió un gran avance. Ahora hemos llegado a otro hito. Estamos dándole el poder a más gente de la que nunca llegó a disfrutarlo, y...

—Y eso hace sentir —interrumpió Nick— lo mismo que sintieron los que iniciaron la primera reacción nuclear en cadena. ¿Seguirá existiendo un mundo por la mañana?

Hubo una breve pausa, un silencio roto solamente por el zumbido del equipo eléctrico, mientras contemplaban el programa continental previsto para pasado mañana. Desde las 07:00 locales hasta las 19:00 todos los vifonos del continente exhibirían, una y otra y otra vez, dos proposiciones, acompañadas por una versión hablada en beneficio de los analfabetos. La mayor parte estarían en inglés, pero algunas estarían en español, algunas en los idiomas amerindios, algunas en chino... con las proporciones basadas en el último censo continental. Tras cada repetición seguiría una pausa, durante la cual cualquier adulto podría teclear en el vifono su código, seguido por un «sí» o un «no»

Y los ordenadores del continente responderían de acuerdo con el veredicto.

La Proposición #1 se refería a la eliminación de toda la pobreza voluntaria. La Proposición #2...

—Aquí llega —dijo Nick, examinando las columnas de cifras y grupos de códigos que aparecían en su pantalla—. Parece bien desarrollada. Categoriza las ocupaciones de acuerdo con tres coordenadas. Una: el necesario entrenamiento especial, o en su lugar el talento fuera de lo común... eso para cubrir a la gente con excepcionales dotes creativas como músicos o artistas. Dos: servidumbres especiales como horarios impredecibles o malas condiciones de trabajo. Tres: indispensabilidad social.

Brad se dio una palmada en el muslo.

—¡Qué monumento al Claes College!

—Hummm. Habrá un apéndice explicativo en cada hoja de impresora aclarando que si hubiéramos prestado atención a lo que descubrió el grupo del Claes trabajando entre los refugiados del Terremoto de la Bahía todo esto hubiera podido establecerse hace una generación... ¡Hummm! Sí, creo que esto queda muy bien equilibrado. Por ejemplo, un doctor obtendrá una alta puntuación debido a su entrenamiento especial y también a su importancia social, pero solamente podrá alcanzar los lugares más altos de la escala general si acepta la responsabilidad de ocuparse también de los casos urgentes en vez de mantener únicamente unas horas fijas de consulta. Eso lo situará muy alto en las tres escalas. Y un basurero, aunque obtendrá un índice muy bajo en el entrenamiento especial, subirá mucho en las escalas dos y tres. Todos los servidores públicos como policías y bomberos obtendrán automáticamente altas puntuaciones en la escala tres y muchos de ellos también en la escala dos, y... oh, sí. Creo que me gusta como queda. Particularmente puesto que un montón de parásitos que se hallaban en la cúspide en los viejos días tendrán que pagar ahora unos impuestos de un noventa por ciento porque su puntuación es cero en todas tres coordenadas.

—¿Cero? —preguntó alguien, incrédulo.

—¿Por qué no? Los publicitarios, por ejemplo. El que había preguntado alzó las cejas.

—Nunca había pensado en ello antes. Pero encaja.

—¿Crees que van a aceptarlo? —dijo Kate nerviosamente, dando unas palmadas a Bagheera, que estaba tendida a su lado. Desde que había trabado conocimiento con Natty Bumppo se había negado a apartarse de su vista, pese a que ella y el perro habían exhibido una tolerancia mutua, una reacción más favorable de la que todos esperaban.

—Su alternativa es cerrar la red —dijo Nick, e hizo chasquear los dedos—. Con lo cual lo único que conseguirán será partirse el cuello. Suzy, parece usted preocupada.

La alcaldesa asintió.

—Aunque no vuelen deliberadamente la red cuando descubran que no pueden interferir con nuestro programa prioritario, mostrando así un ampuloso gesto suicida... hay otra cuestión mucho más inquietante.

—¿Cuál?

—¿Está la gente ya lo suficientemente asustada?

El silencio que siguió fue roto por el suave zumbido de una llamada. Kate conectó su consola y se puso los auriculares.

Unos segundos más tarde emitió un audible jadeo, y todas las cabezas se volvieron hacia ella.

—¡No puede ser cierto! ¡Simplemente no puede ser cierto! ¡Dios mío, son ya la una y veinte pasadas... el avión ya debe haber despegado!

—¿Qué? ¿Qué? —un coro de voces ansiosas.

—Ese que acaba de llamar afirma ser un primo de Miskin Breadloaf. El hombre con la bomba al que arrestasteis, Ted. ¡Dice que Precipicio va a ser atacado con proyectiles nucleares a la 01:30!

—¿Diez minutos? ¡Es imposible evacuar la ciudad en diez minutos! —susurró Suzy, apretando los puños y mirando al reloj de la pared como deseando que indicara una hora más temprana.

—¡Tenemos que intentarlo! —restalló Ted, saltando en pie y encaminándose a la puerta—. Haré que Nat despierte a todo el mundo y... —Se detuvo. Nick se había lanzado de pronto a una furiosa actividad, tecleando en su consola con dedos que se agitaban más rápidos que los de un pianista—. ¡Nick! ¡No pierda el tiempo... muévase! ¡Necesitamos la ayuda de todos!

—¡Cállese! —gruñó Nick entre dientes apretados—. ¡Váyanse, despierten a la ciudad, llévense a todo el mundo que puedan... pero déjenme solo!

—¡Nick! —exclamó Kate, dando un vacilante paso hacia él.

—¡Tú también! ¡Corre como si te persiguiera el diablo... porque puede que esto no funcione!

—Si vas a quedarte, entonces yo...

—¡Vete, maldita sea! —siseó Nick—. ¡Vete!

—¿Pero qué es lo que intentas hacer?

—¡Cállate... y... vete!

Kate se encontró de pronto fuera, en medio de la helada oscuridad, y a su lado Bagheera estaba temblando, el pelo de su nuca erizado y duro bajo sus dedos. Había un ruido increíble: los perros ladrando, Ted gritando por un megáfono, todo el mundo haciendo el máximo ruido posible con lo que encontraba a mano, a fin de despertar al mayor número de personas.

—¡Abandonad la ciudad! ¡Corred para salvar vuestras vidas! ¡No cojáis nada, simplemente corred!

Un perro apareció frente a ella, procedente de ninguna parte. Kate se detuvo alarmada, preguntando si tenía que hacer retroceder a Bagheera para que no se asustara e intentara atacar.

El perro agitó su enorme cola. Entonces reconoció de pronto a Natty Bumppo.

La cabeza gacha, el cuello curvado en un arco cóncavo, en una muy poco característica postura de cachorrillo, el perro se acercó a Bagheera, mientras su cola seguía agitándose tranquilizadamente. El pelo de la nuca del puma se relajó; dejó que Nat husmeara su hocico, aunque sus garras estaban medio salidas.

¿Cuál era el significado de aquella pantomima? ¿No debería estar Nat de servicio, despertando a la gente con sus ladridos?

Y entonces Bagheera llegó a una conclusión. Estiró el cuello y restregó su mejilla contra el hocico de Natty Bumppo. Sus uñas desaparecieron.

—¡Kate! —gritó alguien a sus espaldas. Se sobresaltó. Era la voz de Aguadulce.

—Kate, ¿se encuentra bien? —la alta mujer india acudió corriendo a su lado—. ¿Qué está haciendo...? Oh, claro. ¡No se atreve a soltar a Bagheera!

Kate inspiró profundamente.

—Pensé que no. Pero Nat lo ha arreglado todo.

—¿Qué? —La mirada de Aguadulce reflejó incompreensión.

—Si los seres humanos tuvieran la mitad de la perspicacia de este perro... —Kate lanzó una risotada casi histérica, soltando el collar de Bagheera. Instantáneamente Natty Bumppo se dio media vuelta y desapareció corriendo en la oscuridad, con Bagheera a su lado.

—¡Kate, ¿de qué demonios está hablando?! —insistió Aguadulce.

—¿Acaso no lo ve? ¡Nat acaba de hacer de Bagheera un ciudadano libre de Precipicio!

—¡Oh, por el amor de...! ¡Kate, venga conmigo! ¡Sólo nos quedan siete minutos!

No había ninguna posibilidad de organizar la huida; los precipicianos simplemente se diseminaron, tomando el camino más corto hacia los límites de la ciudad y siguiendo hacia campo abierto. Jadeando, los pies cortados por la afilada hierba y las piedras, Kate fue adelantada por una perra que saltaba ágilmente con un chillante niño agarrado a su lomo; creyó reconocer a Brynhilde. Luego una rama golpeó su rostro y estuvo a punto de caer, pero un fuerte brazo la sujetó y mantuvo su equilibrio, la hizo recorrer otra docena de pasos, luego la empujó al suelo tras la protección de una depresión poco profunda.

—No sirve de nada intentar ir más lejos —dijo la fuerte voz de Ted en la oscuridad—. Mejor estar un poco más cerca tras una buena protección de tierra que más lejos a campo abierto.

Otras dos personas saltaron por encima del borde de la pequeña hondonada y se dejaron caer a su lado. A una no la reconoció; la otra era el propietario del restaurante, Eustace Fenelli.

—¿Qué es todo este pánico? —preguntó, con un rastro de mal humor.

Ted se lo explicó rápidamente, y concluyó, tras una rápida mirada a su reloj:

—El ataque está previsto para la 01:30, dentro de un minuto y medio.

Por un momento Eustace no dijo nada. Luego, con una magnífica simplicidad, convirtiendo aquella sola palabra en toda una enciclopedia de increpación, dijo:

—¡Mierda!

Ante su propia sorpresa, Kate no pudo impedir el echarse a reír.

—¡Me alegra que alguien lo encuentre divertido! —gruñó Eustace—. ¿Quién...? ¡Oh, Kate! Hola. ¿Está Nick también aquí?

—No quiso venir —respondió ella, con la voz más firme que pudo conseguir.

—¿Que no qué?

—Se quedó atrás.

—¡Pero...! ¿Quiere decir que nadie pudo encontrarlo y decírselo?

—No. Él... ¡Oh, Ted!

Se volvió ciegamente y hundió su rostro en el hombro del sheriff, sintiendo que su cuerpo se agitaba en irreprimibles sollozos.

Muy lejos en la distancia pudieron oír ahora el zumbido, que hacía rechinar los dientes, de los grandes portores eléctricos, del tipo usado para transportar a los bombarderos ligeros de corto alcance. El sonido se fue haciendo más fuerte.

Y más fuerte.

Y más fuerte.

LA LINEA DE MAYOR RESISTENCIA

Al Presidente de los Estados Unidos

URGENTE Y ULTRASECRETO

Señor:

Adjunta a la presente encontrará una copia de un mensaje recibido en el Campo Lowndes a las 00:14 de hoy, emitido presuntamente por usted como comandante en jefe y ordenando un ataque nuclear contra unas coordenadas que manifiestamente se hallan dentro de los Estados Unidos continentales.

En vista del hecho de que era superficialmente convincente, y estando debidamente cifrado en el código diario previsto para hoy, este mensaje estuvo a punto de causar un desastre, específicamente la muerte de más menos 3.000 civiles en la ciudad de Precipicio CA. Lamento tener que informarle de que la operación ya se había iniciado, y tan sólo por un milagro fue abortada a tiempo (a la recepción de un mensaje de la Defensa #376 774 P, que advertía a todas las bases de las fuerzas navales, de tierra y aire, de que era posible que un grupo de saboteadores hubiera conseguido acceso a la red de datos).

Han sido tomadas ya medidas disciplinarias contra el oficial que autorizó el inicio de la misión, y bajo mi propia responsabilidad he emitido una señal resumiendo el asunto a todas las bases de la Costa Oeste. Respetuosamente sugiero que se haga lo mismo a nivel nacional, y de inmediato.

Atentamente, Señor,

(firmado)

General Wilbur H. Neugebauer

SIN HILO DEL QUE PENDER

Vieron el avión en el momento en que picaba. Lo vieron recortado claramente contra el irreal resplandor azul de sus repulsores, engullendo enormes cantidades de aire hacia sus campos eléctricos, tan potentes que si un hombre metía descuidadamente el brazo dentro de su brillante anillo al cabo de unos pocos segundos no sacaría más que un muñón.

También lo oyeron: un aullido como el de una legión de espíritus.

Pero cruzó por encima de la ciudad... y no dejó caer nada.

Tras una hora de espera, los dientes castañeteando, los puños crispados, sin siquiera atreverse a alzar sus cabezas por si acaso el temido ataque se produjera después de todo, los habitantes de Precipicio descubrieron de nuevo la esperanza.

Y volvieron tambaleándose y agotados a sus casas en medio de la oscuridad, entre un concierto de lloriqueantes chiquillos.

De alguna forma —Kate nunca llegó a saber exactamente cómo—, descubrió que estaba caminando de nuevo con Bagheera a su lado, mientras que junto a Ted y un par de pasos más adelante iba Natty Bumppo.

Bagheera estaba ronroneando.

Como si se sintiera halagado de haber sido nombrado perro honorario.

Cautelosamente, Ted abrió la puerta del cuartel general del Oyente Silencioso, mientras Kate y Aguadulce estiraban el cuello para mirar por encima de su hombro. Tras ellos, media docena de personas —Suzy, Eustace, Josh y Lorna, Brad, aquellos que habían empezado a imaginar una explicación a su inexplicable salvación— aguardaban impacientes.

Allí estaba Nick, la cabeza apoyada en sus brazos cruzados, derrumbado sobre su consola, como inconsciente.

Kate pasó junto a Ted y corrió a su lado, llamándole.

Se agitó, se humedeció los labios, y se sentó erguido, apoyando su mano derecha contra su sien. Parecía mareado. Pero al ver a Kate forzó una sonrisa, que trasladó a los otros a medida que entraban en la habitación.

—Funcionó —dijo, con una voz ronca y apenas audible—. Nunca me hubiera atrevido a creerlo. Estaba tan asustado, tan aterrorizado... Pero llegó justo a tiempo.

Ted se detuvo delante de él, mirando a su alrededor en la habitación.

—¿Qué fue lo que hizo?

Nick dejó escapar una débil risita y señaló a su pantalla. En ella había un mensaje de alguien llamado General Neugebauer al presidente, pasando una y otra y otra vez, pues era demasiado largo como para mostrarse completo.

—Llegó justo a tiempo —añadió—. Condenadamente justo a tiempo. El oficial de servicio en Lowndes debía estar acostumbrado a hacer lo que se le dijera sin formular

preguntas... Cuando supe que el avión estaba ya en camino casi me desmayé.

Aguadulce, abriéndose camino ente la gente, miró la pantalla.

—Hey —dijo, tras pensar un momento—. ¿Existe realmente un mensaje del Departamento de Defensa con este número?

—Por supuesto que no. —Nick se levantó, lanzó un bostezo descomunal—. Pero me pareció la solución más rápida en aquel momento.

—¡Más rápida! —Aguadulce retrocedió medio paso, los ojos muy abiertos por el asombro, mientras empezaba a contar con los dedos—. Tal como veo las cosas, primero tuvo que redactar el mensaje en la jerga adecuada, luego encontrar un número de referencia para él, luego codificarlo en el código del día de hoy, luego enviarlo a Lowndes por el circuito adecuado...

—Y señalarlo para descifrado automático a fin de evitar que fuera dejado para la mañana siguiente como ocurre con la mayoría de los mensajes nocturnos —restalló Ted—. ¿Correcto, Nick?

—Hummm —admitió éste, en medio de otro bostezo aún mayor—. Pero no fue eso lo que me tomó más tiempo. Fue encontrar el código personal del General Neugebauer, con el que es imposible comunicarse por debajo de prioridad Dos Estrellas. Y no le gustó en absoluto que lo despertaran.

—¿E hiciste todo esto en menos de diez minutos? —dijo Kate débilmente.

Nick esbozó una sonrisa tímida.

—Oh, ahora que lo pienso, tuve la sensación de que disponía de todo el tiempo del mundo.

Alzándose en toda su altura, Suzy Dellinger avanzó hacia él.

—No ocurre a menudo —dijo algo embarazada— que un alcalde de esta ciudad tenga que realizar el mismo tipo de ceremonia formal que puede verse en otros lugares. Acostumbramos a hacerlo todo sin tantas formalidades. Pero ésta es una ocasión especial. No tengo que pedir permiso a mis conciudadanos. Cualquiera que no esté de acuerdo no es un precipiciano. Nicholas Kenton Haflinger, en mi calidad oficial, me siento orgullosa de darle las gracias en nombre de todos nosotros.

Tendió la mano para estrechársela, pero alguien se le adelantó.

Natty Bumppo se había echado al suelo como de costumbre al lado de su dueño. Inesperadamente se levantó, apartó a Suzy a un lado, plantó sus grandes patas delanteras en el pecho de Nick, y le dio un par de lametazos, uno en cada mejilla, con su enorme y rasposa lengua.

Luego volvió a ocupar su sitio al lado de Ted.

—Yo... bueno... —Nick tuvo que tragar saliva antes de poder continuar—. Sospecho que esto debe ser lo que ustedes llaman un homenaje.

De pronto todo el mundo estaba riendo, excepto él. Y excepto Kate, cuyos brazos estaban en torno a su cuello y cuyo rostro estaba húmedo por las lágrimas.

—Nada como esto te había ocurrido antes, ¿verdad? —susurró.

—No que yo sepa —respondió él con un hilo de voz.

—E hiciste lo correcto, lo único que... —Lo atrajo hacia ella y acercó su boca al oído de él para susurrarle las palabras que no quería que nadie más oyera—: ¡Hombre sabio!

Tras lo cual lo besó, fuertemente y durante largo rato.

EL CONTENIDO DE LAS PROPOSICIONES

#1: Este es un planeta rico. En consecuencia, la pobreza y el hambre no son dignas de él, y puesto que podemos abolirlas, debemos hacerlo.

#2: Somos una especie civilizada. En consecuencia, nadie podrá conseguir beneficios ilícitos del hecho de que juntos sabemos mucho más de lo que cualquiera de nosotros puede conocer individualmente.

EL RESULTADO DEL PLEBISCITO

Bien... ¿cómo han votado ustedes?

Notas

[1] No den en ningún caso mañana la misma respuesta que dan hoy. <<